



LOS SALMOS Y CÁNTICOS DE LA LITURGIA DE LAUDES

Comentarios, moniciones y catequesis de Juan Pablo II

© **Notas a la presente Edición**

La presente edición ha sido elaborada con fines informativos y divulgativos, y está destinada a servir de ayuda a los salmistas de cara a su formación como cantores y contribuir a una mejor comprensión de los salmos y cánticos de Laudes.

Las catequesis de **Juan Pablo II** sobre los salmos y cánticos de Laudes, están extraídas de la publicación semanal del L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española.

Las moniciones de **Pedro Farnés** las hemos tomado de su obra: Moniciones y oraciones sálmicas, Barcelona, Ed. Regina, 1978.

Los salmos y cánticos de **Laudes** están extraídos conforme a la versión que usa la Liturgia de las Horas. Hemos incluido algunos comentarios interesantes de la Biblia Comentada de la BAC, de Maximiliano García Cordero y algunas notas introductorias de la Biblia de Jerusalén.

Los textos han sido tomados de las publicaciones en Internet que autorizan su publicación con fines informativos, que es el motivo fundamental de esta recopilación. Queda prohibida su reproducción, distribución y/o comercialización.

LOS SALMOS Y CÁNTICOS DE LA LITURGIA DE LAUDES

Comentarios, moniciones y catequesis de Juan Pablo II

ÍNDICE DE COMENTARIOS, MONICIONES Y CATEQUESIS A LOS SALMOS Y CÁNTICOS DE LAUDES

Introducción

<i>Los salmos en la Tradición de la Iglesia</i>	7
<i>La liturgia de las Horas, Oración de la Iglesia</i>	9

I SEMANA DEL SALTERIO

Laudes del Domingo de la I Semana

<i>Salmo 62, 2-9</i>	13
<i>Cántico de los tres jóvenes, Dn 3, 57-88.56</i>	14
<i>Salmo 149</i>	17

Laudes del Lunes de la I Semana

<i>Salmo 5, 2-10. 12-13</i>	19
<i>Cántico de David, 1 Cor 29,10-13</i>	20
<i>Salmo 28</i>	22

Laudes del Martes de la I Semana

<i>Salmo 23</i>	24
<i>Cántico de Tobías, Tb 13,1-10</i>	25
<i>Salmo 32</i>	27

Laudes del Miércoles de la I Semana

<i>Salmo 35</i>	30
<i>Cántico de Judit, Jdt 16,1-2.13-15</i>	31
<i>Salmo 46</i>	33

Laudes del Jueves de la I Semana

<i>Salmo 56</i>	36
<i>Cántico de Jeremías, Jr 31,10-14</i>	37
<i>Salmo 47</i>	39

Laudes del Viernes de la I Semana

<i>Salmo 50</i>	41
<i>Cántico de Isaías, Is 45,15-25</i>	43
<i>Salmo 99</i>	45

Laudes del Sábado de la I Semana

<i>Salmo 118, 145-152</i>	47
<i>Cántico de la Sabiduría, Sb 9, 1-6. 9-11</i>	48
<i>Salmo 116</i>	50

II SEMANA DEL SALTERIO

Laudes del Domingo de la II Semana

<i>Salmo 117</i>	55
<i>Cántico de los tres jóvenes, Dn 3,52-57</i>	58
<i>Salmo 150</i>	60

Laudes del Lunes de la II Semana

<i>Salmo 41</i>	63
<i>Cántico del Eclesiástico, Eclo 36,1-7.13-16</i>	65
<i>Salmo 18, 2-7</i>	66

Laudes del Martes de la II Semana

<i>Salmo 42</i>	69
<i>Cántico de Ezequías, Is 38, 10-14. 17-20</i>	70
<i>Salmo 64</i>	72

Laudes del Miércoles de la II Semana

<i>Salmo 76</i>	75
<i>Cántico de Ana, 1 Sam 2,1-10</i>	77
<i>Salmo 96</i>	78

Laudes del Jueves de la II Semana

<i>Salmo 79</i>	81
<i>Cántico de Isaías, Is 12,1-6</i>	82
<i>Salmo 80</i>	84

Laudes del Viernes de la II Semana

<i>Salmo 50</i>	87
<i>Cántico de Habacuc, Ha 3,2-4. 13a. 15-19</i>	89
<i>Salmo 147</i>	91

Laudes del Sábado de la II Semana

<i>Salmo 91</i>	94
<i>Cántico de Moisés, Dt 32,1-12</i>	96
<i>Salmo 8</i>	98

III SEMANA DEL SALTERIO

Laudes del Domingo de la III Semana

<i>Salmo 92</i>	103
<i>Cántico de los tres jóvenes, Dn 3,57-88.56</i>	104
<i>Salmo 148</i>	107

Laudes del Lunes de la III Semana

<i>Salmo 83</i>	110
<i>Cántico de Isaías, Is 2,2-5</i>	112
<i>Salmo 95</i>	114

Laudes del Martes de la III Semana

<i>Salmo 84</i>	117
<i>Cántico de Isaías, Is 26,1-4. 7-9. 12</i>	119
<i>Salmo 66</i>	121

Laudes del Miércoles de la III Semana

<i>Salmo 85</i>	123
<i>Cántico de Isaías, Is 33,13-16</i>	125
<i>Salmo 97</i>	127

Laudes del Jueves de la III Semana

<i>Salmo 86</i>	129
<i>Cántico de Isaías, Is 40,10-17</i>	131
<i>Salmo 98</i>	133

Laudes del Viernes de la III Semana

<i>Salmo 50</i>	136
<i>Cántico de Jeremías, Jr 14,17-21</i>	138
<i>Salmo 99</i>	140

Laudes del Sábado de la III Semana

<i>Salmo 118, 145-152</i>	143
<i>Cántico de la Sabiduría, Sb 9,1-6.9-11</i>	145
<i>Salmo 116</i>	147

IV SEMANA DEL SALTERIO

Laudes del Domingo de la IV Semana

<i>Salmo 117</i>	151
<i>Cántico de los tres jóvenes, Dn 3,52-57</i>	154
<i>Salmo 150</i>	156

Laudes del Lunes de la IV Semana

<i>Salmo 89</i>	159
<i>Cántico de Isaías, Is 42,10-16</i>	161
<i>Salmo 134, 1-12</i>	163

Laudes del Martes de la IV Semana

<i>Salmo 100</i>	166
<i>Cántico de Azarías, Dn 3, 26-29. 34-41</i>	168
<i>Salmo 143</i>	170

Laudes del Miércoles de la IV Semana

<i>Salmo 107</i>	173
<i>Cántico de Isaías, Is 61,10 - 62,5</i>	175
<i>Salmo 145</i>	178

Laudes del Jueves de la IV Semana

<i>Salmo 142,1-11</i>	180
<i>Cántico de Isaías, Is 66,10-14a</i>	182
<i>Salmo 146</i>	184

Laudes del Viernes de la IV Semana

<i>Salmo 50</i>	187
<i>Cántico de Tobías, Tb 13, 10-13. 15-17</i>	189
<i>Salmo 147</i>	191

Laudes del Sábado de la IV Semana

<i>Salmo 91</i>	194
<i>Cántico de Ezequiel, Ez 36,24-28</i>	196
<i>Salmo 8</i>	198

INTRODUCCIÓN

LOS SALMOS EN LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA

[Juan Pablo II, Catequesis del miércoles 28 de marzo de 2001]

1. En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* expresé el deseo de que la Iglesia se distinga cada vez más en el «arte de la oración», aprendiéndolo siempre de nuevo de los labios mismos del divino Maestro (cf. n. 32). Ese compromiso ha de vivirse sobre todo en la liturgia, fuente y cumbre de la vida eclesial. En esta línea es importante prestar mayor atención pastoral a la promoción de la *Liturgia de las Horas*, como oración de todo el pueblo de Dios (cf. ib., 34). En efecto, aunque los sacerdotes y los religiosos tienen un mandato preciso de celebrarla, también a los laicos se les recomienda encarecidamente. Esta fue la intención de mi venerado predecesor Pablo VI al publicar, hace poco más de treinta años, la constitución *Laudis canticum*, en la que establecía el modelo vigente de esta oración, deseando que «el pueblo de Dios acoja con renovado afecto» los salmos y los cánticos, estructura fundamental de la Liturgia de las Horas.

Es un dato esperanzador que muchos laicos, tanto en las parroquias como en las agrupaciones eclesiales, hayan aprendido a valorarla. Con todo, sigue siendo una oración que supone una adecuada formación catequística y bíblica, para poderla gustar a fondo.

Con esta finalidad comenzamos hoy una serie de catequesis sobre los salmos y los cánticos propuestos en la oración matutina de las Laudes. De este modo, deseo estimular y ayudar a todos a orar con las mismas palabras utilizadas por Jesús y presentes desde hace milenios en la oración de Israel y en la de la Iglesia.

2. Podríamos introducirnos en la comprensión de los salmos por diversos caminos. El primero consistiría en presentar su estructura literaria, sus autores, su formación, los contextos en que surgieron. También sería sugestiva una lectura que pusiera de relieve su carácter poético, que en ocasiones alcanza niveles altísimos de intuición lírica y de expresión simbólica. No menos interesante sería recorrer los salmos considerando los diversos sentimientos del alma humana que manifiestan: alegría, gratitud, acción de gracias, amor, ternura, entusiasmo, pero también intenso sufrimiento, recriminación, solicitud de ayuda y de justicia, que a veces desembocan en rabia e imprecación. En los salmos el ser humano se descubre plenamente a sí mismo.

Nuestra lectura buscará sobre todo destacar el significado religioso de los salmos, mostrando cómo, aun habiendo sido escritos hace muchos siglos por creyentes judíos, pueden ser usados en la oración de los discípulos de Cristo. Para ello nos serviremos de los resultados de la exégesis, pero a la vez veremos lo que nos enseña la Tradición, y sobre todo escucharemos lo que nos dicen los Padres de la Iglesia.

3. En efecto, los santos Padres, con profunda penetración espiritual, supieron discernir y señalar que Cristo mismo, en la plenitud de su misterio, es la gran «clave» de lectura de los salmos. Estaban plenamente convencidos de que en los salmos se habla de Cristo. Jesús resucitado se aplicó a sí mismo los salmos, cuando dijo a los discípulos: «Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí» (Lc 24,44). Los Padres añaden que en los salmos se habla de Cristo, o incluso que es Cristo mismo quien habla. Al decir esto, no pensaban solamente en la persona individual de Jesús, sino en el *Christus totus*, en el Cristo total, formado por Cristo cabeza y por sus miembros.

Así nace, para el cristiano, la posibilidad de leer el Salterio a la luz de todo el misterio de Cristo. Precisamente desde esta perspectiva se descubre también la dimensión eclesial, particularmente puesta de relieve por el canto coral de los salmos. De este modo se comprende que los salmos hayan sido tomados, desde los primeros siglos, como oración del pueblo de Dios. Si en algunos períodos históricos prevaleció una tendencia a preferir otras plegarias, fue gran mérito de los monjes el que se mantuviera en alto la antorcha del Salterio. Uno de ellos, san Romualdo, fundador de la Camaldula, en el alba del segundo milenio cristiano, -como afirma su biógrafo Bruno de Querfurt- llegó a sostener que los salmos son el único camino para hacer una oración realmente profunda: «*Una via in psalmis*».

4. Con esta afirmación, a primera vista exagerada, en realidad se remontaba a la mejor tradición de los primeros siglos cristianos, cuando el Salterio se había convertido en el libro por excelencia de la oración eclesial. Esta fue la opción decisiva frente a las tendencias heréticas que continuamente se cernían sobre la unidad de fe y de comunión. A este respecto, es interesante una estupenda carta que san Atanasio escribió a Marcelino, en la primera mitad del siglo IV, mientras la herejía arriana dominaba, atentando contra la fe en la divinidad de Cristo. Frente a los herejes que atraían hacia sí a la gente también con cantos y plegarias que respondían muy bien a los sentimientos religiosos, el gran Padre de la Iglesia se dedicó con todas sus fuerzas a enseñar el Salterio transmitido por la Escritura (cf. PG 27,12 ss). Así, al «Padre nuestro», la oración del Señor por antonomasia, se añadió la praxis, que pronto se hizo universal entre los bautizados, de la oración de los salmos.

5. También gracias a la oración comunitaria de los salmos, la conciencia cristiana ha recordado y comprendido que es imposible dirigirse al Padre que está en los cielos sin una auténtica comunión de vida con los hermanos y hermanas que están en la tierra. No sólo eso; los cristianos, al insertarse vitalmente en la tradición orante de los judíos, aprendieron a orar cantando las *magnalia Dei*, es decir, las maravillas realizadas por Dios tanto en la creación del mundo y de la humanidad, como en la historia de Israel y de la Iglesia. Sin embargo, esta forma de oración, tomada de la Escritura, no excluye ciertamente expresiones más libres, y estas no sólo continuarán caracterizando la oración personal, sino también enriqueciendo la misma oración litúrgica, por ejemplo con himnos y tropos. En cualquier caso, el libro del Salterio ha de ser la fuente ideal de la oración cristiana, y en él seguirá inspirándose la Iglesia en el nuevo milenio.

Juan Pablo II, Catequesis del miércoles 28 de marzo de 2001

LA LITURGIA DE LAS HORAS, ORACIÓN DE LA IGLESIA

[Juan Pablo II, Catequesis del miércoles 4 de abril de 2001]

1. Antes de comenzar el comentario de los salmos y cánticos de las Laudes, completamos hoy la reflexión introductoria que iniciamos en la anterior catequesis. Y lo hacemos tomando como punto de partida un aspecto muy arraigado en la tradición espiritual: al cantar los salmos, el cristiano experimenta una especie de sintonía entre el Espíritu presente en las Escrituras y el Espíritu que habita en él por la gracia bautismal. Más que orar con sus propias palabras, se hace eco de los «gemidos inenarrables» de los que habla san Pablo (cf. Rm 8,26), con los cuales el Espíritu del Señor impulsa a los creyentes a unirse a la invocación característica de Jesús: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15; Ga 4,6).

Los antiguos monjes estaban tan seguros de esta verdad, que no se preocupaban de cantar los salmos en su lengua materna, pues les bastaba la convicción de que eran, de algún modo, «órganos» del Espíritu Santo. Estaban convencidos de que por su fe los versículos de los salmos les proporcionaban una «energía» particular del Espíritu Santo. Esa misma convicción se manifiesta en la utilización característica de los salmos que se llamó «oración jaculatoria» -de la palabra latina *iaculum*, es decir, dardo- para indicar expresiones salmódicas brevísimas que podían ser «lanzadas», casi como flechas incendiarias, por ejemplo contra las tentaciones. Juan Casiano, escritor que vivió entre los siglos IV y V, recuerda que algunos monjes habían descubierto la eficacia extraordinaria del brevísimo *incipit* del salmo 69: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme», que desde entonces se convirtió en el pórtico de ingreso de la Liturgia de las Horas.

2. Además de la presencia del Espíritu Santo, otra dimensión importante es la de la acción sacerdotal que Cristo realiza en esta oración, asociando a sí a la Iglesia su esposa. A este respecto, precisamente refiriéndose a la Liturgia de las Horas, el concilio Vaticano II enseña: «El sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Jesucristo (...) une a sí toda la comunidad humana y la asocia al canto de este divino himno de alabanza. En efecto, esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que no sólo en la celebración de la Eucaristía, sino también de otros modos, sobre todo recitando el Oficio divino, alaba al Señor sin interrupción e intercede por la salvación del mundo entero» (SC 83).

También la Liturgia de las Horas, por consiguiente, tiene el carácter de oración pública, en la que la Iglesia está particularmente implicada. Así, es iluminador redescubrir cómo la Iglesia fue definiendo progresivamente este compromiso específico suyo de oración realizada de acuerdo con las diversas fases del día. Para ello es preciso remontarse a los primeros tiempos de la comunidad apostólica, cuando aún existía un estrecho vínculo entre la oración cristiana y las así llamadas «plegarias legales» - es decir, prescritas por la Ley de Moisés- que se rezaban en determinadas horas del día en el templo de Jerusalén. El libro de los Hechos de los Apóstoles dice que «acudían al templo todos los días» (Hch 2,46) o que «subían al templo para la oración de la hora nona» (Hch 3,1). Y, por otra parte, sabemos también que las «plegarias legales» por excelencia eran precisamente la de la mañana y la de la tarde.

3. Gradualmente los discípulos de Jesús descubrieron algunos salmos particularmente adecuados para determinados momentos del día, de la semana o del año, viendo en ellos un sentido profundo en relación con el misterio cristiano. Un testigo autorizado de este proceso es san Cipriano, que, en la primera mitad del siglo III, escribe: «Es necesario orar al inicio del día para celebrar con la oración de la mañana la resurrección del Señor. Eso corresponde a lo que una vez el Espíritu Santo indicó en los Salmos con estas palabras: "Rey mío y Dios mío. A ti te suplico, Señor, por la mañana escucharás mi voz, por la mañana

te expongo mi causa y me quedo aguardando" (Sal 5,3-4). (...) Luego, cuando se pone el sol y declina el día, es preciso hacer nuevamente oración. En efecto, dado que Cristo es el verdadero sol y el verdadero día, en el momento en que declinan el sol y el día del mundo, pidiendo en la oración que vuelva a brillar sobre nosotros la luz, invocamos que Cristo nos traiga de nuevo la gracia de la luz eterna» (PL 39,655).

4. La tradición cristiana no se limitó a perpetuar la judía, sino que innovó algunas cosas, que acabaron por caracterizar de forma diversa toda la experiencia de oración que vivieron los discípulos de Jesús. En efecto, además de rezar, por la mañana y por la tarde, el *padrenuestro*, los cristianos escogieron con libertad los salmos para celebrar con ellos su oración diaria. A lo largo de la historia, este proceso sugirió la utilización de determinados salmos para algunos momentos de fe particularmente significativos. Entre estos ocupaba el primer lugar la *oración de la vigilia*, que preparaba para el día del Señor, el domingo, en el cual se celebraba la Pascua de Resurrección.

Una característica típicamente cristiana fue, luego, la doxología trinitaria, que se añadió al final de cada salmo y cántico: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo». Así cada salmo y cántico es iluminado por la plenitud de Dios.

5. La oración cristiana nace, se alimenta y se desarrolla en torno al evento por excelencia de la fe: el misterio pascual de Cristo. De esta forma, por la mañana y por la tarde, al salir y al ponerse el sol, se recordaba la Pascua, el paso del Señor de la muerte a la vida. El símbolo de Cristo «luz del mundo» es la lámpara encendida durante la oración de Vísperas, que por eso se llama también *lucernario*. Las *horas del día* remiten a su vez al relato de la pasión del Señor, y la hora *Tertia* también a la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Por último, *la oración de la noche* tiene carácter escatológico, pues evoca la vigilancia recomendada por Jesús en la espera de su vuelta (cf. Mc 13,35-37).

Al hacer su oración con esta cadencia, los cristianos respondieron al mandato del Señor de «orar sin cesar» (cf. Lc 18,1; 21,36; 1 Ts 5,17; Ef 6,18), pero sin olvidar que, de algún modo, toda la vida debe convertirse en oración. A este respecto escribe Orígenes: «Ora sin cesar quien une oración a las obras y obras a la oración» (PG 11,452c).

Este horizonte en su conjunto constituye el *hábitat* natural del rezo de los salmos. Si se sienten y se viven así, la *doxología trinitaria* que corona todo salmo se transforma, para cada creyente en Cristo, en una continua inmersión, en la ola del Espíritu y en comunión con todo el pueblo de Dios, en el océano de vida y de paz en el que se halla sumergido con el bautismo, o sea, en el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Juan Pablo II, Catequesis del miércoles 4 de abril de 2001

I Semana del Salterio

LAUDES DEL DOMINGO DE LA I SEMANA

SALMO 62, 2-9

“El alma sedienta de Dios”

²Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

³¿Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!

⁴Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

⁵Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.

⁶Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.

⁷En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,

⁸porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;

⁹mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 25 de abril de 2001]

1. El salmo 62, que la Liturgia de las Horas nos propone para las Laudes del domingo en la semana primera, es el salmo del amor místico, que celebra la adhesión total a Dios, partiendo de un anhelo casi físico y llegando a su plenitud en un abrazo íntimo y perenne. La oración se hace deseo, sed y hambre, porque implica el alma y el cuerpo.

Como escribe santa Teresa de Ávila, «sed me parece a mí quiere decir deseo de una cosa que nos hace tan gran falta que, si nos falta, nos mata» (Camino de perfección, c. 19). La liturgia nos propone las primeras dos estrofas del salmo, centradas precisamente en los símbolos de la sed y del hambre, mientras la tercera estrofa nos presenta un horizonte oscuro, el del juicio divino sobre el mal, en contraste con la luminosidad y la dulzura del resto del salmo.

2. Así pues, comenzamos nuestra meditación con el primer canto, el de la sed de Dios (cf. versículos 2-4). Es el alba, el sol está surgiendo en el cielo terso de la Tierra Santa y el orante comienza su jornada dirigiéndose al templo para buscar la luz de Dios. Tiene necesidad de ese encuentro con el Señor de modo casi instintivo, se podría decir «físico». De la misma manera que la tierra árida está muerta, hasta que la riega la lluvia, y a causa de sus grietas parece una boca sedienta y seca, así el fiel anhela a Dios para ser saciado por él y para poder estar en comunión con él.

Ya el profeta Jeremías había proclamado: el Señor es «manantial de aguas vivas», y había reprimido al pueblo por haber construido «cisternas agrietadas, que no retienen el agua» (Jr 2,13). Jesús mismo exclamará en voz alta: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba, el que crea en mí» (Jn 7,37-38). En pleno mediodía de una jornada soleada y silenciosa, promete a la samaritana: «El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna» (Jn 4,14).

3. Con respecto a este tema, la oración del salmo 62 se entrelaza con el canto de otro estupendo salmo, el 41: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo» (vv. 2-3). Ahora bien, en hebreo, la lengua del Antiguo Testamento, «el alma» se expresa con el término nefesh, que en algunos textos designa la «garganta» y en muchos otros se extiende para indicar todo el ser de la persona. El vocablo, entendido en estas dimensiones, ayuda a comprender cuán esencial y profunda es la necesidad de Dios: sin él falta la respiración e incluso la vida. Por eso, el salmista llega a poner en segundo plano la misma existencia física, cuando no hay unión con Dios: «Tu gracia vale más que la vida» (Sal 62,4). También en el salmo 72 el salmista repite al Señor: «Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen: ¡Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre! (...) Para mí, mi bien es estar junto a Dios» (vv. 25-28).

4. Después del canto de la sed, las palabras del salmista modulan el canto del hambre (cf. Sal 62,6-9). Probablemente, con las imágenes del «gran banquete» y de la saciedad, el orante remite a uno de los sacrificios que se celebraban en el templo de Sión: el llamado «de comunión», o sea, un banquete sagrado en el que los fieles comían la carne de las víctimas inmoladas. Otra necesidad fundamental de la vida se usa aquí como símbolo de la comunión con Dios: el hambre se sacia cuando se escucha la palabra divina y se encuentra al Señor. En efecto, «no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor» (Dt 8,3; cf. Mt 4,4). Aquí el cristiano piensa en el banquete que Cristo preparó la

última noche de su vida terrena y cuyo valor profundo ya había explicado en el discurso de Cafarnaúm: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,55-56).

5. A través del alimento místico de la comunión con Dios «el alma se une a él», como dice el salmista. Una vez más, la palabra «alma» evoca a todo el ser humano. No por nada se habla de un abrazo, de una unión casi física: Dios y el hombre están ya en plena comunión, y en los labios de la criatura no puede menos de brotar la alabanza gozosa y agradecida. Incluso cuando atravesamos una noche oscura, nos sentimos protegidos por las alas de Dios, como el arca de la alianza estaba cubierta por las alas de los querubines. Y entonces florece la expresión estática de la alegría: «A la sombra de tus alas canto con júbilo» (Sal 62,8). El miedo desaparece, el abrazo no encuentra el vacío sino a Dios mismo; nuestra mano se estrecha con la fuerza de su diestra (cf. Sal 62,9).

6. En una lectura de este salmo a la luz del misterio pascual, la sed y el hambre que nos impulsan hacia Dios, se sacian en Cristo crucificado y resucitado, del que nos viene, por el don del Espíritu y de los sacramentos, la vida nueva y el alimento que la sostiene.

Nos lo recuerda san Juan Crisóstomo, que, comentando las palabras de san Juan: de su costado «salió sangre y agua» (cf. Jn 19,34), afirma: «Esa sangre y esa agua son símbolos del bautismo y de los misterios», es decir, de la Eucaristía. Y concluye: «¿Veis cómo Cristo se unió a su esposa? ¿Veis con qué nos alimenta a todos? Con ese mismo alimento hemos sido formados y crecemos. En efecto, como la mujer alimenta al hijo que ha engendrado con su propia sangre y leche, así también Cristo alimenta continuamente con su sangre a aquel que él mismo ha engendrado» (Homilía III dirigida a los neófitos, 16-19, pássim: SC 50 bis, 160-162).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 62 es, probablemente, la oración de un levita, desterrado de Jerusalén y alejado del templo, que recuerda con añoranza los días felices en que contemplaba a Dios en el santuario, viendo su fuerza y su gloria. Ahora la situación ha cambiado, pero el deseo y la esperanza de contemplar nuevamente el santuario perseveran. Alejado del templo, su alma se siente como tierra reseca, agostada, sin agua, pero el espíritu no desfallece, pues Dios volverá a otorgarle los antiguos favores, con mayor abundancia si cabe: Mis labios te alabarán nuevamente jubilosos, me saciaré como de enjundia y de manteca.

El alma del salmista está, desde el primer momento del día - por ti madrugó-, toda ella en tensión esperanzada hacia

Jerusalén. Por ello su oración puede ser la expresión de la oración cristiana, sobre todo en esta primera hora del domingo. También nosotros, aunque quizá hoy nos encontremos como tierra reseca, agostada, sin agua, contemplamos la fuerza y la gloria de Dios en la carne del Resucitado; y este recuerdo alienta nuestra esperanza. Nuestra alma está sedienta de Dios, de felicidad, de vida, pero, como el salmista, estamos ciertos de que en el reino de Dios nos saciaremos como de enjundia y de manteca; y, si por un momento hemos de vivir aún en la dificultad y la noche, a la sombra de las alas del Señor esperamos tranquilos.

CÁNTICO DE LOS TRES JÓVENES, DN 3, 57-88.56

Toda la creación alabe al Señor

⁵⁷Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

⁵⁸Angeles del Señor, bendecid al Señor;
⁵⁹cielos, bendecid al Señor.

⁶⁰Aguas del espacio, bendecid al Señor;
⁶¹ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

⁶²Sol y luna, bendecid al Señor;
⁶³astros del cielo, bendecid al Señor.

⁶⁴Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
⁶⁵vientos todos, bendecid al Señor.

⁶⁶Fuego y calor, bendecid al Señor;
⁶⁷fríos y heladas, bendecid al Señor.

⁶⁸Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
⁶⁹témpanos y hielos, bendecid al Señor.

⁷⁰Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
⁷¹noche y día, bendecid al Señor.

⁷²Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
⁷³rayos y nubes, bendecid al Señor.

⁷⁴Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.

⁷⁵Montes y cumbres, bendecid al Señor;
⁷⁶cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

⁷⁷Manantiales, bendecid al Señor;

⁷⁸mares y ríos, bendecid al Señor.

⁷⁹Cetáceos y peces, bendecid al Señor;

⁸⁰aves del cielo, bendecid al Señor.

⁸¹Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

⁸²Hijos de los hombres, bendecid al Señor;

⁸³bendiga Israel al Señor.

⁸⁴Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;

⁸⁵siervos del Señor, bendecid al Señor.

⁸⁶Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;

⁸⁷santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

⁸⁸Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu
Santo, ensalcémoslo con himnos por los siglos.

⁵⁶Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 2 de mayo de 2001]

1. «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor» (Dn 3,57). Este cántico, tomado del libro de Daniel, que la Liturgia de las Horas nos propone para las Laudes del domingo en las semanas primera y tercera, tiene una dimensión cósmica. Y esta estupenda plegaria en forma de letanía corresponde muy bien al dies Domini, al día del Señor, que en Cristo resucitado nos hace contemplar el culmen del designio de Dios sobre el cosmos y sobre la historia. En efecto, en Él, alfa y omega, principio y fin de la historia (cf. Ap 22,13), encuentra su pleno sentido la creación misma, puesto que, como recuerda san Juan en el prólogo de su evangelio, «todo fue hecho por él» (Jn 1,3). En la resurrección de Cristo culmina la historia de la salvación, abriendo las vicisitudes humanas al don del Espíritu y de la adopción filial, en espera de la vuelta del Esposo divino, que entregará el mundo a Dios Padre (cf. 1 Co 15,24).

2. En este pasaje, en forma de letanía, se pasa revista a todas las cosas. La mirada se dirige al sol, a la luna, a los astros; se posa

sobre la inmensa extensión de las aguas; se eleva hacia los montes; recorre las más diversas situaciones atmosféricas; pasa del calor al frío, de la luz a las tinieblas; considera el mundo mineral y el vegetal; se detiene en las diversas especies de animales. Luego el llamamiento se hace universal: convoca a los ángeles de Dios, y llega a todos los «hijos de los hombres», pero implica de modo particular al pueblo de Dios, Israel, a sus sacerdotes, a los justos. Es un inmenso coro, una sinfonía en la que las diversas voces elevan su canto a Dios, Creador del universo y Señor de la historia. Recitado a la luz de la revelación cristiana, se dirige al Dios trinitario, como la liturgia nos invita a hacer al añadir al cántico una fórmula trinitaria: «Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo».

3. En cierto sentido, en este cántico se refleja el alma religiosa universal, que percibe en el mundo la huella de Dios, y se eleva a la contemplación del Creador. Pero en el contexto del libro de Daniel, el himno se presenta como acción de gracias elevada por los tres jóvenes israelitas -Ananías, Azarías y Misael- condenados a morir en un horno de fuego ardiente, por haberse negado a adorar la estatua de oro de Nabucodonosor, pero milagrosamente preservados de las llamas. En el fondo de este evento se halla aquella especial historia de salvación en la que Dios elige a Israel para ser su pueblo y establece con él una alianza. Precisamente a esa alianza quieren permanecer fieles los tres jóvenes israelitas, a costa de sufrir el martirio en el horno de fuego ardiente. Su fidelidad se encuentra con la fidelidad de Dios, que envía un ángel a alejar de ellos las llamas (cf. Dn 3,49).

De ese modo, el cántico se sitúa en la línea de los cantos de alabanza de quienes han sido librados de un peligro, presentes en el Antiguo Testamento. Entre ellos es famoso el canto de victoria recogido en el capítulo 15 del Éxodo, donde los antiguos hebreos expresan su acción de gracias al Señor por aquella noche en la que hubieran sido inevitablemente derrotados por el ejército del faraón si el Señor no les hubiera abierto un camino entre las aguas, «arrojando en el mar caballo y carro» (Ex 15,1).

4. No por casualidad, en la solemne Vigilia pascual, la liturgia nos hace repetir cada año el himno que cantaron los israelitas en el Éxodo. Ese camino abierto para ellos anunciaba proféticamente la nueva senda que Cristo resucitado inauguró para la humanidad en la noche santa de su resurrección de entre los muertos. Nuestro paso simbólico por las aguas del bautismo nos permite revivir una experiencia análoga de paso de la muerte a la vida, gracias a la victoria sobre la muerte que Jesús obtuvo en beneficio de todos nosotros.

Los discípulos de Cristo, al repetir en la liturgia dominical de las Laudes el cántico de los tres jóvenes israelitas, queremos ponernos en sintonía con ellos expresando nuestra gratitud por

las maravillas que ha realizado Dios tanto en la creación como, sobre todo, en el misterio pascual.

En efecto, el cristiano descubre una relación entre la liberación de los tres jóvenes, de los que se habla en el cántico, y la resurrección de Jesús. En esta última, los Hechos de los Apóstoles ven escuchada la oración del creyente que, como el salmista, canta confiado: «No abandonarás mi alma en el Hades ni permitirás que tu santo experimente la corrupción» (Hch 2,27; Sal 15,10).

Referir este cántico a la Resurrección es muy tradicional. Existen testimonios muy antiguos de la presencia de este himno en la oración del día del Señor, Pascua semanal de los cristianos. Las catacumbas romanas conservan vestigios iconográficos en los que se ven los tres jóvenes que oran indemnes entre las llamas, testimoniando así la eficacia de la oración y la certeza de la intervención del Señor.

5. «Bendito el Señor en la bóveda del cielo, alabado y glorioso y ensalzado por los siglos» (Dn 3,56). Al cantar este himno el domingo por la mañana, el cristiano no sólo se siente agradecido por el don de la creación, sino también por ser destinatario de la solicitud paterna de Dios, que en Cristo lo ha elevado a la dignidad de hijo.

Una solicitud paterna que nos hace mirar con ojos nuevos la creación misma y nos hace gustar su belleza, en la que se vislumbra, como en filigrana, el amor de Dios. Con estos sentimientos san Francisco de Asís contemplaba la creación y elevaba su alabanza a Dios, manantial último de toda belleza. Viene espontáneo imaginar que las elevaciones de este texto bíblico resonaran en su alma cuando, en San Damián, después de haber alcanzado la cima del sufrimiento en su cuerpo y en su espíritu, compuso el «Cántico del hermano sol». [que añadimos a continuación en esta versión]:

Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.

A ti solo, Altísimo, corresponden, y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano sol, el cual es día, y por el cual nos alumbras.

Y él es bello y radiante con gran esplendor, de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento, y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche, y él es bello y alegre y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna, y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.

Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor, y soportan enfermedad y tribulación.

Bienaventurados aquellos que las soporten en paz, porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!: bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima voluntad, porque la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor, y dadle gracias y servidle con gran humildad.

Monición para el cántico del Padre Farnés

La escena de los tres jóvenes en el horno de Babilonia es una de las páginas del Antiguo Testamento que más ha usado la Iglesia desde los tiempos primitivos, como lo prueba ya la antigua iconografía de las catacumbas.

La comunidad cristiana -sobre todo la que vivió las grandes persecuciones de los comienzos- veía en los jóvenes martirizados por el rey Nabucodonosor, que, en medio de las llamas y como si no sintieran el tormento del fuego, cantaban unánimes a Dios, una imagen evocadora de la actitud de la Iglesia. Perseguida por los poderes del mundo, sometida a los sufrimientos del martirio, la comunidad de Jesús se siente como refrigerada por una suave brisa, que no es otra sino la esperanza que le infunde la contemplación del Resucitado. También él fue perseguido y martirizado y, tras un breve sufrir, venció la muerte y ahora se sienta, feliz y glorioso, a la derecha del Padre.

La Iglesia de nuestros días necesita también este aliento; el domingo que estamos celebrando quiere infundirnos esta esperanza. Por muchos que sean los sufrimientos y las dificultades, el recuerdo de la resurrección, que hoy celebramos los cristianos, debe constituir como una brisa refrescante que, transportándonos en la esperanza al reino escatológico, donde Cristo reina, nos impida sucumbir ante la tristeza y nos haga vivir tranquilamente dedicados a la alabanza, como los tres jóvenes del horno de Babilonia.

SALMO 149

Alegría de los santos

¹¡Aleluya! Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;

²que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey.

³Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;

⁴porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes.

⁵Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:

⁶con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

⁷para tomar venganza de los pueblos
y aplicar el castigo a las naciones,

⁸sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

⁹Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 23 de mayo de 2001]

1. «Que los fieles festejen su gloria, y canten jubilosos en filas». Esta invitación del salmo 149, remite a un alba que está a punto de despuntar y encuentra a los fieles dispuestos a entonar su alabanza matutina. El salmo, con una expresión significativa, define esa alabanza «un cántico nuevo» (v. 1), es decir, un himno solemne y perfecto, adecuado para los últimos días, en los que el Señor reunirá a los justos en un mundo renovado. Todo el salmo está impregnado de un clima de fiesta, inaugurado ya con el Aleluya inicial y acompasado luego con cantos, alabanzas, alegría, danzas y el son de tímpanos y cítaras. La oración que este salmo inspira es la acción de gracias de un corazón lleno de júbilo religioso.

2. En el original hebreo del himno, a los protagonistas del salmo se les llama con dos términos característicos de la espiritualidad del Antiguo Testamento. Tres veces se les define ante todo como hasidim (vv. 1, 5 y 9), es decir, «los piadosos, los fieles», los que responden con fidelidad y amor (hesed) al amor paternal del Señor.

La segunda parte del salmo resulta sorprendente, porque abunda en expresiones bélicas. Resulta extraño que, en un mismo versículo, el salmo ponga juntamente «vítores a Dios en la boca» y «espadas de dos filos en las manos» (v. 6). Reflexionando, podemos comprender el porqué: el salmo fue compuesto para «fieles» que militaban en una guerra de liberación; combatían para librar a su pueblo oprimido y devolverle la posibilidad de servir a Dios. Durante la época de los Macabeos, en el siglo II a. C., los que combatían por la libertad y por la fe, sometidos a dura represión por parte del poder helenístico, se llamaban precisamente hasidim, «los fieles» a la palabra de Dios y a las tradiciones de los padres.

3. Desde la perspectiva actual de nuestra oración, esta simbología bélica resulta una imagen de nuestro compromiso de creyentes que, después de cantar a Dios la alabanza matutina, andamos por los caminos del mundo, en medio del mal y de la injusticia. Por desgracia, las fuerzas que se oponen al reino de Dios son formidables: el salmista habla de «pueblos, naciones, reyes y nobles». A pesar de todo, mantiene la confianza, porque sabe que a su lado está el Señor, que es el auténtico Rey de la historia (v. 2). Por consiguiente, su victoria sobre el mal es segura y será el triunfo del amor. En esta lucha participan todos los hasidim, todos los fieles y los justos, que, con la fuerza del Espíritu, llevan a término la obra admirable llamada reino de Dios.

4. San Agustín, tomando como punto de partida el hecho de que el salmo habla de «coro» y de «tímpanos y cítaras», comenta: «¿Qué es lo que constituye un coro? (...) El coro es un conjunto de personas que cantan juntas. Si cantamos en coro debemos cantar con armonía. Cuando se canta en coro, incluso una sola voz desentonada molesta al que oye y crea confusión en el coro mismo» (Enarr. in Ps. 149: CCL 40, 7, 1-4).

Luego, refiriéndose a los instrumentos utilizados por el salmista, se pregunta: «¿Por qué el salmista usa el tímpano y el salterio?». Responde: «Para que no sólo la voz alabe al Señor, sino también las obras. Cuando se utilizan el tímpano y el salterio, las manos se armonizan con la voz. Eso es lo que debes hacer tú. Cuando cantes el aleluya, debes dar pan al hambriento, vestir al desnudo y acoger al peregrino. Si lo haces, no sólo canta la voz, sino que también las manos se armonizan con la voz, pues las palabras concuerdan con las obras» (ib., 8,1-4).

5. Hay un segundo vocablo con el que se definen los orantes de este salmo: son los anawim, es decir, «los pobres, los humildes» (v. 4). Esta expresión es muy frecuente en el Salterio y no sólo indica a los oprimidos, a los pobres y a los perseguidos por la justicia, sino también a los que, siendo fieles a los compromisos morales de la alianza con Dios, son marginados por los que escogen la violencia, la riqueza y la prepotencia. Desde esta perspectiva se comprende que los «pobres» no sólo constituyen

una clase social, sino también una opción espiritual. Este es el sentido de la célebre primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). Ya el profeta Sofonías se dirigía así a los anawim: «Buscad al Señor, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el día de la cólera del Señor» (So 2,3).

6. Ahora bien, el «día de la cólera del Señor» es precisamente el que se describe en la segunda parte del salmo, cuando los «pobres» se ponen de parte de Dios para luchar contra el mal. Por sí mismos, no tienen la fuerza suficiente, ni los medios, ni las estrategias necesarias para oponerse a la irrupción del mal. Sin embargo, la frase del salmista es categórica: «El Señor ama a su pueblo, y adorna con la victoria a los humildes (anawim)» (v. 4). Se cumple idealmente lo que el apóstol san Pablo declara a los Corintios: «Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es» (1 Co 1,28).

Con esta confianza «los hijos de Sión» (v. 2), hasidim y anawim, es decir, los fieles y los pobres, se disponen a vivir su testimonio en el mundo y en la historia. El canto de María recogido en el evangelio de san Lucas -el Magníficat- es el eco de los mejores sentimientos de los «hijos de Sión»: alabanza jubilosa a Dios Salvador, acción de gracias por las obras grandes que ha hecho por ella el Todopoderoso, lucha contra las fuerzas del mal, solidaridad con los pobres y fidelidad al Dios de la alianza (cf. Lc 1,46-55).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Con el salmo 149 Israel cantaba la especial protección de Dios para con su pueblo y las victorias de Yahvé frente a los enemigos. Este salmo, recitado en el domingo, a nosotros, nuevo Israel de Dios, nos invita también a cantar al Señor que ama a su pueblo y adorna con la victoria a los humildes.

Que el júbilo y la alabanza sean, pues, el trasfondo de nuestra jornada y de la oración de este día; que ante la creación, cuyo inicio tuvo lugar en domingo, se alegre Israel por su Creador; que ante la resurrección de Cristo, también realizada en este día y en esta hora primera de la jornada, los fieles festejemos la gloria del Resucitado, con vítores a Dios en la boca.

Cantemos también la perspectiva escatológica en la que nos introduce la victoria pascual del domingo: se ejecutará la sentencia dictada. La venganza de los pueblos, el castigo a las naciones, la sujeción de sus reyes y de sus nobles con esposas de hierro son otras tantas imágenes que nos describen poéticamente la aniquilación definitiva del poder del mal. Ejecutar este plan de Dios es un honor para nosotros, sus fieles.

LAUDES DEL LUNES DE LA I SEMANA

SALMO 5, 2-10. 12-13

Oración de la mañana de un justo perseguido

²Señor, escucha mis palabras,
atiende a mis gemidos,
³haz caso de mis gritos de auxilio,
Rey mío y Dios mío.

A ti te suplico, Señor;
⁴por la mañana escucharás mi voz,
por la mañana te expongo mi causa,
y me quedo aguardando.

⁵Tú no eres un Dios que ame la maldad,
ni el malvado es tu huésped,
⁶ni el arrogante se mantiene en tu presencia.

Detestas a los malhechores,
⁷destruyes a los mentirosos;
al hombre sanguinario y traicionero
lo aborrece el Señor.

⁸Pero yo, por tu gran bondad,
entraré en tu casa,
me postraré ante tu templo santo
con toda reverencia.

⁹Señor, guíame con tu justicia,
porque tengo enemigos;
alláname tu camino.

¹⁰En su boca no hay sinceridad,
su corazón es perverso;
su garganta es un sepulcro abierto,
mientras halagan con la lengua.

¹²Que se alegren los que se acogen a ti,
con júbilo eterno;
protégelos, para que se llenen de gozo
los que aman tu nombre.

¹³Porque tú, Señor, bendices al justo,
y como un escudo lo rodea tu favor.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 30 de mayo de 2001]

1. «Por la mañana escucharás mi voz; por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando». Con estas palabras, el salmo 5 se presenta como una oración de la mañana y, por tanto, se sitúa muy bien en la liturgia de las Laudes, el canto de los fieles al inicio de la jornada. Sin embargo, el tono de fondo de esta súplica está marcado por la tensión y el ansia ante los peligros y las amarguras inminentes. Pero no pierde la confianza en Dios, que siempre está dispuesto a sostener a sus fieles para que no tropiecen en el camino de la vida.

«Nadie, salvo la Iglesia, posee esa confianza», dice san Jerónimo (PL 26,829). Y san Agustín, refiriéndose al título que se halla al inicio del salmo (v. 1), un título que en su versión latina reza: «Para aquella que recibe la herencia», explica: «Se trata, por consiguiente, de la Iglesia, que recibe en herencia la vida eterna por medio de nuestro Señor Jesucristo, de modo que posee a Dios mismo, se adhiere a él, y encuentra en él su felicidad, de acuerdo con lo que está escrito: "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra" (Mt 5,4)» (CCL 38,1,2-3).

2. Como acontece a menudo en los salmos de súplica dirigidos al Señor para que libre a los fieles del mal, son tres los personajes que entran en escena en este salmo. El primero es Dios (vv. 2-7), el Tú por excelencia del salmo, al que el orante se dirige con confianza. Frente a las pesadillas de una jornada dura y tal vez peligrosa, destaca una certeza. El Señor es un Dios coherente, riguroso en lo que respecta a la injusticia y ajeno a cualquier componenda con el mal: «Tú no eres un Dios que ame la maldad» (v. 5).

Una larga lista de personas malas -el malvado, el arrogante, el malhechor, el mentiroso, el sanguinario y el traicionero- desfila ante la mirada del Señor. Él es el Dios santo y justo, y está siempre de parte de quienes siguen los caminos de la verdad y del amor, mientras que se opone a quienes escogen «los senderos que llevan al reino de las sombras» (cf. Pr 2,18). Por eso el fiel no se siente solo y abandonado al afrontar la ciudad, penetrando en la sociedad y en el torbellino de las vicisitudes diarias.

3. En los versículos 8 y 9 de nuestra oración matutina, el segundo personaje, el orante, se presenta a sí mismo con un Yo, revelando que toda su persona está dedicada a Dios y a su «gran misericordia». Está seguro de que las puertas del templo, es decir, el lugar de la comunión y de la intimidad divina, cerradas para los impíos, están abiertas de par en par ante él. El entra en el templo para gozar de la seguridad de la protección divina, mientras afuera el mal domina y celebra sus aparentes y efímeros triunfos.

La oración matutina en el templo proporciona al fiel una fortaleza interior que le permite afrontar un mundo a menudo hostil. El Señor mismo lo tomará de la mano y lo guiará por las sendas de la ciudad, más aún, le «allanará el camino», como dice el salmista con una imagen sencilla pero sugestiva. En el original hebreo, esta serena confianza se funda en dos términos (hésed y sedaqáh): «misericordia o fidelidad», por una parte, y «justicia o salvación», por otra. Son las palabras típicas para celebrar la alianza que une al Señor con su pueblo y con cada uno de sus fieles.

4. Por último, se perfila en el horizonte la oscura figura del tercer actor de este drama diario: son los enemigos, los malvados, que ya se habían insinuado en los versículos anteriores. Después del «Tú» de Dios y del «Yo» del orante, viene ahora un «Ellos» que alude a una masa hostil, símbolo del mal del mundo (vv. 10 y 11). Su fisonomía se presenta sobre la base de un elemento fundamental en la comunicación social: la palabra. Cuatro elementos -boca, corazón, garganta y lengua- expresan la radicalidad de la malicia que encierran sus opciones. En su boca no hay sinceridad, su corazón es siempre perverso, su garganta es un sepulcro abierto, que sólo quiere la muerte, y su lengua es seductora, pero «está llena de veneno mortífero» (St 3,8).

5. Después de este retrato crudo y realista del perverso que atenta contra el justo, el salmista invoca la condena divina en un versículo (v. 11), que la liturgia cristiana omite, queriendo así conformarse a la revelación neo-testamentaria del amor misericordioso, el cual ofrece incluso al malvado la posibilidad de conversión.

La oración del salmista culmina en un final lleno de luz y de paz (vv. 12-13), después del oscuro perfil del pecador que acaba de dibujar. Una gran serenidad y alegría embarga a quien es fiel al Señor. La jornada que se abre ahora ante el creyente, aun en medio de fatigas y ansias, resplandecerá siempre con el sol de la bendición divina. Al salmista, que conoce a fondo el corazón y el estilo de Dios, no le cabe la menor duda: «Tú, Señor, bendices al justo y como un escudo lo rodea tu favor» (v. 13).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmista es un levita injustamente acusado que, en su aflicción, acude por la mañana al templo y presenta a Dios su súplica confiada. Este salmo, puesto en labios de un cristiano y recitado por la Iglesia al empezar el día, es una invitación a que, llenos de esperanza, pongamos en manos de Dios todas las preocupaciones del día que empieza: «Señor, tú no eres un Dios que ame la maldad; yo deseo durante este día caminar por tus sendas, pero, tú lo sabes, tengo enemigos que dificultarán mi propósito: mi debilidad, mi inconstancia, el ambiente. *Atiéndeme*, pues, ante tanta dificultad, *te expongo mi causa, y me quedo aguardando* en paz, seguro de que tu ayuda no me va a faltar. *Guíame*, Señor, durante toda la jornada *con tu justicia, alláname tu camino*, tú que, porque *detestas a los malhechores*, deseas que todos seamos justos en tu presencia».

CÁNTICO DE DAVID, 1 COR 29,10-13

Sólo a Dios honor y gloria

¹⁰Bendito eres, Señor,
Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos.

¹¹Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, el esplendor, la majestad,
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra,
tú eres rey y soberano de todo.

¹²De ti viene la riqueza y la gloria,
tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandeces y confortas a todos.

¹³Por eso, Dios nuestro,
nosotros te damos gracias,
alabando tu nombre glorioso.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 6 de junio de 2001]

1. «Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel» (1 Cro 29,10). Este intenso cántico de alabanza, que el primer libro de las Crónicas pone en labios de David, nos hace revivir el gran júbilo con que la comunidad de la antigua alianza acogió los grandes preparativos realizados con vistas a la construcción del templo, fruto del esfuerzo común del rey y de tantos que colaboraron con él. Fue una especie de competición de

generosidad, porque lo exigía una morada que no era «para un hombre, sino para el Señor Dios» (1 Cro 29,1).

El Cronista, releyendo después de siglos aquel acontecimiento, intuye los sentimientos de David y de todo el pueblo, su alegría y admiración hacia los que habían dado su contribución: «El pueblo se alegró por estas ofrendas voluntarias; porque de todo corazón las habían ofrecido espontáneamente al Señor. También el rey David tuvo un gran gozo» (1 Cro 29,9).

2. En ese contexto brota el cántico. Sin embargo, sólo alude brevemente a la satisfacción humana, para centrar en seguida la atención en la gloria de Dios: «Tuyos son, Señor, la grandeza (...) y el reino». La gran tentación que acecha siempre, cuando se realizan obras para el Señor, consiste en ponerse a sí mismos en el centro, casi sintiéndose acreedores de Dios. David, por el contrario, lo atribuye todo al Señor. No es el hombre, con su inteligencia y su fuerza, el primer artífice de lo que se ha llevado a cabo, sino Dios mismo.

David expresa así la profunda verdad según la cual todo es gracia. En cierto sentido, cuanto se entrega para el templo no es más que una restitución, por lo demás sumamente escasa, de lo que Israel ha recibido en el inestimable don de la alianza sellada por Dios con los padres. En esa misma línea David atribuye al Señor el mérito de todo lo que ha constituido su éxito, tanto en el campo militar como en el político y económico. Todo viene de él.

3. De aquí brota el espíritu contemplativo de estos versículos. Parece que al autor del cántico no le bastan las palabras para proclamar la grandeza y el poder de Dios. Ante todo lo contempla en la especial paternidad que ha mostrado a Israel, «nuestro padre». Este es el primer título que exige alabanza «por los siglos de los siglos». Los cristianos, al recitar estas palabras, no podemos menos de recordar que esa paternidad se reveló de modo pleno en la encarnación del Hijo de Dios. Él, y sólo él, puede hablar a Dios llamándolo, en sentido propio y afectuosamente, «Abbá» (Mc 14,36). Al mismo tiempo, por el don del Espíritu, se nos participa su filiación, que nos hace «hijos en el Hijo». La bendición del antiguo Israel por Dios Padre cobra para nosotros la intensidad que Jesús nos manifestó al enseñarnos a llamar a Dios «Padre nuestro».

4. Partiendo de la historia de la salvación, la mirada del autor bíblico se ensancha luego hasta el universo entero, para contemplar la grandeza de Dios creador: «Tuyo es cuanto hay en cielo y tierra». Y también: «Tú eres (...) soberano de todo». Como en el salmo 8, el orante de nuestro cántico alza la cabeza hacia la ilimitada amplitud de los cielos; luego, asombrado, extiende su mirada hacia la inmensidad de la tierra, y lo ve todo sometido al dominio del Creador. ¿Cómo expresar la

gloria de Dios? Las palabras se atropellan, en una especie de clímax místico: grandeza, poder, gloria, esplendor, majestad, y luego también poder y fuerza.

Cuanto de hermoso y grande experimenta el hombre debe referirse a Aquel que es el origen de todo y que lo gobierna todo. El hombre sabe que cuanto posee es don de Dios, como lo subraya David al proseguir en el cántico: «Pues, ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos ofrecerte estos donativos? Porque todo viene de ti, y de tu mano te lo damos» (1 Cro 29,14).

5. Esta convicción de que la realidad es don de Dios nos ayuda a unir los sentimientos de alabanza y de gratitud del cántico con la espiritualidad «oblativa» que la liturgia cristiana nos hace vivir sobre todo en la celebración eucarística. Es lo que se desprende de la doble oración con que el sacerdote ofrece el pan y el vino destinados a convertirse en el Cuerpo y la Sangre de Cristo: «Bendito seas Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros pan de vida». Esa oración se repite para el vino. Análogos sentimientos nos sugieren tanto la *Divina Liturgia* bizantina como el antiguo *Canon romano* cuando, en la anámnesis eucarística, expresan la conciencia de ofrecer como don a Dios lo que hemos recibido de él.

6. El cántico, contemplando la experiencia humana de la riqueza y del poder, nos brinda una última aplicación de esta visión de Dios. Esas dos dimensiones se manifestaron mientras David preparaba todo lo necesario para la construcción del templo. Se le presentaba como tentación lo que constituye una tentación universal: actuar como si fuéramos árbitros absolutos de lo que poseemos, enorgullecernos por ello y avasallar a los demás. La oración de este cántico impulsa al hombre a tomar conciencia de su dimensión de «pobre» que lo recibe todo.

Así pues, los reyes de esta tierra son sólo una imagen de la realeza divina: «Tuyo es el reino, Señor». Los ricos no pueden olvidar el origen de sus bienes. «De ti vienen la riqueza y la gloria». Los poderosos deben saber reconocer en Dios la fuente del «poder y la fuerza». El cristiano está llamado a leer estas expresiones contemplando con júbilo a Cristo resucitado, glorificado por Dios «por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación» (Ef 1,21). Cristo es el verdadero Rey del universo.

Monición para el cántico del Padre Farnés

Próximo ya a su muerte, David congrega al pueblo y, después de anunciarle las grandes riquezas que ha reunido para el futuro templo, exhorta a los israelitas a que contribuyan también con sus dones a la edificación de una morada digna de

Dios. El pueblo ofrece, entonces, con generosidad sus presentes, y el rey entona este himno, en el que confiesa que, si las riquezas ofrecidas han sido muchas, el mismo Señor es la fuente de ellas y de todo bien; por tanto, todo lo que el pueblo ha ofrecido era ya propiedad de Dios.

Utilicemos hoy este cántico para ofrecer nuestro día y nuestras obras al que es dueño supremo de todo. Todo el bien que hay en nosotros proviene de Dios, como lo decía ya san Ignacio de Loyola, en la bella plegaria que podría ser un buen comentario a este cántico: «Recibe, Señor, mi libertad, acepta mi memoria, mi inteligencia, mi voluntad; todo lo que tengo o poseo, tú me lo diste; a ti te lo devuelvo todo, y todo lo pongo a tu disposición».

SALMO 28

Manifestación de Dios en la tempestad

¹Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
²aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado.

³La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.

⁴La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica,

⁵la voz del Señor descuaja los cedros,
el Señor descuaja los cedros del Líbano.

⁶Hace brincar al Líbano como a un novillo,
al Sarión como a una cría de búfalo.

⁷La voz del Señor lanza llamas de fuego,

⁸la voz del Señor sacude el desierto,
el Señor sacude el desierto de Cadés.

⁹La voz del Señor retuerce los robles,
el Señor descortezas las selvas.

En su templo un grito unánime: «¡Gloria!»

¹⁰El Señor se sienta por encima del aguacero,
el Señor se sienta como rey eterno.

¹¹El Señor da fuerza a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 13 de junio de 2001]

1. Algunos estudiosos consideran el salmo 28 como uno de los textos más antiguos del Salterio. Es fuerte la imagen que lo sostiene en su desarrollo poético y orante: en efecto, se trata de la descripción progresiva de una tempestad. Se indica en el original hebraico con un vocablo, *qol*, que significa simultáneamente «voz» y «trueno». Por eso algunos comentaristas titulan este texto: «el salmo de los siete truenos», a causa del número de veces que resuena en él ese vocablo. En efecto, se puede decir que el salmista concibe el trueno como un símbolo de la voz divina que, con su misterio trascendente e inalcanzable, irrumpe en la realidad creada hasta estremecerla y asustarla, pero que en su significado más íntimo es palabra de paz y armonía. El pensamiento va aquí al capítulo 12 del cuarto evangelio, donde la muchedumbre escucha como un trueno la voz que responde a Jesús desde el cielo (cf. Jn 12,28-29).

La Liturgia de las Horas, al proponer el salmo 28 para la plegaria de Laudes, nos invita a tomar una actitud de profunda y confiada adoración de la divina Majestad.

2. Son dos los momentos y los lugares a los que el cantor bíblico nos lleva. Ocupa el centro (vv. 3-9) la representación de la tempestad que se desencadena a partir de «las aguas torrenciales» del Mediterráneo. Las aguas marinas, a los ojos del hombre de la Biblia, encarnan el caos que atenta contra la belleza y el esplendor de la creación, hasta corroerla, destruirla y abatirla. Así, al observar la tempestad que arrecia, se descubre el inmenso poder de Dios. El orante ve que el huracán se desplaza hacia el norte y azota la tierra firme. Los altísimos cedros del monte Líbano y del monte Siryón, llamado a veces Hermón, son descuajados por los rayos y parecen saltar bajo los truenos como animales asustados. Los truenos se van acercando, atraviesan toda la Tierra Santa y bajan hacia el sur, hasta las estepas desérticas de Cadés.

3. Después de este cuadro de fuerte movimiento y tensión se nos invita a contemplar, por contraste, otra escena que se representa al inicio y al final del salmo (vv. 1-2 y 9b-11). Al temor y al miedo se contraponen ahora la glorificación adorante de Dios en el templo de Sión.

Hay casi un canal de comunicación que une el santuario de Jerusalén y el santuario celestial: en estos dos ámbitos sagrados hay paz y se eleva la alabanza a la gloria divina. Al ruido ensordecedor de los truenos sigue la armonía del canto litúrgico; el terror da paso a la certeza de la protección divina. Ahora Dios «se sienta por encima del aguacero (...) como rey eterno» (v. 10), es decir, como el Señor y el Soberano supremo de toda la creación.

4. Ante estos dos cuadros antitéticos, el orante es invitado a hacer una doble experiencia. En primer lugar, debe descubrir que el hombre no puede comprender y dominar el misterio de Dios, expresado con el símbolo de la tempestad. Como canta el profeta Isaías, el Señor, a semejanza del rayo o la tempestad, irrumpe en la historia sembrando el pánico en los malvados y en los opresores. Bajo la intervención de su juicio, los adversarios soberbios son descuajados como árboles azotados por un huracán o como cedros destrozados por los rayos divinos (cf. Is 14,7-8).

Desde esta perspectiva resulta evidente lo que un pensador moderno, Rudolph Otto, definió lo tremendum de Dios, es decir, su trascendencia inefable y su presencia de juez justo en la historia de la humanidad. Esta cree vanamente que puede oponerse a su poder soberano. También María exaltará en el Magnificat este aspecto de la acción de Dios: «Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos» (Lc 1,51-52).

5. Con todo, el salmo nos presenta otro aspecto del rostro de Dios: el que se descubre en la intimidad de la oración y en la celebración de la liturgia. Según el pensador citado, es lo fascinatum de Dios, es decir, la fascinación que emana de su gracia, el misterio del amor que se derrama sobre el fiel, la seguridad serena de la bendición reservada al justo. Incluso ante el caos del mal, ante las tempestades de la historia y ante la misma cólera de la justicia divina, el orante se siente en paz, envuelto en el manto de protección que la Providencia ofrece a quien alaba a Dios y sigue sus caminos. En la oración se conoce que el Señor desea verdaderamente dar la paz.

En el templo se calma nuestra inquietud y desaparece nuestro terror; participamos en la liturgia celestial con todos «los hijos de Dios», ángeles y santos. Y por encima de la tempestad, semejante al diluvio destructor de la maldad humana, se alza el arco iris de la bendición divina, que recuerda «la alianza perpetua entre Dios y toda alma viviente, toda carne que existe sobre la tierra» (Gn 9,16).

Este es el principal mensaje que brota de la relectura «cristiana» del salmo. Si los siete «truenos» de nuestro salmo representan la voz de Dios en el cosmos, la expresión más alta de esta voz es aquella con la cual el Padre, en la teofanía del bautismo de Jesús, reveló su identidad más profunda de «Hijo amado» (Mc 1,11 y paralelos). San Basilio escribe: «Tal vez, más místicamente, "la voz del Señor sobre las aguas" resonó cuando vino una voz de las alturas en el bautismo de Jesús y dijo: "Este es mi Hijo amado". En efecto, entonces el Señor aleteaba sobre muchas aguas, santificándolas con el bautismo. El Dios de la gloria tronó desde las alturas con la voz alta de su testimonio (...). Y también se puede entender por "trueno" el cambio que,

después del bautismo, se realiza a través de la gran "voz" del Evangelio» (Homilías sobre los salmos: PG 30,359).

Monición para el salmo del Padre Farnés

La contemplación de una furiosa tempestad, calificada hasta siete veces en este salmo como voz del Señor, eleva el alma del salmista hasta el trono mismo del Señor, que está encima del aguacero. A nosotros este salmo, situado al comienzo del primer día laborable de la semana, nos invita a contemplar la creación -y el mismo trabajo, con sus éxitos- como sacramento manifestativo de la grandeza de Dios.

Es muy posible que este salmo sea como la réplica de Israel a un antiguo himno al dios de la tempestad; en este contexto, nos puede servir de respuesta ante las frecuentes tempestades de nuestro mundo, que pretende divinizar y absolutizar sus propios triunfos y progresos. Del mismo modo que el salmista proclamaba que Dios estaba por encima de la grandiosa tempestad, que a los ojos de muchos de sus contemporáneos era un dios, así nosotros proclamamos que cuanto de grandioso hace el hombre es simplemente la voz del Señor, que ha dado tal poder a sus criaturas, e invitamos a toda la creación a aclamar, junto con nosotros, en el templo de Dios: «Gloria al Señor».

LAUDES DEL MARTES DE LA I SEMANA

SALMO 23

Entrada solemne de Dios en su templo

¹Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe, y todos sus habitantes:

²él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos.

³-¿Quién puede subir al monte del Señor?

¿Quién puede estar en el recinto sacro?

⁴-El hombre de manos inocentes,
y puro corazón,
que no confía en los ídolos
ni jura contra el prójimo en falso.

⁵Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.

⁶-Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob.

⁷¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria.

⁸-¿Quién es ese Rey de la gloria?
-El Señor, héroe valeroso;
el Señor, héroe de la guerra.

⁹¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria.

¹⁰-¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor, Dios de los ejércitos.
Él es el Rey de la gloria.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 20 de junio de 2001]

1. El antiguo canto del pueblo de Dios que acabamos de escuchar, resonaba ante el templo de Jerusalén. Para poder descubrir con claridad el hilo conductor que atraviesa este himno es necesario tener muy presentes tres presupuestos

fundamentales. El primero atañe a la verdad de la creación: Dios creó el mundo y es su Señor. El segundo se refiere al juicio al que somete a sus criaturas: debemos comparecer ante su presencia y ser interrogados sobre nuestras obras. El tercero es el misterio de la venida de Dios: viene en el cosmos y en la historia, y desea tener libre acceso, para entablar con los hombres una relación de profunda comunión. Un comentarista moderno ha escrito: «Se trata de tres formas elementales de la experiencia de Dios y de la relación con Dios; vivimos por obra de Dios, en presencia de Dios y podemos vivir con Dios» (G. Ebeling, *Sobre los Salmos*, Brescia 1973, p. 97).

2. A estos tres presupuestos corresponden las tres partes del salmo 23, que ahora trataremos de profundizar, considerándolas como tres paneles de un tríptico poético y orante. La primera es una breve aclamación al Creador, al cual pertenece la tierra, incluidos sus habitantes (vv. 1-2). Es una especie de profesión de fe en el Señor del cosmos y de la historia. En la antigua visión del mundo, la creación se concebía como una obra arquitectónica: Dios funda la tierra sobre los mares, símbolo de las aguas caóticas y destructoras, signo del límite de las criaturas, condicionadas por la nada y por el mal. La realidad creada está suspendida sobre este abismo, y es la obra creadora y providente de Dios la que la conserva en el ser y en la vida.

3. Desde el horizonte cósmico la perspectiva del salmista se restringe al microcosmos de Sión, «el monte del Señor». Nos encontramos ahora en el segundo cuadro del salmo (vv. 3-6). Estamos ante el templo de Jerusalén. La procesión de los fieles dirige a los custodios de la puerta santa una pregunta de ingreso: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?». Los sacerdotes -como acontece también en algunos otros textos bíblicos llamados por los estudiosos «liturgias de ingreso» (cf. Sal 14; Is 33,14-16; Mi 6,6-8)- responden enumerando las condiciones para poder acceder a la comunión con el Señor en el culto. No se trata de normas meramente rituales y exteriores, que es preciso observar, sino de compromisos morales y existenciales, que es necesario practicar. Es casi un examen de conciencia o un acto penitencial que precede la celebración litúrgica.

4. Son tres las exigencias planteadas por los sacerdotes. Ante todo, es preciso tener «manos inocentes y corazón puro». «Manos» y «corazón» evocan la acción y la intención, es decir, todo el ser del hombre, que se ha de orientar radicalmente hacia Dios y su ley. La segunda exigencia es «no mentir», que en el lenguaje bíblico no sólo remite a la sinceridad, sino sobre todo a la lucha contra la idolatría, pues los ídolos son falsos dioses, es decir, «mentira». Así se reafirma el primer mandamiento del Decálogo, la pureza de la religión y del culto.

Por último, se presenta la tercera condición, que atañe a las relaciones con el prójimo: «No jurar contra el prójimo en falso». Como es sabido, en una civilización oral como la del antiguo Israel, la palabra no podía ser instrumento de engaño; por el contrario, era el símbolo de relaciones sociales inspiradas en la justicia y la rectitud.

5. Así llegamos al tercer cuadro, que describe indirectamente el ingreso festivo de los fieles en el templo para encontrarse con el Señor (vv. 7-10). En un sugestivo juego de llamamientos, preguntas y respuestas, se presenta la revelación progresiva de Dios, marcada por tres títulos solemnes: «Rey de la gloria; Señor valeroso, héroe de la guerra; y Señor de los ejércitos». A las puertas del templo de Sión, personificadas, se las invita a alzar los dinteles para acoger al Señor que va a tomar posesión de su casa.

El escenario triunfal, descrito por el salmo en este tercer cuadro poético, ha sido utilizado por la liturgia cristiana de Oriente y Occidente para recordar tanto el victorioso descenso de Cristo a los infiernos, del que habla la primera carta de san Pedro (cf. 1 Pe 3,19), como la gloriosa ascensión del Señor resucitado al cielo (cf. Hch 1,9-10). El mismo salmo se sigue cantando, en coros que se alternan, en la liturgia bizantina la noche de Pascua, tal como lo utilizaba la liturgia romana al final de la procesión de Ramos, el segundo domingo de Pasión. La solemne liturgia de la apertura de la Puerta santa durante la inauguración del Año jubilar nos permitió revivir con intensa emoción interior los mismos sentimientos que experimentó el salmista al cruzar el umbral del antiguo templo de Sión.

6. El último título: «Señor de los ejércitos», no tiene, como podría parecer a primera vista, un carácter marcial, aunque no excluye una referencia a los ejércitos de Israel. Por el contrario, entraña un valor cósmico: el Señor, que está a punto de encontrarse con la humanidad dentro del espacio restringido del santuario de Sión, es el Creador, que tiene como ejército todas las estrellas del cielo, es decir, todas las criaturas del universo, que le obedecen. En el libro del profeta Baruc se lee: «Brillan las estrellas en su puesto de guardia, llenas de alegría; las llama él y dicen: "Aquí estamos". Y brillan alegres para su Hacedor» (Ba 3,34-35). El Dios infinito, todopoderoso y eterno, se adapta a la criatura humana, se le acerca para encontrarse con ella, escucharla y entrar en comunión con ella. Y la liturgia es la expresión de este encuentro en la fe, en el diálogo y en el amor.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Una solemne procesión avanza hacia el templo, llevando quizá consigo el arca de la alianza. En esta procesión de Dios con su pueblo hacia el lugar santo, se alternan los cantos a la grandeza de Dios y a la santidad que debe adornar al pueblo que lo

acompaña: Del Señor es la tierra y cuanto la llena, él la fundó, él la afianzó; pero, ¿quién puede subir, acompañando a Dios, al monte del Señor?, ¿quién puede estar en el recinto sacro?

Al llegar ante el templo, la procesión se detiene. Unos momentos de expectación ante las puertas cerradas, para contemplar la grandeza de Dios y sus victorias; ayudarán a que la entronización del arca sea más apoteósica: ¡Portones!, alzad los dinteles, va a entrar el Rey de la gloria, el Señor, héroe de la guerra.

Es éste un salmo muy apto para empezar la oración de la mañana. En esta hora, Cristo, saliendo del sepulcro como Señor, héroe de la guerra, Dios de los ejércitos, Rey de la gloria, verdadera arca en la que reside toda la plenitud de la divinidad, entró definitivamente en el templo de la gloria; en esta hora, la Iglesia, iluminada por el triunfo de su Señor, emprende nuevamente la ruta de un nuevo día que le acercará al triunfo definitivo de la Parusía, en la que ella también entrará en el templo de Dios. Nosotros, pues, cuerpo de Cristo en la tierra, avanzamos acompañando al Señor que, por su resurrección, subió a lo más alto de los cielos: cada día es un nuevo paso de esta procesión. Pero, antes de empezar nuestra jornada, al mismo tiempo que recordamos la victoria del Rey de la gloria, debemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿Quién puede subir al monte del Señor? Que las acciones del nuevo día nos hagan dignos de acompañar al Señor que asciende a lo más alto de los cielos.

CÁNTICO DE TOBÍAS, TB 13,1-10

Dios castiga y salva

¹Bendito sea Dios, que vive eternamente,
y cuyo reino dura por los siglos:

²él azota y se compadece,
hunde hasta el abismo y saca de él,
y no hay quien escape de su mano.

³Dadle gracias, Israelitas, ante los gentiles,
porque él nos dispersó entre ellos.

⁴Proclamad allí su grandeza,
ensalzadlo ante todos los vivientes:
que él es nuestro Dios y Señor,
nuestro padre por todos los siglos.

⁵Él nos azota por nuestros delitos,
pero se compadecerá de nuevo,
y os congregará de entre todas las naciones

por donde estáis dispersados.

⁶Si volvéis a él de todo corazón
y con toda el alma,
siendo sinceros con él,
él volverá a vosotros
y no os ocultará su rostro.

⁷Veréis lo que hará con vosotros,
le daréis gracias a boca llena,
benediciréis al Señor de la justicia
y ensalzaréis al rey de los siglos.

⁸Yo le doy gracias en mi cautiverio,
anuncio su grandeza y su poder
a un pueblo pecador.

Convertíos, pecadores,
obrad rectamente en su presencia:
quizás os mostrará benevolencia
y tendrá compasión.

⁹Ensalzaré a mi Dios, al rey del cielo,
y me alegraré de su grandeza.

¹⁰Que todos alaben al Señor
y le den gracias en Jerusalén.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 25 de julio de 2001]

1. «Ensalzaré a mi Dios, al rey del cielo» (Tb 13,9). El que pronuncia estas palabras es el anciano Tobit, del que el Antiguo Testamento traza una breve historia edificante en el libro que toma el nombre de su hijo, Tobías.

Para comprender plenamente el sentido de este himno, es preciso tener presentes las páginas narrativas que lo preceden. La historia está ambientada entre los israelitas exiliados en Nínive. En ellos piensa el autor sagrado, que escribe muchos siglos después, para ponerlos como ejemplo a sus hermanos y hermanas en la fe dispersos en medio de un pueblo extranjero y tentados de abandonar las tradiciones de sus padres. Así, el retrato de Tobit y de su familia se ofrece como un programa de vida. Él es el hombre que, a pesar de todo, permanece fiel a las normas de la ley y, en particular, a la práctica de la limosna. Tiene la desgracia de quedarse pobre y ciego, pero no pierde la fe. Y la respuesta de Dios no tarda en llegar, por medio del ángel Rafael, que guía al joven Tobías en un viaje peligroso,

procurándole un matrimonio feliz y, por último, curando la ceguera de su padre Tobit.

El mensaje es claro: quien hace el bien, sobre todo abriendo su corazón a las necesidades del prójimo, agrada al Señor, y, aunque sea probado, experimentará al fin su benevolencia.

2. En este trasfondo resaltan las palabras de nuestro himno. Invitan a mirar a lo alto, a «Dios que vive eternamente», a su reino que «dura por los siglos». A partir de esta mirada dirigida a Dios se desarrolla un breve esbozo de teología de la historia, en el que el autor sagrado trata de responder al interrogante que se plantea el pueblo de Dios disperso y probado: ¿por qué Dios nos trata así? La respuesta alude al mismo tiempo a la justicia y a la misericordia divina: «Él nos azota por nuestros delitos, pero se compadecerá de nuevo» (v. 5).

El castigo aparece así como una especie de pedagogía divina, en la que, sin embargo, la misericordia tiene siempre la última palabra: «Él azota y se compadece, hunde hasta el abismo y saca de él» (v. 2).

Por tanto, podemos fiarnos absolutamente de Dios, que no abandona jamás a su criatura. Más aún, las palabras del himno llevan a una perspectiva que atribuye un significado salvífico incluso a la situación de sufrimiento, convirtiendo el exilio en una ocasión para testimoniar las obras de Dios: «Dadle gracias, israelitas, ante los gentiles, porque él nos dispersó entre ellos. Proclamad allí su grandeza» (vv. 3-4).

3. Desde esta invitación a leer el exilio en clave providencial, nuestra meditación puede ensancharse hasta la consideración del sentido misteriosamente positivo que asume la condición de sufrimiento cuando se vive en el abandono al designio de Dios. Diversos pasajes del Antiguo Testamento ya delinear este tema. Basta pensar en la historia que narra el libro del Génesis acerca de José, vendido por sus hermanos y destinado a ser en el futuro su salvador (cf. Gn 37,2-36). Y no podemos olvidar el libro de Job. Aquí sufre incluso el hombre inocente, el cual sólo logra explicarse su drama recurriendo a la grandeza y la sabiduría de Dios (cf. Jb 42,1-6).

Para nosotros, que leemos desde una perspectiva cristiana estos pasajes del Antiguo Testamento, el único punto de referencia es la cruz de Cristo, en la que encuentra una respuesta profunda el misterio del dolor en el mundo.

4. El himno de Tobit invita a la conversión a los pecadores que han sido castigados por sus delitos (cf. v. 5), y les abre la perspectiva maravillosa de una conversión «recíproca» de Dios y del hombre: «Si os convertís a él de todo corazón y con toda

el alma, siendo sinceros con él, él se convertirá a vosotros y no os ocultará su rostro» (v. 6). Es muy elocuente el uso de la misma palabra «conversión»- aplicada a la criatura y a Dios, aunque con significado diverso.

Si el autor del cántico piensa tal vez en los beneficios que acompañan la «vuelta» de Dios, o sea, su favor renovado al pueblo, nosotros debemos pensar sobre todo, a luz del misterio de Cristo, en el don que consiste en Dios mismo. El hombre tiene necesidad de Dios antes que de sus dones. El pecado es una tragedia, no tanto porque nos atrae los castigos de Dios, cuanto porque lo aleja de nuestro corazón.

5. Por tanto, el cántico dirige nuestra mirada al rostro de Dios, considerado como Padre, y nos invita a la bendición y a la alabanza: «Él es nuestro Dios y Señor, nuestro Padre» (v. 4). En estas palabras se alude a la «filiación» especial que Israel experimenta como don de la alianza y que prepara el misterio de la encarnación del Hijo de Dios. En Jesús resplandecerá entonces este rostro del Padre y se revelará su misericordia sin límites.

Bastaría pensar en la parábola del Padre misericordioso narrada por el evangelista san Lucas. A la conversión del hijo pródigo no sólo corresponde el perdón del Padre, sino también un abrazo de infinita ternura, acompañado por la alegría y la fiesta: «Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó» (Lc 15,20). Las expresiones de nuestro cántico siguen la misma línea de esta conmovedora imagen evangélica. Y de ahí brota la necesidad de alabar y dar gracias a Dios: «Veréis lo que hará con vosotros; le daréis gracias a boca llena; bendeciréis al Señor de la justicia y ensalzaréis al Rey de los siglos» (v. 7).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Compuesto por un piadoso israelita que vive en la diáspora, el cántico de Tobit quiere ser una exhortación a la fidelidad, ante la seducción de las costumbres paganas, y una invitación a la esperanza, ante los sufrimientos a que el pueblo de Dios se ve sometido por los habitantes del lugar.

Con la dispersión, fuera de Palestina, han llegado horas amargas, pero Dios azota y se compadece. La diáspora entre gentes que no comparten la fe de Israel es motivo de sufrimiento, pero este sufrimiento es fecundo y lleva a Israel a realizar una misión evangelizadora del pueblo opresor: Proclamad ante los gentiles la grandeza de Dios. Además, la hora del sufrimiento es momento de examen (Dios nos azota por nuestros delitos) y de esperanza (si volvéis a él de todo corazón, él volverá a vosotros y os congregará de entre las naciones por donde estáis dispersados).

También hoy el pueblo de Dios vive una nueva diáspora en un mundo que no comparte nuestra fe cristiana; también la Iglesia debe ser evangelizadora de quienes desconocen el rostro de Dios revelado por Cristo; también nosotros hemos sido infieles y merecemos el azote de nuestro Padre; también el nuevo Israel está llamado a la esperanza... Por ello, el cántico de Tobit puede ser nuestra oración: Dios nos azota, pero se compadecerá de nosotros; Dios nos azota, pero, si volvemos a él, nos congregará definitivamente en su reino escatológico de entre las naciones por donde estamos dispersados; Dios nos dispersó entre las naciones, pero para que, con nuestra fe y nuestra esperanza, proclamemos ante los gentiles la grandeza de Dios.

SALMO 32

Himno al poder y a la providencia de Dios

¹Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos.

²Dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas;
³cantadle un cántico nuevo,
acompañando los vítores con bordones:

⁴que la palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
⁵él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra.

⁶La palabra del Señor hizo el cielo;
el aliento de su boca, sus ejércitos;
⁷encierra en un odre las aguas marinas,
mete en un depósito el océano.

⁸Tema al Señor la tierra entera,
tiemblen ante él los habitantes del orbe:
⁹porque él lo dijo, y existió,
él lo mandó, y surgió.

¹⁰El Señor deshace los planes de las naciones,
frustra los proyectos de los pueblos;
¹¹pero el plan del Señor subsiste por siempre,
los proyectos de su corazón, de edad en edad.

¹²Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,

el pueblo que él se escogió como heredad.

¹³El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres;
¹⁴desde su morada observa
a todos los habitantes de la tierra:
¹⁵él modeló cada corazón,
y comprende todas sus acciones.

¹⁶No vence el rey por su gran ejército,
no escapa el soldado por su mucha fuerza,
¹⁷nada valen sus caballos para la victoria,
ni por su gran ejército se salva.

¹⁸Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
¹⁹para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.

²⁰Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo;
²¹con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos.
²²Que tu misericordia, Señor, venga sobre
nosotros, como lo esperamos de ti.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 8 de agosto de 2001]

1. El salmo 32, dividido en 22 versículos, tantos cuantas son las letras del alfabeto hebraico, es un canto de alabanza al Señor del universo y de la historia. Está impregnado de alegría desde sus primeras palabras: «Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones» (vv. 1-3). Por tanto, esta aclamación (*tern'ah*) va acompañada de música y es expresión de una voz interior de fe y esperanza, de felicidad y confianza. El cántico es «nuevo», no sólo porque renueva la certeza en la presencia divina dentro de la creación y de las situaciones humanas, sino también porque anticipa la alabanza perfecta que se entonará el día de la salvación definitiva, cuando el reino de Dios llegue a su realización gloriosa.

San Basilio, considerando precisamente el cumplimiento final en Cristo, explica así este pasaje: «Habitualmente se llama "nuevo" a lo insólito o a lo que acaba de nacer. Si piensas en el modo de la encarnación del Señor, admirable y superior a

cualquier imaginación, cantas necesariamente un cántico nuevo e insólito. Y si repasas con la mente la regeneración y la renovación de toda la humanidad, envejecida por el pecado, y anuncias los misterios de la resurrección, también entonces cantas un cántico nuevo e insólito» (*Homilía sobre el salmo 32, 2: PG 29, 327*). En resumidas cuentas, según san Basilio, la invitación del salmista, que dice: «Cantad al Señor un cántico nuevo», para los creyentes en Cristo significa: «Honrad a Dios, no según la costumbre antigua de la "letra", sino según la novedad del "espíritu". En efecto, quien no valora la Ley exteriormente, sino que reconoce su "espíritu", canta un "cántico nuevo"» (*ib.*).

2. El cuerpo central del himno está articulado en tres partes, que forman una trilogía de alabanza. En la primera (cf. vv. 6-9) se celebra la palabra creadora de Dios. La arquitectura admirable del universo, semejante a un templo cósmico, no surgió ni se desarrolló a consecuencia de una lucha entre dioses, como sugerían ciertas cosmogonías del antiguo Oriente Próximo, sino sólo gracias a la eficacia de la palabra divina. Precisamente como enseña la primera página del Génesis: «Dijo Dios... Y así fue» (cf. Gn 1). En efecto, el salmista repite: «Porque él lo dijo, y existió; él lo mandó, y surgió» (Sal 32,9).

El orante atribuye una importancia particular al control de las aguas marinas, porque en la Biblia son el signo del caos y el mal. El mundo, a pesar de sus límites, es conservado en el ser por el Creador, que, como recuerda el libro de Job, ordena al mar detenerse en la playa: «¡Llegarás hasta aquí, no más allá; aquí se romperá el orgullo de tus olas!» (Jb 38,11).

3. El Señor es también el soberano de la historia humana, como se afirma en la segunda parte del salmo 32, en los versículos 10-15. Con vigorosa antítesis se oponen los proyectos de las potencias terrenas y el designio admirable que Dios está trazando en la historia. Los programas humanos, cuando quieren ser alternativos, introducen injusticia, mal y violencia, en contraposición con el proyecto divino de justicia y salvación. Y, a pesar de sus éxitos transitorios y aparentes, se reducen a simples maquinaciones, condenadas a la disolución y al fracaso.

En el libro bíblico de los Proverbios se afirma sintéticamente: «Muchos proyectos hay en el corazón del hombre, pero sólo el plan de Dios se realiza» (Pr 19,21). De modo semejante, el salmista nos recuerda que Dios, desde el cielo, su morada trascendente, sigue todos los itinerarios de la humanidad, incluso los insensatos y absurdos, e intuye todos los secretos del corazón humano.

«Dondequiera que vayas, hagas lo que hagas, tanto en las tinieblas como a la luz del día, el ojo de Dios te mira», comenta san Basilio (*Homilía sobre el salmo 32,8: PG 29, 343*). Feliz será el

pueblo que, acogiendo la revelación divina, siga sus indicaciones de vida, avanzando por sus senderos en el camino de la historia. Al final sólo queda una cosa: «El plan del Señor subsiste por siempre; los proyectos de su corazón, de edad en edad» (Sal 32,11).

4. La tercera y última parte del Salmo (vv. 16-22) vuelve a tratar, desde dos perspectivas nuevas, el tema del señorío único de Dios sobre la historia humana. Por una parte, invita ante todo a los poderosos a no engañarse confiando en la fuerza militar de los ejércitos y la caballería; por otra, a los fieles, a menudo oprimidos, hambrientos y al borde de la muerte, los exhorta a esperar en el Señor, que no permitirá que caigan en el abismo de la destrucción. Así, se revela la función también «catequística» de este salmo. Se transforma en una llamada a la fe en un Dios que no es indiferente a la arrogancia de los poderosos y se compadece de la debilidad de la humanidad, elevándola y sosteniéndola si tiene confianza, si se fía de él, y si eleva a él su súplica y su alabanza.

«La humildad de los que sirven a Dios -explica también san Basilio- muestra que esperan en su misericordia. En efecto, quien no confía en sus grandes empresas, ni espera ser justificado por sus obras, tiene como única esperanza de salvación la misericordia de Dios» (*Homilía sobre el salmo 32,10: PG 29, 347*).

5. El Salmo concluye con una antifona que es también el final del conocido himno *Te Deum*: «Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti» (v. 22). La gracia divina y la esperanza humana se encuentran y se abrazan. Más aún, la fidelidad amorosa de Dios (según el valor del vocablo hebraico original usado aquí, *hésed*), como un manto, nos envuelve, calienta y protege, ofreciéndonos serenidad y proporcionando un fundamento seguro a nuestra fe y a nuestra esperanza.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El autor del salmo 32 pudo tener como trasfondo de su himno alguna de las gloriosas liberaciones de su pueblo. En su lenguaje se trasluce el eco de unos *planes de las naciones deshechos*, de unos *proyectos frustrados*, de unos *habitantes del orbe que tiemblan* ante el poder de Dios, de un *rey que no vence por su mucha fuerza*, de unos *caballos que nada valen para la victoria*.

Pero, frente a este trasfondo de debilidad humana, emerge la fuerza de la palabra creadora y de la providencia solícita del Señor para con sus fieles. Por ello, el salmista invita a los justos a esta bella oración tan apropiada para el comienzo del nuevo día. Del mismo modo que, al comienzo de la creación, Dios, por *su palabra, mandó que surgiera* el mundo, así también,

nuevamente, al comienzo de este nuevo día, Dios, por *su palabra creadora, mandará que surja* el bien. Pero, si nuestra debilidad, siempre inclinada al mal, nos hace desconfiar, estamos convencidos de que la fuerza providente del Señor está al lado de aquellos que, sabiendo que *nada valen sus caballos para la victoria*, confiesan que sólo el Señor es su *auxilio y escudo* y que sólo en él *se alegra su corazón*.

LAUDES DEL MIÉRCOLES DE LA I SEMANA

SALMO 35

Depravación del malvado y bondad de Dios

²El malvado escucha en su interior
un oráculo del pecado:
«No tengo miedo a Dios,
ni en su presencia».

³Porque se hace la ilusión de que su culpa
no será descubierta ni aborrecida.

⁴Las palabras de su boca son maldad y traición,
renuncia a ser sensato y a obrar bien;

⁵acostado medita el crimen,
se obstina en el mal camino,
no rechaza la maldad.

⁶Señor, tu misericordia llega al cielo,
tu fidelidad hasta las nubes;

⁷tu justicia, hasta las altas cordilleras,
tus sentencias son como el océano inmenso.

Tú socorres a hombres y animales;

⁸¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!,
los humanos se acogen a la sombra de tus alas;

⁹se nutren de lo sabroso de tu casa,
les das a beber del torrente de tus delicias,

¹⁰porque en ti está la fuente viva,
y tu luz nos hace ver la luz.

¹¹Prolonga tu misericordia con los que te reconocen,
tu justicia, con los rectos de corazón;

¹²que no me pisotee el pie del soberbio,
que no me eche fuera la mano del malvado.

¹³Han fracasado los malhechores;
derribados, no se pueden levantar.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 22 de agosto de 2001]

1. Cada persona, al iniciar una jornada de trabajo y de relaciones humanas, puede adoptar dos actitudes

fundamentales: elegir el bien o ceder al mal. El salmo 35 presenta precisamente estas dos posturas antitéticas.

Algunos, muy temprano, ya desde antes de levantarse, traman proyectos inicuos; otros, por el contrario, buscan la luz de Dios, «fuente de la vida» (cf. v. 10). Al abismo de la malicia del malvado se opone el abismo de la bondad de Dios, fuente viva que apaga la sed y luz que ilumina al fiel.

Por eso, son dos los tipos de hombres descritos en la oración del salmo que la Liturgia de las Horas nos propone para las Laudes del miércoles de la primera semana.

2. El primer retrato que el salmista nos presenta es el del pecador (cf. vv. 2-5). En su interior -como dice el original hebreo- se encuentra el «oráculo del pecado» (v. 2). La expresión es fuerte. Hace pensar en una palabra satánica, que, en contraste con la palabra divina, resuena en el corazón y en la lengua del malvado.

En él el mal parece tan connatural a su realidad íntima, que aflora en palabras y obras (cf. vv. 3-4). Pasa sus jornadas eligiendo «el mal camino», comenzando ya de madrugada, cuando aún está «acostado» (v. 5), hasta la noche, cuando está a punto de dormirse. Esta elección constante del pecador deriva de una opción que implica toda su existencia y engendra muerte.

3. Pero al salmista le interesa sobre todo el otro retrato, en el que desea reflejarse: el del hombre que busca el rostro de Dios (cf. vv. 6-13). Eleva un auténtico himno al amor divino (cf. vv. 6-11), que concluye pidiendo ser liberado de la atracción oscura del mal y envuelto para siempre por la luz de la gracia.

Este canto presenta una verdadera letanía de términos que celebran los rasgos del Dios de amor: gracia, fidelidad, justicia, juicio, salvación, sombra de tus alas, abundancia, delicias, vida y luz. Conviene subrayar, en particular, cuatro de estos rasgos divinos, expresados con términos hebreos que tienen un valor más intenso que los correspondientes en las traducciones de las lenguas modernas.

4. Ante todo está el término *hésed*, «gracia», que es a la vez fidelidad, amor, lealtad y ternura. Es uno de los términos fundamentales para exaltar la alianza entre el Señor y su pueblo. Y es significativo que se repita 127 veces en el Salterio, más de la mitad de todas las veces que esta palabra aparece en el resto del Antiguo Testamento.

Luego viene el término 'emunáh', que deriva de la misma raíz de amén, la palabra de la fe, y significa estabilidad, seguridad y fidelidad inquebrantable.

Sigue, a continuación, el término sedaqáh, la «justicia», que tiene un significado fundamentalmente salvífico: es la actitud santa y providente de Dios que, con su intervención en la historia, libra a sus fieles del mal y de la injusticia.

Por último, encontramos el término mishpát, el «juicio», con el que Dios gobierna sus criaturas, inclinándose hacia los pobres y oprimidos, y doblando a los arrogantes y prepotentes.

Se trata de cuatro palabras teológicas, que el orante repite en su profesión de fe, mientras sale a los caminos del mundo, con la seguridad de que tiene a su lado al Dios amoroso, fiel, justo y salvador.

5. Además de los diversos títulos con los que exalta a Dios, el salmista utiliza dos imágenes sugestivas. Por una parte, la abundancia de alimento, que hace pensar ante todo en el banquete sagrado que se celebraba en el templo de Sión con la carne de las víctimas de los sacrificios. También están la fuente y el torrente, cuyas aguas no sólo apagan la sed de la garganta seca, sino también la del alma (cf. vv. 9-10; Sal 41,2-3; 62,2-6). El Señor sacia y apaga la sed del orante, haciéndolo partícipe de su vida plena e inmortal.

La otra imagen es la del símbolo de la luz: «tu luz nos hace ver la luz» (v. 10). Es una luminosidad que se irradia, casi «en cascada», y es un signo de la revelación de Dios a su fiel. Así aconteció a Moisés en el Sinaí (cf. Ex 34,29-30) y así sucede también al cristiano en la medida en que «con el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, se va transformando en esa misma imagen» (cf. 2 Co 3,18).

En el lenguaje de los salmos «ver la luz del rostro de Dios» significa concretamente encontrar al Señor en el templo, donde se celebra la plegaria litúrgica y se escucha la palabra divina. También el cristiano hace esta experiencia cuando celebra las alabanzas del Señor al inicio de la jornada, antes de afrontar los caminos, no siempre rectos, de la vida diaria.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Empezamos hoy nuestra jornada escuchando un salmo sapiencial que puede ayudarnos a orientar, desde los primeros momentos del día, nuestra conducta. El salmo presenta ante nuestros ojos un doble cuadro: la conducta del malvado arrogante y la actitud del hombre humilde que se acoge a la sombra de las alas de Dios.

Cada uno de nosotros puede ser, durante esta jornada, el malvado que, viviendo al margen del Señor, dice con su orgullosa suficiencia: No tengo miedo a Dios, ni en su presencia.

Pero también podemos formar parte del grupo de los humanos que se acogen a la sombra de las alas de Dios y se nutren de lo sabroso de su casa. Que este salmo ayude nuestra determinación: Señor, en ti está la fuente viva y tu luz nos hace ver la luz, durante el día que ahora empezamos. Tu luz, que es tu propio Hijo, luz del mundo, nos hace ver la luz, pues quien a él sigue no anda en tinieblas.

CÁNTICO DE JUDIT, JDT 16,1-2.13-15

Dios, creador del mundo y protector de su pueblo

¹¡Alabad a mi Dios con tambores,
elevad cantos al Señor con cítaras,
ofrecedle los acordes de un salmo de alabanza,
ensalzad e invocad su nombre!

²Porque el Señor es un Dios quebrantador de
guerras,
su nombre es el Señor.

³Los asirios de los montes del norte
vinieron con tropa innumerable;
su muchedumbre obstruía los torrentes,
y sus caballos cubrían las colinas.

⁴Hablaban de incendiar mis tierras,
de pasar mis jóvenes a espada,
de estrellar contra el suelo a los bebés,
de entregar como botín a mis niños
y de dar como presa a mis doncellas.

⁵El Señor Omnipotente
por mano de mujer los anuló.

⁶Que no fue derribado su caudillo
por jóvenes guerreros,
ni le hirieron hijos de titanes,
ni altivos gigantes lo vencieron;
lo subyugó Judit, hija de Merarí,
con sólo la hermosura de su rostro.

⁷Se despojó de sus vestidos de viuda,
para exaltar a los afligidos de Israel;
ungió su rostro de perfumes,

⁸prendió con una cinta sus cabellos,
ropa de lino vistió para seducirle.

⁹La sandalia de ella le robó los ojos,
su belleza cautivó el alma...
¡y la cimitarra atravesó su cuello!

¹⁰Se pasmaron los persas con su audacia,
se turbaron los medos por su temeridad.

¹¹Entonces clamaron mis humildes,
y ellos temblaron de miedo;
clamaron mis débiles,
y ellos quedaron aterrados;
alzaron su voz éstos,
y ellos se dieron a la fuga.

¹²Hijos de jovencuelas los asaetearon,
como a hijos de desertores los hirieron,
perdieron en la batalla contra mi Señor.]

¹³Cantaré a mi Dios un cántico nuevo:
Señor, tú eres grande y glorioso,
admirable en tu fuerza, invencible.

¹⁴Que te sirva toda la creación,
porque tú lo mandaste, y existió;
enviaste tu aliento, y la construiste,
nada puede resistir a tu voz.

¹⁵Sacudirán las olas los cimientos de los montes,
las peñas en tu presencia se derretirán como
cera, pero tú serás propicio a tus fieles.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 29 de agosto de 2001]

1. El cántico de alabanza que acabamos de proclamar (cf. Jdt 16,1-17) se atribuye a Judit, una heroína que fue el orgullo de todas las mujeres de Israel, porque le tocó manifestar el poder liberador de Dios en un momento dramático de la vida de su pueblo. La liturgia de Laudes sólo nos hace rezar algunos versículos de su cántico, que nos invitan a celebrar, elevando cantos de alabanza con tambores y cítaras, al Señor, «quebrantador de guerras» (v. 2).

Esta última expresión, que define el auténtico rostro de Dios, amante de la paz, nos introduce en el contexto donde nació el himno. Se trata de una victoria conseguida por los israelitas de

un modo muy sorprendente, por obra de Dios, que intervino para evitarles una derrota inminente y total.

2. El autor sagrado reconstruye ese evento varios siglos después, para dar a sus hermanos y hermanas en la fe, que sentían la tentación del desaliento en una situación difícil, un ejemplo que los animara. Así, refiere lo que aconteció a Israel cuando Nabucodonosor, irritado por la oposición de este pueblo frente a sus deseos de expansión y a sus pretensiones de idolatría, envió al general Holofernes con la precisa misión de doblegarlo y aniquilarlo. Nadie debía resistir a él, que reivindicaba los honores de un dios. Y su general, compartiendo su presunción, se había burlado de la advertencia, que se le había hecho, de no atacar a Israel porque equivaldría a atacar a Dios mismo.

En el fondo, el autor sagrado quiere reafirmar precisamente este principio, para fortalecer en la fidelidad al Dios de la alianza a los creyentes de su tiempo: hay que confiar en Dios.

El auténtico enemigo que Israel debe temer no son los poderosos de esta tierra, sino la infidelidad al Señor. Esta lo priva de la protección de Dios y lo hace vulnerable. En cambio, el pueblo, cuando es fiel, puede contar con el poder mismo de Dios, «admirable en su fuerza, invencible» (v. 13).

3. Este principio queda espléndidamente ilustrado por toda la historia de Judit. El escenario es una tierra de Israel ya invadida por los enemigos. El cántico refleja el dramatismo de ese momento: «Vinieron los asirios de los montes del norte, vinieron con tropa innumerable; su muchedumbre obstruía los torrentes, y sus caballos cubrían las colinas» (v. 3). Se subraya con sarcasmo la efímera jactancia del enemigo: «Hablaba de incendiar mis tierras, de pasar mis jóvenes a espada, de estrellar contra el suelo a los lactantes, de entregar como botín a mis niños y de dar como presa a mis doncellas» (v. 4).

La situación descrita en las palabras de Judit se asemeja a otras vividas por Israel, en las que la salvación había llegado cuando parecía todo perdido. ¿No se había producido así también la salvación del Éxodo, al atravesar de forma prodigiosa el mar Rojo? Del mismo modo ahora el asedio por obra de un ejército numeroso y poderoso elimina toda esperanza. Pero todo ello no hace más que poner de relieve la fuerza de Dios, que se manifiesta protector invencible de su pueblo.

4. La obra de Dios resulta tanto más luminosa cuanto que no recurre a un guerrero o a un ejército. Como en otra ocasión, en el tiempo de Débora, había eliminado al general cananeo Sisara por medio de Yael, una mujer (Jc 4,17-21), así ahora se sirve de nuevo de una mujer inerme para salir en auxilio de su pueblo en dificultad. Judit, con la fuerza de su fe, se aventura a ir al campamento enemigo, deslumbra con su belleza al caudillo y lo elimina de forma humillante. El cántico subraya fuertemente

este dato: «El Señor omnipotente por mano de mujer los anuló. Que no fue derribado su caudillo por jóvenes guerreros, ni le hirieron hijos de titanes, ni altivos gigantes le vencieron; le subyugó Judit, hija de Merarí, con sólo la hermosura de su rostro» (Jdt 16,5-6).

La figura de Judit se convertirá luego en arquetipo que permitirá, no sólo a la tradición judía, sino también a la cristiana, poner de relieve la predilección de Dios por lo que se considera frágil y débil, pero que precisamente por eso es elegido para manifestar la potencia divina. También es una figura ejemplar para expresar la vocación y la misión de la mujer, llamada, al igual que el hombre, de acuerdo con sus rasgos específicos, a desempeñar un papel significativo en el plan de Dios.

Algunas expresiones del libro de Judit pasarán, más o menos íntegramente, a la tradición cristiana, que verá en la heroína judía una de las prefiguraciones de María. ¿No se escucha un eco de las palabras de Judit cuando María, en el Magnificat, canta: «Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1,52)? Así se comprende el hecho de que la tradición litúrgica, familiar tanto a los cristianos de Oriente como a los de Occidente, suele atribuir a la madre de Jesús expresiones referidas a Judit, como las siguientes: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza» (Jdt 15,9).

5. El cántico de Judit, partiendo de la experiencia de la victoria, concluye con una invitación a elevar a Dios un cantar nuevo, reconociéndolo «grande y glorioso». Al mismo tiempo, se exhorta a todas las criaturas a mantenerse sometidas a Aquel que con su palabra ha hecho todas las cosas y con su espíritu las ha forjado. ¿Quién puede resistir a la voz de Dios? Judit lo recuerda con gran énfasis: frente al Creador y Señor de la historia, los montes, desde sus cimientos, serán sacudidos; las rocas se fundirán como cera (cf. Jdt 16,15). Son metáforas eficaces para recordar que todo es «nada» frente al poder de Dios. Y, sin embargo, este cántico de victoria no quiere infundir temor, sino consolar. En efecto, Dios utiliza su poder invencible para sostener a sus fieles: «Con aquellos que te temen te muestras tú siempre propicio» (Jdt 16,15).

Monición para el cántico del Padre Farnés

El Cántico de Judit es la oración de acción de gracias con que concluye la narración de la victoria de la heroína judía sobre el terrible Holofernes; viene a ser como un «Te Deum» solemne después de una gran victoria en la que el enemigo ha sido derrotado.

Este enemigo derrotado es el mal, las fuerzas que se oponían a Israel, simbólicamente personificadas en Holofernes y su ejército. Pero el mal, simbolizado en el terrible jefe del ejército, continúa existiendo; por eso, la parábola del libro de Judit sirve para todos los tiempos, y el himno de acción de gracias de la heroína de Israel puede ser nuestra oración de acción de gracias por todas las victorias que Dios nos ha prometido y nos da.

Es difícil prever cuáles serán los combates y las dificultades de la jornada que ahora empezamos, y cuáles los avatares de nuestra vida y de la vida de la comunidad cristiana y de la humanidad entera a través de la historia. Pero una cosa es cierta: que, en la etapa final, el bien triunfará sobre el mal, y la victoria de la mañana de Pascua será, finalmente, la victoria de toda la humanidad salvada por Cristo.

La fe en esta victoria pascual nos hace cantar nuestro «Te Deum» en esta primera hora de la mañana, cuando aún no hemos experimentado ninguna victoria. La palabra del Señor es suficiente para que de nuestra esperanza brote la acción de gracias por la victoria que nos promete nuestra fe.

SALMO 46

El Señor es rey de todas las cosas

²Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
³porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra.

⁴Él nos somete los pueblos
y nos sojuzga las naciones;
⁵él nos escogió por heredad suya:
gloria de Jacob, su amado.

⁶Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
⁷tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro rey, tocad.

⁸Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría.
⁹Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado.

¹⁰Los príncipes de los gentiles se reúnen

con el pueblo del Dios de Abrahán;
porque de Dios son los grandes de la tierra,
y él es excelso.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 5 de septiembre de 2001]

1. «El Señor, el Altísimo, es rey grande sobre toda la tierra». Esta aclamación inicial se repite, con diversos matices, a lo largo del salmo 46, que acabamos de escuchar. Se trata de un himno a Dios, Señor del universo y de la historia: «Dios es el rey del mundo (...). Dios reina sobre las naciones» (vv. 8-9).

Este himno al Señor, rey del mundo y de la humanidad, al igual que otras composiciones semejantes que recoge el Salterio (cf. Sal 92; 95-98), supone un clima de celebración litúrgica. Por eso, nos encontramos en el corazón espiritual de la alabanza de Israel, que se eleva al cielo desde el templo, el lugar en donde el Dios infinito y eterno se revela y se encuentra con su pueblo.

2. Seguiremos este canto de alabanza gozosa en sus momentos fundamentales, como dos olas que avanzan hacia la playa del mar. Difieren en el modo de considerar la relación entre Israel y las naciones. En la primera parte del salmo la relación es de dominación: Dios «nos somete los pueblos y nos sojuzga las naciones» (v. 4); por el contrario, en la segunda parte la relación es de asociación: «los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abraham» (v. 10). Así pues, se nota un gran progreso.

En la primera parte (cf. vv. 2-6) se dice: «Pueblos todos batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo» (v. 2). El centro de este aplauso jubiloso es la figura grandiosa del Señor supremo, al que se atribuyen tres títulos gloriosos: «altísimo, grande y terrible» (v. 3), que exaltan la trascendencia divina, el primado absoluto en el ser y la omnipotencia. También Cristo resucitado exclamará: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18).

3. Dentro del señorío universal de Dios sobre todos los pueblos de la tierra (cf. v. 4), el orante destaca su presencia particular en Israel, el pueblo de la elección divina, «el predilecto», la herencia más valiosa y apreciada por el Señor (cf. v. 5). Por consiguiente, Israel se siente objeto de un amor particular de Dios, que se ha manifestado con la victoria obtenida sobre las naciones hostiles. Durante la batalla, la presencia del Arca de la alianza entre las tropas de Israel les garantizaba la ayuda de Dios; después de la victoria, el Arca subía al monte Sión (cf. Sal 67,19) y todos proclamaban: «Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas» (Sal 46,6).

4. El segundo momento del salmo (cf. vv. 7-10) está abierto a otra ola de alabanza y de canto jubiloso: «Tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro rey, tocad; (...) tocad con maestría» (vv. 7-8). También aquí se alaba al Señor sentado en el trono en la plenitud de su realeza (cf. v. 9). Este trono se define «sagrado», porque es inaccesible para el hombre limitado y pecador. Pero también es trono celestial el Arca de la alianza presente en la zona más sagrada del templo de Sión. De ese modo el Dios lejano y trascendente, santo e infinito, se hace cercano a sus criaturas, adaptándose al espacio y al tiempo (cf. 1 Re 8,27.30).

5. El salmo concluye con una nota sorprendente por su apertura universalista: «Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abraham» (v. 10). Se remonta a Abraham, el patriarca que no sólo está en el origen de Israel, sino también de otras naciones. Al pueblo elegido que desciende de él se le ha encomendado la misión de hacer que todas las naciones y todas las culturas converjan en el Señor, porque él es Dios de la humanidad entera. Provieniendo de oriente y occidente se reunirán entonces en Sión para encontrarse con este rey de paz y amor, de unidad y fraternidad (cf. Mt 8,11). Como esperaba el profeta Isaías, los pueblos hostiles entre sí serán invitados a arrojar a tierra las armas y a convivir bajo el único señorío divino, bajo un gobierno regido por la justicia y la paz (cf. Is 2,2-5). Los ojos de todos contemplarán la nueva Jerusalén, a la que el Señor «asciende» para revelarse en la gloria de su divinidad. Será «una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua (...). Todos gritaban a gran voz: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero"» (Ap 7,9-10).

6. La *carta a los Efesios* ve la realización de esta profecía en el misterio de Cristo redentor cuando afirma, dirigiéndose a los cristianos que no provenían del judaísmo: «Recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne, (...) estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (Ef 2,11-14).

Así pues, en Cristo la realeza de Dios, cantada por nuestro salmo, se ha realizado en la tierra con respecto a todos los pueblos. Una homilía anónima del siglo VIII comenta así este misterio: «Hasta la venida del Mesías, esperanza de las naciones, los pueblos gentiles no adoraron a Dios y no conocieron quién era. Y hasta que el Mesías los rescató, Dios no reinó en las naciones por medio de su obediencia y de su culto. En cambio, ahora Dios, con su Palabra y su Espíritu, reina sobre ellas, porque las ha salvado del engaño y se ha ganado su

amistad» (Palestino anónimo, *Homilía árabe cristiana del siglo VIII*, Roma 1994, p. 100).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Este salmo aclama a Dios como rey universal; parece oírse en él el eco de una gran victoria: Dios *nos somete los pueblos y nos sojuzga las naciones*. Posiblemente, este texto es un himno litúrgico para la entronización del arca después de una procesión litúrgica *-Dios asciende entre aclamaciones-* o bien un canto para alguna de las fiestas reales en que el pueblo aclama a su Señor, bajo la figura del monarca.

Nosotros con este canto aclamamos a Cristo resucitado, en la hora misma de su resurrección. El Señor sube a la derecha del Padre, y a nosotros nos ha escogido como su heredad. Su triunfo es, pues, nuestro triunfo e incluso la victoria de toda la humanidad, porque fue «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» que «subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre». Por ello, no sólo la Iglesia, sino incluso todos *los pueblos deben batir palmas y aclamar a Dios con gritos de júbilo*.

LAUDES DEL JUEVES DE LA I SEMANA

SALMO 56

Oración matutina de un afligido

²Misericordia, Dios mío, misericordia,
que mi alma se refugia en ti;
me refugio a la sombra de tus alas
mientras pasa la calamidad.

³Invoco al Dios Altísimo,
al Dios que hace tanto por mí:
⁴desde el cielo me enviará la salvación,
confundirá a los que ansían matarme,
enviará su gracia y su lealtad.

⁵Estoy echado entre leones
devoradores de hombres;
sus dientes son lanzas y flechas,
su lengua es una espada afilada.

⁶Elévate sobre el cielo, Dios mío,
y llene la tierra tu gloria.

⁷Han tendido una red a mis pasos
para que sucumbiera;
me han cavado delante una fosa,
pero han caído en ella.

⁸Mi corazón está firme, Dios mío,
mi corazón está firme.
Voy a cantar y a tocar:
⁹despierta, gloria mía;
despertad, cítara y arpa;
despertaré a la aurora.

¹⁰Te daré gracias ante los pueblos, Señor;
tocaré para ti ante las naciones:
¹¹por tu bondad, que es más grande que los cielos;
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.

¹²Elévate sobre el cielo, Dios mío,
y llene la tierra tu gloria.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 19 de septiembre de 2001]

1. Es una noche tenebrosa, en la que merodean fieras voraces. El orante está esperando que despunte el alba, para que la luz venza la oscuridad y los miedos. Este es el telón de fondo del salmo 56, sobre el que hoy vamos a reflexionar: un canto nocturno que prepara al orante para la llegada de la luz de la aurora, esperada con ansia, a fin de poder alabar al Señor con alegría (cf. vv. 9-12). En efecto, el salmo pasa de la dramática lamentación dirigida a Dios a la esperanza serena y a la acción de gracias gozosa, expresada con las palabras que resonarán también más adelante, en otro salmo (cf. Sal 107,2-6).

En la práctica, se trata del paso del miedo a la alegría, de la noche al día, de una pesadilla a la serenidad, de la súplica a la alabanza. Es una experiencia que describe con frecuencia el Salterio: «Cambiaste mi luto en danzas; me desataste el sayal y me has vestido de fiesta; te cantará mi alma sin callarse. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre» (Sal 29,12-13).

2. Por tanto, son dos los momentos del salmo 56 que estamos meditando. El primero se refiere a la experiencia del miedo ante el asalto del mal que intenta herir al justo (cf. vv. 2-7). En el centro de la escena hay leones preparados para el ataque. Muy pronto esta imagen se transforma en un símbolo bélico, delineado con lanzas, flechas y espadas. El orante se siente asaltado por una especie de escuadrón de la muerte. En torno a él ronda una banda de cazadores, que tiende redes y cava fosas para capturar a su presa. Pero este clima de tensión desaparece en seguida. En efecto, ya al inicio (cf. v. 2) aparece el símbolo protector de las alas divinas, que aluden concretamente al Arca de la alianza con los querubines alados, es decir, a la presencia de Dios entre los fieles en el templo santo de Sión.

3. El orante pide insistentemente a Dios que mande desde el cielo a sus mensajeros, a los cuales atribuye los nombres emblemáticos de «Fidelidad» y «Gracia» (v. 4), cualidades propias del amor salvífico de Dios. Por eso, aunque lo atemorizan el rugido terrible de las fieras y la perfidia de los perseguidores, el fiel en su interior permanece sereno y confiado, como Daniel en la fosa de los leones (cf. Dn 6,17-25).

La presencia del Señor no tarda en mostrar su eficacia, mediante el castigo de los enemigos: estos caen en la fosa que habían cavado para el justo (cf. v. 7). Esa confianza en la

justicia divina, siempre viva en el Salterio, impide el desaliento y la rendición ante la prepotencia del mal. Más tarde o más temprano, Dios, que desmonta las maquinaciones de los impíos haciéndoles tropezar en sus mismos proyectos malvados, se pone de parte del fiel.

4. Así llegamos al segundo momento del salmo, el de la acción de gracias (cf. vv. 8-12). Hay un pasaje que brilla por su intensidad y belleza: «Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme. Voy a cantar y a tocar: despierta, gloria mía; despertad cítara y arpa, despertaré a la aurora» (vv. 8-9). Las tinieblas ya se han disipado: el alba de la salvación se ha acercado gracias al canto del orante.

El salmista, al aplicarse a sí mismo esta imagen, tal vez traduce con los términos de la religiosidad bíblica, rigurosamente monoteísta, el uso de los sacerdotes egipcios o fenicios encargados de «despertar a la aurora», es decir, de hacer que volviera a aparecer el sol, considerado una divinidad benéfica. Alude también a la costumbre de colgar y velar los instrumentos musicales en tiempo de luto y prueba (cf. Sal 136,2) y de «despertarlos» con el sonido festivo en el tiempo de la liberación y de la alegría. Así pues, la liturgia hace brotar la esperanza: se dirige a Dios invitándolo a acercarse nuevamente a su pueblo y a escuchar su súplica. A menudo en el Salterio el alba es el momento en que Dios escucha, después de una noche de oración.

5. Así, el salmo concluye con un cántico de alabanza dirigido al Señor, que actúa con sus dos grandes cualidades salvíficas, ya citadas con términos diferentes en la primera parte de la súplica (cf. v. 4). Ahora aparecen, casi personificadas, la Bondad y la Fidelidad divina, las cuales inundan los cielos con su presencia y son como la luz que brilla en la oscuridad de las pruebas y de las persecuciones (cf. v. 11). Por este motivo, en la tradición cristiana el salmo 56 se ha transformado en canto del despertar a la luz y a la alegría pascual, que se irradia en el fiel eliminando el miedo a la muerte y abriendo el horizonte de la gloria celestial.

6. San Gregorio de Nisa descubre en las palabras de este salmo una especie de descripción típica de lo que acontece en toda experiencia humana abierta al reconocimiento de la sabiduría de Dios. «Me salvó -exclama- habiéndome cubierto con la sombra de la nube del Espíritu, y los que me habían pisoteado han quedado humillados» (*Sui titoli dei Salmi*, Roma 1994, p. 183).

Refiriéndose luego a las expresiones finales del salmo, donde se dice: «Elévate sobre el cielo, Dios mío, y llene la tierra tu gloria», concluye: «En la medida en que la gloria de Dios se extiende sobre la tierra, aumentada por la fe de los que son salvados, las potencias celestiales, exultando por nuestra salvación, alaban a Dios» (*ib.*, p. 184).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Literalmente, el salmo 56 es la oración de un perseguido. Los peligros son gravísimos: el salmista se ve *echado entre leones devoradores de hombres*, con una fosa ante sus pies *para que caiga en ella*. Pero, a pesar de tanto peligro, se siente seguro, en paz, e incluso es tanta la seguridad que tiene del auxilio de Dios, que se ve ya librado y entona un canto de acción de gracias: *Mi corazón está firme; voy a cantar y a tocar*.

Este salmo puede ser el telón de fondo de nuestra oración, sobre todo por la mañana, hora de la resurrección de Cristo. Estamos, es cierto, rodeados de peligros y dificultades; nuestro enemigo, el diablo, ronda buscando a quien devorar, pero nuestra esperanza tiene su firme fundamento en la contemplación del Señor resucitado. También él fue tentado, también él vio *una red tendida a sus pasos*, pero cayeron en ella sus enemigos, la muerte y el pecado, mientras él experimentó cómo *Dios Padre, desde el cielo, le envió la salvación*, arrancándolo del sepulcro.

Acrecentemos nuestra esperanza: de todas nuestras angustias nos librará el Señor (2 Tm 3,11) y *despertemos la aurora* de este nuevo día dando gracias a Dios, que nos ha hecho renacer a una nueva esperanza por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (cf. 1 Pe 1,3).

CÁNTICO DE JEREMÍAS, JR 31,10-14

Felicidad del pueblo redimido

¹⁰Escuchad, pueblos, la palabra del Señor, anunciadla en las islas remotas:

«El que dispersó a Israel lo reunirá,
lo guardará como pastor a su rebaño;

¹¹porque el Señor redimió a Jacob,
lo rescató de una mano más fuerte».

¹²Vendrán con aclamaciones a la altura de Sión,
afluirán hacia los bienes del Señor:

hacia el trigo y el vino y el aceite,
y los rebaños de ovejas y de vacas;
su alma será como un huerto regado,
y no volverán a desfallecer.

¹³Entonces se alegrará la doncella en la danza,
gozarán los jóvenes y los viejos;
convertiré su tristeza en gozo,
los alegraré y aliviaré sus penas;

¹⁴alimentaré a los sacerdotes con enjundia,
y mi pueblo se saciará de mis bienes.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 10 de octubre de 2001]

1. «Escuchad, pueblos, la palabra del Señor, anunciadla en las islas remotas» (Jr 31,10). ¿Qué noticia está a punto de darse con estas solemnes palabras de Jeremías? Se trata de una noticia consoladora, y no por casualidad los capítulos que la contienen (cf. 30 y 31) se suelen llamar «Libro de la consolación». El anuncio atañe directamente al antiguo Israel, pero ya permite entrever de alguna manera el mensaje evangélico.

El núcleo de este anuncio es el siguiente: «El Señor redimió a Jacob, lo rescató de una mano más fuerte» (Jr 31,11). El trasfondo histórico de estas palabras está constituido por un momento de esperanza experimentado por el pueblo de Dios, más o menos un siglo después de que el norte del país, en el año 722 a. C., hubiera sido ocupado por el poder asirio. Ahora, en el tiempo del profeta, la reforma religiosa del rey Josías expresa un regreso del pueblo a la alianza con Dios y enciende la esperanza de que el tiempo del castigo haya concluido. Toma cuerpo la perspectiva de que el norte pueda volver a la libertad e Israel y Judá vuelvan a la unidad. Todos, incluyendo las «islas remotas», deberán ser testigos de este maravilloso acontecimiento: Dios, pastor de Israel, está a punto de intervenir. Había permitido la dispersión de su pueblo y ahora viene a congregarlo.

2. La invitación a la alegría se desarrolla con imágenes que causan una profunda impresión. Es un oráculo que hace soñar. Describe un futuro en el que los exiliados «vendrán con aclamaciones» y no sólo volverán a encontrar el templo del Señor, sino también todos los bienes: el trigo, el vino, el aceite y los rebaños de ovejas y vacas. La Biblia no conoce un espiritualismo abstracto. La alegría prometida no afecta sólo a lo más íntimo del hombre, pues el Señor cuida de la vida humana en todas sus dimensiones. Jesús mismo subrayará este aspecto, invitando a sus discípulos a confiar en la Providencia también con respecto a las necesidades materiales (cf. Mt 6,25-34). Nuestro cántico insiste en esta perspectiva. Dios quiere hacer feliz al hombre entero. La condición que prepara para sus hijos se expresa con el símbolo del «huerto regado» (Jr 31,12), imagen de lozanía y fecundidad. Dios convierte su tristeza en gozo, los alimenta con enjundia (cf. v. 14) y los sacia de bienes, hasta el punto de que brotan espontáneos el canto y la danza. Será un júbilo incontenible, una alegría de todo el pueblo.

3. La historia nos dice que este sueño no se hizo realidad entonces. Y no porque Dios no haya cumplido su promesa: el responsable de esa decepción fue una vez más el pueblo, con su infidelidad. El mismo libro de Jeremías se encarga de

demonstrarlo con el desarrollo de una profecía que resulta dolorosa y dura, y lleva progresivamente a algunas de las fases más tristes de la historia de Israel. No sólo no volverán los exiliados del norte, sino que incluso Judá será ocupada por Nabucodonosor en el año 587 a. C. Entonces comenzarán días amargos, cuando, en las orillas de Babilonia, deberán colgar las cítaras en los sauces (cf. Sal 136,2). En su corazón no podrán tener ánimo como para cantar ante el júbilo de sus verdugos; nadie se puede alegrar si se ve obligado al exilio abandonando su patria, la tierra donde Dios ha puesto su morada.

4. Con todo, la invitación a la alegría que caracteriza este oráculo no pierde su significado. En efecto, sigue válida la motivación última sobre la cual se apoya: la expresan sobre todo algunos intensos versículos, que preceden a los que nos presenta la *Liturgia de las Horas*. Es preciso tenerlos muy presentes mientras se leen las manifestaciones de alegría de nuestro cántico. Describen con palabras vibrantes el amor de Dios a su pueblo. Indican un pacto irrevocable: «Con amor eterno te he amado» (Jr 31,3). Cantan la efusión paterna de un Dios que a Efraím lo llama su primogénito y lo colma de ternura: «Salieron entre llantos, y los guiaré con consolaciones; yo los guiaré a las corrientes de aguas, por caminos llanos para que no tropiecen, pues yo soy el Padre de Israel» (Jr 31,9). Aunque la promesa no se pudo realizar por entonces a causa de la infidelidad de los hijos, el amor del Padre permanece en toda su impresionante ternura.

5. Este amor constituye el hilo de oro que une las fases de la historia de Israel, en sus alegrías y en sus tristezas, en sus éxitos y en sus fracasos. El amor de Dios no falla; incluso el castigo es expresión de ese amor, asumiendo un significado pedagógico y salvífico.

Sobre la roca firme de este amor, la invitación a la alegría de nuestro cántico evoca un futuro de Dios que, aunque se retrase, llegará tarde o temprano, no obstante todas las fragilidades de los hombres. Este futuro se ha realizado en la nueva alianza con la muerte y la resurrección de Cristo y con el don del Espíritu. Sin embargo, tendrá su pleno cumplimiento cuando el Señor vuelva al final de los tiempos. A la luz de estas certezas, el «sueño» de Jeremías sigue siendo una oportunidad histórica real, condicionada a la fidelidad de los hombres, y sobre todo una meta final, garantizada por la fidelidad de Dios y ya inaugurada por su amor en Cristo.

Así pues, leyendo este oráculo de Jeremías, debemos dejar que resuene en nosotros el evangelio, la buena nueva promulgada por Cristo en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4,16-21). La vida cristiana está llamada a ser un verdadero «júbilo», que sólo nuestro pecado puede poner en peligro. Al poner en nuestros labios estas palabras de Jeremías, la

Liturgia de las Horas nos invita a enraizar nuestra vida en Cristo, nuestro Redentor (cf. Jr 31,11), y a buscar en él el secreto de la verdadera alegría en nuestra vida personal y comunitaria.

Monición para el cántico del Padre Farnés

Jeremías, el profeta de las lamentaciones, es también un profeta de esperanza. En este cántico se dirige a los deportados a Babilonia y les anuncia un futuro lleno de bendiciones de Dios: *El que dispersó a Israel lo reunirá, lo guardará como un pastor a su rebaño y convertirá su tristeza en gozo.*

Este anuncio, lleno de esperanza, se dirige hoy a nosotros, que vivimos también, como Israel en Babilonia, desterrados y en medio de múltiples dificultades, lejos del gozo sensible de la visión del Señor.

Ojalá este oráculo, escrito, como toda la palabra de Dios, para que con «el consuelo que da mantengamos la esperanza» (Rm 15,4), nos infunda verdadero coraje y llene nuestra jornada de aquel optimismo cristiano que nos hará capaces, a nuestra vez, «de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios» (2 Co 1,4). Sí, el Señor nos prometió *convertir nuestra tristeza en gozo*, y su palabra no puede fallar. Dios nos librará de nuestras tribulaciones, como libró a Israel de la esclavitud de Babilonia, y nos consolará tan plenamente que *vendremos con aclamaciones a la altura de Sión y nuestra alma no volverá a desfallecer.*

SALMO 47

Himno a la gloria de Dios en Jerusalén

²Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios,

³su monte santo, altura hermosa, alegría de toda la tierra:

el monte Sión, vértice del cielo, ciudad del gran rey;

⁴entre sus palacios, Dios descuella como un alcázar.

⁵Mirad: los reyes se aliaron para atacarla juntos;

⁶pero, al verla, quedaron aterrados y huyeron despavoridos;

⁷allí los agarró un temblor y dolores como de parto; ⁸como un viento del desierto, que destroza las naves de Tarsis.

⁹Lo que habíamos oído lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios: que Dios la ha fundado para siempre.

¹⁰Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo:

¹¹como tu renombre, oh Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra;

tu diestra está llena de justicia:

¹²el monte Sión se alegra, las ciudades de Judá se gozan con tus sentencias.

¹³Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones;

¹⁴fijaos en sus baluartes, observad sus palacios, para poder decirle a la próxima generación:

¹⁵«Éste es el Señor, nuestro Dios». Él nos guiará por siempre jamás.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 17 de octubre de 2001]

1. El salmo que hemos proclamado es un canto en honor de Sión, «la ciudad del gran rey» (Sal 47,3), entonces sede del templo del Señor y lugar de su presencia en medio de la humanidad. La fe cristiana lo aplica ya a la «Jerusalén de arriba», que es «nuestra madre» (Ga 4,26).

El tono litúrgico de este himno, la evocación de una procesión de fiesta (cf. vv. 13-14), la visión pacífica de Jerusalén que refleja la salvación divina, hacen del salmo 47 una oración con la que se puede iniciar la jornada para convertirla en un canto de alabanza, aunque se cierna alguna nube en el horizonte.

Para captar el sentido de este salmo, nos sirven de ayuda tres aclamaciones situadas al inicio, en el centro y al final, como para ofrecernos la clave espiritual de la composición y para

introducimos en su clima interior. Las tres invocaciones son: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios» (v. 2), «Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo» (v. 10) y «Este es el Señor, nuestro Dios; él nos guiará por siempre jamás» (v. 15).

2. Estas tres aclamaciones, que exaltan al Señor pero también a «la ciudad de nuestro Dios» (v. 2), enmarcan dos grandes partes del salmo. La primera es una gozosa celebración de la ciudad santa, la Sión victoriosa contra los asaltos de los enemigos, serena bajo el manto de la protección divina (cf. vv. 3-8). Se trata de una especie de letanía de definiciones de esta ciudad: es una altura admirable que se yergue como un faro de luz, una fuente de alegría para todos los pueblos de la tierra, el único «Olimpo» verdadero donde se encuentran el cielo y la tierra. Como dice el profeta Ezequiel, es la Ciudad-Emmanuel, porque «Dios está allí», presente en ella (cf. Ez 48,35). Pero en torno a Jerusalén están acampando las tropas para el asedio, como un símbolo del mal que atenta contra el esplendor de la ciudad de Dios. El enfrentamiento tiene un desenlace lógico y casi inmediato.

3. En efecto, los poderosos de la tierra, al asaltar la ciudad santa, han provocado también a su Rey, el Señor. El salmista utiliza la sugestiva imagen de los dolores de parto para mostrar cómo se desvanece el orgullo de un ejército poderoso: «Allí los agarró un temblor y dolores como de parto» (v. 7). La arrogancia se transforma en fragilidad y debilidad, la fuerza en caída y derrota.

El mismo concepto se expresa con otra imagen: el ejército en fuga se compara a una armada invencible sobre la que se abate un tifón causado por un terrible viento del desierto (cf. v. 8). Así pues, queda una certeza inquebrantable para quien está a la sombra de la protección divina: la última palabra no la tiene el mal, sino el bien; Dios triunfa sobre las fuerzas hostiles, incluso cuando parecen formidables e invencibles.

4. El fiel, entonces, precisamente en el templo, celebra su acción de gracias al Dios liberador. Eleva un himno al amor misericordioso del Señor, expresado con el término hebraico *hésed*, típico de la teología de la alianza. Así nos encontramos ya en la segunda parte del Salmo (cf. vv. 10-14). Después del gran canto de alabanza a Dios fiel, justo y salvador (cf. vv. 10-12), se realiza una especie de procesión en torno al templo y a la ciudad santa (cf. vv. 13-14). Se cuentan las torres, signo de la segura protección de Dios, se observan las fortificaciones, expresión de la estabilidad que da a Sión su Fundador. Las murallas de Jerusalén hablan y sus piedras recuerdan los hechos que deben transmitirse «a la próxima generación» (v. 14) a través de la narración que harán los padres a los hijos (cf. Sal 77,3-7). Sión es el espacio de una cadena ininterrumpida de acciones salvíficas del Señor, que se anuncian en la catequesis y se celebran en la liturgia, para que perdure en los creyentes la esperanza en la intervención liberadora de Dios.

5. En la antífona conclusiva, es muy bella una de las más elevadas definiciones del Señor como pastor de su pueblo: «Él nos guiará por siempre jamás» (v. 15). El Dios de Sión es el Dios del Éxodo, de la libertad, de la cercanía al pueblo esclavo en Egipto y peregrino en el desierto. Ahora que Israel se ha establecido en la tierra prometida, sabe que el Señor no lo abandona: Jerusalén es el signo de su cercanía, y el templo es el lugar de su presencia.

Releyendo estas expresiones, el cristiano se eleva a la contemplación de Cristo, el templo nuevo y vivo de Dios (cf. Jn 2,21) y se dirige a la Jerusalén celestial, que ya no necesita un templo y una luz exterior, porque «el Señor, el Dios todopoderoso, y el Cordero, es su santuario. (...) La ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero» (Ap 21,22-23). A esta relectura «espiritual» nos invita san Agustín, convencido de que en los libros de la Biblia «no hay nada que se refiera sólo a la ciudad terrena, si todo lo que de ella se dice, o lo que ella realiza, simboliza algo que por alegoría se puede referir también a la Jerusalén celestial» (La Ciudad de Dios, XVII, 3, 2). De esa idea se hace eco san Paulino de Nola, que, precisamente comentando las palabras de nuestro salmo, exhorta a orar para que «podamos llegar a ser piedras vivas en las murallas de la Jerusalén celestial y libre» (Carta 28, 2 a Severo). Y contemplando la solidez y firmeza de esta ciudad, el mismo Padre de la Iglesia prosigue: «En efecto, el que habita esta ciudad se revela como Uno en tres personas. (...) Cristo ha sido constituido no sólo cimiento de esa ciudad, sino también torre y puerta. (...) Así pues, si sobre él se apoya la casa de nuestra alma y sobre él se eleva una construcción digna de tan gran cimiento, entonces la puerta de entrada a su ciudad será para nosotros precisamente Aquel que nos guiará a lo largo de los siglos y nos colocará en sus verdes praderas» (ib.).

Monición para el salmo del Padre Farnés

En su sentido literal nuestro salmo es un canto de admiración dedicado a Jerusalén y al Dios que habita en ella y, desde ella, revela su grandeza.

Para nosotros, cristianos, nuestra Jerusalén es la Iglesia; la ponderación de sus bellezas externas, la evocación de sus victorias nos ha de alentar la esperanza. Como Dios habitó en Sión, así Cristo habita en la Iglesia; como Dios protegió a Jerusalén, así Cristo protege a la Iglesia, esposa amada. En torno a ella se realizará la gran liberación escatológica de la humanidad. Entonemos, pues, nuestro himno de alabanza a la madre Iglesia, *alegría de toda la tierra*. Y, si se presentan dificultades, confiemos en quien habita en la Iglesia: *Mirad, los reyes se aliaron, pero, al verla, huyeron despavoridos*.

LAUDES DEL VIERNES DE LA I SEMANA

SALMO 50

Misericordia, Dios mío

³Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
⁴lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

⁵Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
⁶contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
⁷Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

⁸Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
⁹Rocíame con el hisopo: quedará limpio;
lávame: quedará más blanco que la nieve.

¹⁰Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
¹¹Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

¹²Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
¹³no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

¹⁴Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
¹⁵enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

¹⁶Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
¹⁷Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

¹⁸Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
¹⁹Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

²⁰Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
²¹entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo sencillamente el título de Miserere, palabra con la que comienza el texto latino. La introducción al salmo, versículos 1 y 2, dice: «Salmo de David, cuando el profeta Natán lo visitó después de haber pecado aquél con Betsabé». Este salmo penitencial tiene un estrecho parentesco con la literatura profética, sobre todo con Isaías y Ezequiel. Dios, totalmente puro e íntegro, al peccador, manifiesta su poder sobre el mal y su victoria sobre el pecado (v. 6). El v. 7 nos recuerda que todo hombre nace impuro, y por ello inclinado al mal, Gn 8,21; aquí se alega esta impureza fundamental como circunstancia atenuante que Dios debe tener en cuenta. La doctrina del pecado original quedará explícita en Rm 5,12-21, en correlación con la revelación de la redención por Jesucristo. En el v. 16 se ha querido ver a veces una alusión al asesinato de Urías por orden de David, 2 S 12,9. También se ha leído allí la expresión de la muerte prematura del malvado como castigo por los pecados, según la doctrina tradicional. En el v. 20, al regreso del destierro, se espera, como señal del perdón divino, la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Y el v. 21 es una precisión litúrgica añadida más tarde: en la Jerusalén restaurada se dará todo su valor a los sacrificios legítimos, es decir, oficialmente prescritos. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Confesión de los pecados y súplica de perdón. Es un verdadero acto de penitencia, que según una tradición brotó del corazón y de los labios de David, cuando Natán le reprendió por su pecado. Los versículos 20 y 21 son una adición, hecha después de la cautividad, para adaptar el salmo al estado del pueblo y a sus necesidades de entonces. En el Miserere, el salmista, consciente de su culpabilidad, apela a la benignidad divina. Ya al nacer está envuelto en una atmósfera de pecado porque «pecador me concibió madre» (v. 7). No hay alusión al pecado original, sino a la pecaminosidad inherente al hecho de ser fruto de un acto carnal, que en la mentalidad hebrea implicaba una impureza ritual.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 24 de octubre de 2001]

1. Hemos escuchado el Miserere, una de las oraciones más célebres del Salterio, el más intenso y repetido salmo penitencial, el canto del pecado y del perdón, la más profunda meditación sobre la culpa y la gracia. La Liturgia de las Horas nos lo hace repetir en las Laudes de cada viernes. Desde hace muchos siglos sube al cielo desde innumerables corazones de fieles judíos y cristianos como un suspiro de arrepentimiento y de esperanza dirigido a Dios misericordioso.

La tradición judía puso este salmo en labios de David, impulsado a la penitencia por las severas palabras del profeta Natán (cf. Sal 50,1-2; 2 S 11-12), que le reprochaba el adulterio cometido con Betsabé y el asesinato de su marido, Urías. Sin embargo, el salmo se enriquece en los siglos sucesivos con la oración de otros muchos pecadores, que recuperan los temas del «corazón nuevo» y del «Espíritu» de Dios infundido en el hombre redimido, según la enseñanza de los profetas Jeremías y Ezequiel (cf. Sal 50,12; Jr 31,31-34; Ez 11,19; 36,24-28).

2. Son dos los horizontes que traza el salmo 50. Está, ante todo, la región tenebrosa del pecado (cf. vv. 3-11), en donde está situado el hombre desde el inicio de su existencia: «Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre» (v. 7). Aunque esta declaración no se puede tomar como una formulación explícita de la doctrina del pecado original tal como ha sido delineada por la teología cristiana, no cabe duda que corresponde bien a ella, pues expresa la dimensión profunda de la debilidad moral innata del hombre. El salmo, en esta primera parte, aparece como un análisis del pecado, realizado ante Dios. Son tres los términos hebreos utilizados para definir esta triste realidad, que proviene de la libertad humana mal empleada.

3. El primer vocablo, hattá, significa literalmente «no dar en el blanco»: el pecado es una aberración que nos lleva lejos de Dios -meta fundamental de nuestras relaciones- y, por consiguiente, también del prójimo.

El segundo término hebreo es "awôn", que remite a la imagen de «torcer», «doblar». Por tanto, el pecado es una desviación tortuosa del camino recto. Es la inversión, la distorsión, la deformación del bien y del mal, en el sentido que le da Isaías: «Ay de los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz y luz por oscuridad!» (Is 5,20). Precisamente por este motivo, en la Biblia la conversión se indica como un «regreso» (en hebreo shûb) al camino recto, llevando a cabo un cambio de rumbo.

La tercera palabra con que el salmista habla del pecado es peshá. Expresa la rebelión del súbdito con respecto al

soberano, y por tanto un claro reto dirigido a Dios y a su proyecto para la historia humana.

4. Sin embargo, si el hombre confiesa su pecado, la justicia salvífica de Dios está dispuesta a purificarlo radicalmente. Así se pasa a la segunda región espiritual del Salmo, es decir, la región luminosa de la gracia (cf. vv. 12-19). En efecto, a través de la confesión de las culpas se le abre al orante el horizonte de luz en el que Dios se mueve. El Señor no actúa sólo negativamente, eliminando el pecado, sino que vuelve a crear la humanidad pecadora a través de su Espíritu vivificante: infunde en el hombre un «corazón» nuevo y puro, es decir, una conciencia renovada, y le abre la posibilidad de una fe límpida y de un culto agradable a Dios.

Orígenes habla, al respecto, de una terapia divina, que el Señor realiza a través de su palabra y mediante la obra de curación de Cristo: «Como para el cuerpo Dios preparó los remedios de las hierbas terapéuticas sabiamente mezcladas, así también para el alma preparó medicinas con las palabras que infundió, esparciéndolas en las divinas Escrituras. (...) Dios dio también otra actividad médica, cuyo Médico principal es el Salvador, el cual dice de sí mismo: "No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos". Él era el médico por excelencia, capaz de curar cualquier debilidad, cualquier enfermedad» (Homilias sobre los Salmos, Florencia 1991, pp. 247-249).

5. La riqueza del salmo 50 merecería una exégesis esmerada de todas sus partes. Es lo que haremos cuando volverá a aparecer en los diversos viernes de las Laudes. La mirada de conjunto, que ahora hemos dirigido a esta gran súplica bíblica, nos revela ya algunos componentes fundamentales de una espiritualidad que debe reflejarse en la existencia diaria de los fieles. Ante todo está un vivísimo sentido del pecado, percibido como una opción libre, marcada negativamente a nivel moral y teologal: «Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces» (v. 6).

Luego se aprecia en el salmo un sentido igualmente vivo de la posibilidad de conversión: el pecador, sinceramente arrepentido (cf. v. 5), se presenta en toda su miseria y desnudez ante Dios, suplicándole que no lo aparte de su presencia (cf. v. 13).

Por último, en el Miserere, encontramos una arraigada convicción del perdón divino que «borra, lava y limpia» al pecador (cf. vv. 3-4) y llega incluso a transformarlo en una nueva criatura que tiene espíritu, lengua, labios y corazón transfigurados (cf. vv. 14-19). «Aunque nuestros pecados - afirmaba santa Faustina Kowalska- fueran negros como la noche, la misericordia divina es más fuerte que nuestra miseria. Hace falta una sola cosa: que el pecador entorne al

menos un poco la puerta de su corazón... El resto lo hará Dios. Todo comienza en tu misericordia y en tu misericordia acaba». (M. Winowska, El icono del Amor misericordioso. El mensaje de sor Faustina, Roma 1981, p. 271).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 50, con el que cada viernes empezamos la oración de la mañana, es, para la Iglesia, el salmo penitencial por excelencia. Este salmo fue redactado por Israel en tiempos del exilio o inmediatamente después del retorno de Babilonia, cuando el pueblo, que tenía muy vivo el sentimiento de que su propia culpabilidad fue la causa de los sufrimientos del destierro, quiere asumir, para expiarlas, todas las infidelidades de su propia historia, desde el pecado de David con Betsabé hasta aquellas otras culpas que originaron el destierro y la destrucción de la ciudad santa: Señor, líbrame de la sangre (la que derramó David a causa de sus malos deseos); Señor, reconstruye las murallas de Jerusalén (destruidas a causa de las infidelidades de los reyes de Judá y de su pueblo).

Podemos rezar hoy el salmo 50 como lo rezó su autor, es decir, asumiendo, como Iglesia, los pecados de la comunidad cristiana de todos los tiempos e incluso los de la humanidad entera. Recordemos que somos en el mundo el cuerpo de Cristo y que también el Señor quiso hacerse él mismo pecado, para destruir en su cuerpo el pecado del hombre. En comunión con la iglesia pecadora y con toda la humanidad, imploremos, en este viernes de la muerte del Señor, el perdón de nuestros propios pecados y asumamos en nuestra oración, como lo hizo el Señor en su pasión, los pecados de todo el mundo, suplicando el perdón de Dios.

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 45,15-25

Que los pueblos todos se conviertan al Señor

¹⁵Es verdad: tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador.

¹⁶Se avergüenzan y se sonrojan todos por igual, se van avergonzados los fabricantes de ídolos;

¹⁷mientras el Señor salva a Israel con una salvación perpetua, para que no se avergüencen ni se sonrojen nunca jamás.

¹⁸Así dice el Señor, creador del cielo -él es Dios-, él modeló la tierra, la fabricó y la afianzó; no la creó vacía,

sino que la formó habitable: «Yo soy el Señor, y no hay otro».

¹⁹No te hablé a escondidas, en un país tenebroso, no dije a la estirpe de Jacob: «Buscadme en el vacío».

Yo soy el Señor que pronuncia sentencia y declara lo que es justo.

²⁰Reuníos, venid, acercaos juntos, supervivientes de las naciones. No discurren los que llevan su ídolo de madera y rezan a un dios que no puede salvar.

²¹Declarad, aducid pruebas, que deliberen juntos: ¿Quién anunció esto desde antiguo, quién lo predijo desde entonces? ¿No fui yo, el Señor? -No hay otro Dios fuera de mí-

Yo soy un Dios justo y salvador, y no hay ninguno más.

²²Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra, pues yo soy Dios, y no hay otro.

²³Yo juro por mi nombre, de mi boca sale una sentencia, una palabra irrevocable: «Ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua»; ²⁴dirán: «Sólo el Señor tiene la justicia y el poder».

A él vendrán avergonzados los que se enardecían contra él; ²⁵con el Señor triunfará y se gloriará la estirpe de Israel.

1. «Es verdad: tú eres un Dios escondido» (Is 45,15). Este versículo, que introduce el cántico propuesto en las Laudes del viernes de la primera semana del Salterio, está tomado de una meditación del Segundo Isaías sobre la grandeza de Dios manifestada en la creación y en la historia: un Dios que se revela, a pesar de permanecer escondido en la impenetrabilidad de su misterio. Es, por definición, el «Dios escondido». Ningún pensamiento lo puede capturar. El hombre sólo puede contemplar su presencia en el universo, casi siguiendo sus huellas y postrándose en adoración y alabanza.

El trasfondo histórico donde nace esta meditación es la sorprendente liberación que Dios realizó en favor de su pueblo, en el tiempo del exilio de Babilonia. ¿Quién habría pensado que los desterrados de Israel iban a volver a su patria? Al contemplar la potencia de Babilonia, no podían por menos de caer en la desesperación. Pero he aquí la gran nueva, la sorpresa de Dios, que vibra en las palabras del profeta: como en el tiempo del Éxodo, Dios intervendrá. Y si en aquella ocasión había doblegado con castigos tremendos la resistencia del faraón, ahora elige a un rey, Ciro de Persia, para derrotar la potencia de Babilonia y devolver a Israel la libertad.

2. «Tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador» (Is 45,15). Con estas palabras, el profeta invita a reconocer que Dios actúa en la historia, aunque no aparezca en primer plano. Se podría decir que está «detrás del telón». Él es el «director» misterioso e invisible, que respeta la libertad de sus criaturas, pero al mismo tiempo mantiene en su mano los hilos de las vicisitudes del mundo. La certeza de la acción providencial de Dios es fuente de esperanza para el creyente, que sabe que puede contar con la presencia constante de Aquel «que modeló la tierra, la fabricó y la afianzó» (Is 45,18).

En efecto, el acto de la creación no es un episodio que se pierde en la noche de los tiempos, de forma que el mundo, después de ese inicio, deba considerarse abandonado a sí mismo. Dios da continuamente el ser a la creación salida de sus manos. Reconocerlo es también confesar su unicidad: «¿No soy yo, el Señor? No hay otro Dios fuera de mí» (Is 45,21). Dios es, por definición, el Único. Nada se le puede comparar. Todo está subordinado a él. De ahí se sigue también el rechazo de la idolatría, con respecto a la cual el profeta pronuncia palabras muy duras: «No discurren los que llevan su ídolo de madera y rezan a un dios que no puede salvar» (Is 45,20). ¿Cómo ponerse en adoración ante un producto del hombre?

3. A nuestra sensibilidad actual podría parecerle excesiva esta polémica, como si estuviera dirigida contra las imágenes

consideradas en sí mismas, sin percibir que se les puede atribuir un valor simbólico, compatible con la adoración espiritual del único Dios. Ciertamente, aquí está en juego la sabia pedagogía divina que, a través de una rígida disciplina de exclusión de las imágenes, protegió históricamente a Israel de las contaminaciones politeístas. La Iglesia, en el segundo concilio de Nicea (año 787), partiendo del rostro de Dios manifestado en la encarnación de Cristo, reconoció la posibilidad de usar las imágenes sagradas, con tal de que se las tome en su valor esencialmente relacional.

Sin embargo, sigue siendo importante esa advertencia profética con respecto a todas las formas de idolatría, a menudo ocultas, más que en el uso impropio de las imágenes, en las actitudes con las que hombres y cosas se consideran como valores absolutos y sustituyen a Dios mismo.

4. Desde la perspectiva de la creación el himno nos lleva al terreno de la historia, donde Israel pudo experimentar muchas veces la potencia benéfica y misericordiosa de Dios, su fidelidad y su providencia. En particular, en la liberación del exilio se manifestó una vez más el amor de Dios por su pueblo, y eso aconteció de modo tan evidente y sorprendente que el profeta llama como testigos a los mismos «supervivientes de las naciones». Los invita a discutir, si pueden: «Reuníos, venid, acercaos juntos, supervivientes de las naciones» (Is 45,20). La conclusión a la que llega el profeta es que la intervención del Dios de Israel es indiscutible.

Brotó entonces una magnífica perspectiva universalista. Dios proclama: «Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra, pues yo soy Dios y no hay otro» (Is 45,22). Así resulta claro que la predilección con que Dios eligió a Israel como su pueblo no es un acto de exclusión, sino más bien un acto de amor, del que está destinada a beneficiarse la humanidad entera.

Ya en el Antiguo Testamento se perfila la concepción «sacramental» de la historia de la salvación, que ve en la elección especial de los hijos de Abraham y, luego, de los discípulos de Cristo en la Iglesia, no un privilegio que «cierra» y «excluye», sino el signo y el instrumento de un amor universal.

5. La invitación a la adoración y el ofrecimiento de la salvación se dirigen a todos los pueblos: «Ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua» (Is 45,23). Leer estas palabras desde una perspectiva cristiana significa ir con el pensamiento a la revelación plena del Nuevo Testamento, que señala a Cristo como «el Nombre sobre todo nombre» (Flp 2,9), para que «al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos; y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2,10-11).

Nuestra alabanza de la mañana, a través de este cántico, se ensancha hasta las dimensiones del universo, y da voz también a los que aún no han tenido la gracia de conocer a Cristo. Es una alabanza que se hace «misionera», impulsándonos a caminar por todas las sendas, anunciando que Dios se manifestó en Jesús como el Salvador del mundo.

Monición para el cántico del Padre Farnés

Ante Israel, que se dispone ya a emprender el camino del retorno, porque Ciro ha vencido a Babilonia, los antiguos opresores, avergonzados, reconocen que Israel cuenta realmente con un Dios que, escondido hasta entonces, protege realmente a su pueblo: En verdad, tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador.

Para nosotros, cristianos, este cántico ha de ser un himno de fe y de esperanza. De fe, porque, aunque a veces el Señor parece no existir o no preocuparse de nosotros -un Dios realmente escondido, como en el caso del largo destierro de Babilonia-, confesamos que él es el Señor y no hay otro. De esperanza, porque creemos que, finalmente, el Señor salvará a Israel con una salvación perpetua, para que no se avergüencen ni se sonrojen nunca jamás.

SALMO 99

Alegría de los que entran en el templo

¹Aclama al Señor, tierra entera,

²servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores.

³Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.

⁴Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre:

⁵«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades».

[La introducción del salmo dice: Salmo de acción de gracias (v. 1). La Biblia de Jerusalén pone a este salmo el título de Exhortación a la alabanza. Este himno doxológico concluye la serie de los salmos del reinado de Yahvé (Sal 93ss). Se recitaba

tal vez al entrar en el santuario para ofrecer los sacrificios de comunión (Lv 7,11-12). El v. 5 es un estribillo antiguo, Jr 33,11, repetido con frecuencia en los salmos en forma de antífona y de preludio, y citado en otros muchos pasajes bíblicos. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Acción de gracias. La suma bondad de Dios, hacedor de todo y pastor de su pueblo, hace que se le hayan de dar incesantes gracias. Este himno, de marcado sello litúrgico, es como una doxología que cierra los llamados «salmos del reino» (93; 96-100). Es de tipo procesional. Y la panorámica es universalista, como Is 56,6-7.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del Miércoles 7 de noviembre de 2001]

1. La tradición de Israel ha atribuido al himno de alabanza que se acaba de proclamar, salmo 99, el título de «Salmo para la todáh», es decir, para la acción de gracias en el canto litúrgico, por lo cual se adapta bien para entonarlo en las Laudes de la mañana. En los pocos versículos de este himno gozoso pueden identificarse tres elementos tan significativos, que su uso por parte de la comunidad orante cristiana resulta espiritualmente provechoso.

2. Está, ante todo, la exhortación apremiante a la oración, descrita claramente en dimensión litúrgica. Basta enumerar los verbos en imperativo que marcan el ritmo del salmo y a los que se unen indicaciones de orden cultural: «Aclamad..., servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios... Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre» (vv. 2-4). Se trata de una serie de invitaciones no sólo a entrar en el área sagrada del templo a través de puertas y atrios (cf. Sal 14,1; 23,3.7-10), sino también a aclamar a Dios con alegría.

Es una especie de hilo constante de alabanza que no se rompe jamás, expresándose en una profesión continua de fe y amor. Es una alabanza que desde la tierra sube a Dios, pero que, al mismo tiempo, sostiene el ánimo del creyente.

3. Quisiera reservar una segunda y breve nota al comienzo mismo del canto, donde el salmista exhorta a toda la tierra a aclamar al Señor (cf. v. 1). Ciertamente, el salmo fijará luego su atención en el pueblo elegido, pero el horizonte implicado en la alabanza es universal, como sucede a menudo en el Salterio, en particular en los así llamados «himnos al Señor, rey» (cf. Sal 95-98). El mundo y la historia no están a merced del destino, del caos o de una necesidad ciega. Por el contrario, están gobernados por un Dios misterioso, sí, pero a la vez deseoso de que la humanidad viva establemente según relaciones justas y auténticas: él «afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los

pueblos rectamente. (...) Regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad» (Sal 95,10.13).

4. Por tanto, todos estamos en las manos de Dios, Señor y Rey, y todos lo celebramos, con la confianza de que no nos dejará caer de sus manos de Creador y Padre. Con esta luz se puede apreciar mejor el tercer elemento significativo del salmo. En efecto, en el centro de la alabanza que el salmista pone en nuestros labios hay una especie de profesión de fe, expresada a través de una serie de atributos que definen la realidad íntima de Dios. Este credo esencial contiene las siguientes afirmaciones: el Señor es Dios, el Señor es nuestro creador, nosotros somos su pueblo, el Señor es bueno, su misericordia es eterna y su fidelidad no tiene fin (cf. vv. 3-5).

5. Tenemos, ante todo, una renovada confesión de fe en el único Dios, como exige el primer mandamiento del Decálogo: «Yo soy el Señor, tu Dios. (...) No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Ex 20,2.3). Y como se repite a menudo en la Biblia: «Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro» (Dt 4,39). Se proclama después la fe en el Dios creador, fuente del ser y de la vida. Sigue la afirmación, expresada a través de la así llamada «fórmula del pacto», de la certeza que Israel tiene de la elección divina: «Somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño» (v. 3). Es una certeza que los fieles del nuevo pueblo de Dios hacen suya, con la conciencia de constituir el rebaño que el Pastor supremo de las almas conduce a las praderas eternas del cielo (cf. 1 Pe 2,25).

6. Después de la proclamación de Dios uno, creador y fuente de la alianza, el retrato del Señor cantado por nuestro salmo prosigue con la meditación de tres cualidades divinas exaltadas con frecuencia en el Salterio: la bondad, el amor misericordioso (hésed) y la fidelidad. Son las tres virtudes que caracterizan la alianza de Dios con su pueblo; expresan un vínculo que no se romperá jamás, dentro del flujo de las generaciones y a pesar del río fangoso de los pecados, las rebeliones y las infidelidades humanas. Con serena confianza en el amor divino, que no faltará jamás, el pueblo de Dios se encamina a lo largo de la historia con sus tentaciones y debilidades diarias.

Y esta confianza se transforma en canto, al que a veces las palabras ya no bastan, como observa san Agustín: «Cuanto más aumente la caridad, tanto más te darás cuenta de que decías y no decías. En efecto, antes de saborear ciertas cosas creías poder utilizar palabras para mostrar a Dios; al contrario, cuando has comenzado a sentir su gusto, te has dado cuenta de que no eres capaz de explicar adecuadamente lo que pruebas. Pero si te das cuenta de que no sabes expresar con palabras lo que experimentas, ¿acaso deberás por eso callarte y no alabar? (...) No, en absoluto. No serás tan ingrato. A él se deben el honor, el respeto y la mayor alabanza. (...) Escucha el salmo:

"Aclama al Señor, tierra entera". Comprenderás el júbilo de toda la tierra, si tú mismo aclamas al Señor» (Exposiciones sobre los Salmos III, 1, Roma 1993, p. 459).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 99 nos invita al gozo y a la alegría. Cristo, victorioso vencedor de la muerte, es nuestro pastor, y nosotros, sus ovejas, caminamos, tras él y como él, hacia la resurrección. Aclamemos, pues, al Señor con alegría, y que esta hora, en la que Cristo entró en su gloria, aumente nuestra esperanza de que también nosotros, ovejas de su rebaño, entraremos un día por sus puertas con acción de gracias, bendiciendo su nombre.

El salmo 99 es un canto procesional de acción de gracias a Dios que ha elegido a Israel y lo guía con cuidado amoroso como a ovejas de su rebaño.

Pero Israel -la Iglesia- es un pueblo sacerdotal, es «Lumen gentium», luz de los gentiles; por ello no puede contentarse con cantar ella sola a Dios. Toda la tierra, todos los hombres, deben sumarse a esta alabanza: Aclama al Señor, tierra entera. Nosotros caminamos también procesionalmente siguiendo a Cristo, que ha pasado ya de este mundo al Padre, y nos dirigimos hacia el verdadero atrio de Dios, el reino donde Cristo victorioso está sentado a la derecha del Padre. Que la alegría y el canto sea pues el distintivo de los que creemos en el reinado que, ya en este mundo, es objeto de nuestra esperanza y de nuestros anhelos.

LÁUDES DEL SÁBADO DE LA I SEMANA

SALMO 118, 145-152

Promesa de observar la ley de Dios

¹⁴⁵Te invoco de todo corazón:
respóndeme, Señor, y guardaré tus leyes;
^{146a}a ti grito: sálvame,
y cumpliré tus decretos;
¹⁴⁷me adelanto a la aurora pidiendo auxilio,
esperando tus palabras.

¹⁴⁸Mis ojos se adelantan a las vigili-
as, meditando tu promesa;
¹⁴⁹escucha mi voz por tu misericordia,
con tus mandamientos dame vida;
¹⁵⁰ya se acercan mis inicuos perseguidores,
están lejos de tu voluntad.

¹⁵¹Tú, Señor, estás cerca,
y todos tus mandatos son estables;
¹⁵²hace tiempo comprendí que tus preceptos
los fundaste para siempre.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo, el más largo del salterio y del que la liturgia toma aquí únicamente los vv. 145-152, agrupados por la letra Qôf, el título de Elogio de la ley divina. Es un salmo «alfabético». Los ocho versos dobles de cada estrofa comienzan por una de las 22 letras del alfabeto hebreo, y cada uno de ellos, con la única excepción del v. 122, contiene uno de los términos que designan la Ley: dictamen, ordenanza, precepto, mandamiento, promesa, palabra, juicio, camino. La palabra «ley» y sus sinónimos han de ser tomados en el sentido más amplio de enseñanza revelada, tal como la han transmitido los profetas. Tenemos en este salmo uno de los monumentos más característicos de la piedad israelita hacia la revelación divina. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Excelencias de la ley de Dios. En efecto, canta las excelencias de la divina ley. Está dividido en estrofas, y cada estrofa consta de ocho versos, que comienzan con la letra que a cada una corresponde según el alfabeto hebreo. En cada uno de los ocho versos de la estrofa se menciona la ley divina designada con una palabra distinta: Ley, mandamientos, juicios, estatutos, etc. Tal vez en su origen el orden de todos estos distintos nombres fuera el mismo en todas las estrofas; pero hoy no sucede así, seguramente por los inevitables descuidos de los copistas. El salmo canta a las excelencias de la Ley divina, respondiendo a los escépticos que vivían al margen de ella. La Ley es el reflejo

de la voluntad divina, y por eso debe ser objeto de constante meditación. El estilo es sapiencial. Se exalta la Ley en todas sus facetas. Los epítetos se repiten cansinamente, pero el conjunto es impresionante.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audencia general del miércoles 14 de noviembre de 2001]

1. La liturgia de las Laudes nos propone el sábado de la primera semana una sola estrofa tomada del Salmo 118, una plegaria monumental de veintidós estrofas, tantas cuantas son las letras del alfabeto hebreo. Cada estrofa se caracteriza por una letra del alfabeto, con la que comienza cada uno de sus versos; el orden de las estrofas sigue el del alfabeto. Acabamos de proclamar la estrofa decimonovena, correspondiente a la letra Qôf.

Esta premisa, un poco exterior, nos permite comprender mejor el significado de este canto en honor de la Ley divina. Es semejante a una música oriental, cuyas modulaciones sonoras dan la impresión de que no terminan jamás y se elevan al cielo en una repetición que implica la mente y los sentidos, el espíritu y el cuerpo del orante.

2. En una secuencia que se articula del *álef* a la *tau*, es decir, de la primera a la última letra del alfabeto -de la A a la Z, diríamos nosotros con el alfabeto italiano-, el orante se derrama en la alabanza de la Ley de Dios, que adopta como lámpara para sus pasos en el camino a menudo oscuro de la vida (cf. v. 105).

Se dice que el gran filósofo y científico Blas Pascal recitaba diariamente este salmo, que es el más largo de todos, mientras que el teólogo Dietrich Bonhoeffer, asesinado por los nazis en 1945, lo transformaba en plegaria viva y actual escribiendo: «Indudablemente el Salmo 118 es difícil por su extensión y monotonía, pero debemos seguir precisamente palabra tras palabra, frase tras frase, con mucha lentitud y paciencia. Descubriremos entonces que las aparentes repeticiones son en realidad aspectos nuevos de una misma y única realidad: el amor a la Palabra de Dios. Así como este amor no puede terminar jamás, así tampoco terminan las palabras que lo confiesan. Pueden acompañarnos durante toda nuestra vida, y en su sencillez se transforman en plegaria para el niño, el hombre y el anciano» (*Rezar los Salmos con Cristo*, Brescia 1978³, p. 48).

3. Por tanto, el hecho de repetir, además de ayudar a la memoria en el canto coral, es un modo de estimular la

adhesión interior y el abandono confiado en los brazos de Dios, invocado y amado. Entre las repeticiones del salmo 118 queremos señalar una muy significativa. Cada uno de los 176 versos que componen esta alabanza a la *Torah*, es decir, a la Ley y a la Palabra divina, contiene al menos una de las ocho palabras con las que se define a la *Torah* misma: ley, palabra, testimonio, juicio, sentencia, decreto, precepto y orden. Se celebra así la Revelación divina, que es manifestación del misterio de Dios, pero también guía moral para la existencia del fiel.

De este modo, Dios y el hombre están unidos en un diálogo compuesto por palabras y obras, enseñanza y escucha, verdad y vida.

4. Examinemos ahora nuestra estrofa (vv. 145-152), que se adapta bien al clima de las Laudes matutinas. En efecto, la escena que ocupa la parte central de estos ocho versículos es nocturna, pero está abierta al nuevo día. Después de una larga noche de espera y vigilia orante en el templo, cuando aparece en el horizonte la aurora e inicia la liturgia, el fiel está seguro de que el Señor escuchará a quien ha pasado la noche orando, esperando y meditando en la Palabra divina. Confortado por esta certeza, ante la jornada que se abre ante él, ya no temerá los peligros. Sabe que no lo alcanzarán sus perseguidores, que lo asedian a traición (cf. v. 150), porque el Señor está junto a él.

5. La estrofa expresa una intensa súplica: «Te invoco de todo corazón: respóndeme, Señor, (...) me adelanto a la aurora pidiendo auxilio, esperando tus palabras» (vv. 145 y 147). En el libro de las Lamentaciones se lee esta invitación: «¡En pie, lanza un grito en la noche, cuando comienza la ronda; derrama como agua tu corazón ante el rostro del Señor, alza tus manos hacia él!» (Lm 2,19). San Ambrosio repetía: «¿No sabes, hombre, que cada día debes ofrecer a Dios las primicias de tu corazón y de tu voz? Apresúrate al alba, para llevar a la iglesia las primicias de tu piedad» (*Exp. in Ps. CXVIII: PL 15, 1476 A*).

Al mismo tiempo, nuestra estrofa es también la exaltación de una certeza: no estamos solos, porque Dios escucha e interviene. Lo dice el orante: «Tú, Señor, estás cerca» (v. 151). Lo reafirman otros salmos: «Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos» (Sal 68,19); «El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos» (Sal 33,19).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 118 es un canto a la Ley, de un piadoso israelita que vive en un ambiente de indiferencia religiosa, muy parecido a muchos de nuestros ambientes actuales. La Ley significa, para él, la revelación, las promesas, la palabra misma de Dios que se dirige a su pueblo.

Empezar el día con este salmo significa profesar que también nosotros ponemos en Dios nuestra delicia; y ello a pesar de que el ambiente procura olvidar a este Dios, para vivir cada uno de cara a sus propios intereses. «Señor, me adelanto a la aurora esperando tus palabras; en ellas quiero cimentar toda mi vida. Conozco las dificultades, los enemigos que, con esta actitud, me ganaré: Ya se acercan mis inicuos perseguidores. El mundo nos odiará y nos rechazará, pero, si los perseguidores se acercan, tú, Señor, estás más cerca aún y con tus mandamientos me darás vida, y una vida muy superior a la que el mundo, con sus riquezas, podría ofrecerme».

El autor del salmo 118 es un piadoso israelita, enamorado de la ley de Dios, que sufre las burlas de un ambiente de indiferencia religiosa que desprecia su proceder y prefiere dedicarse a los propios intereses antes que meditar la ley de Dios y poner en ella su esperanza.

El ambiente de indiferencia religiosa no fue privativo de muchos hijos de Israel, sumergidos entre pueblos que les aventajaban culturalmente casi siempre. También hoy la Iglesia cristiana, sumergida en culturas y técnicas muy adelantadas, puede tener la tentación de hacer de ellas su dios y olvidar el Evangelio. Por ello, la oración del joven israelita autor del salmo es muy apta para empezar nuestra jornada cristiana: Aunque se acerquen, Señor, mis inicuos perseguidores, que quisieran apartarme de tu ley, prometiéndome otras felicidades, yo me adelanto a la aurora, esperando tus palabras.

CÁNTICO DE LA SABIDURÍA, SB 9, 1-6. 9-11

Dame, Señor, la sabiduría

¹Dios de los padres y Señor de misericordia,
que con tu palabra hiciste todas las cosas,
²y en tu sabiduría formaste al hombre,
para que dominase sobre tus criaturas,
³y para regir el mundo con santidad y justicia,
y para administrar justicia con rectitud de corazón.

⁴Dame la sabiduría asistente de tu trono
y no me excluyas del número de tus siervos,
⁵porque siervo tuyo soy, hijo de tu sierva,
hombre débil y de pocos años,
demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes.

⁶Pues, aunque uno sea perfecto
entre los hijos de los hombres,

sin la sabiduría, que procede de ti,
será estimado en nada.

⁹Contigo está la sabiduría, concedora de tus obras,
que te asistió cuando hacías el mundo,
y que sabe lo que es grato a tus ojos
y lo que es recto según tus preceptos.

¹⁰Mándala desde tus santos cielos,
y de tu trono de gloria envíala,
para que me asista en mis trabajos
y venga yo a saber lo que te es grato.

¹¹Porque ella conoce y entiende todas las cosas,
y me guiará prudentemente en mis obras,
y me guardará en su esplendor.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 29 de enero de 2003]

1. El cántico que se nos propone hoy nos presenta la mayor parte de una amplia oración puesta en labios de Salomón, al que la tradición bíblica considera el rey justo y el sabio por excelencia. Se encuentra en el capítulo 9 del *libro de la Sabiduría*, un texto del Antiguo Testamento compuesto en griego, tal vez en Alejandría de Egipto, en los umbrales de la era cristiana. En él se refleja el judaísmo vivo y abierto de la diáspora hebrea en el mundo helenístico.

Son fundamentalmente tres las líneas de pensamiento teológico que este libro nos propone: la inmortalidad feliz, como meta final de la existencia del justo (cf. capítulos 1-5); la sabiduría como don divino y guía de la vida y de las opciones de los fieles (cf. cc. 6-9); la historia de la salvación, sobre todo el acontecimiento fundamental del éxodo de la opresión egipcia, como signo de la lucha entre el bien y el mal, que desemboca en una salvación y redención plena (cf. cc. 10-19).

2. Salomón vivió aproximadamente diez siglos antes del autor inspirado del *libro de la Sabiduría*, pero ha sido considerado el fundador y el artífice ideal de toda la reflexión sapiencial posterior. La oración del himno puesto en sus labios es una invocación solemne dirigida al «Dios de los padres y Señor de la misericordia» (Sb 9,1), para que conceda el don valiosísimo de la sabiduría.

Es evidente en nuestro texto la alusión a la escena narrada en el *primer libro de los Reyes*, cuando Salomón, al inicio de su

reinado, se dirige al alto de Gabaón, donde se alzaba un santuario, y, después de celebrar un grandioso sacrificio, durante la noche tiene un sueño-revelación. A Dios, que lo invita a pedirle un don, responde: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón prudente para gobernar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal» (1 R 3,9).

3. La idea que sugiere esta invocación de Salomón se desarrolla en nuestro cántico mediante una serie de peticiones dirigidas al Señor, para que conceda ese tesoro insustituible que es la sabiduría.

En el pasaje, recortado por la *liturgia de Laudes*, encontramos estas dos imploraciones: «Dame la sabiduría. (...) Mándala de tus santos cielos, de tu trono de gloria» (Sb 9,4.10). El fiel es consciente de que sin este don carece de guía, de una estrella polar que le oriente en las opciones morales de la existencia: «Soy hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes. (...) Sin la sabiduría, que procede de ti, (el hombre) será estimado en nada» (vv. 5-6).

Es fácil intuir que esta «sabiduría» no es la simple inteligencia o habilidad práctica, sino más bien la participación en la mente misma de Dios, que «con su sabiduría formó al hombre» (cf. v. 2). Por consiguiente, es la capacidad de penetrar en el sentido profundo del ser, de la vida y de la historia, traspasando la superficie de las cosas y de los acontecimientos para descubrir en ellos el significado último, querido por el Señor.

4. La sabiduría es como una lámpara que ilumina nuestras opciones morales de cada día y nos lleva por el camino recto, «para saber lo que es grato al Señor y lo que es recto según sus preceptos» (cf. v. 9). Por eso, la liturgia nos hace orar con las palabras del *libro de la Sabiduría* al inicio de una jornada, precisamente para que Dios, con su sabiduría, esté a nuestro lado y «nos asista en nuestros trabajos» de cada día (cf. v. 10), mostrándonos el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

Cuando la Sabiduría divina nos lleva de la mano, nos adentramos con confianza en el mundo. A ella nos asimos, amándola con un amor sponsal, a ejemplo de Salomón, el cual, siempre según el *libro de la Sabiduría*, confesaba: «Yo la amé y la pretendí desde mi juventud; me esforcé por hacerla esposa mía y llegué a ser un apasionado de su belleza» (Sb 8,2).

5. Los Padres de la Iglesia identificaron a Cristo con la Sabiduría de Dios, siguiendo a san Pablo, que definió a Cristo «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,24).

Concluamos con una oración de san Ambrosio, que se dirige a Cristo así: «Enseñame las palabras llenas de sabiduría, porque tú eres la Sabiduría. Abre mi corazón, tú que abriste el Libro.

Ábreme la puerta del cielo, porque tú eres la Puerta. Si entramos por ti, poseeremos el reino eterno; si entramos por ti, no quedaremos defraudados, porque no puede equivocarse quien entra en la morada de la Verdad» (*Comentario al Salmo 118*, 1: SAEMO 9, p. 377).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Este cántico que el libro de la Sabiduría pone en labios de Salomón, el rey sabio por excelencia, es una de las más bonitas plegarias de la Biblia, muy apta para ser rezada al principio del nuevo día y muy fácilmente adaptable a la situación de cada uno de nosotros.

Por nuestra condición humana, *somos débiles y demasiado pequeños para conocer el juicio y las leyes de Dios*; pero el Señor ha escogido *el hombre, para que dominase sobre sus criaturas y para que rigiese el mundo y lo gobernase*. Mas, para realizar esta misión, nos es necesario pedir insistentemente *la sabiduría asistente del trono de Dios*.

Tenemos necesidad de conocer los planes de Dios para construir la Iglesia y edificar el mundo con los trabajos del día que estamos empezando. Pidamos, pues, que el Señor nos dé su sabiduría, para que sepamos realizar *lo que es grato a los ojos de Dios, y lo que es recto según sus preceptos*. Que Dios dé también esta sabiduría a todos nuestros hermanos, especialmente a aquellos que tienen responsabilidades especiales en el gobierno del mundo y de la Iglesia.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antífona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antífona que pida la luz de Dios o la asistencia del Espíritu, por ejemplo: «Como busca la cierva» (MD 739) o bien «Oh, Señor, envía a tu Espíritu» (MD 972).

SALMO 116

Invitación universal a la alabanza divina

¹Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos.

²Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre.

[Esta brevísima pieza poética, el aleluya de todos los pueblos, tiene el aire de una doxología que se repetiría al principio y al fin de las funciones litúrgicas. El salmista, en nombre del

pueblo, invita a todas las naciones a asociarse a las alabanzas a Yahvé por haber mostrado su piedad y fidelidad hacia su pueblo. La proyección es netamente mesiánica, pues se da acceso a todas las gentes a participar en el culto al Dios de Israel. El poeta considera las voces de todos los pueblos como un gigantesco orfeón que entona el aleluya en honor del Dios único, especialmente vinculado a los destinos de Israel como centro de la historia. La piedad y la fidelidad de Yahvé para con su pueblo son una prenda de benevolencia para todas las naciones, ya que Israel constituye como las primicias de todos los pueblos en los planes salvadores del Dios único.

Esta invitación a las naciones a asociarse a las alabanzas de Yahvé en torno a Israel prueba el carácter excepcional del pueblo elegido en orden a la salvación del mundo. He aquí cómo bellamente explica esta idea el cardenal Faulhaber: «El salmista quisiera reunir todos los pueblos de la tierra en un orfeón gigantesco, cuyos coros masivos cantaran al Señor de la revelación un aleluya de miles y miles de voces, una verdadera coral de Pentecostés. La primera mitad del salmo contiene la invitación a establecer el orfeón mundial y a cantar; la segunda mitad expone los motivos de la invitación... El objeto perpetuo y continuo del canto de los pueblos es Yahvé, el Dios de la revelación y de la redención... Las dos columnas sobre las que se funda la salvación de los pueblos, sobre las que también, por consiguiente, se basa la acción de gracias de los gentiles por la actividad salvífica de Dios, son la misericordia y la fidelidad de Dios. Su misericordia ha construido sólidamente, en la antigua alianza, los muros de los cimientos; su fidelidad garantiza que el edificio será llevado a buen término en la nueva alianza. Ante la mirada profética del salmista, el edificio está ya en pie, completamente acabado. La barrera entre Israel y las naciones ha sido echada a tierra (Rm 15,11). Puesto que el Mesías es la piedra angular que debe unir en un edificio único el pueblo de Canaán con los otros pueblos, este salmo 116 recibe de su autor una coloración mesiánica. Por el Mesías, el gran retoño de Israel, las bendiciones de la revelación, las verdades y las gracias, se derraman sobre todos los pueblos. El Mesías representa el unísono y el acorde de las voces en el aleluya de la humanidad rescatada. Israel estaba encargado de dirigir el canto, pero no de hacer de solista.»]

Catequesis de Juan Pablo II

[**Audiencia general del miércoles 28 de noviembre de 2001**]

1. Este es el salmo más breve. En el original hebreo está compuesto sólo por diecisiete palabras, nueve de las cuales son las particularmente importantes. Se trata de una pequeña doxología, es decir, un canto esencial de alabanza, que idealmente podría servir de conclusión de oraciones más amplias, como himnos. Así ha sucedido a veces en la liturgia, como acontece con nuestro «Gloria al Padre», con el que suele concluirse el rezo de todos los salmos.

Verdaderamente, estas pocas palabras de oración son significativas y profundas para exaltar la alianza entre el Señor y su pueblo, dentro de una perspectiva universal. A esta luz, el apóstol san Pablo utiliza el primer versículo del salmo para invitar a todos los pueblos del mundo a glorificar a Dios. En efecto, escribe a los cristianos de Roma: «Los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, como dice la Escritura: (...) Alabad al Señor todas las naciones; aclamadlo, todos los pueblos» (Rm 15,9.11).

2. Así pues, el breve himno que estamos meditando comienza, como acontece a menudo en este tipo de salmos, con una invitación a la alabanza, que no sólo se dirige a Israel, sino a todos los pueblos de la tierra. Un *Aleluya* debe brotar de los corazones de todos los justos que buscan y aman a Dios con corazón sincero. Una vez más el Salterio refleja una visión de gran alcance, alimentada probablemente por la experiencia vivida por Israel durante el exilio en Babilonia, en el siglo VI a. C.: el pueblo hebreo se encontró entonces con otras naciones y culturas y sintió la necesidad de anunciar su fe a los pueblos entre los cuales vivía. En el Salterio se aprecia la convicción de que el bien florece en muchos terrenos y, en cierta manera, puede ser orientado y dirigido hacia el único Señor y Creador.

Por eso, podríamos hablar de un *ecumenismo* de la oración, que estrecha en un único abrazo a pueblos diferentes por su origen, historia y cultura. Estamos en la línea de la gran «visión» de Isaías, que describe «al final de los tiempos» cómo confluyen todas las naciones hacia «el monte del templo del Señor». Entonces caerán de las manos las espadas y las lanzas; más aún, con ellas se forjarán arados y podaderas, para que la humanidad viva en paz, cantando su alabanza al único Señor de todos, escuchando su palabra y cumpliendo su ley (cf. Is 2,1-5).

3. Israel, el pueblo de la elección, tiene en este horizonte universal una misión particular. Debe proclamar dos grandes virtudes divinas, que ha experimentado viviendo la alianza con el Señor (cf. v. 2). Estas dos virtudes, que son como los rasgos fundamentales del rostro divino, el «buen binomio» de Dios, como decía san Gregorio de Nisa (cf. *Sobre los títulos de los salmos*, Roma 1994, p. 183), se expresan con otros tantos vocablos hebreos que, en las traducciones, no logran brillar con toda su riqueza de significado.

El primero es *hésed*, un término que el Salterio usa con mucha frecuencia y sobre el que ya he tratado en otra ocasión. Quiere indicar la trama de los sentimientos profundos que marcan las relaciones entre dos personas, unidas por un vínculo auténtico y constante. Por eso, entraña valores como el amor, la fidelidad, la misericordia, la bondad y la ternura. Así pues, entre nosotros y Dios existe una relación que no es fría, como la que se entabla entre un emperador y su súbdito, sino cordial,

como la que se desarrolla entre dos amigos, entre dos esposos o entre padres e hijos.

4. El segundo vocablo, *'emét*, es casi sinónimo del primero. También se trata de un término frecuente en el Salterio, que lo repite casi la mitad de todas las veces en que se encuentra en el resto del Antiguo Testamento.

Este término, de por sí, expresa la «verdad», es decir, la genuinidad de una relación, su autenticidad y lealtad, que se conserva a pesar de los obstáculos y las pruebas; es la fidelidad pura y gozosa que no se resquebraja. Por eso el salmista declara que «dura por siempre» (v. 2). El amor fiel de Dios no fallará jamás y no nos abandonará a nosotros mismos o a la oscuridad de la falta de sentido, de un destino ciego, del vacío y de la muerte.

Dios nos ama con un amor incondicional, que no conoce el cansancio, que no se apaga nunca. Este es el mensaje de nuestro salmo, casi tan breve como una jaculatoria, pero intenso como un gran cántico.

5. Las palabras que nos sugiere son como un eco del cántico que resuena en la Jerusalén celestial, donde una inmensa multitud, de toda lengua, pueblo y nación, canta la gloria divina ante el trono de Dios y del Cordero (cf. Ap 7,9). A este cántico la Iglesia peregrinante se une con infinitas expresiones de alabanza, moduladas frecuentemente por el genio poético y por el arte musical. Pensamos, por poner un ejemplo, en el *Te Deum*, que han utilizado generaciones de cristianos a lo largo de los siglos para alabar y dar gracias a Dios: «Te Deum laudamus, te Dominum confitemur, te aeternum Patrem omnis terra veneratur», «A ti, oh Dios, te alabamos, a ti, Señor, te reconocemos, a ti, eterno Padre, te venera toda la creación». Por su parte, el pequeño salmo que hoy estamos meditando constituye una síntesis eficaz de la perenne liturgia de alabanza con que la Iglesia se hace portavoz del mundo, uniéndose a la alabanza perfecta que Cristo mismo dirige al Padre.

Así pues, alabemos al Señor. Alabémoslo sin cesar. Pero nuestra alabanza se ha de expresar con la vida, antes que con las palabras. En efecto, seríamos poco creíbles si con nuestro salmo invitáramos a las naciones a dar gloria al Señor y no tomáramos en serio la advertencia de Jesús: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16). Cantando el salmo 116, como todos los salmos que ensalzan al Señor, la Iglesia, pueblo de Dios, se esfuerza por llegar a ser ella misma un cántico de alabanza.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 116 es una doxología por las maravillas que Dios ha realizado en medio de su pueblo: *Firme ha sido su misericordia con nosotros*. Y, como entre todas estas maravillas de Dios la resurrección de Jesucristo es la culminación de todas, por ello precisamente este salmo encuentra en la hora de Laudes su momento más apropiado. Que todo nuestro ser bendiga, pues, a Dios, *cuya fidelidad* a sus antiguas promesas de protección a su pueblo *ha sido firme*, se ha manifestado *a nosotros y dura por siempre*.

II Semana del Salterio

LAUDES DEL DOMINGO DE LA II SEMANA

SALMO 117

Himno de acción de gracias después de la victoria

¹Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

²Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

³Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

⁴Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

⁵En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo.

⁶El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
⁷El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

⁸Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
⁹mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

¹⁰Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
¹¹me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
¹²me rodeaban como avispa,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé.

¹³Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
¹⁴el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

¹⁵Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:

«La diestra del Señor es poderosa,
¹⁶la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa».

¹⁷No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
¹⁸Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

¹⁹Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor.

²⁰- Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.

²¹- Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.

²²La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
²³Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

²⁴Éste es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.
²⁵Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.

²⁶- Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendicimos desde la casa del Señor;
²⁷el Señor es Dios, él nos ilumina.

Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.

²⁸Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo.

²⁹Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de En la fiesta de las Tiendas. Un invitatorio, vv. 1-4, precede al himno de acción de gracias puesto en labios de la comunidad personificada, completado con la serie de responsorios, vv. 19s y 25s, recitados por diversos grupos cuando la procesión entraba en el Templo. El conjunto se utilizó quizá para la fiesta descrita en Ne 8,13-18. En la tradición cristiana, el v. 24 se aplica al día de la resurrección de Cristo y se utiliza en la liturgia pascual. A la aclamación ritual del v. 25, los sacerdotes respondían con la bendición del v. 26, que la muchedumbre repitió el día de Ramos aplicándola a Jesús, y que ha entrado en el Santo de la misa. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Canto triunfal. El poeta, librado por Dios de grave peligro, canta el poder y la misericordia de Dios para con él, y muestra firme confianza en su protección. O tal vez: himno de acción de gracias por una victoria sobre los enemigos de Israel. Estilo procesional, con intervención de sacerdotes, laicos y prosélitos.

Con ocasión de una gran solemnidad pública, el salmista entona un himno de acción de gracias por una victoria recientemente obtenida contra los enemigos de Israel. La distribución estrófica tiene un aire procesional, y parece que intervienen todos los estamentos de la sociedad israelita: los sacerdotes, los laicos y aun los prosélitos o adheridos al culto del pueblo escogido. Desde el punto de vista literario se debe notar el aire antifonal del salmo: una voz recita un verso, y el coro responde con una letanía de frases rimadas en consonancia con la idea principal expuesta por el solista que dirige el coro.

Este salmo es el último del grupo aleluyático («Gran Hallel») y rezuma un profundo sentido eucarístico, de acción de gracias. El salmista habla en nombre de la nación (v 10): Yahvé ha liberado milagrosamente al pueblo de un gran peligro nacional, y el poeta, recogiendo el sentir colectivo, expresa, durante una procesión al templo para ofrecer las víctimas eucarísticas, los sentimientos de gratitud hacia el Dios nacional.

Organizada la procesión (vv. 1-14), un salmista invita a todos los componentes del pueblo elegido a cantar los beneficios de su Dios. El pueblo responde: «porque es eterna su misericordia». Después el director de coro se dirige a cada uno de los estamentos de la sociedad israelita: a la casa de Israel, es decir, la representación del elemento laico de la teocracia israelita. El pueblo contesta con el estribillo anterior. A continuación se dirige el salmista a la clase sacerdotal -la casa de Aarón-, y el coro general contesta con el mismo estribillo. Finalmente, el salmista se dirige a los temerosos de Yahvé -los espíritus religiosos más selectos o quizá los «prosélitos» adheridos al culto yahvista, aunque de procedencia gentilica-, y el coro sigue repitiendo el refrán que ensalza la misericordia de su Dios.

A continuación (v. 5ss) el salmista declara cómo Yahvé ha mostrado su misericordia con él -habla en nombre de la colectividad nacional-, pues le ha liberado de una situación angustiosa. En realidad, teniendo a su favor a Yahvé, nada puede temer de sus enemigos. Los auxilios humanos son insuficientes y aun falaces; por eso, sólo debe confiarse en Yahvé, que no engaña y es omnipotente.

Después de la victoria sobre los obstinados enemigos (vv. 15-29), los israelitas, agradecidos, entonan himnos jubilosos de triunfo, pues se ha manifestado la diestra poderosa de Yahvé como en los tiempos antiguos. La estructura procesional parece mantenerse en la repetición del estribillo: «la diestra del Señor es poderosa». El pueblo entra solemnemente en el templo de Jerusalén y canta las nuevas gestas de su Dios, no inferiores a las del Éxodo.

Una vez llegados al umbral del recinto sagrado, una voz pide que se abran las puertas del templo, que representan la justicia; ellas guardan al Dios justo, y en su morada santa se muestra su espíritu de justicia para con su pueblo. Los guardianes del templo declaran que ésta es la puerta del Señor (v. 20). Por eso, por ella deben entrar sólo los justos, que conforman su vida a las exigencias de la ley divina. De nuevo una voz declara el motivo de la actual exultación colectiva: el pueblo de Dios, minúsculo en apariencia, ha sido despreciado por los grandes imperios, pero ahora se ha convertido, según los planes divinos, en piedra angular del edificio de todas las naciones (v. 22). Israel es, en efecto, la piedra angular en el edificio de la salvación de la humanidad, pues es el vehículo de transmisión de los designios salvadores de Dios en la historia. Jesucristo se aplicó este texto a sí mismo, pues las clases dirigentes de Israel no le han querido reconocer como Mesías, cuando es la piedra angular del mesianismo (Mt 21,42). En efecto, Cristo es el punto de conjunción del Israel de las promesas y el de las realizaciones mesiánicas universalistas. El salmista, entusiasmado ante los destinos de Israel, dice: Es el Señor quien lo ha hecho. Este día de la liberación de Israel es el día en que actuó el Señor.

Al hacer su entrada en el templo el presidente del cortejo procesional, una voz proclama enfáticamente: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! Las turbas de Jerusalén saludarán con estas mismas palabras a Jesús al entrar triunfante en la ciudad santa.

Finalmente, se invita a todo el pueblo a desplegarse procesionalmente en el templo con los ramos en las manos. El salmo se cierra con la antifona inicial repetida por el pueblo: Dad gracias al Señor porque es bueno...

La distribución coral y procesional de las distintas partes del salmo parece necesaria para poder entender los cambios de personas y de ideas del mismo.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 5 de diciembre de 2001]

1. Cuando el cristiano, en sintonía con la voz orante de Israel, canta el salmo 117, experimenta en su interior una emoción particular. En efecto, encuentra en este himno, de intensa índole litúrgica, dos frases que resonarán dentro del Nuevo Testamento con una nueva tonalidad. La primera se halla en el versículo 22: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular». Jesús cita esta frase, aplicándola a su misión de muerte y de gloria, después de narrar la parábola de los viñadores homicidas (cf. Mt 21,42). También la recoge san Pedro en los Hechos de los Apóstoles: «Este Jesús es la piedra que vosotros, los constructores, habéis desechado y que se ha convertido en piedra angular. Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4,11-12). San Cirilo de Jerusalén comenta: «Afirmamos que el Señor Jesucristo es uno solo, para que la filiación sea única; afirmamos que es uno solo, para que no pienses que existe otro (...). En efecto, le llamamos piedra, no inanimada ni cortada por manos humanas, sino piedra angular, porque quien crea en ella no quedará defraudado» (Le Catechesi, Roma 1993, pp. 312-313).

La segunda frase que el Nuevo Testamento toma del salmo 117 es la que cantaba la muchedumbre en la solemne entrada mesiánica de Cristo en Jerusalén: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mt 21,9; cf. Sal 117,26). La aclamación está enmarcada por un «Hosanna» que recoge la invocación hebrea hoshia' na': «sálvanos».

2. Este espléndido himno bíblico está incluido en la pequeña colección de salmos, del 112 al 117, llamada el «Hallel pascual», es decir, la alabanza sálmica usada en el culto judío para la Pascua y también para las principales solemnidades del Año litúrgico. Puede considerarse que el hilo conductor del salmo 117 es el rito procesional, marcado tal vez por cantos para el solista y para el coro, que tiene como telón de fondo la ciudad santa y su templo. Una hermosa antífona abre y cierra el texto: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (vv. 1 y 29).

La palabra «misericordia» traduce la palabra hebrea hesed, que designa la fidelidad generosa de Dios para con su pueblo aliado y amigo. Esta fidelidad la cantan tres clases de personas: todo Israel, la «casa de Aarón», es decir, los sacerdotes, y «los que temen a Dios», una expresión que se refiere a los fieles y sucesivamente también a los prosélitos, es decir, a los

miembros de las demás naciones deseosos de aceptar la ley del Señor (cf. vv. 2-4).

3. La procesión parece desarrollarse por las calles de Jerusalén, porque se habla de las «tiendas de los justos» (v. 15). En cualquier caso, se eleva un himno de acción de gracias (cf. vv. 5-18), que contiene un mensaje esencial: incluso cuando nos embarga la angustia, debemos mantener enarbolada la antorcha de la confianza, porque la mano poderosa del Señor lleva a sus fieles a la victoria sobre el mal y a la salvación.

El poeta sagrado usa imágenes fuertes y expresivas: a los adversarios crueles se los compara con un enjambre de avispas o con un frente de fuego que avanza reduciéndolo todo a cenizas (cf. v. 12). Pero la reacción del justo, sostenido por el Señor, es vehemente. Tres veces repite: «En el nombre del Señor los rechacé» y el verbo hebreo pone de relieve una intervención destructora con respecto al mal (cf. vv. 10-12). En efecto, en su raíz se halla la diestra poderosa de Dios, es decir, su obra eficaz, y no ciertamente la mano débil e incierta del hombre. Por esto, la alegría por la victoria sobre el mal desemboca en una profesión de fe muy sugestiva: «el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación» (v. 14).

4. La procesión parece haber llegado al templo, a las «puertas del triunfo» (v. 19), es decir, a la puerta santa de Sión. Aquí se entona un segundo canto de acción de gracias, que se abre con un diálogo entre la asamblea y los sacerdotes para ser admitidos en el culto. «Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor», dice el solista en nombre de la asamblea procesional. «Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella» (v. 20), responden otros, probablemente los sacerdotes.

Una vez que han entrado, pueden cantar el himno de acción de gracias al Señor, que en el templo se ofrece como «piedra» estable y segura sobre la que se puede edificar la casa de la vida (cf. Mt 7,24-25). Una bendición sacerdotal desciende sobre los fieles, que han entrado en el templo para expresar su fe, elevar su oración y celebrar su culto.

5. La última escena que se abre ante nuestros ojos es un rito gozoso de danzas sagradas, acompañadas por un festivo agitar de ramos: «Ordenad una procesión con ramos hasta los ángulos del altar» (v. 27). La liturgia es alegría, encuentro de fiesta, expresión de toda la existencia que alaba al Señor. El rito de los ramos hace pensar en la solemnidad judía de los Tabernáculos, memoria de la peregrinación de Israel por el desierto, solemnidad en la que se realizaba una procesión con ramos de palma, mirto y sauce.

Este mismo rito evocado por el salmo se vuelve a proponer al cristiano en la entrada de Jesús en Jerusalén, celebrada en la liturgia del domingo de Ramos. Cristo es aclamado como «hijo de David» (Mt 21,9) por la muchedumbre que «había llegado para la fiesta (...). Tomaron ramas de palmera y salieron a su encuentro gritando: Hosanna, Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel» (Jn 12,12-13). En esa celebración festiva que, sin embargo, prepara a la hora de la pasión y muerte de Jesús, se realiza y comprende en sentido pleno también el símbolo de la piedra angular, propuesto al inicio, adquiriendo un valor glorioso y pascual.

El salmo 117 estimula a los cristianos a reconocer en el evento pascual de Jesús «el día en que actuó el Señor», en el que «la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular». Así pues, con el salmo pueden cantar llenos de gratitud: «el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación» (v. 14). «Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo» (v. 24).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 117 evoca la historia de la victoria de un rey e incluye una liturgia de acción de gracias. Un personaje importante - probablemente, el rey o el pueblo entero, personificado en este personaje- ha tenido que librar una fuerte batalla contra el enemigo. El combate ha sido recio y el peligro grande; la misma vida ha estado en trance: *Todos los pueblos me rodeaban, cerrando el cerco; me rodeaban como avispas y empujaban para derríbame.* Ante tales dificultades, se acudió al Señor, y el Señor mostró su poder: *En el peligro grité al Señor. El Señor me castigó, pero no me entregó a la muerte, me escuchó.*

Por ello se celebra esta fiesta de acción de gracias, esta procesión jubilosa al templo, que constituye el segundo tema del salmo. Todo el pueblo se dirige al templo con cantos de acción de gracias. El Señor manifiesta realmente su poder en la guerra: *Éste es el día en que actuó el Señor; dad, pues, gracias al Señor, porque es eterna su misericordia.* Al son de estos cantos de acción de gracias, la procesión llega al templo, para celebrar una liturgia de acción de gracias: *Abridme las puertas del triunfo (del templo), y entraré para dar gracias al Señor.* Israel era, ciertamente, insignificante ante el poder de los enemigos, pero *la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.* Dios ha bendecido con la victoria al débil, y por ello los sacerdotes, desde el templo, repiten esta bendición sobre la procesión que avanza: *Bendito el que viene en nombre del Señor.*

Para los cristianos, esta lucha y esta victoria evocan el misterio pascual de Jesús, luchando en la pasión y triunfando en la resurrección. El Señor mismo, a las puertas de su muerte, aplicó este salmo a su persona: «¿No habéis leído nunca en la Escritura: *“La piedra que desecharon los arquitectos...”?*» (Mt 21,

42). Las turbas aplicaron a Jesús este canto en el domingo de ramos: «*Bendito el que viene en nombre del Señor*» (Mt 21, 9). Los apóstoles, en su predicación, confirmaron esta interpretación (cf. Hch 4,11; cf. 1 Pe 2,4).

No es extraño, pues, que en todas las liturgias este salmo haya venido a ser un salmo dominical y pascual. A nosotros, recitado en la primera hora del domingo, debe invitarnos a una oración contemplativa del triunfo pascual y a la acción de gracias por el mismo. El salmo nos evoca la voz del Señor en la lucha de su pasión: *«Todos los pueblos me rodeaban, cerrando el cerco; me rodeaban como avispas y empujaban para derríbame, pero acudí con lágrimas y súplicas al Padre (Hb 5,7), y el Señor, si bien me castigó en la cruz, cargando sobre mí el pecado del mundo, no me entregó a la muerte definitiva, y me escuchó».* Por eso, el domingo resuena en todas las comunidades cristianas con cantos de victoria y acción de gracias. *Escuchad, hay cantos de victoria: «La diestra del Señor es poderosa».* No he de morir, viviré; porque el Señor, cual vencedor, sube al templo, a su gloria, a dar gracias al Padre *-abridme las puertas del triunfo, ordenad una procesión con ramos, que la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular-*; y la Iglesia, con Cristo, evoca este triunfo y se une a esta acción de gracias.

Es recomendable que la recitación de este salmo sea distribuida entre diversos lectores, que representen a los diversos personajes que intervienen en él: «el rey», «el cronista», «los levitas» del templo, «el pueblo». Sólo así se logrará dar a este salmo todo su realismo, sólo así se llevará a los que celebran las Laudes dominicales a la contemplación gozosa de la resurrección.

Es conveniente que las partes del salmo correspondientes al pueblo sean cantadas; para ello se pueden usar las estrofas «Dad gracias al Señor» y «Este es el día en que actuó el Señor» de la célebre melodía del salmo de M. Manzano.

CÁNTICO DE LOS TRES JÓVENES, DN 3,52-57

Que la creación entera alabe al Señor

⁵²Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito tu nombre, santo y glorioso:
a él gloria y alabanza por los siglos.

⁵³Bendito eres en el templo de tu santa gloria:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

⁵⁴Bendito eres sobre el trono de tu reino:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

⁵⁵Bendito eres tú, que sentado sobre querubines
sondeas los abismos:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

⁵⁶Bendito eres en la bóveda del cielo:
a ti honor y alabanza por los siglos.

⁵⁷Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

[Recordemos el contexto en que el cap. 3 del libro de Daniel incluye este cántico. Nabucodonosor, rey de los caldeos, hizo en Babilonia una estatua enorme y ordenó que, al toque de los instrumentos musicales, todos se postraran para adorarla, amenazando a quienes no lo hicieran con ser arrojados a un horno abrasador. Tres jóvenes judíos, Ananías, Azarías y Misael, fieles a su fe en Yahvé, se negaron a adorar la estatua, y el rey mandó que los arrojara al horno. «Los siervos del rey que los habían arrojado al horno no cesaban de atizar el fuego con nafta, pez, estopa y sarmientos. Las llamas se elevaban cuarenta y nueve codos por encima del horno y, al extenderse, abrasaron a los caldeos que se encontraban junto al horno. Pero el ángel del Señor bajó al horno junto a Azarías y sus compañeros, expulsó las llamas de fuego fuera del horno e hizo que una brisa refrescante recorriera el interior del horno, de manera que el fuego no los tocó lo más mínimo, ni les causó ningún daño o molestia. Entonces los tres se pusieron a cantar a coro, glorificando y bendiciendo a Dios dentro del horno de esta manera: "Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres", etc.».

Este cántico, atribuido a los tres jóvenes en el horno ardiendo, es un salmo en forma de letanía, como el salmo 135, que debía de recitarse en el templo, y que el autor sagrado ha querido poner en boca de los tres héroes para expresar sus sentimientos de gratitud a Dios por haberlos liberado de las llamas. La composición salmódica tiene dos partes: a) oración a Dios, que se ha manifestado a Israel, en su alianza y en su templo de Jerusalén, como Dios glorioso que habita sobre los querubines (51-56); b) invitación a todas las criaturas a que alaben a Dios (57-90).

La composición es bellísima y similar a otras composiciones salmódicas que conocemos de la Biblia. Empieza por alabar a Dios de los padres, que con ellos ha hecho alianza y que se ha manifestado glorioso en su nombre en la historia prodigiosa de Israel (v. 51). A pesar de haberse manifestado a los antepasados de Israel, sin embargo, sigue altísimo y trascendente, sentado

sobre querubines y sondeando con su mirada lo más profundo de los abismos. Su trono real es la bóveda del cielo (v. 55). Desde allí asiste majestuoso, desplegando su providencia sobre su pueblo y sobre los justos. Por eso, toda la naturaleza, desde los ángeles hasta las bestias, debe alabarle sin fin, y a esta alabanza son asociados los tres héroes del horno de Babilonia.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 12 de diciembre de 2001]

1. El cántico que acabamos de proclamar está constituido por la primera parte de un largo y hermoso himno que se encuentra insertado en la traducción griega del libro de Daniel. Lo cantan tres jóvenes judíos arrojados a un horno ardiente por haberse negado a adorar la estatua del rey babilonio Nabucodonosor. La *Liturgia de las Horas*, en las Laudes del domingo, en la primera y en la tercera semana del Salterio litúrgico, nos presenta otra parte de ese mismo canto.

Como es sabido, el libro de Daniel refleja las inquietudes, las esperanzas y también las expectativas apocalípticas del pueblo elegido, el cual, en la época de los Macabeos (siglo II a. C.), luchaba para poder vivir según la ley dada por Dios.

En el horno, los tres jóvenes, milagrosamente preservados de las llamas, cantan un himno de bendición dirigido a Dios. Este himno se asemeja a una letanía, repetitiva y a la vez nueva: sus invocaciones suben a Dios como volutas de incienso, que ascienden en formas semejantes, pero nunca iguales. La oración no teme la repetición, como el enamorado no duda en declarar infinitas veces a la amada todo su afecto. Insistir en lo mismo es signo de intensidad y de múltiples matices en los sentimientos, en los impulsos interiores y en los afectos.

2. Hemos escuchado proclamar el inicio de este himno cósmico, contenido en los versículos 52-57 del capítulo tercero de Daniel. Es la introducción, que precede al grandioso desfile de las criaturas implicadas en la alabanza. Una mirada panorámica a todo el canto en su forma litánica nos permite descubrir una sucesión de elementos que componen la trama de todo el himno. Éste comienza con seis invocaciones dirigidas expresamente a Dios; las sigue una llamada universal a las «criaturas todas del Señor» para que abran sus labios ideales a la bendición (cf. v. 57).

Esta es la parte que consideramos hoy y que la liturgia propone para las Laudes del domingo de la segunda semana. Sucesivamente el canto seguirá convocando a todas las criaturas del cielo y de la tierra a alabar y ensalzar a su Señor.

3. Nuestro pasaje inicial se repetirá una vez más en la liturgia, en las Laudes del domingo de la cuarta semana. Por eso, ahora sólo elegiremos algunos elementos para nuestra reflexión. El primero es la invitación a la bendición: «Bendito eres, Señor», que al final se convertirá en «Benedicid».

En la Biblia hay dos tipos de bendición, relacionadas entre sí. Una es la bendición que viene de Dios: el Señor bendice a su pueblo (cf. Nm 6,34-27). Es una bendición eficaz, fuente de fecundidad, felicidad y prosperidad. La otra es la que sube de la tierra al cielo. El hombre que ha gozado de la generosidad divina bendice a Dios, alabándolo, dándole gracias y ensalzándolo: «Bendice, alma mía, al Señor» (Sal 102,1; 103,1).

La bendición divina a menudo se otorga por intermedio de los sacerdotes (cf. Nm 6,22-23.27; Si 50,20-21), a través de la imposición de las manos; la bendición humana, por el contrario, se expresa en el himno litúrgico, que la asamblea de los fieles eleva al Señor.

4. Otro elemento que consideramos dentro del pasaje propuesto ahora a nuestra meditación está constituido por la antifona. Se podría imaginar que el solista, en el templo abarrotado de pueblo, entonaba la bendición: «Bendito eres, Señor», enumerando las diversas maravillas divinas, mientras la asamblea de los fieles repetía constantemente la fórmula: «A ti gloria y alabanza por los siglos». Es lo que acontece con el salmo 135, generalmente llamado «Gran *Hallel*», es decir, la gran alabanza, en la que el pueblo repetía: «Es eterna su misericordia», mientras un solista enumeraba los diversos actos de salvación realizados por el Señor en favor de su pueblo.

Objeto de la alabanza, en nuestro salmo, es ante todo el nombre «santo y glorioso» de Dios, cuya proclamación resuena en el templo, también él «santo y glorioso». Los sacerdotes y el pueblo, mientras contemplan en la fe a Dios que se sienta «en el trono de su reino», sienten sobre sí la mirada que «sondea los abismos» y esta conciencia hace que brote de su corazón la alabanza. «Bendito..., bendito...». Dios, «sentado sobre querubines», tiene como morada «la bóveda del cielo», pero está cerca de su pueblo, que por eso se siente protegido y seguro.

5. El hecho de que este cántico se vuelva a proponer en la mañana del domingo, Pascua semanal de los cristianos, es una invitación a abrir los ojos ante la nueva creación que tuvo origen precisamente con la resurrección de Jesús. San Gregorio de Nisa, un Padre de la Iglesia griega del siglo IV, explica que con la Pascua del Señor «son creados un cielo nuevo y una tierra nueva (...), es plasmado un hombre diverso, renovado a imagen de su creador por medio del nacimiento de lo alto» (cf. Jn 3,3.7). Y prosigue: «De la misma manera que quien mira al

mundo sensible deduce por medio de las cosas visibles la belleza invisible (...), así quien mira a este nuevo mundo de la creación eclesial ve en él a Aquel que se ha hecho todo en todos llevando la mente, por medio de las cosas comprensibles por nuestra naturaleza racional, hacia lo que supera la comprensión humana» (Langerbeck, H., *Gregorii Nysseni Opera*, VI, 1-22 passim, p. 385).

Así pues, al cantar este cántico, el creyente cristiano es invitado a contemplar el mundo de la primera creación, intuyendo en él el perfil de la segunda, inaugurada con la muerte y la resurrección del Señor Jesús. Y esta contemplación lleva a todos a entrar, casi bailando de alegría, en la única Iglesia de Cristo.

Monición para el cántico del Padre Farnés

La escena de los tres jóvenes en el horno de Babilonia es una de las páginas del Antiguo Testamento que más ha usado la Iglesia desde los tiempos primitivos, como lo prueba ya la antigua iconografía de las catacumbas.

La comunidad cristiana -sobre todo la que vivió las grandes persecuciones de los comienzos- veía en los jóvenes martirizados por el rey, que, en medio de las llamas y como si no sintieran el tormento del fuego, cantaban unánimes a Dios, una imagen evocadora de la actitud de la Iglesia. Perseguida por los poderes del mundo, sometida a los sufrimientos del martirio, la comunidad de Jesús se siente como refrigerada por una suave brisa, que no es otra sino la esperanza que le infunde la contemplación del Resucitado. También él fue perseguido y martirizado y, tras un breve sufrir, venció la muerte y ahora se sienta, feliz y glorioso, a la derecha del Padre.

La Iglesia de nuestros días necesita también este aliento; el domingo que estamos celebrando quiere infundirnos esta esperanza. Por muchos que sean los sufrimientos y las dificultades, el recuerdo de la resurrección, que hoy celebramos los cristianos, debe constituir como una brisa refrescante que, transportándonos en la esperanza al reino escatológico, donde Cristo reina, nos impida sucumbir ante la tristeza y nos haga vivir tranquilamente dedicados a la alabanza, como los tres jóvenes del horno de Babilonia.

SALMO 150

Alabad al Señor

¹Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.

²Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza.

³Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,

⁴alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas,

⁵alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

⁶Todo ser que alienta alabe al Señor.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de *Doxología final*. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es *Doxología final del Salterio. Canto de alabanza*. Esta doxología (o sea, fórmula de alabanza a la gloria de Dios) resume las alabanzas de las otras composiciones salmódicas. Todos los seres deben formar un canto en honor del Creador. El universo es el templo de Dios y todos sus habitantes deben ser sus adoradores, reconociendo sus grandezas.

El compilador del salterio cierra la colección lírica de salmos con esta doxología, llena de énfasis, que pretende resumir las alabanzas de los diversos poetas que han cantado las glorias de Yahvé. Quizá sea una composición *aleluyática* que tuvo vida litúrgica independiente, pero que ha sido colocada al fin del libro de los salmos como gran «finale» que resume los sentimientos entusiastas del pueblo israelita para con su Dios. La pieza es armoniosa y digna de las composiciones salmódicas anteriores.

El poeta comienza invitando a los seres angélicos a *alabar* a Dios, que habita en su *templo* celeste, en su *fuerte firmamento*. Los hombres deben sumarse jubilosos a esta proclamación de su grandeza, manifestando su alegría con los instrumentos músicos en reconocimiento de *sus obras magníficas*. El salmista no concreta si estas obras o hazañas han de tomarse históricamente en favor de su pueblo o en el orden de la naturaleza. La perspectiva es muy amplia: todos los seres *-todo ser que alienta-* deben formar un coro de alabanza al Creador. El universo es el templo de Yahvé y todos sus habitantes deben ser sus adoradores. Todos los seres deben hacer oír el solemne *aleluya* en honor del Creador.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 9 de enero de 2002]

1. El himno en que se ha apoyado ahora nuestra oración es el último canto del Salterio, el salmo 150. La palabra que resuena al final en el libro de la oración de Israel es el *aleluya*, es decir, la alabanza pura de Dios; por eso, la *liturgia de Laudés* propone este salmo dos veces, en los domingos segundo y cuarto.

En este breve texto se suceden diez imperativos, que repiten la misma palabra: «*Hallelú*», «alabad». Esos imperativos, que son casi música y canto perenne, parecen no apagarse nunca, como acontecerá también en el célebre «aleluya» del *Mesías* de Händel. La alabanza a Dios se convierte en una especie de respiración del alma, sin pausa. Como se ha escrito, «esta es una de las recompensas de ser hombres: la serena exaltación, la capacidad de celebrar. Se halla bien expresada en una frase que el rabí Akiba dirigió a sus discípulos: Un canto cada día, un canto para cada día» (A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, Milán 1971, p. 198).

2. El salmo 150 parece desarrollarse en tres momentos. Al inicio, en los primeros dos versículos (vv. 1-2), la mirada se dirige al «Señor» en su «santuario», a «su fuerza», a sus «grandes hazañas», a su «inmensa grandeza». En un segundo momento -semejante a un auténtico movimiento musical- se une a la alabanza la orquesta del templo de Sión (cf. vv. 3-5), que acompaña el canto y la danza sagrada. En el tercer momento, en el último versículo del salmo (cf. v. 6), entra en escena el universo, representado por «todo ser vivo» o, si se quiere traducir con más fidelidad al original hebreo, por «todo cuanto respira». La vida misma se hace alabanza, una alabanza que se eleva de las criaturas al Creador.

3. En este primer comentario del salmo 150 sólo nos detendremos en los momentos primero y último del himno. Forman una especie de marco para el segundo momento, que ocupa el centro de la composición y que examinaremos más adelante, cuando la *liturgia de Laudés* nos vuelva a proponer este salmo.

La primera sede en la que se desarrolla el hilo musical y orante es la del «santuario» (cf. v. 1). El original hebreo habla del área «sagrada», pura y trascendente, en la que mora Dios. Por tanto, hay una referencia al horizonte celestial y paradisiaco, donde, como precisará el libro del Apocalipsis, se celebra la eterna y perfecta liturgia del Cordero (cf., por ejemplo, Ap 5,6-14). El misterio de Dios, en el que los santos son acogidos para una comunión plena, es un ámbito de luz y de alegría, de revelación y de amor. Precisamente por eso, aunque con cierta libertad, la antigua traducción griega de los Setenta e incluso la traducción latina de la *Vulgata* propusieron, en vez de

«santuario», la palabra «santos»: «Alabad al Señor entre sus santos».

4. Desde el cielo el pensamiento pasa implícitamente a la tierra al poner el acento en las «grandes hazañas» realizadas por Dios, las cuales manifiestan «su inmensa grandeza» (v. 2). Estas hazañas son descritas en el salmo 104, el cual invita a los israelitas a «meditar todas las maravillas» de Dios (v. 2), a recordar «las maravillas que ha hecho, sus prodigios y los juicios de su boca» (v. 5); el salmista recuerda entonces «la alianza que pactó con Abraham» (v. 9), la historia extraordinaria de José, los prodigios de la liberación de Egipto y del viaje por el desierto, y, por último, el don de la tierra. Otro salmo habla de situaciones difíciles de las que el Señor salva a los que «claman» a él; las personas salvadas son invitadas repetidamente a dar gracias por los prodigios realizados por Dios: «Den gracias al Señor por su piedad, por sus prodigios en favor de los hijos de los hombres» (Sal 106, 8.15. 21.31). Así se puede comprender la referencia de nuestro salmo a las «obras fuertes», como dice el original hebreo, es decir, a las grandes «hazañas» (cf. v. 2) que Dios realiza en el decurso de la historia de la salvación. La alabanza se transforma en profesión de fe en Dios, Creador y Redentor, celebración festiva del amor divino, que se manifiesta creando y salvando, dando la vida y la liberación.

5. Llegamos así al último versículo del salmo 150 (cf. v. 6). El término hebreo usado para indicar a los «vivos» que alaban a Dios alude a la respiración, como decíamos, pero también a algo íntimo y profundo, inherente al hombre.

Aunque se puede pensar que toda la vida de la creación es un himno de alabanza al Creador, es más preciso considerar que en este coro el primado corresponde a la criatura humana. A través del ser humano, portavoz de la creación entera, todos los seres vivos alaban al Señor. Nuestra respiración vital, que expresa autoconciencia y libertad (cf. Pr 20,27), se transforma en canto y oración de toda la vida que late en el universo. Por eso, todos hemos de elevar al Señor, con todo nuestro corazón, «salmos, himnos y cánticos inspirados» (Ef 5,19).

6. Los manuscritos hebraicos, al transcribir los versículos del salmo 150, reproducen a menudo el *Menorah*, el famoso candelabro de siete brazos situado en el Santo de los Santos del templo de Jerusalén. Así sugieren una hermosa interpretación de este salmo, auténtico *Amén* en la oración de siempre de nuestros «hermanos mayores»: todo el hombre, con todos los instrumentos y las formas musicales que ha inventado su genio -«trompetas, arpas, cítaras, tambores, danzas, trompas, flautas, platillos sonoros, platillos vibrantes», como dice el Salmo- pero también «todo ser vivo» es invitado a arder como el *Menorah* ante el Santo de los Santos, en constante oración de alabanza y acción de gracias.

En unión con el Hijo, voz perfecta de todo el mundo creado por él, nos convertimos también nosotros en oración incesante ante el trono de Dios.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Alabar al Señor por sus obras magníficas es particularmente apropiado a esta hora y en este día, domingo por la mañana, en que celebramos la mayor de estas obras magníficas, que nosotros conocemos mejor aun que el salmista, es decir, la resurrección de Cristo, manifestación y comienzo de la resurrección universal.

LAUDES DEL LUNES DE LA II SEMANA

SALMO 41

Deseo del Señor y ansias de contemplar el templo

²Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma te busca
a ti, Dios mío;

³tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver
el rostro de Dios?

⁴Las lágrimas son mi pan
noche y día,
mientras todo el día me repiten:
«¿Dónde está tu Dios?»

⁵Recuerdo otros tiempos,
y desahogo mi alma conmigo:
cómo marchaba a la cabeza del grupo,

hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

⁶¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

⁷Cuando mi alma se acongoja,
te recuerdo
desde el Jordán y el Hermón
y el Monte Menor.

⁸Una sima grita a otra sima
con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas
me han arrollado.

⁹De día el Señor
me hará misericordia,

de noche cantaré la alabanza
del Dios de mi vida.

¹⁰Diré a Dios: «Roca mía,
¿por qué me olvidas?
¿Por qué voy andando, sombrío,
hostigado por mi enemigo?»

¹¹Se me rompen los huesos
por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan:
«¿Dónde está tu Dios?»

¹²¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 16 de enero de 2002]

1. Una cierva sedienta, con la garganta seca, lanza su lamento ante el desierto árido, anhelando las frescas aguas de un arroyo. Con esta célebre imagen comienza el salmo 41. En ella podemos ver casi el símbolo de la profunda espiritualidad de esta composición, auténtica joya de fe y poesía. En realidad, según los estudiosos del Salterio, nuestro salmo se debe unir estrechamente al sucesivo, el 42, del que se separó cuando los salmos fueron ordenados para formar el libro de oración del pueblo de Dios. En efecto, ambos salmos, además de estar unidos por su tema y su desarrollo, contienen la misma antífona: «¿Por qué te acongojas, alma mía?, ¿por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: Salud de mi rostro, Dios mío» (Sal 41,6.12; 42,5). Este llamamiento, repetido dos veces en nuestro salmo, y una tercera vez en el salmo sucesivo, es una invitación que el orante se hace a sí mismo a evitar la melancolía por medio de la confianza en Dios, que con seguridad se manifestará de nuevo como Salvador.

2. Pero volvamos a la imagen inicial del salmo, que convendría meditar con el fondo musical del canto gregoriano o de esa gran composición polifónica que es el *Sicut cervus* de Pierluigi de Palestrina. En efecto, la cierva sedienta es el símbolo del orante que tiende con todo su ser, cuerpo y espíritu, hacia el Señor, al que siente lejano pero a la vez necesario: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal 41,3). En hebraico una sola palabra, nefesh, indica a la vez el «alma» y la «garganta».

Por eso, podemos decir que el alma y el cuerpo del orante están implicados en el deseo primario, espontáneo, sustancial de Dios (cf. Sal 62,2). No es de extrañar que una larga tradición describa la oración como «respiración»: es originaria, necesaria, fundamental como el aliento vital.

Orígenes, gran autor cristiano del siglo III, explicaba que la búsqueda de Dios por parte del hombre es una empresa que nunca termina, porque siempre son posibles y necesarios nuevos progresos. En una de sus homilías sobre el libro de los Números, escribe: «Los que recorren el camino de la búsqueda de la sabiduría de Dios no construyen casas estables, sino tiendas de campaña, porque realizan un viaje continuo, progresando siempre, y cuanto más progresan tanto más se abre ante ellos el camino, proyectándose un horizonte que se pierde en la inmensidad» (Homilía XVII in Numeros, GCS VII, 159-160).

3. Tratemos ahora de intuir la trama de esta súplica, que podríamos imaginar compuesta de tres actos, dos de los cuales se hallan en nuestro salmo, mientras el último se abrirá en el salmo sucesivo, el 42, que comentaremos seguidamente. La primera escena (cf. Sal 41,2-6) expresa la profunda nostalgia suscitada por el recuerdo de un pasado feliz a causa de las hermosas celebraciones litúrgicas ya inaccesibles: «Recuerdo otros tiempos, y desahogo mi alma conmigo: cómo marchaba a la cabeza del grupo hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta» (v. 5).

«La casa de Dios», con su liturgia, es el templo de Jerusalén que el fiel frecuentaba en otro tiempo, pero es también la sed de intimidad con Dios, «manantial de aguas vivas», como canta Jeremías (Jr 2,13). Ahora la única agua que aflora a sus pupilas es la de las lágrimas (cf. Sal 41,4) por la lejanía de la fuente de la vida. La oración festiva de entonces, elevada al Señor durante el culto en el templo, ha sido sustituida ahora por el llanto, el lamento y la imploración.

4. Por desgracia, un presente triste se opone a aquel pasado alegre y sereno. El salmista se encuentra ahora lejos de Sión: el horizonte de su entorno es el de Galilea, la región septentrional de Tierra Santa, como sugiere la mención de las fuentes del Jordán, de la cima del Hermón, de la que brota este río, y de otro monte, desconocido para nosotros, el Misar (cf. v. 7). Por tanto, nos encontramos más o menos en el área en que se hallan las cataratas del Jordán, las pequeñas cascadas con las que se inicia el recorrido de este río que atraviesa toda la Tierra prometida. Sin embargo, estas aguas no quitan la sed como las de Sión. A los ojos del salmista, más bien, son semejantes a las aguas caóticas del diluvio, que lo destruyen todo. Las siente caer sobre él como un torrente impetuoso que aniquila la vida: «tus torrentes y tus olas me han arrollado» (v. 8). En efecto, en la Biblia el caos y el mal, e incluso el juicio divino, se suelen

representar como un diluvio que engendra destrucción y muerte (cf. Gn 6,5-8; Sal 68,2-3).

5. Esta irrupción es definida sucesivamente en su valor simbólico: son los malvados, los adversarios del orante, tal vez también los paganos que habitan en esa región remota donde el fiel está relegado. Desprecian al justo y se burlan de su fe, preguntándole irónicamente: «¿Dónde está tu Dios?» (v. 11; cf. v. 4). Y él lanza a Dios su angustiosa pregunta: «¿Por qué me olvidas?» (v. 10). Ese «¿por qué?» dirigido al Señor, que parece ausente en el día de la prueba, es típico de las súplicas bíblicas.

Frente a estos labios secos que gritan, frente a esta alma atormentada, frente a este rostro que está a punto de ser arrollado por un mar de fango, ¿podrá Dios quedar en silencio? Ciertamente, no. Por eso, el orante se anima de nuevo a la esperanza (cf. vv. 6 y 12). El tercer acto, que se halla en el salmo sucesivo, el 42, será una confiada invocación dirigida a Dios (cf. Sal 42, 1.2a.3a.4b) y usará expresiones alegres y llenas de gratitud: «Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría, de mi júbilo».

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 41 es la súplica dolorosa de un levita desterrado. Alejado de Dios y del templo, en nada puede encontrar descanso, sino en el recuerdo de las celebraciones litúrgicas y en la esperanza de que volverá a tomar parte en ellas: Desahogo mi alma recordando otros tiempos: cómo marchaba a la cabeza del grupo, hacia la casa de Dios; pero, ¿por qué te acongojas, alma mía? Volverás a alabar a Dios.

Pasada la alegría del domingo, empezamos ahora un nuevo día de trabajo, una nueva jornada de quehaceres. Dios nos ha dado la luz, el trabajo, los proyectos..., pero todo ello es poco para quien ha gustado «qué bueno es el Señor» (Sal 33,9). Por eso, por lo menos a la luz de la fe, estos dones no son suficientes. Mi alma tiene sed de Dios y, si Dios se esconde, las lágrimas serán mi pan. El salmo 41, contemplado y profundizado, dará sentido y paz incluso a nuestra sequedad y noche oscura. El recuerdo de los favores pasados -entre ellos el de la celebración del domingo, tan reciente aún- será nuestro consuelo: Recuerdo cómo marchaba hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo, y desahogo mi alma conmigo. La esperanza de un domingo sin fin en la contemplación del Resucitado será nuestro aliento: Espera en Dios, que volverás a alabarlo en aquel lugar donde ya no habrá más ni dolor ni llanto ni muerte.

CÁNTICO DEL ECLESIASTICO, ECL 36,1-7.13-16

Súplica en favor de la ciudad santa de Jerusalén

¹Sálvanos, Dios del universo,

²infunde tu terror a todas las naciones;

³amenaza con tu mano al pueblo extranjero,
para que sienta tu poder.

⁴Como les mostraste tu santidad al castigarnos,
muéstranos así tu gloria castigándolos a ellos:

⁵para que sepan, como nosotros lo sabemos,
que no hay Dios fuera de ti.

⁶Renueva los prodigios, repite los portentos,

⁷exalta tu mano, robustece tu brazo.

[⁸Despierta la ira, derrama la cólera,

⁹doblega al agresor, dispersa al enemigo;

¹⁰apresura el término, atiende al plazo,
pues ¿quién podrá decirte «qué haces»?

¹¹Que un fuego vengador devore a los que escapan,
que los opresores de tu pueblo vayan a la ruina.

¹²Aplasta la cabeza de los jefes enemigos
que dicen «nadie más que nosotros».]

¹³Reúne a todas las tribus de Jacob

y dales su heredad como antiguamente.

¹⁴Ten compasión del pueblo que lleva tu nombre,
de Israel, a quien nombraste tu primogénito;

¹⁵ten compasión de tu ciudad santa,
de Jerusalén, lugar de tu reposo.

¹⁶Llena a Sión de tu majestad,
y al templo de tu gloria.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general miércoles 23 de enero de 2002]

1. En el Antiguo Testamento no sólo existe el libro oficial de la oración del pueblo de Dios, es decir, el Salterio. Muchas páginas bíblicas están llenas de cánticos, himnos, salmos, súplicas, oraciones e invocaciones que se elevan al Señor como respuesta a su palabra. Así la Biblia se presenta como un diálogo entre Dios y la humanidad, un encuentro que se realiza bajo el signo de la palabra divina, de la gracia y del amor.

Es el caso de la súplica que acabamos de elevar al «Señor, Dios del universo» (v. 1). Se encuentra en el libro del Sirácida, un sabio que recogió sus reflexiones, sus consejos y sus cantos probablemente en torno al 190-180 a. C., al inicio de la epopeya de liberación que vivió Israel bajo la guía de los hermanos Macabeos. En el 138 a. C., un nieto de este sabio, como se narra en el prólogo del libro, tradujo al griego la obra de su abuelo, a fin de ofrecer estas enseñanzas a un círculo más amplio de lectores y discípulos.

La tradición cristiana llamó «Eclesiástico» al libro del Sirácida. Este libro, al no haber sido incluido en el canon hebreo, terminó por caracterizar, junto con otros, la así llamada «veritas christiana». De este modo, los valores propuestos por esta obra sapiencial entraron en la educación cristiana de la época patristica, sobre todo en el ámbito monástico, convirtiéndose en una especie de manual de conducta práctica de los discípulos de Cristo.

2. La invocación del capítulo 36 del Sirácida, que la Liturgia de las Horas utiliza como oración de Laudes en una forma simplificada, está estructurada siguiendo algunas líneas temáticas.

Ante todo, encontramos la súplica a Dios para que intervenga en favor de Israel y contra las naciones extranjeras que la oprimen. En el pasado, Dios mostró su santidad castigando las culpas de su pueblo, dejando que cayera en manos de sus enemigos. Ahora el orante pide a Dios que muestre su gloria castigando la prepotencia de los opresores e instaurando una nueva era con matices mesiánicos.

Ciertamente, la súplica refleja la tradición orante de Israel y, en realidad, está llena de reminiscencias bíblicas. En cierto sentido, puede considerarse un modelo de plegaria, adecuada para los tiempos de persecución y opresión, como aquel en el que vivía el autor, bajo el dominio, más bien duro y severo, de los soberanos extranjeros siro-helenísticos.

3. La primera parte de esta oración comienza con una súplica ardiente dirigida al Señor para que tenga piedad y mire (cf. v. 1). Pero inmediatamente la atención se desplaza hacia la acción divina, que se pondera con una serie de verbos muy sugestivos: «Ten piedad (...), mira (...), infunde tu terror (...), alza tu mano (...), muéstrate grande (...), renueva los prodigios, repite los portentos (...), exalta tu mano, robustece tu brazo (...)

El Dios de la Biblia no es indiferente frente al mal. Y aunque sus caminos no sean nuestros caminos, aunque sus tiempos y proyectos sean diferentes de los nuestros (cf. Is 55,8-9), sin embargo, se pone de parte de las víctimas y se presenta como

juez severo de los violentos, de los opresores, de los vencedores que no tienen piedad.

Pero su intervención no está encaminada a la destrucción. Al mostrar su poder y su fidelidad en el amor, puede despertar también en la conciencia del malvado un sentimiento que lo lleve a la conversión. «Sepan, como nosotros lo sabemos, que no hay Dios fuera de ti, Señor» (v. 5).

4. La segunda parte del himno abre una perspectiva más positiva. En efecto, mientras la primera parte pide la intervención de Dios contra los enemigos, la segunda no habla ya de los enemigos, sino que invoca los favores de Dios para Israel, implora su piedad para el pueblo elegido y para la ciudad santa, Jerusalén. El sueño de un regreso de todos los desterrados, incluidos los del reino del norte, se convierte en el objeto de la oración: «Reúne a todas las tribus de Jacob y dales su heredad como antiguamente» (v. 13). Así se solicita una especie de renacimiento de todo Israel, como en los tiempos felices de la ocupación de toda la Tierra prometida.

Para hacer más apremiante la oración, el orante insiste en la relación que une a Dios con Israel y con Jerusalén. Israel es designado como «el pueblo que lleva tu nombre», «a quien nombraste tu primogénito»; Jerusalén es «tu ciudad santa», «lugar de tu reposo». Luego expresa el deseo de que la relación se vuelva aún más estrecha y, por tanto, más gloriosa: «Llena a Sión de tu majestad, y al templo, de tu gloria» (v. 16). Al llenar de su majestad el templo de Jerusalén, que atraerá hacia sí a todas las naciones (cf. Is 2,2-4; Mi 4,1-3), el Señor llenará a su pueblo de su gloria.

5. En la Biblia el lamento de los que sufren no desemboca nunca en la desesperación; al contrario, está siempre abierto a la esperanza. Se basa en la certeza de que el Señor no abandona a sus hijos; él no deja que caigan de sus manos los que ha modelado. La selección que hizo la Liturgia omitió una expresión feliz en nuestra oración. En ella se pide a Dios: «Da testimonio a tus primeras criaturas» (v. 17). Desde la eternidad Dios tiene un proyecto de amor y salvación destinado a todas las criaturas, llamadas a ser su pueblo. Es un designio que san Pablo reconocerá «revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas (...), designio eterno que Dios ha realizado en Cristo, Señor nuestro» (Ef 3,5.11).

Monición para el cántico del Padre Farnés

La plegaria que vamos a hacer hoy fue compuesta poco antes de la terrible persecución de Antíoco Epífanes y de la sublevación de los Macabeos. Podemos decir que es la oración emocionada de un pueblo que se siente amenazado, en sus tradiciones religiosas y en sus más profundas convicciones, por una nación enemiga y políticamente más fuerte y poderosa.

Pero, al mismo tiempo, este texto es una plegaria que deja traslucir la esperanza de que Dios renovará sus antiguos prodigios en favor de Israel y hará nuevamente visible aquel brazo poderoso que en otros tiempos condujo a los hijos de Israel hacia la libertad.

Han pasado muchos siglos desde que esta plegaria se dijo por vez primera, pero su contenido continúa siendo de gran actualidad. Por eso el Espíritu quiso que se consignara en las Letras santas para que el pueblo de Dios de todos los tiempos tuviera un modelo de oración. Hoy la comunidad cristiana vive también en el mundo como en un destierro, y muchos creyentes sufren también ante el ambiente de indiferencia religiosa que amenaza frecuentemente sus más profundas convicciones. Pidamos, pues, humildemente, con este texto, que el Dios del universo nos salve, que renueve los prodigios y repita los portentos, para que los pueblos sepan, como nosotros lo sabemos, que no hay Dios fuera de él; que el Señor haga que el pueblo que lleva su nombre sea como un signo levantado, entre las naciones, que reúna a todas las tribus del nuevo Jacob, como antiguamente, para que los hombres todos crean en el Padre y en aquel a quien el Padre ha enviado.

SALMO 18, 2-7

Alabanza al Dios creador del universo

²El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:

³el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.

⁴Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,

⁵a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.

⁶Allí le ha puesto su tienda al sol:
él sale como el esposo de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.

⁷Asoma por un extremo del cielo,
y su órbita llega al otro extremo:
nada se libra de su calor.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 30 de enero de 2002]

1. El sol, con su resplandor progresivo en el cielo, con el esplendor de su luz, con el calor benéfico de sus rayos, ha conquistado a la humanidad desde sus orígenes. De muchas maneras los seres humanos han manifestado su gratitud por esta fuente de vida y de bienestar con un entusiasmo que en ocasiones alcanza la cima de la auténtica poesía. El estupendo salmo 18, cuya primera parte se acaba de proclamar, no sólo es una plegaria, en forma de himno, de singular intensidad; también es un canto poético al sol y a su irradiación sobre la faz de la tierra. En él el salmista se suma a la larga serie de cantores del antiguo Oriente Próximo, que exaltaba al astro del día que brilla en los cielos y que en sus regiones permanece largo tiempo irradiando su calor ardiente. Basta pensar en el célebre himno a Atón, compuesto por el faraón Akenatón en el siglo XIV a. C. y dedicado al disco solar, considerado como una divinidad.

Pero para el hombre de la Biblia hay una diferencia radical con respecto a estos himnos solares: el sol no es un dios, sino una criatura al servicio del único Dios y creador. Basta recordar las palabras del Génesis: «Dijo Dios: haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, y valgan de señales para solemnidades, días y años; (...) Hizo Dios los dos luceros mayores; el lucero grande para el dominio del día, y el lucero pequeño para el dominio de la noche (...) y vio Dios que estaba bien» (Gn 1,14.16.18).

2. Antes de repasar los versículos del salmo elegidos por la liturgia, echemos una mirada al conjunto. El salmo 18 es como un dístico. En la primera parte (vv. 2-7) -la que se ha convertido ahora en nuestra oración- encontramos un himno al Creador, cuya misteriosa grandeza se manifiesta en el sol y en la luna. En cambio, en la segunda parte del Salmo (vv. 8-15) hallamos un himno sapiencial a la Torah, es decir, a la Ley de Dios. Ambas partes están unidas por un hilo conductor común: Dios alumbró el universo con el fulgor del sol e ilumina a la humanidad con el esplendor de su Palabra, contenida en la Revelación bíblica. Se trata, en cierto sentido, de un sol doble: el primero es una epifanía cósmica del Creador; el segundo es una manifestación histórica y gratuita de Dios salvador. Por algo la Torah, la Palabra divina, es descrita con rasgos «solares»: «los mandatos del Señor son claros, dan luz a los ojos» (v. 9).

3. Pero consideremos ahora la primera parte del salmo. Comienza con una admirable personificación de los cielos, que el autor sagrado presenta como testigos elocuentes de la obra creadora de Dios (vv. 2-5). En efecto, «proclaman», «pregonan» las maravillas de la obra divina (cf. v. 2). También el día y la noche son representados como mensajeros que transmiten la

gran noticia de la creación. Se trata de un testimonio silencioso, pero que se escucha con fuerza, como una voz que recorre todo el cosmos.

Con la mirada interior del alma, con la intuición religiosa que no se pierde en la superficialidad, el hombre y la mujer pueden descubrir que el mundo no es mudo, sino que habla del Creador. Como dice el antiguo sabio, «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sb 13,5). También san Pablo recuerda a los Romanos que «desde la creación del mundo, lo invisible de Dios se deja ver a la inteligencia a través de sus obras» (Rm 1,20).

4. Luego el himno cede el paso al sol. El globo luminoso es descrito por el poeta inspirado como un héroe guerrero que sale del tálamo donde ha pasado la noche, es decir, sale del seno de las tinieblas y comienza su carrera incansable por el cielo (vv. 6-7). Se asemeja a un atleta que avanza incansable mientras todo nuestro planeta se encuentra envuelto por su calor irresistible.

Así pues, el sol, comparado a un esposo, a un héroe, a un campeón que, por orden de Dios, cada día debe realizar un trabajo, una conquista y una carrera en los espacios siderales. Y ahora el salmista señala al sol resplandeciente en el cielo, mientras toda la tierra se halla envuelta por su calor, el aire está inmóvil, ningún rincón del horizonte puede escapar de su luz.

5. La liturgia pascual cristiana recoge la imagen solar del salmo para describir el éxodo triunfante de Cristo de las tinieblas del sepulcro y su ingreso en la plenitud de la vida nueva de la resurrección. La liturgia bizantina canta en los Maitines del Sábado santo: «Como el sol brilla, después de la noche, radiante en su luminosidad renovada, así también tú, oh Verbo, resplandecerás con un nuevo fulgor cuando, después de la muerte, dejarás tu tálamo». Una oda (la primera) de los Maitines de Pascua vincula la revelación cósmica al acontecimiento pascual de Cristo: «Alégrese el cielo y goce la tierra, porque el universo entero, tanto el visible como el invisible, participa en esta fiesta: ha resucitado Cristo, nuestro gozo perenne». Y en otra oda (la tercera) añade: «Hoy el universo entero -cielo, tierra y abismo- rebosa de luz y la creación entera canta ya la resurrección de Cristo, nuestra fuerza y nuestra alegría». Por último, otra (la cuarta) concluye: «Cristo, nuestra Pascua, se ha alzado desde la tumba como un sol de justicia, irradiando sobre todos nosotros el esplendor de su caridad».

La liturgia romana no es tan explícita como la oriental al comparar a Cristo con el sol. Sin embargo, describe las repercusiones cósmicas de su resurrección, cuando comienza

su canto de Laudes en la mañana de Pascua con el famoso himno: «*Aurora lucis rutilat, caelum resultat laudibus, mundus exsultans iubilat, gemens infernus ululat*»: «La aurora resplandece de luz, el cielo exulta con cantos de alabanza, el mundo se llena de gozo, y el infierno gime con alaridos».

6. En cualquier caso, la interpretación cristiana del salmo no altera su mensaje básico, que es una invitación a descubrir la palabra divina presente en la creación. Ciertamente, como veremos en la segunda parte del salmo, hay otra Palabra, más elevada, más preciosa que la luz misma: la de la Revelación bíblica.

Con todo, para los que tienen oídos atentos y ojos abiertos, la creación constituye en cierto sentido una primera revelación, que tiene un lenguaje elocuente: es casi otro libro sagrado, cuyas letras son la multitud de las criaturas presentes en el universo. San Juan Crisóstomo afirma: «El silencio de los cielos es una voz más resonante que la de una trompeta: esta voz pregona a nuestros ojos, y no a nuestros oídos, la grandeza de Aquel que los ha creado» (PG 49,105). Y san Atanasio: «El firmamento, con su grandeza, su belleza y su orden, es un admirable predicador de su Artífice, cuya elocuencia llena el universo» (PG 27,124).

Monición para el salmo del Padre Farnés

La mañana, con su luz, y el día que renace, con su claridad, nos evocan los comienzos de la creación, cuando, a través de las criaturas, *a toda la tierra* empezó a *alcanzar el pregón* del Creador.

Y el sol, que sale como el esposo de su alcoba al empezar este nuevo día, nos recuerda también al Sol de justicia, Cristo el Señor, que, en la primera hora de la mañana, salió de las tinieblas del sepulcro *para recorrer su camino* de salvación universal.

Demos gracias a Dios y proclamemos su gloria por el don de la creación y por el sol que ilumina nuestro día; pero más aún porque Cristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre, resplandece sobre nosotros y *asoma por un extremo del cielo y llega al otro extremo* sin que *nada se libre de su calor*.

LAUDES DEL MARTES DE LA II SEMANA

SALMO 42

Deseo del templo

¹Hazme justicia, oh Dios, defiende mi causa
contra gente sin piedad,
sálvame del hombre traidor y malvado.

²Tú eres mi Dios y protector,
¿por qué me rechazas?,
¿por qué voy andando sombrío,
hostigado por mi enemigo?

³Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada.

⁴Que yo me acerque al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
que te dé gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío.

⁵¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 6 de febrero de 2002]

1. En una audiencia general de hace algún tiempo, comentando el salmo 41, dijimos que estaba íntimamente unido al salmo sucesivo. En efecto, los salmos 41 y 42 constituyen un único canto, marcado en tres partes por la misma antífona: «¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: Salud de mi rostro, Dios mío» (Sal 41,6.12; 42,5).

Estas palabras, en forma de soliloquio, expresan los sentimientos profundos del salmista. Se encuentra lejos de Sión, punto de referencia de su existencia por ser sede privilegiada de la presencia divina y del culto de los fieles. Por eso, siente una soledad hecha de incompreensión e incluso de agresión por parte de los impíos, y agravada por el aislamiento

y el silencio de Dios. Sin embargo, el salmista reacciona contra la tristeza con una invitación a la confianza, que se dirige a sí mismo, y con una hermosa afirmación de esperanza: espera poder seguir alabando a Dios, «salud de mi rostro».

En el salmo 42, en vez de hablar sólo consigo mismo como en el salmo anterior, el salmista se dirige a Dios y le suplica que lo defienda contra los adversarios. Repitiendo casi literalmente la invocación anunciada en el salmo anterior (cf. Sal 41,10), el orante dirige esta vez efectivamente a Dios su grito desolado: «¿Por qué me rechazas? ¿Por qué voy andando sombrío, hostigado por mi enemigo?» (Sal 42,2).

2. Con todo, siente ya que el paréntesis oscuro de la lejanía está a punto de cerrarse y expresa la certeza del regreso a Sión para volver al templo de Dios. La ciudad santa ya no es la patria perdida, como acontecía en el lamento del salmo anterior (cf. Sal 41,3-4); ahora es la meta alegre, hacia la cual está en camino. La guía del regreso a Sión será la «verdad» de Dios y su «luz» (cf. Sal 42,3). El Señor mismo será el fin último del viaje. Es invocado como juez y defensor (cf. vv. 1-2). Tres verbos marcan su intervención implorada: «Hazme justicia», «defiende mi causa» y «sálvame» (v. 1). Son como tres estrellas de esperanza, que resplandecen en el cielo tenebroso de la prueba y anuncian la inminente aurora de la salvación.

Es significativa la interpretación que san Ambrosio hace de esta experiencia del salmista, aplicándola a Jesús que ora en Getsemaní: «No quiero que te sorprendas de que el profeta diga que su alma estaba turbada, puesto que el mismo Señor Jesús dijo: "Ahora mi alma está turbada". En efecto, quien tomó sobre sí nuestras debilidades, tomó también nuestra sensibilidad, por efecto de la cual estaba triste hasta la muerte, pero no por la muerte. No habría podido provocar tristeza una muerte voluntaria, de la que dependía la felicidad de todos los hombres. (...) Por tanto, estaba triste hasta la muerte, a la espera de que la gracia llegara a cumplirse. Lo demuestra su mismo testimonio, cuando dice de su muerte: "Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!"» (Las Lamentaciones de Job y de David, VII, 28, Roma 1980, p. 233).

3. Ahora, en la continuación del salmo 42, ante los ojos del salmista está a punto de aparecer la solución tan anhelada: el regreso al manantial de la vida y de la comunión con Dios. La «verdad», o sea, la fidelidad amorosa del Señor, y la «luz», es decir, la revelación de su benevolencia, se representan como mensajeras que Dios mismo enviará del cielo para tomar de la mano al fiel y llevarlo a la meta deseada (cf. Sal 42,3).

Es muy elocuente la secuencia de las etapas de acercamiento a Sión y a su centro espiritual. Primero aparece «el monte santo», la colina donde se levantan el templo y la ciudadela de David. Luego entra en el campo «la morada», es decir, el santuario de Sión, con todos los diversos espacios y edificios que lo componen. Por último, viene «el altar de Dios», la sede de los sacrificios y del culto oficial de todo el pueblo. La meta última y decisiva es el Dios de la alegría, el abrazo, la intimidad recuperada con él, antes lejano y silencioso.

4. En ese momento todo se transforma en canto, alegría y fiesta (cf. v. 4). En el original hebraico se habla del «Dios que es alegría de mi júbilo». Se trata de un modo semítico de hablar para expresar el superlativo: el salmista quiere subrayar que el Señor es la fuente de toda felicidad, la alegría suprema, la plenitud de la paz.

La traducción griega de los Setenta recurrió, al parecer, a un término arameo equivalente, que indica la juventud, y tradujo: «al Dios que alegra mi juventud», introduciendo así la idea de la lozanía y la intensidad de la alegría que da el Señor. Por eso, el Salterio latino de la Vulgata, que es traducción del griego, dice: «ad Deum qui laetificat juventutem meam». De esta forma el salmo se rezaba al pie del altar, en la anterior liturgia eucarística, como invocación de introducción al encuentro con el Señor.

5. El lamento inicial de la antifona de los salmos 41-42 resuena por última vez al final (cf. Sal 42,5). El orante no ha llegado aún al templo de Dios; todavía se halla en la oscuridad de la prueba; pero ya brilla ante sus ojos la luz del encuentro futuro, y sus labios ya gustan el tono del canto de alegría. En este momento la llamada está más marcada por la esperanza. En efecto, san Agustín, comentando nuestro salmo, observa: «Espera en Dios, responderá a su alma aquel que por ella está turbado. (...) Mientras tanto, vive en la esperanza. La esperanza que se ve no es esperanza; pero, si esperamos lo que no vemos, por la paciencia esperamos (cf. Rm 8,24-25)» (Exposición sobre los salmos I, Roma 1982, p. 1019).

Entonces el salmo se transforma en la oración del que es peregrino en la tierra y se halla aún en contacto con el mal y el sufrimiento, pero tiene la certeza de que la meta de la historia no es un abismo de muerte, sino el encuentro salvífico con Dios. Esta certeza es aún más fuerte para los cristianos, a los que la carta a los Hebreos proclama: «Vosotros os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación, y a Jesús, mediador de la nueva Alianza, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel» (Hb 12,22-24).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Alejado del templo, exiliado en tierra pagana, un levita expresa en este salmo su nostalgia por el templo y por su Dios, y espera confiado, pero no sin gran angustia, el día del retorno, para poder participar de nuevo, sin que se lo impidan sus enemigos, en la liturgia del templo.

Este salmo, recitado por la comunidad cristiana al comienzo de un nuevo día, quiere ayudar a la Iglesia en su ascensión hacia Dios. La Iglesia vive en el mundo, pero no es del mundo. Dificultades numerosas nos rodean y, con frecuencia, nos hacen andar sombríos, hostigados por el enemigo que menosprecia nuestra sed de Dios. Dios mismo, a veces, guarda silencio en noches oscuras que desconciertan -tú, que eres mi Dios y protector, me rechazas-, pero todo ello no es suficiente para hacernos dudar de Dios y apagar nuestra esperanza: ¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo y, sin enemigos que te lo impidan, gozarás de él en la mañana sin noche de la eternidad.

CÁNTICO DE EZEQUÍAS, IS 38, 10-14. 17-20

Angustias de un moribundo y alegría de la curación

¹⁰Yo pensé: «En medio de mis días
tengo que marchar hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años».

¹¹Yo pensé: «Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo.

¹²Levantán y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.
Como un tejedor, devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama».

Día y noche me estás acabando,
¹³sollozo hasta el amanecer.
Me quiebras los huesos como un león,
día y noche me estás acabando.

¹⁴Estoy piando como una golondrina,
gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen:
¡Señor, que me oprimen, sal fiador por mí!

Me has curado, me has hecho revivir,
¹⁷la amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados.

¹⁸El abismo no te da gracias,
ni la muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.

¹⁹Los vivos, los vivos son quienes te alaban:
como yo ahora.
El padre enseña a sus hijos tu fidelidad.

²⁰Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas
todos nuestros días en la casa del Señor.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 27 de febrero de 2002]

1. La Liturgia de las Horas, en los diversos cánticos que acompañan a los salmos, nos presenta también un himno de acción de gracias que lleva por título: «Cántico de Ezequías, rey de Judá, cuando estuvo enfermo y sanó de su mal» (Is 38,9). Se encuentra incrustado en una sección del libro del profeta Isaías de índole histórico-narrativa (cf. Is 36-39), cuyos datos ponen de relieve, con algunas variantes, los que ofrece el Libro segundo de los Reyes (cf. capítulos 18-20).

Ahora, siguiendo la Liturgia de las Laudes, hemos escuchado y transformado en oración dos grandes estrofas de aquel cántico, que describen los dos movimientos típicos de las oraciones de acción de gracias: por un lado, se evoca la angustia del sufrimiento del que el Señor ha librado a su fiel y, por otro, se canta con alegría la gratitud por la vida y la salvación recobrada.

El rey Ezequías, un soberano justo y amigo del profeta Isaías, había quedado afectado por una grave enfermedad, que el profeta Isaías había declarado mortal (cf. Is 38,1). «Ezequías volvió su rostro a la pared y oró al Señor. Dijo: "Señor, dignate recordar que yo he andado en tu presencia con fidelidad y corazón perfecto haciendo lo recto a tus ojos". Y Ezequías lloró con abundantes lágrimas. Entonces le fue dirigida a Isaías la palabra del Señor, diciendo: "Ve y di a Ezequías: Así dice el Señor, Dios de tu padre David: He oído tu plegaria, he visto tus lágrimas y voy a curarte. (...) Añadiré quince años a tus días"» (Is 38,2-5).

2. En ese momento brota del corazón del rey el cántico de acción de gracias. Como decíamos, se refiere ante todo al pasado. Según la antigua concepción de Israel, la muerte introducía en un horizonte subterráneo, llamado en hebreo sheol, donde la luz se apagaba, la existencia se atenuaba y se hacía casi espectral, el tiempo se detenía, la esperanza se extinguía y sobre todo no se tenía la posibilidad de invocar y encontrar a Dios en el culto.

Por eso, Ezequías recuerda ante todo las palabras llenas de amargura que pronunció cuando su vida estaba resbalando hacia la frontera de la muerte: «Ya no veré más al Señor en la tierra de los vivos» (v. 11). También el salmista oraba así en el día de la enfermedad: «Porque en el reino de la muerte nadie te invoca, y en el abismo, ¿quién te alabará?» (Sal 6,6). En cambio, librado del peligro de muerte, Ezequías puede reafirmar con fuerza y alegría: «Los vivos, los vivos son quienes te alaban, como yo ahora» (Is 38,19).

3. El cántico de Ezequías precisamente sobre este tema adquiere una nueva tonalidad, si se lee a la luz de la Pascua. Ya en el Antiguo Testamento se abrían grandes espacios de luz en los salmos, cuando el orante proclamaba su certeza de que «no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (Sal 15,10-11; cf. Sal 48 y 72). El autor del libro de la Sabiduría, por su parte, no dudará ya en afirmar que la esperanza de los justos está «llena de inmortalidad» (Sb 3,4), pues está convencido de que la experiencia de comunión con Dios vivida durante la existencia terrena no desaparecerá. Después de la muerte, seremos siempre sostenidos y protegidos por el Dios eterno e infinito, porque «las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno» (Sb 3,1).

Sobre todo con la muerte y la resurrección del Hijo de Dios, Jesucristo, queda sembrada una semilla de eternidad, que florece en nuestra caducidad mortal, por lo cual podemos repetir las palabras del Apóstol, fundadas en el Antiguo Testamento: «Cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?"» (1 Co 15,54-55; cf. Is 25,8; Os 13,14).

4. El cántico del rey Ezequías, sin embargo, nos invita también a reflexionar en nuestra fragilidad de criaturas. Las imágenes son sugestivas. La vida humana es descrita con el símbolo, típico entre los nómadas, de la tienda: somos siempre peregrinos y huéspedes en la tierra. También se recurre a la imagen de la tela, que es tejida y puede quedar incompleta cuando se corta la trama y el trabajo se interrumpe (cf. Is 38,12). También el salmista experimenta esa misma sensación: «Me

concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti; el hombre no dura más que un soplo, el hombre pasa como pura sombra, un soplo que se afana» (Sal 38,6-7). Es necesario recuperar la conciencia de nuestro límite, saber que «aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan» (Sal 89,10).

5. De cualquier modo, en el día de la enfermedad y del sufrimiento conviene elevar a Dios nuestro lamento, como nos enseña Ezequías, el cual, usando imágenes poéticas, describe su llanto como el piar de una golondrina y el gemir de una paloma (cf. Is 38,14). Y, aunque no duda en confesar que siente a Dios como un adversario, como un león que le quebranta los huesos (cf. v. 13), no deja de invocar: «Señor, que me oprimen, sal fiador por mí» (v. 14).

El Señor no queda indiferente ante las lágrimas del que sufre y, aunque sea por sendas que no siempre coinciden con las de nuestras expectativas, responde, consueta y salva. Es lo que Ezequías proclama al final, invitando a todos a esperar, a orar, a tener confianza, con la certeza de que Dios no abandona a sus criaturas: «Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas todos nuestros días en la casa del Señor» (v. 20).

6. De este cántico del rey Ezequías la tradición latina medieval conserva un comentario espiritual de san Bernardo de Claraval, uno de los místicos más representativos del monacato occidental. Se trata del tercero de los Sermones varios, en los que san Bernardo, aplicando a la vida de cada uno el drama vivido por el rey de Judá e interiorizando su contenido, escribe entre otras cosas: «Bendeciré al Señor en todo tiempo, es decir, de la mañana a la noche, como he aprendido a hacer, y no como los que te alaban cuando les haces bien, ni como los que creen durante cierto tiempo, pero en la hora de la tentación sucumben; al contrario, como los santos, diré: Si de la mano de Dios hemos recibido el bien, ¿por qué no debemos también aceptar el mal? (...) Así, estos dos momentos del día serán un tiempo de servicio a Dios, pues en la tarde habrá llanto, y en la mañana alegría. Me sumergiré en el dolor por la tarde para poder gozar de la alegría por la mañana» (Scriptorium Claravallense, Sermón III, n. 6, Milán 2000, pp. 59-60).

Por eso, san Bernardo ve la súplica del rey como una representación del cántico orante del cristiano, que debe resonar, con la misma constancia y serenidad, tanto en las tinieblas de la noche y de la prueba como en medio de la luz del día y de la alegría.

Monición para el cántico del Padre Farnés

El cántico de hoy, que la redacción actual del libro de Isaías pone en boca del piadoso rey Ezequías, es la oración de un

enfermo que se siente llegado ya a las puertas de la muerte: «En medio de mis días tengo que marchar hacia las puertas del Abismo; ya no me será posible asistir a las solemnes liturgias del templo; ya no veré más al Señor en la tierra de los vivos, porque levantan y enrollan mi vida como el vendaval arrebata una tienda de pastores». Ante tamaña desgracia, el enfermo acude a Dios y ora, sus ojos, mirando al cielo, se consumen, esperando, contra toda esperanza, que el Señor intervendrá finalmente devolviéndole la anhelada salud. Dios escuchó a este enfermo -este cambio de escena constituye la segunda parte de nuestro cántico- y le devolvió la salud: Me has curado; detuviste mi alma ante la tumba vacía. Por eso entona un cántico de acción de gracias: Los vivos son quienes te alaban, como yo ahora.

Cuando este texto fue escrito, la fe en la resurrección aún no había arraigado en el pueblo de Israel. Nosotros, que conocemos mejor que el salmista el plan de Dios, que incluye la resurrección final, podemos hacer nuestra, con mayor plenitud si cabe que el propio autor de este texto, el contenido de esta oración y de esta acción de gracias. Si es verdad que nuestra naturaleza mortal nos lleva hacia la muerte y, mientras más avanza nuestra edad, más sentimos el peso de los años -tengo que marchar hacia las puertas del Abismo, me privan del resto de mis años-, con todo, la resurrección de Cristo, que celebramos cada mañana en la hora de Laudes, nos asegura que tendremos una curación más plena que la del enfermo autor de nuestro canto: Detuviste mi alma ante la tumba vacía. Por eso tocaremos nuestras arpas todos nuestros días en la casa del Señor.

En la celebración comunitaria, con el fin de lograr que sea más fácil captar las dos partes de este cántico -la oración del que aún está enfermo y la oración después de recobrada la salud-, es recomendable distribuir sus dos partes entre dos lectores distintos: el primero recitaría la oración del salmista enfermo (desde el principio hasta «sal fiador por mí», vv. 10-14); el segundo, la plegaria de acción de gracias una vez recobrada la salud (desde «Me has curado» hasta el final, vv. 17-20). Si no es posible cantar la antífona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antífona que exprese la esperanza y la fe en la resurrección.

SALMO 64

Solemne acción de gracias

²Oh Dios, tú mereces un himno en Sión,
y a ti se te cumplen los votos,
³porque tú escuchas las súplicas.

A ti acude todo mortal

⁴a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman,
pero tú los perdonas.

⁵Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

⁶Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra
y del océano remoto;

⁷tú que afianzas los montes con tu fuerza,
ceñido de poder;

⁸tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.

⁹Los habitantes del extremo del orbe
se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso
las llenas de júbilo.

¹⁰Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales;

¹¹riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes;

¹²coronas el año con tus bienes,
tus carriles rezuman abundancia;

¹³rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;

¹⁴las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 6 de marzo de 2002]

1. Nuestro recorrido a través de los salmos de la Liturgia de las Horas nos conduce ahora a un himno que nos conquista sobre todo por el admirable cuadro primaveral de la última parte (cf. Sal 64,10-14), una escena llena de lozanía, esmaltada de colores, llena de voces de alegría.

En realidad, la estructura del salmo 64 es más amplia, fruto de la mezcla de dos tonalidades diferentes: ante todo, resalta el tema histórico del perdón de los pecados y la acogida en Dios (cf. vv. 2-5); luego, se alude al tema cósmico de la acción de Dios con respecto a los mares y los montes (cf. vv. 6-9a); por último, se desarrolla la descripción de la primavera (cf. vv. 9b-14): en el soleado y árido panorama del Oriente Próximo, la lluvia que fecunda es la expresión de la fidelidad del Señor hacia la creación (cf. Sal 103, 13-16). Para la Biblia, la creación es la sede de la humanidad y el pecado es un atentado contra el orden y la perfección del mundo. Por consiguiente, la conversión y el perdón devuelven integridad y armonía al cosmos.

2. En la primera parte del salmo nos hallamos dentro del templo de Sión. A él acude el pueblo con su cúmulo de miserias morales, para invocar la liberación del mal (cf. Sal 64,2-4a). Una vez obtenida la absolución de las culpas, los fieles se sienten huéspedes de Dios, cercanos a él, listos para ser admitidos a su mesa y a participar en la fiesta de la intimidad divina (cf. vv. 4b-5).

Luego, al Señor que se yergue en el templo se le representa con un aspecto glorioso y cósmico. En efecto, se dice que él es la «esperanza de todos los confines de la tierra y de los mares lejanos; (...) afianza los montes con su fuerza (...); reprime el estruendo del mar, el estruendo de las olas (...); los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante sus signos», desde oriente hasta occidente (vv. 6-9).

3. Dentro de esta celebración de Dios creador encontramos un acontecimiento que quisiéramos subrayar: el Señor logra dominar y acallar incluso el estruendo de las aguas del mar, que en la Biblia son el símbolo del caos, opuesto al orden de la creación (cf. Jb 38,8-11). Se trata de un modo de exaltar la victoria divina no sólo sobre la nada, sino también sobre el mal: por ese motivo al «estruendo del mar» y al «estruendo de las olas» se asocia también «el tumulto de los pueblos» (cf. Sal 64,8), es decir, la rebelión de los soberbios.

San Agustín comenta acertadamente: «El mar es figura del mundo presente: amargo por su salinidad, agitado por tempestades, donde los hombres, con su avidez perversa y

desordenada, son como peces que se devoran los unos a los otros. Mirad este mar malvado, este mar amargo, cruel con sus olas... No nos comportemos así, hermanos, porque el Señor es la esperanza de todos los confines de la tierra» (Expositio in Psalmos II, Roma 1990, p. 475).

La conclusión que el salmo nos sugiere es fácil: el Dios que elimina el caos y el mal del mundo y de la historia puede vencer y perdonar la maldad y el pecado que el orante lleva dentro de sí y presenta en el templo, con la certeza de la purificación divina.

4. En este punto entran en escena las demás aguas: las de la vida y de la fecundidad, que en primavera riegan la tierra e idealmente representan la vida nueva del fiel perdonado. Los versículos finales del Salmo (cf. Sal 64,10-14), como decíamos, son de gran belleza y significado. Dios colma la sed de la tierra agrietada por la aridez y el hielo invernal, regándola con la lluvia. El Señor es como un agricultor (cf. Jn 15,1), que hace crecer el grano y hace brotar la hierba con su trabajo. Prepara el terreno, riega los surcos, iguala los terrones, ablanda todo su campo con el agua.

El salmista usa diez verbos para describir esta acción amorosa del Creador con respecto a la tierra, que se transfigura en una especie de criatura viva. En efecto, todo «grita y canta de alegría» (cf. Sal 64,14). A este propósito son sugestivos también los tres verbos vinculados al símbolo del vestido: «las colinas se orlan de alegría, las praderas se cubren de rebaños, y los valles se visten de mieses que aclaman y cantan» (vv. 13-14). Es la imagen de una pradera salpicada con la blancura de las ovejas; las colinas se orlan tal vez con las viñas, signo de júbilo por su producto, el vino, que «alegra el corazón del hombre» (Sal 103,15); los valles se visten con el manto dorado de las mieses. El versículo 12 evoca también la corona, que podría inducir a pensar en las guirnaldas de los banquetes festivos, puestas en la cabeza de los convidados (cf. Is 28,1.5).

5. Todas las criaturas juntas, casi como en una procesión, se dirigen a su Creador y soberano, danzando y cantando, alabando y orando. Una vez más la naturaleza se transforma en un signo elocuente de la acción divina; es una página abierta a todos, dispuesta a manifestar el mensaje inscrito en ella por el Creador, porque «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sb 13,5; cf. Rm 1,20). Contemplación teológica e inspiración poética se funden en esta lírica y se convierten en adoración y alabanza.

Pero el encuentro más intenso, al que mira el Salmista con todo su cántico, es el que une creación y redención. Como la tierra en primavera resurge por la acción del Creador, así el hombre renace de su pecado por la acción del Redentor. Creación e historia están de ese modo bajo la mirada providente y

salvífica del Señor, que domina las aguas tumultuosas y destructoras, y da el agua que purifica, fecunda y sacia la sed. En efecto, el Señor «sana los corazones destrozados, venda sus heridas», pero también «cubre el cielo de nubes, prepara la lluvia para la tierra y hace brotar hierba en los montes» (Sal 146,3.8).

El salmo se convierte, así, en un canto a la gracia divina. También san Agustín, comentando nuestro salmo, recuerda este don trascendente y único: «El Señor Dios te dice en el corazón: Yo soy tu riqueza. No te importe lo que promete el mundo, sino lo que promete el Creador del mundo. Está atento a lo que Dios te promete, si observas la justicia; y desprecia lo que te promete el hombre para alejarte de la justicia. Así pues, no te importe lo que el mundo promete. Más bien, considera lo que promete el Creador del mundo» (Expositio in Psalmos II, Roma 1990, p. 481).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Literalmente, el salmo 64 es un canto de acción de gracias de los repatriados de Babilonia: «A ti acudimos a causa de nuestras culpas, y tú nos has respondido con portentos de justicia. Ahora, por fin, en la Jerusalén restaurada, somos dichosos porque vivimos en tus atrios y nos saciamos de los bienes de tu casa».

A nosotros este canto nos invita a la acción de gracias en un sentido más amplio y más pleno aún que el que tiene el sentido literal del salmo. Dios ha perdonado nuestras culpas y nos ha elegido y acercado para que vivamos en sus atrios, en una tierra cuidada y regada, enriquecida sin medida, donde nos sacia de los bienes de su casa, es decir, en la Iglesia, figura y comienzo terreno de su reino de felicidad eterna. Dios merece nuestro himno en Sión.

LAUDES DEL MIÉRCOLES DE LA II SEMANA

SALMO 76

Recuerdo del pasado glorioso de Israel

²Alzo mi voz a Dios gritando,
alzo mi voz a Dios para que me oiga.

³En mi angustia te busco, Señor mío;
de noche extendiendo las manos sin descanso,
y mi alma rehúsa el consuelo.

⁴Cuando me acuerdo de Dios, gimo,
y meditando me siento desfallecer.

⁵Sujetas los párpados de mis ojos,
y la agitación no me deja hablar.

⁶Repaso los días antiguos,
recuerdo los años remotos;

⁷de noche lo pienso en mis adentros,
y meditándolo me pregunto:

⁸«¿Es que el Señor nos rechaza para siempre
y ya no volverá a favorecernos?

⁹¿Se ha agotado ya su misericordia,
se ha terminado para siempre su promesa?

¹⁰¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad,
o la cólera cierra sus entrañas?»

¹¹Y me digo: «¡Qué pena la mía!
¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!»

¹²Recuerdo las proezas del Señor;
sí, recuerdo tus antiguos portentos,

¹³medito todas tus obras
y considero tus hazañas.

¹⁴Dios mío, tus caminos son santos:
¿qué dios es grande como nuestro Dios?

¹⁵Tú, oh Dios, haciendo maravillas,
mostraste tu poder a los pueblos;
¹⁶con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.

¹⁷Te vio el mar, oh Dios,
te vio el mar y tembló,
las olas se estremecieron.

¹⁸Las nubes descargaban sus aguas,
retumbaban los nubarrones,
tus saetas zigzagueaban.

¹⁹Rodaba el estruendo de tu trueno,
los relámpagos deslumbraban el orbe,
la tierra retembló estremecida.

²⁰Tú te abriste camino por las aguas,
un vado por las aguas caudalosas,
y no quedaba rastro de tus huellas:

²¹mientras guiabas a tu pueblo, como a un rebaño,
por la mano de Moisés y de Aarón.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 13 de marzo de 2002]

1. La liturgia, al poner en las Laudes de una mañana el salmo 76, quiere recordarnos que el inicio de la jornada no siempre es luminoso. Como llegan días tenebrosos, en los que el cielo se cubre de nubes y amenaza tempestad, así en nuestra vida hay días densos de lágrimas y temor. Por eso, ya al amanecer, la oración se convierte en lamento, súplica e invocación de ayuda.

Nuestro salmo es, precisamente, una imploración que se eleva a Dios con insistencia, profundamente impregnada de confianza, más aún, de certeza en la intervención divina. En efecto, para el salmista el Señor no es un emperador impasible, retirado en sus cielos luminosos, indiferente a nuestras

vicisitudes. De esta impresión, que a veces nos embarga el corazón, surgen interrogantes tan amargos que constituyen una dura prueba para nuestra fe: «¿Está Dios desmintiendo su amor y su elección? ¿Ha olvidado el pasado, cuando nos sostenía y hacía felices?». Como veremos, esas preguntas serán disipadas por una renovada confianza en Dios, redentor y salvador.

2. Así pues, sigamos el desarrollo de esta oración, que comienza con un tono dramático, en medio de la angustia, y luego, poco a poco, se abre a la serenidad y a la esperanza. Encontramos, ante todo, la lamentación sobre el presente triste y sobre el silencio de Dios (cf. vv. 2-11). Un grito pidiendo ayuda se eleva a un cielo aparentemente mudo; las manos se alzan en señal de súplica; el corazón desfallece por la desolación. En la noche insomne, entre lágrimas y plegarias, un canto «vuelve al corazón», como dice el versículo 7, un estribillo triste resuena continuamente en lo más íntimo del alma.

Cuando el dolor llega al colmo y se quisiera alejar el cáliz del sufrimiento (cf. Mt 26,39), las palabras explotan y se convierten en pregunta lacerante, como ya se decía antes (cf. Sal 76,8-11). Este grito interpela el misterio de Dios y de su silencio.

3. El salmista se pregunta por qué el Señor lo rechaza, por qué ha cambiado su rostro y su modo de actuar, olvidando su amor, la promesa de salvación y la ternura misericordiosa. «La diestra del Altísimo», que había realizado los prodigios salvíficos del Éxodo, parece ya paralizada (cf. v. 11). Y se trata de un auténtico «tormento», que pone a dura prueba la fe del orante.

Si así fuese, Dios sería irreconocible, actuaría como un ser cruel, o sería una presencia como la de los ídolos, que no saben salvar porque son incapaces, indiferentes e impotentes. En estos versículos de la primera parte del salmo 76 se percibe todo el drama de la fe en el tiempo de la prueba y del silencio de Dios.

4. Pero hay motivos de esperanza. Es lo que se puede comprobar en la segunda parte de la súplica (cf. vv. 12-21), que se asemeja a un himno destinado a volver a proponer la confirmación valiente de la propia fe incluso en el día tenebroso del dolor. Se canta el pasado de salvación, que tuvo su epifanía de luz en la creación y en la liberación de la esclavitud de Egipto. El presente amargo es iluminado por la experiencia salvífica pasada, que constituye una semilla sembrada en la historia: no está muerta, sino sólo sepultada, para brotar más tarde (cf. Jn 12,24).

Luego, el salmista recurre a un concepto bíblico importante: el del «memorial», que no es sólo una vaga memoria consoladora, sino certeza de una acción divina que no fallará nunca: «Recuerdo las proezas del Señor; sí, recuerdo tus antiguos portentos» (Sal 76,12). Profesar la fe en las obras de salvación del pasado lleva a la fe en lo que es el Señor constantemente y, por tanto, también en el tiempo presente. «Dios mío, tus caminos son santos: (...) Tú eres el Dios que realiza maravillas» (vv. 14-15). Así el presente, que parecía un callejón sin salida y sin luz, queda iluminado por la fe en Dios y abierto a la esperanza.

5. Para sostener esta fe, el salmista probablemente cita un himno más antiguo, que tal vez se cantaba en la liturgia del templo de Sión (cf. vv. 17-20). Es una clamorosa teofanía, en la que el Señor entra en escena en la historia, trastornando la naturaleza y en particular las aguas, símbolo del caos, del mal y del sufrimiento. Es bellísima la imagen de Dios caminando sobre las aguas, signo de su triunfo sobre las fuerzas del mal: «Tú te abriste camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas» (v. 20). Y el pensamiento se dirige a Cristo que camina sobre las aguas, símbolo elocuente de su victoria sobre el mal (cf. Jn 6,16-20).

Al final, recordando que Dios guió «como un rebaño» a su pueblo «por la mano de Moisés y de Aarón» (Sal 76,21), el Salmo lleva implícitamente a una certeza: Dios volverá a conducir hacia la salvación. Su mano poderosa e invisible estará con nosotros a través de la mano visible de los pastores y de los guías que él ha constituido. El Salmo, que se abre con un grito de dolor, suscita al final sentimientos de fe y esperanza en el gran Pastor de nuestras almas (cf. Hb 13,20; 1 Pe 2,25).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 76 es la oración angustiada, desesperada casi, ante una grave catástrofe nacional, probablemente ante la prolongada prueba del destierro de Babilonia. El salmista, en su angustia, quiere buscar su respuesta en Dios, pero Dios no la da y por ello el recuerdo del Señor no sirve sino para acrecentar el dolor: Cuando me acuerdo de Dios, gimo. Si se intenta buscar la solución en la antigua historia del pueblo, tampoco aquí se encuentra. En los tiempos remotos de la esclavitud de Egipto, Dios se mostró preocupado por la suerte de Israel: Tú, haciendo maravillas, rescataste a tu pueblo. Pero, ahora, ¿es que el Señor nos rechaza para siempre?; qué pena la mía, se ha cambiado la diestra del Altísimo. Pero, a pesar de tanta noche y por grandes que sean las dificultades, Dios mío, tus caminos son santos, tú no abandonarás para siempre a tu pueblo.

El salmo 76 es, pues, una oración para los tiempos de prueba, y de prueba prolongada. Todos nosotros conocemos estos

trances y, si para algunos no es ésta la situación del día de hoy, la Iglesia en esta oración quiere «llorar con los que lloran» (Rm 12,15); cuando un miembro sufre, todo el cuerpo sufre. Unidos, pues, a todos los cristianos que sufren hoy, participando de la angustia de los hombres que buscan y no encuentran, aunque personalmente no nos encontremos afligidos, teniendo conciencia de que somos el cuerpo de Cristo que experimentó en los días de su carne la angustia y la continúa experimentando hoy en muchos de sus miembros, dirijamos a Dios esta oración.

CÁNTICO DE ANA, 1 SAM 2,1-10

Alegría de los humildes en Dios

¹Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios;
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque gozo con tu salvación.

²No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.

³No multipliquéis discursos altivos,
no echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe;
él es quien pesa las acciones.

⁴Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;

⁵los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía.

⁶El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;

⁷da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.

⁸Él levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes

y que herede un trono de gloria;
pues del Señor son los pilares de la tierra,
y sobre ellos afianzó el orbe.

⁹Él guarda los pasos de sus amigos,
mientras los malvados perecen en las tinieblas,
porque el hombre no triunfa por su fuerza.

¹⁰El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
Él da fuerza a su Rey,
exalta el poder de su Ungido.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 20 de marzo de 2002]

1. Una voz de mujer nos guía hoy en la oración de alabanza al Señor de la vida. En efecto, en el relato del primer libro de Samuel, es Ana la persona que entona el himno que acabamos de proclamar, después de ofrecer al Señor su niño, el pequeño Samuel. Este será profeta en Israel y marcará con su acción el paso del pueblo hebreo a una nueva forma de gobierno, la monárquica, que tendrá como protagonistas al desventurado rey Saúl y al glorioso rey David. La vida de Ana era una historia de sufrimientos porque, como nos dice el relato, el Señor le había «hecho estéril el seno» (1 Sam 1,5).

En el antiguo Israel la mujer estéril era considerada como una rama seca, una presencia muerta, entre otras cosas porque impedía al marido tener una continuidad en el recuerdo de las generaciones sucesivas, un dato importante en una visión aún incierta y nebulosa del más allá.

2. Ana, sin embargo, había puesto su confianza en el Dios de la vida y había orado así: «Señor de los ejércitos, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no olvidarte de tu sierva y darle un hijo varón, yo lo entregaré al Señor por todos los días de su vida» (1 Sam 1,11). Y Dios escuchó la plegaria de esta mujer humillada, precisamente dándole a Samuel: del tronco seco brotó un vástago vivo (cf. Is 11,1); lo que resultaba imposible a los ojos humanos, era una realidad palpitante en aquel niño que se debía consagrar al Señor.

El canto de acción de gracias que eleva a Dios esta madre será recogido y refundido por otra madre, María, la cual,

permaneciendo virgen, engendrará por obra del Espíritu de Dios. En efecto, en el Magnificat de la madre de Jesús se trasluce en filigrana el cántico de Ana que, precisamente por esto, suele definirse «el Magnificat del Antiguo Testamento».

3. En realidad, los estudiosos observan que el autor sagrado puso en labios de Ana una especie de salmo regio, tejido de citas o alusiones a otros salmos.

Resalta en primer plano la imagen del rey hebreo atacado por adversarios más poderosos, pero que al final es salvado y triunfa porque a su lado el Señor rompe los arcos de los valientes (cf. 1 Sam 2,4). Es significativo el final del canto, cuando, en una solemne epifanía, entra Dios en escena: «El Señor desbarata a sus contrarios, el Altísimo truena desde el cielo, el Señor juzga hasta el confín de la tierra. Él da fuerza a su Rey, exalta el poder de su Ungido» (v. 10). En hebreo, la última palabra es precisamente «mesías», es decir, «consagrado», que permite transformar esta plegaria regia en canto de esperanza mesiánica.

4. Quiero subrayar dos temas en este himno de acción de gracias que expresa los sentimientos de Ana. El primero dominará también en el Magnificat de María y es el cambio radical de la situación realizado por Dios. Los poderosos son humillados, los débiles «se ciñen de valor»; los hartos se contratan por el pan, y los hambrientos engordan en un banquete suntuoso; el pobre es levantado del polvo y recibe «un trono de gloria» (cf. vv. 4,8).

Es fácil percibir en esta antigua plegaria el hilo conductor de las siete acciones que María ve realizadas en la historia de Dios Salvador: «Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios (...), derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo» (Lc 1,51-54).

Es una profesión de fe pronunciada por estas dos madres con respecto al Señor de la historia, que defiende a los últimos, a los miserables e infelices, a los ofendidos y humillados.

5. El otro tema que quiero poner de relieve se relaciona aún más con la figura de Ana: «La mujer estéril da a luz siete hijos, mientras la madre de muchos queda baldía» (1 Sam 2,5). Dios, que cambia radicalmente la situación de las personas, es también el señor de la vida y de la muerte. El seno estéril de Ana era como una tumba; a pesar de ello, Dios pudo hacer que en él brotara la vida, porque «él tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (Jb 12,10). En esta línea, se canta inmediatamente después: «El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta» (1 Sam 2,6).

La esperanza ya no atañe sólo a la vida del niño que nace, sino también a la que Dios puede hacer brotar después de la muerte. Así se abre un horizonte casi «pascual» de resurrección. Isaías cantará: «Revivirán tus muertos, tus cadáveres resurgirán, despertarán y darán gritos de júbilo los moradores del polvo; porque rocío luminoso es tu rocío y la tierra echará de su seno las sombras» (Is 26,19).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Dios es el único que, con su poder, puede desbaratar y cambiar todas las situaciones; es él únicamente quien puede «derribar del trono a los poderosos y enaltecer a los humildes» (Lc 1,52). Es éste el tema del cántico que el libro de Samuel pone en boca de Ana, la mujer estéril que da gracias a Dios porque le ha concedido dar a luz a su hijo Samuel.

Este cántico, sobre todo colocado, como lo hace la Liturgia de las Horas de hoy, después del salmo 76, viene a ser como una invitación a la esperanza ante cualquier dificultad. El salmo 76 ha terminado como una pregunta sin respuesta, a la manera de los muchos interrogantes que encontramos en nuestra vida: «Tú, Señor, guiabas a tu pueblo, como a un rebaño, por la mano de Moisés y de Aarón» (Sal 76,21); pero, ahora, «se ha cambiado la diestra del Altísimo» (v. 11), ¿es que «se ha agotado ya su misericordia» (v. 9)? Los años de la esterilidad de Ana fueron largos y difíciles, como lo son muchas de nuestras situaciones. Pero no perdamos la esperanza; los silencios de Dios pueden ser prolongados, pero el Señor al final siempre responde. De él son los pilares de la tierra y él guarda los pasos de sus amigos. El recuerdo de lo que Dios realizó con Ana debe aumentar nuestra esperanza e invitarnos a cantar siempre y en toda situación a Dios que siempre «auxilia a Israel, su siervo» (Lc 1,54), como decía María en el «Magnificat», inspirándose precisamente en este cántico de Ana.

SALMO 96

Gloria del Señor, rey de justicia

¹El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.

²Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono.

³Delante de él avanza fuego,
abrasando en torno a los enemigos;

⁴sus relámpagos deslumbran el orbe,
y, viéndolos, la tierra se estremece.

⁵Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;

⁶los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria.

⁷Los que adoran estatuas se sonrojan,
los que ponen su orgullo en los ídolos;
ante él se postran todos los dioses.

⁸Lo oye Sión, y se alegra,
se regocijan las ciudades de Judá
por tus sentencias, Señor;

⁹porque tú eres, Señor,
altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses.

¹⁰El Señor ama al que aborrece el mal,
protege la vida de sus fieles
y los libra de los malvados.

¹¹Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.

¹²Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 3 de abril de 2002]

1. La luz, la alegría y la paz, que en el tiempo pascual inundan a la comunidad de los discípulos de Cristo y se difunden en la creación entera, impregnan este encuentro nuestro, que tiene lugar en el clima intenso de la octava de Pascua. En estos días celebramos el triunfo de Cristo sobre el mal y la muerte. Con su muerte y resurrección se instaura definitivamente el reino de justicia y amor querido por Dios.

Precisamente en torno al tema del reino de Dios gira esta catequesis, dedicada a la reflexión sobre el salmo 96. El Salmo comienza con una solemne proclamación: «El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables» y se puede definir una celebración del Rey divino, Señor del cosmos y de la historia. Así pues, podríamos decir que nos encontramos en presencia de un salmo «pascual».

Sabemos la importancia que tenía en la predicación de Jesús el anuncio del reino de Dios. No sólo es el reconocimiento de la dependencia del ser creado con respecto al Creador; también es la convicción de que dentro de la historia se insertan un proyecto, un designio, una trama de armonías y de bienes queridos por Dios. Todo ello se realizó plenamente en la Pascua de la muerte y la resurrección de Jesús.

2. Recorramos ahora el texto de este salmo, que la liturgia nos propone en la celebración de las Laudes. Inmediatamente después de la aclamación al Señor rey, que resuena como un toque de trompeta, se presenta ante el orante una grandiosa epifanía divina. Recurriendo al uso de citas o alusiones a otros pasajes de los salmos o de los profetas, sobre todo de Isaías, el salmista describe cómo irrumpe en la escena del mundo el gran Rey, que aparece rodeado de una serie de ministros o asistentes cósmicos: las nubes, las tinieblas, el fuego, los relámpagos.

Además de estos, otra serie de ministros personifica su acción histórica: la justicia, el derecho, la gloria. Su entrada en escena hace que se estremezca toda la creación. La tierra exulta en todos los lugares, incluidas las islas, consideradas como el área más remota (cf. Sal 96,1). El mundo entero es iluminado por fulgores de luz y es sacudido por un terremoto (cf. v. 4). Los montes, que encarnan las realidades más antiguas y sólidas según la cosmología bíblica, se derriten como cera (cf. v. 5), como ya cantaba el profeta Miqueas: «He aquí que el Señor sale de su morada (...). Debajo de él los montes se derriten, y los valles se hienden, como la cera al fuego» (Mí 1,3-4). En los cielos resuenan himnos angélicos que exaltan la justicia, es decir, la obra de salvación realizada por el Señor en favor de los justos. Por último, la humanidad entera contempla la manifestación de la gloria divina, o sea, de la realidad misteriosa de Dios (cf. Sal 96,6), mientras los «enemigos», es decir, los malvados y los injustos, ceden ante la fuerza irresistible del juicio del Señor (cf. v. 3).

3. Después de la teofanía del Señor del universo, este salmo describe dos tipos de reacción ante el gran Rey y su entrada en la historia. Por un lado, los idólatras y los ídolos caen por tierra, confundidos y derrotados; y, por otro, los fieles, reunidos en Sión para la celebración litúrgica en honor del Señor, cantan alegres un himno de alabanza. La escena de «los que adoran estatuas» (cf. vv. 7-9) es esencial: los ídolos se postran ante el único Dios y sus seguidores se cubren de vergüenza. Los justos asisten jubilosos al juicio divino que

elimina la mentira y la falsa religiosidad, fuentes de miseria moral y de esclavitud. Entonan una profesión de fe luminosa: «Tú eres, Señor, altísimo sobre toda la tierra, encumbrado sobre todos los dioses» (v. 9).

4. Al cuadro que describe la victoria sobre los ídolos y sus adoradores se opone una escena que podríamos llamar la espléndida jornada de los fieles (cf. vv. 10-12). En efecto, se habla de una luz que amanece para el justo (cf. v. 11): es como si despuntara una aurora de alegría, de fiesta, de esperanza, entre otras razones porque, como se sabe, la luz es símbolo de Dios (cf. 1 Jn 1,5).

El profeta Malaquías declaraba: «Para vosotros, los que teméis mi nombre, brillará el sol de justicia» (Ml 3,20). A la luz se asocia la felicidad: «Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre» (Sal 96,11-12).

El reino de Dios es fuente de paz y de serenidad, y destruye el imperio de las tinieblas. Una comunidad judía contemporánea de Jesús cantaba: «La impiedad retrocede ante la justicia, como las tinieblas retroceden ante la luz; la impiedad se disipará para siempre, y la justicia, como el sol, se manifestará principio de orden del mundo» (Libro de los misterios de Qumrân: 1 Q 27, I, 5-7).

5. Antes de dejar el salmo 96, es importante volver a encontrar en él, además del rostro del Señor rey, también el del fiel. Está descrito con siete rasgos, signo de perfección y plenitud. Los que esperan la venida del gran Rey divino aborrecen el mal, aman al Señor, son los hasídîm, es decir, los fieles (cf. v. 10), caminan por la senda de la justicia, son rectos de corazón (cf. v. 11), se alegran ante las obras de Dios y dan gracias al santo nombre del Señor (cf. v. 12). Pidamos al Señor que estos rasgos espirituales brillen también en nuestro rostro.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 96 es un canto al Dios de las grandes teofanías, sobre todo el Dios de la gran teofanía del Sinaí. El Señor reina y, con su presencia, aniquila a los falsos dioses, mientras su pueblo se alegra y amanece para él la luz de la esperanza. Israel con este salmo cantó más tarde su retorno de Babilonia: Delante de él - que encabezaba la procesión de los repatriados-, los montes se derriten como cera, mientras, viendo la procesión de los peregrinos, los que adoran estatuas se sonrojan.

Con este salmo nosotros cantamos el reino de Cristo resucitado. También él encabeza ahora la larga comitiva de los que caminamos hacia la resurrección: Delante de él avanza fuego, abrasando en torno a los enemigos -la muerte y el

pecado-, mientras todos los pueblos contemplan la gloria del Resucitado.

LAUDES DEL JUEVES DE LA II SEMANA

SALMO 79

Ven, Señor, a visitar tu viña

²Pastor de Israel, escucha,
tú que guías a José como a un rebaño;
tú que te sientas sobre querubines, resplandece
³ante Efraín, Benjamín y Manasés;
despierta tu poder y ven a salvarnos.

⁴Oh Dios, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

⁵Señor Dios de los ejércitos,
¿hasta cuándo estarás airado
mientras tu pueblo te suplica?

⁶Les diste a comer llanto,
a beber lágrimas a tragos;

⁷nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos,
nuestros enemigos se burlan de nosotros.

⁸Dios de los ejércitos, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

⁹Sacaste una vid de Egipto,
expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste;
¹⁰le preparaste el terreno, y echó raíces
hasta llenar el país;

¹¹su sombra cubría las montañas,
y sus pámpanos, los cedros altísimos;
¹²extendió sus sarmientos hasta el mar,
y sus brotes hasta el Gran Río.

¹³¿Por qué has derribado su cerca
para que la saqueen los viandantes,

¹⁴la pisoteen los jabalíes
y se la coman las alimañas?

¹⁵Dios de los Ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña,

¹⁶la cepa que tu diestra plantó
y que tú hiciste vigorosa.

¹⁷La han talado y le han prendido fuego;
con un bramido hazlos perecer.

¹⁸Que tu mano proteja a tu escogido,
al hombre que tú fortaleciste.

¹⁹No nos alejaremos de ti:
danos vida, para que invoquemos tu nombre.

²⁰Señor Dios de los ejércitos, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 10 de abril de 2002]

1. El salmo 79 tiene el tono de una lamentación y de una súplica de todo el pueblo de Israel. La primera parte utiliza un célebre símbolo bíblico, el del pastor y su rebaño. El Señor es invocado como «pastor de Israel», el que «guía a José como un rebaño» (Sal 79,2). Desde lo alto del arca de la alianza, sentado sobre los querubines, el Señor guía a su rebaño, es decir, a su pueblo, y lo protege en los peligros.

Así lo había hecho cuando Israel atravesó el desierto. Sin embargo, ahora parece ausente, como adormilado o indiferente. Al rebaño que debía guiar y alimentar (cf. Sal 22) le da de comer llanto (cf. Sal 79,6). Los enemigos se burlan de este pueblo humillado y ofendido; y, a pesar de ello, Dios no parece interesado, no «despierta» (v. 3), ni muestra su poder en defensa de las víctimas de la violencia y de la opresión. La invocación que se repite en forma de antifona (cf. vv. 4 y 8) trata de sacar a Dios de su actitud indiferente, procurando que vuelva a ser pastor y defensa de su pueblo.

2. En la segunda parte de la oración, llena de preocupación y a la vez de confianza, encontramos otro símbolo muy frecuente en la Biblia, el de la viña. Es una imagen fácil de comprender, porque pertenece al panorama de la tierra prometida y es signo de fecundidad y de alegría.

Como enseña el profeta Isaías en una de sus más elevadas páginas poéticas (cf. Is 5,1-7), la viña encarna a Israel. Ilustra dos dimensiones fundamentales: por una parte, dado que ha sido plantada por Dios (cf. Is 5,2; Sal 79,9-10), la viña representa el don, la gracia, el amor de Dios; por otra, exige el trabajo diario del campesino, gracias al cual produce uvas que pueden dar vino y, por consiguiente, simboliza la respuesta humana, el compromiso personal y el fruto de obras justas.

3. A través de la imagen de la viña, el Salmo evoca de nuevo las etapas principales de la historia judía: sus raíces, la experiencia del éxodo de Egipto y el ingreso en la tierra prometida. La viña había alcanzado su máxima extensión en toda la región palestina, y más allá, con el reino de Salomón. En efecto, se extendía desde los montes septentrionales del Líbano, con sus cedros, hasta el mar Mediterráneo y casi hasta el gran río Éufrates (cf. vv. 11-12).

Pero el esplendor de este florecimiento había pasado ya. El Salmo nos recuerda que sobre la viña de Dios se abatió la tempestad, es decir, que Israel sufrió una dura prueba, una cruel invasión que devastó la tierra prometida. Dios mismo derribó, como si fuera un invasor, la cerca que protegía la viña, permitiendo así que la saquearan los viandantes, representados por los jabalíes, animales considerados violentos e impuros, según las antiguas costumbres. A la fuerza del jabalí se asocian todas las alimañas, símbolo de una horda enemiga que lo devasta todo (cf. vv. 13-14).

4. Entonces se dirige a Dios una súplica apremiante para que vuelva a defender a las víctimas, rompiendo su silencio: «Dios de los Ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña» (v. 15). Dios seguirá siendo el protector del tronco vital de esta viña sobre la que se ha abatido una tempestad tan violenta, arrojando fuera a todos los que habían intentado talarla y quemarla (cf. vv. 16-17).

En este punto el Salmo se abre a una esperanza con colores mesiánicos. En efecto, en el versículo 18 reza así: «Que tu mano proteja a tu escogido, al hijo del hombre que tú fortaleciste». Tal vez el pensamiento se dirige, ante todo, al rey davídico que, con la ayuda del Señor, encabezará la revuelta para reconquistar la libertad. Sin embargo, está implícita la confianza en el futuro Mesías, el «hijo del hombre» que cantará el profeta Daniel (cf. Dn 7,13-14) y que Jesús escogerá como título predilecto para definir su obra y su persona mesiánica. Más aún, los Padres de la Iglesia afirmarán de forma unánime

que la viña evocada por el Salmo es una prefiguración profética de Cristo, «la verdadera vid» (Jn 15,1) y de la Iglesia.

5. Ciertamente, para que el rostro del Señor brille nuevamente, es necesario que Israel se convierta, con la fidelidad y la oración, volviendo a Dios salvador. Es lo que el salmista expresa, al afirmar: «No nos alejaremos de ti» (Sal 79,19).

Así pues, el salmo 79 es un canto marcado fuertemente por el sufrimiento, pero también por una confianza inquebrantable. Dios siempre está dispuesto a «volver» hacia su pueblo, pero es necesario que también su pueblo «vuelva» a él con la fidelidad. Si nosotros nos convertimos del pecado, el Señor se «convertirá» de su intención de castigar: esta es la convicción del salmista, que encuentra eco también en nuestro corazón, abriéndolo a la esperanza.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 79 es la oración de Israel ante una gran desgracia. El enemigo ha invadido el territorio nacional y ha destruido la ciudad y el templo, y Dios parece mostrarse indiferente y callado ante tamaña desgracia: Pastor de Israel, ¿hasta cuándo estarás airado?; mira desde el cielo, fíjate y ven a visitar tu viña; suscita, Señor, un nuevo rey que dirija las victorias de tu pueblo, fortalece un hombre haciéndole cabeza de Israel y que tu mano proteja, a éste, tu escogido.

Con este salmo podemos hoy pedir por la Iglesia y sus pastores. También el nuevo Israel sucumbe frecuentemente ante el enemigo, y le falta mucho para ser aquella vid frondosa que atrae las miradas de quienes tienen hambre de Dios: Tú, Señor, elegiste a la Iglesia para que llevara fruto abundante, tú la quisiste universal, quisiste que su sombra cubriera las montañas, que extendiera sus sarmientos hasta el mar; y, fíjate, sus enemigos la están talando, su mensaje topa con dificultades, su Evangelio, con frecuencia, es adulterado; pon tus ojos sobre tu Iglesia, despierta tu poder y ven a salvarnos, que tu mano proteja a los pastores, a nuestro obispo, el hombre que tú fortaleciste para guiar a tu Iglesia. Ven, Señor Jesús, y sálvanos.

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 12,1-6

Acción de gracias del pueblo salvado

¡Te doy gracias, Señor,
porque estabas airado contra mí,
pero ha cesado tu ira
y me has consolado.

²Él es mi Dios y salvador:
confiaré y no temeré,
porque mi fuerza y mi poder es el Señor,
él fue mi salvación.
³Y sacaréis aguas con gozo
de las fuentes de la salvación.

⁴Aquel día diréis:
«Dad gracias al Señor,
invocad su nombre,
contad a los pueblos sus hazañas,
proclamad que su nombre es excelso.

⁵Tañed para el Señor, que hizo proezas,
anunciadlas a toda la tierra;
⁶gritad jubilosos, habitantes de Sión:
"Qué grande es en medio de ti
el Santo de Israel!"».

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 17 de abril de 2002]

1. El himno que se acaba de proclamar entra como canto de alegría en la Liturgia de las Laudes. Constituye una especie de culminación de algunas páginas del libro de Isaías que se han hecho célebres por su lectura mesiánica. Se trata de los capítulos 6-12, que se suelen denominar «el libro del Emmanuel». En efecto, en el centro de esos oráculos proféticos resalta la figura de un soberano que, aun formando parte de la histórica dinastía davídica, tiene perfiles transfigurados y recibe títulos gloriosos: «Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz» (Is 9,5).

La figura concreta del rey de Judá que Isaías promete como hijo y sucesor de Ajaz, el soberano de entonces, que estaba muy lejos de los ideales davídicos, es el signo de una promesa más elevada: la del rey Mesías que realizará en plenitud el nombre de «Emmanuel», es decir, «Dios con nosotros», convirtiéndose en la perfecta presencia divina en la historia humana. Así pues, es fácilmente comprensible que el Nuevo Testamento y el cristianismo hayan intuido en esa figura regia la fisonomía de Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre solidario con nosotros.

2. Los estudiosos consideran que el himno al que nos estamos refiriendo (cf. Is 12,1-6), tanto por su calidad literaria como por su tono general, es una composición posterior al profeta Isaías, que vivió en el siglo VIII antes de Cristo. Casi es una cita, un texto de estilo sálmico, tal vez para uso litúrgico, que se incrusta en este punto para servir de conclusión del «libro del Emmanuel». En efecto, evoca algunos temas referentes a él: la salvación, la confianza, la alegría, la acción divina, la presencia entre el pueblo del «Santo de Israel», expresión que indica tanto la trascendente «santidad» de Dios como su cercanía amorosa y activa, con la que el pueblo de Israel puede contar.

El cantor es una persona que ha vivido una experiencia amarga, sentida como un acto del juicio divino. Pero ahora la prueba ha pasado, la purificación ya se ha producido; la cólera del Señor ha dado paso a la sonrisa y a la disponibilidad para salvar y consolar.

3. Las dos estrofas del himno marcan casi dos momentos. En el primero (cf. vv. 1-3), que comienza con la invitación a orar: «Dirás aquel día», domina la palabra «salvación», repetida tres veces y aplicada al Señor: «Dios es mi salvación... Él fue mi salvación... las fuentes de la salvación». Recordemos, por lo demás, que el nombre de Isaías -como el de Jesús- contiene la raíz del verbo hebreo *yša'*, que alude a la «salvación». Por eso, nuestro orante tiene la certeza inquebrantable de que en la raíz de la liberación y de la esperanza está la gracia divina.

Es significativo notar que hace referencia implícita al gran acontecimiento salvífico del éxodo de la esclavitud de Egipto, porque cita las palabras del canto de liberación entonado por Moisés: «Mi fuerza y mi canto es el Señor» (Ex 15,2).

4. La salvación dada por Dios, capaz de suscitar la alegría y la confianza incluso en el día oscuro de la prueba, se presenta con la imagen, clásica en la Biblia, del agua: «Sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación» (Is 12,3). El pensamiento se dirige idealmente a la escena de la mujer samaritana, cuando Jesús le ofrece la posibilidad de tener en ella misma una «fuente de agua que salta para la vida eterna» (Jn 4,14).

Al respecto, san Cirilo de Alejandría comenta de modo sugestivo: «Jesús llama agua viva al don vivificante del Espíritu, por medio del cual sólo la humanidad, aunque abandonada completamente, como los troncos en los montes, y seca, y privada por las insidias del diablo de toda especie de virtud, es restituida a la antigua belleza de la naturaleza... El Salvador llama agua a la gracia del Espíritu Santo, y si uno participa de él, tendrá en sí mismo la fuente de las enseñanzas divinas, de forma que ya no tendrá necesidad de consejos de los demás, y podrá exhortar a quienes tengan sed de la palabra de Dios. Eso es lo que eran, mientras se encontraban en esta vida y en la tierra, los santos profetas y los Apóstoles y sus

sucesores en su ministerio. De ellos está escrito: Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» (Comentario al Evangelio de san Juan II, 4, Roma 1994, pp. 272.75).

Por desgracia, la humanidad con frecuencia abandona esta fuente que sacia a todo el ser de la persona, como afirma con amargura el profeta Jeremías: «Me abandonaron a mí, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que no retienen el agua» (Jr 2,13). También Isaías, pocas páginas antes, había exaltado «las aguas de Siloé, que corren mansamente», símbolo del Señor presente en Sión, y había amenazado el castigo de la inundación de «las aguas del río -es decir, el Éufrates- impetuosas y copiosas» (Is 8,6-7), símbolo del poder militar y económico, así como de la idolatría, aguas que fascinaban entonces a Judá, pero que la anegarían.

5. La segunda estrofa (cf. Is 12,4-6) comienza con otra invitación -«Aquel día diréis»-, que es una llamada continua a la alabanza gozosa en honor del Señor. Se multiplican los imperativos para cantar: «dad gracias, invocad, contad, proclamad, tañed, anunciad, gritad».

En el centro de la alabanza hay una única profesión de fe en Dios salvador, que actúa en la historia y está al lado de su criatura, compartiendo sus vicisitudes: «El Señor hizo proezas... ¡Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel!» (vv. 5-6). Esta profesión de fe tiene también una función misionera: «Contad a los pueblos sus hazañas... Anunciadlas a toda la tierra» (vv. 4-5). La salvación obtenida debe ser testimoniada al mundo, de forma que la humanidad entera acuda a esas fuentes de paz, de alegría y de libertad.

Monición para el cántico del Padre Farnés

El cántico que hoy usamos en nuestra oración es la conclusión de los primeros capítulos del libro de Isaías -el llamado «Libro del Emmanuel»-, obra que viene a ser como una colección de oráculos que anuncian los castigos de Dios a Judá y a sus reyes por sus repetidas infidelidades, pero que contiene también el anuncio de la venida de un Rey justo que libraré al pueblo de todos estos males. Nuestro cántico, situado, pues, al final de los oráculos esperanzadores sobre el Rey justo, es una acción de gracias por este enviado de Dios y por los bienes que el futuro Rey aportará.

Para Israel el motivo de esta acción de gracias fue, pues, la llegada de este Rey mesiánico: «En los días de nuestras infidelidades -dice el pueblo- estabas airado contra nosotros, pero con la venida del Rey justo -nos dice- ha cesado tu ira y nos has consolado». Para el pueblo cristiano que hoy repite esta oración, el gran motivo de su acción de gracias es la venida del Libertador definitivo, Cristo, el Hijo de Dios. Israel confiaba en

que podría sacar aguas con gozo de las fuentes de la salvación, aludiendo al rito de derramar agua, como signo de acción de gracias por la cosecha, cuando Israel, después del castigo, celebraría festivamente su liturgia en la fiesta de los tabernáculos; el pueblo cristiano cree firmemente que, «como dice la Escritura: de las entrañas del que cree en Dios manarán torrentes de agua viva» (Jn 7,38), y por esto da gracias al Señor, Dios y Salvador, que es fuerza y poder, incluso para el pueblo que le ha sido infiel.

SALMO 80

Solemne renovación de la alianza

²Aclamad a Dios, nuestra fuerza;
dad vítores al Dios de Jacob:

³acompañad, tocad los panderos,
las cítaras templadas y las arpas;
⁴tocad la trompeta por la luna nueva,
por la luna llena, que es nuestra fiesta.

⁵Porque es una ley de Israel,
un precepto del Dios de Jacob,
⁶una norma establecida para José
al salir de la tierra de Egipto.

Oigo un lenguaje desconocido:
⁷«Retiré sus hombros de la carga,
y sus manos dejaron la espuerta.

⁸Clamaste en la aflicción, y te libré,
te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.

⁹Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡ojalá me escuchases, Israel!

¹⁰No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
¹¹yo soy el Señor, Dios tuyo,

que te saqué del país de Egipto;
abre la boca que te la llene».

¹²Pero mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:

¹³los entregué a su corazón obstinado,
para que anduviesen según sus antojos.

¹⁴¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!:

¹⁵en un momento humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios;

¹⁶los que aborrecen al Señor te adularían,
y su suerte quedaría fijada;

¹⁷te alimentaría con flor de harina,
te saciaría con miel silvestre.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 24 de abril de 2002]

1. «Tocad la trompeta por la luna nueva, que es nuestra fiesta» (Sal 80,4). Estas palabras del salmo 80, remiten a una celebración litúrgica según el calendario lunar del antiguo Israel. Es difícil definir con precisión la festividad a la que alude el salmo; lo seguro es que el calendario litúrgico bíblico, a pesar de regirse por el ciclo de las estaciones y, en consecuencia, de la naturaleza, se presenta firmemente arraigado en la historia de la salvación y, en particular, en el acontecimiento fundamental del éxodo de la esclavitud de Egipto, vinculado a la luna nueva del primer mes (cf. Ex 12,2-6; Lv 23,5). En efecto, allí se reveló el Dios liberador y salvador.

Como dice poéticamente el versículo 7 de nuestro salmo, fue Dios mismo quien quitó de los hombros del hebreo esclavo en Egipto la cesta llena de ladrillos necesarios para la construcción de las ciudades de Pitom y Ramsés (cf. Ex 1,11.14). Dios mismo se había puesto al lado del pueblo oprimido y con su poder había eliminado y borrado el signo amargo de la esclavitud, la cesta de los ladrillos cocidos al sol, expresión de los trabajos forzados que debían realizar los hijos de Israel.

2. Sigamos ahora el desarrollo de este canto de la liturgia de Israel. Comienza con una invitación a la fiesta, al canto, a la

música: es la convocación oficial de la asamblea litúrgica según el antiguo precepto del culto, establecido ya en tierra egipcia con la celebración de la Pascua (cf. Sal 80,2-6a). Después de esa llamada se alza la voz misma del Señor a través del oráculo del sacerdote en el templo de Sión y estas palabras divinas ocuparán todo el resto del salmo (cf. vv. 6b-17).

El discurso que se desarrolla es sencillo y gira en torno a dos polos ideales. Por una parte, está el don divino de la libertad que se ofrece a Israel oprimido e infeliz: «Clamaste en la aflicción, y te libré» (v. 8). Se alude también a la ayuda que el Señor prestó a Israel en su camino por el desierto, es decir, al don del agua en Meribá, en un marco de dificultad y prueba.

3. Sin embargo, por otra parte, además del don divino, el salmista introduce otro elemento significativo. La religión bíblica no es un monólogo solitario de Dios, una acción cuya destinada a permanecer estéril. Al contrario, es un diálogo, una palabra a la que sigue una respuesta, un gesto de amor que exige adhesión. Por eso, se reserva gran espacio a las invitaciones que Dios dirige a Israel.

El Señor lo invita ante todo a la observancia fiel del primer mandamiento, base de todo el Decálogo, es decir, la fe en el único Señor y Salvador, y la renuncia a los ídolos (cf. Ex 20,3-5). En el discurso del sacerdote en nombre de Dios se repite el verbo «escuchar», frecuente en el libro del Deuteronomio, que expresa la adhesión obediente a la Ley del Sinaí y es signo de la respuesta de Israel al don de la libertad. Efectivamente, en nuestro salmo se repite: «Escucha, pueblo mío. (...) Ojalá me escuchases, Israel (...). Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer. (...) Ojalá me escuchase mi pueblo» (Sal 80, 9.12.14).

Sólo con su fidelidad en la escucha y en la obediencia el pueblo puede recibir plenamente los dones del Señor. Por desgracia, Dios debe constatar con amargura las numerosas infidelidades de Israel. El camino por el desierto, al que alude el salmo, está salpicado de estos actos de rebelión e idolatría, que alcanzarán su culmen en la fabricación del becerro de oro (cf. Ex 32,1-14).

4. La última parte del salmo (cf. vv. 14-17) tiene un tono melancólico. En efecto, Dios expresa allí un deseo que aún no se ha cumplido: «Ojalá me escuchase mi pueblo, y caminase Israel por mi camino» (v. 14).

Con todo, esta melancolía se inspira en el amor y va unida a un deseo de colmar de bienes al pueblo elegido. Si Israel caminase por las sendas del Señor, él podría darle inmediatamente la victoria sobre sus enemigos (cf. v. 15), y alimentarlo «con flor de harina» y saciarlo «con miel silvestre» (v. 17). Sería un alegre banquete de pan fresquísimos, acompañado de miel que

parece destilar de las rocas de la tierra prometida, representando la prosperidad y el bienestar pleno, como a menudo se repite en la Biblia (cf. Dt 6,3; 11,9; 26,9.15; 27,3; 31,20). Evidentemente, al abrir esta perspectiva maravillosa, el Señor quiere obtener la conversión de su pueblo, una respuesta de amor sincero y efectivo a su amor tan generoso.

En la relectura cristiana, el ofrecimiento divino se manifiesta en toda su amplitud. En efecto, Orígenes nos brinda esta interpretación: el Señor «los hizo entrar en la tierra de la promesa; no los alimentó con el maná como en el desierto, sino con el grano de trigo caído en tierra (cf. Jn 12,24-25), que resucitó... Cristo es el grano de trigo; también es la roca que en el desierto sació con su agua al pueblo de Israel. En sentido espiritual, lo sació con miel, y no con agua, para que los que crean y reciban este alimento tengan la miel en su boca» (Homilía sobre el salmo 80, n. 17: Origene-Gerolamo, 74 Omelie sul Libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 204-205).

5. Como siempre en la historia de la salvación, la última palabra en el contraste entre Dios y el pueblo pecador nunca es el juicio y el castigo, sino el amor y el perdón. Dios no quiere juzgar y condenar, sino salvar y librar a la humanidad del mal. Sigue repitiendo las palabras que leemos en el libro del profeta Ezequiel: «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? (...) ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, oráculo del Señor. Convertíos y vivid» (Ez 18, 23.31-32).

La liturgia se transforma en el lugar privilegiado donde se escucha la invitación divina a la conversión, para volver al abrazo del Dios «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (Éx 34,6).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 80 es, por una parte, un canto de Pascua; Israel lo cantaba para bendecir a Dios por el don de la libertad: Oigo un lenguaje desconocido: has retirado mis hombros de la carga, mis manos dejaron la espuerta.

Pero, por otra parte, es también una exhortación a la conversión y a la vida nueva: ¡Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino!

La acción de gracias por la libertad pascual y el deseo de andar por sendas nuevas, con espíritu de conversión, son dos sentimientos muy apropiados para esta oración de la mañana. En esta primera hora del día se obró, en efecto, la gran liberación que nos arrancó de la muerte por la resurrección de

Cristo, y en esta hora también empieza, en cierto modo, nuestra nueva vida que debería andar por caminos nuevos de fidelidad. Demos vítores al Dios de Jacob, que nos ha liberado de la muerte, y escuchemos la voz de Dios, que nos invita a la conversión.

LAUDES DEL VIERNES DE LA II SEMANA

SALMO 50

Misericordia, Dios mío

³Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;

⁴lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

⁵Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:

⁶contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.

⁷Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

⁸Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.

⁹Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

¹⁰Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.

¹¹Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

¹²Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;

¹³no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

¹⁴Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:

¹⁵enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

¹⁶Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.

¹⁷Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

¹⁸Los sacrificios no te satisfacen:

si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.

¹⁹Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

²⁰Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:

²¹entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo sencillamente el título de Miserere, palabra con la que comienza el texto latino. La introducción al salmo, versículos 1 y 2, dice: «Salmo de David, cuando el profeta Natán lo visitó después de haber pecado aquél con Betsabé». Este salmo penitencial tiene un estrecho parentesco con la literatura profética, sobre todo con Isaías y Ezequiel. Dios, totalmente puro e íntegro, al perdonar, manifiesta su poder sobre el mal y su victoria sobre el pecado (v. 6). El v. 7 nos recuerda que todo hombre nace impuro, y por ello inclinado al mal, Gn 8,21; aquí se alega esta impureza fundamental como circunstancia atenuante que Dios debe tener en cuenta. La doctrina del pecado original quedará explícita en Rm 5,12-21, en correlación con la revelación de la redención por Jesucristo. En el v. 16 se ha querido ver a veces una alusión al asesinato de Urías por orden de David, 2 S 12,9. También se ha leído allí la expresión de la muerte prematura del malvado como castigo por los pecados, según la doctrina tradicional. En el v. 20, al regreso del destierro, se espera, como señal del perdón divino, la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Y el v. 21 es una precisión litúrgica añadida más tarde: en la Jerusalén restaurada se dará todo su valor a los sacrificios legítimos, es decir, oficialmente prescritos. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Confesión de los pecados y súplica de perdón. Es un verdadero acto de penitencia, que según una tradición brotó del corazón y de los labios de David, cuando Natán le reprendió por su pecado. Los versículos 20 y 21 son una adición, hecha después de la cautividad, para adaptar el salmo al estado del pueblo y a sus necesidades de entonces. En el Miserere, el salmista, consciente de su culpabilidad, apela a la benignidad divina. Ya al nacer está envuelto en una atmósfera de pecado porque «pecador me concibió madre» (v. 7). No hay alusión al pecado original, sino a la pecaminosidad inherente al hecho de ser fruto de un acto carnal, que en la mentalidad hebrea implicaba una impureza ritual.]

Conciencia del pecado como ofensa de Dios

1. El viernes de cada semana en la liturgia de las Laudes se reza el salmo 50, el Miserere, el salmo penitencial más amado, cantado y meditado; se trata de un himno al Dios misericordioso, compuesto por un pecador arrepentido. En una catequesis anterior ya hemos presentado el marco general de esta gran plegaria. Ante todo se entra en la región tenebrosa del pecado para infundirle la luz del arrepentimiento humano y del perdón divino (cf. vv. 3-11). Luego se pasa a exaltar el don de la gracia divina, que transforma y renueva el espíritu y el corazón del pecador arrepentido: es una región luminosa, llena de esperanza y confianza (cf. vv. 12-21).

En esta catequesis haremos algunas consideraciones sobre la primera parte del salmo 50, profundizando en algunos aspectos. Sin embargo, al inicio quisiéramos proponer la estupenda proclamación divina del Sinaí, que es casi el retrato del Dios cantado por el Miserere: «Señor, Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado» (Ex 34,6-7).

2. La invocación inicial se eleva a Dios para obtener el don de la purificación que vuelva -como decía el profeta Isaías- «blancos como la nieve» y «como la lana» los pecados, en sí mismos «como la grana», «rojos como la púrpura» (cf. Is 1,18). El salmista confiesa su pecado de modo neto y sin vacilar: «Reconozco mi culpa (...). Contra ti, contra ti solo pecqué; cometí la maldad que aborreces» (Sal 50,5-6).

Así pues, entra en escena la conciencia personal del pecador, dispuesto a percibir claramente el mal cometido. Es una experiencia que implica libertad y responsabilidad, y lo lleva a admitir que rompió un vínculo para construir una opción de vida alternativa respecto de la palabra de Dios. De ahí se sigue una decisión radical de cambio. Todo esto se halla incluido en aquel «reconocer», un verbo que en hebreo no sólo entraña una adhesión intelectual, sino también una opción vital. Es lo que, por desgracia, muchos no realizan, como nos advierte Orígenes: «Hay algunos que, después de pecar, se quedan totalmente tranquilos, no se preocupan para nada de su pecado y no toman conciencia de haber obrado mal, sino que viven como si no hubieran hecho nada malo. Estos no pueden decir: "Tengo siempre presente mi pecado". En cambio, una persona que, después de pecar, se consume y aflige por su pecado, le remuerde la conciencia, y se entabla en su interior una lucha continua, puede decir con razón: "no tienen descanso mis huesos a causa de mis pecados" (Sal 37,4)... Así, cuando ponemos ante los ojos de nuestro corazón los pecados que hemos cometido, los repasamos uno a uno, los reconocemos,

nos avergonzamos y arrepentimos de ellos, entonces desconcertados y aterrados podemos decir con razón: "no tienen descanso mis huesos a causa de mis pecados"» (Homilía sobre el Salmo 37). Por consiguiente, el reconocimiento y la conciencia del pecado son fruto de una sensibilidad adquirida gracias a la luz de la palabra de Dios.

3. En la confesión del Miserere se pone de relieve un aspecto muy importante: el pecado no se ve sólo en su dimensión personal y «psicológica», sino que se presenta sobre todo en su índole teológica. «Contra ti, contra ti solo pequé» (Sal 50,6), exclama el pecador, al que la tradición ha identificado con David, consciente de su adulterio cometido con Betsabé tras la denuncia del profeta Natán contra ese crimen y el del asesinato del marido de ella, Urías (cf. v. 2; 2 Sam 11-12).

Por tanto, el pecado no es una mera cuestión psicológica o social; es un acontecimiento que afecta a la relación con Dios, violando su ley, rechazando su proyecto en la historia, alterando la escala de valores y «confundiendo las tinieblas con la luz y la luz con las tinieblas», es decir, «llamando bien al mal y mal al bien» (cf. Is 5,20). El pecado, antes de ser una posible injusticia contra el hombre, es una traición a Dios. Son emblemáticas las palabras que el hijo pródigo de bienes pronuncia ante su padre pródigo de amor: «Padre, he pecado contra el cielo -es decir, contra Dios- y contra ti» (Lc 15,21).

4. En este punto el salmista introduce otro aspecto, vinculado más directamente con la realidad humana. Es una frase que ha suscitado muchas interpretaciones y que se ha relacionado también con la doctrina del pecado original: «Mira, en la culpa nací; pecador me concibió mi madre» (Sal 50,7). El orante quiere indicar la presencia del mal en todo nuestro ser, como es evidente por la mención de la concepción y del nacimiento, un modo de expresar toda la existencia partiendo de su fuente. Sin embargo, el salmista no vincula formalmente esta situación al pecado de Adán y Eva, es decir, no habla de modo explícito de pecado original.

En cualquier caso, queda claro que, según el texto del Salmo, el mal anida en el corazón mismo del hombre, es inherente a su realidad histórica y por esto es decisiva la petición de la intervención de la gracia divina. El poder del amor de Dios es superior al del pecado, el río impetuoso del mal tiene menos fuerza que el agua fecunda del perdón. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

5. Por este camino la teología del pecado original y toda la visión bíblica del hombre pecador son evocadas indirectamente con palabras que permiten vislumbrar al mismo tiempo la luz de la gracia y de la salvación.

Como tendremos ocasión de descubrir más adelante, al volver sobre este salmo y sobre los versículos sucesivos, la confesión de la culpa y la conciencia de la propia miseria no desembocan en el terror o en la pesadilla del juicio, sino en la esperanza de la purificación, de la liberación y de la nueva creación.

En efecto, Dios nos salva «no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador» (Tt 3,5-6).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 50, con el que cada viernes empezamos la oración de la mañana, es, para la Iglesia, el salmo penitencial por excelencia. Este salmo fue redactado por Israel en tiempos del exilio o inmediatamente después del retorno de Babilonia, cuando el pueblo, que tenía muy vivo el sentimiento de que su propia culpabilidad fue la causa de los sufrimientos del destierro, quiere asumir, para expiarlas, todas las infidelidades de su propia historia, desde el pecado de David con Betsabé hasta aquellas otras culpas que originaron el destierro y la destrucción de la ciudad santa: Señor, *librame de la sangre* (la que derramó David a causa de sus malos deseos); Señor, *reconstruye las murallas de Jerusalén* (destruidas a causa de las infidelidades de los reyes de Judá y de su pueblo).

Podemos rezar hoy el salmo 50 como lo rezó su autor, es decir, asumiendo, como Iglesia, los pecados de la comunidad cristiana de todos los tiempos e incluso los de la humanidad entera. Recordemos que somos en el mundo el cuerpo de Cristo y que también el Señor quiso hacerse él mismo pecado, para destruir en su cuerpo el pecado del hombre. En comunión con la iglesia pecadora y con toda la humanidad, imploremos, en este viernes de la muerte del Señor, el perdón de nuestros propios pecados y asumamos en nuestra oración, como lo hizo el Señor en su pasión, los pecados de todo el mundo, suplicando el perdón de Dios.

CÁNTICO DE HABACUC, HA 3,2-4. 13A. 15-19

Juicio de Dios

²Señor, he oído tu fama,
me ha impresionado tu obra.

En medio de los años, realízala;
en medio de los años, manifiéstala;
en el terremoto, acuérdate de la misericordia.

³El Señor viene de Temán;
el Santo, del monte Farán:
su resplandor eclipsa el cielo,
la tierra se llena de su alabanza;
⁴su brillo es como el día,
su mano destella velando su poder.

¹³Sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu unguido.

¹⁵Pisas el mar con tus caballos,
revolviendo las aguas del océano.

¹⁶Lo escuché y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios;
me entró un escalofrío por los huesos,
vacilaban mis piernas al andar;
gimo ante el día de angustia
que sobreviene al pueblo que nos oprime.

¹⁷Aunque la higuera no echa yemas
y las viñas no tienen fruto,
aunque el olivo olvida su aceituna
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil,
y no quedan vacas en el establo,
¹⁸yo exultaré con el Señor,
me gloriaré en Dios mi salvador.

¹⁹El Señor soberano es mi fuerza,
él me da piernas de gacela
y me hace caminar por las alturas.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 15 de mayo de 2002]

1. La liturgia de las Laudes nos propone una serie de cánticos bíblicos de gran intensidad espiritual para acompañar la oración fundamental de los salmos. Hoy hemos escuchado un ejemplo tomado del capítulo tercero y último del libro de Habacuc. Este profeta, que vivió a fines del siglo VII a.C.,

cuando el reino de Judá se sentía aplastado entre dos superpotencias en expansión, por un lado Egipto y por otro Babilonia.

Con todo, muchos estudiosos consideran que este himno final es una cita. Así pues, en un apéndice al breve escrito de Habacuc se habría insertado un auténtico canto litúrgico, «en el tono de las lamentaciones», «para acompañar con instrumentos de cuerda», como dicen las notas situadas al inicio y al final del cántico (cf. Ha 3,1.19b). La liturgia de las Laudes, recogiendo el hilo de la antigua plegaria de Israel, nos invita a transformar en canto cristiano esta composición, escogiendo algunos de sus versículos significativos (cf. vv. 2-4. 13a. 15-19a).

2. El himno, que entraña también una considerable fuerza poética, presenta una grandiosa imagen del Señor (cf. vv. 3-4). Su figura se impone solemne sobre todo el escenario del mundo, y el universo se estremece a su paso. Avanza desde el sur, desde Temán y desde el monte Farán (cf. v. 3), es decir, desde la región del Sinaí, sede de la gran epifanía reveladora para Israel. De igual modo, en el salmo 67 se describía al «Señor que viene del Sinaí al santuario» de Jerusalén (cf. v. 18). Su presencia, según una tradición bíblica constante, está llena de luz (cf. Ha 3,4).

Es una irradiación de su misterio trascendente, pero que se comunica a la humanidad. En efecto, la luz está fuera de nosotros, no la podemos aferrar o detener; sin embargo, nos envuelve, ilumina y calienta. Así es Dios, lejano y cercano, inabismable pero está a nuestro lado, más aún, dispuesto a estar con nosotros y en nosotros. Al revelarse su majestad, responde desde la tierra un coro de alabanza: es la respuesta cósmica, una especie de oración a la que el hombre da voz.

La tradición cristiana ha vivido esta experiencia interior no sólo dentro de la espiritualidad personal, sino también en atrevidas creaciones artísticas. Por no citar las majestuosas catedrales de la Edad Media, mencionamos sobre todo el arte del Oriente cristiano con sus admirables iconos y con las geniales arquitecturas de sus iglesias y sus monasterios.

La iglesia de Santa Sofía de Constantinopla es, a este respecto, una especie de arquetipo por lo que atañe a la delimitación del espacio de la oración cristiana, en la que la presencia y la inabismabilidad de la luz permiten captar tanto la intimidad como la trascendencia de la realidad divina. Penetra en toda la comunidad orante hasta la médula de sus huesos y a la vez la invita a superarse a sí misma para sumergirse en la inefabilidad del misterio. Son también significativas las propuestas artísticas y espirituales características de los monasterios de esa tradición cristiana. En aquellos auténticos espacios sagrados -y el pensamiento va inmediatamente al monte Athos- el tiempo contiene en sí un signo de la eternidad.

El misterio de Dios se manifiesta y se oculta en esos espacios a través de la oración continua de los monjes y de los ermitaños, que desde siempre han sido considerados semejantes a los ángeles.

3. Pero volvamos al cántico del profeta Habacuc. Para el autor sagrado, el ingreso del Señor en el mundo tiene un significado preciso. Quiere entrar en la historia de la humanidad, «en medio de los años», como se repite dos veces en el versículo 2, para juzgar y mejorar esa historia, que nosotros llevamos de modo tan confuso y a menudo perverso.

Entonces, Dios muestra su indignación (cf. v. 2c) contra el mal. Y el canto hace referencia a una serie de intervenciones divinas inexorables, aun sin especificar si se trata de acciones directas o indirectas. Se evoca el éxodo de Israel, cuando la caballería del faraón quedó ahogada en el mar (cf. v. 15). Pero también se vislumbra la perspectiva de la obra que el Señor está a punto de realizar con respecto al nuevo opresor de su pueblo. La intervención divina se presenta de un modo casi «visible» mediante una serie de imágenes agrícolas: «La higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo» (cf. v. 17). Todo lo que es signo de paz y fertilidad es eliminado y el mundo aparece como un desierto. Se trata de un símbolo frecuente en otros profetas (cf. Jr 4,19-26; 12,7-13; 14,1-10), para ilustrar el juicio del Señor, que no es indiferente ante el mal, la opresión y la injusticia.

4. Ante la irrupción divina el orante se estremece (cf. Ha 3,16), un escalofrío le penetra por los huesos, tiemblan sus entrañas y vacilan sus piernas al andar, porque el Dios de la justicia es inflexible, a diferencia de los jueces terrenos.

Pero el ingreso del Señor tiene también otra función, que en nuestro canto se ensalza con alegría. En efecto, en su indignación no olvida su misericordia (cf. v. 2). Sale del horizonte de su gloria no sólo para destruir la arrogancia del impío, sino también para salvar a su pueblo y a su ungido (cf. v. 13), es decir, a Israel y a su rey. Quiere ser también liberador de los oprimidos, suscitar la esperanza en el corazón de las víctimas, abrir una nueva era de justicia.

5. Por eso, nuestro cántico, a pesar de estar marcado por el «tono de las lamentaciones», se transforma en un himno de alegría. En efecto, las calamidades anunciadas están orientadas a la liberación de los oprimidos (cf. v. 15). Por consiguiente, provocan la alegría del justo, que exclama: «Yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (v. 18). Esa misma actitud la sugiere Jesús a sus discípulos en el tiempo de los cataclismos apocalípticos: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28).

En el cántico de Habacuc es bellissimo el versículo final, que expresa la serenidad recuperada. Al Señor se le define -como había hecho David en el salmo 17- no sólo como «la fuerza» de su fiel, sino también como aquel que le da agilidad, lozanía y serenidad en los peligros. David cantaba: «Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza, (...). Él me da pies de ciervo y me coloca en las alturas» (Sal 17,2.34). Ahora nuestro cantor exclama: «El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas» (Ha 3,19). Cuando se tiene al Señor al lado, no se temen ni pesadillas ni obstáculos, sino que se prosigue con paso ligero y con alegría por el camino de la vida, aunque sea duro.

Monición para el cántico del Padre Farnés

El cántico que hoy será el tema de nuestra oración concluye el libro de Habacuc, obra escrita cuando la amenaza de invasión por parte del pueblo babilónico hacía temer lo peor para Israel. En este cántico se mezclan los acentos de temor y de esperanza de un espíritu que se siente como a las puertas de la muerte, pero que, con todo, quiere continuar esperando en la protección de Dios: El Señor viene desde Temán; lo escuché y temblaron mis entrañas, al oírlo me entró un escalofrío por los huesos. Pero Dios puede manifestar su salvación incluso en el castigo; es éste el deseo del profeta: En el terremoto, acuérdate de la misericordia. Es más, el mismo castigo que se acerca se ve ya como un castigo más bien de los enemigos de Judá que del propio pueblo de Dios. El profeta, pensando que la invasión se convertirá en castigo de los mismos invasores, dice que espera con tranquilidad el día de angustia que sobreviene al pueblo que nos oprime. Por esto el profeta se atreve incluso a cantar esta venida de Dios a través de la invasión de los enemigos, como la venida de Dios que sale a salvar a su pueblo. Esta plena confianza en el amor de Yahvé hace decir al autor de este cántico que, aunque la invasión destruya los campos y los bienes de Judá, aunque la higuera no eche yemas y las viñas no tengan fruto, aunque los campos no den cosechas y se acaben las ovejas del redil, él exultará con el Señor y se gloriará en Dios su Salvador.

Que sea ésta también nuestra oración de fe ante los castigos de aquel que sabemos que cuando nos castiga lo hace para corregirnos como un padre; cuando Jesús anunció los castigos del fin de los tiempos, ya los presentaba a sus discípulos como salvación: «Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28). Todos los castigos de Dios son salvación: el Señor también cuando castiga sale a salvar a su pueblo, a salvar a su ungido, destruyendo únicamente el poder del mal.

SALMO 147

Acción de gracias por la restauración de Jerusalén

¹²Glorifica al Señor, Jerusalén;

alaba a tu Dios, Sión:

¹³que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;

¹⁴ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.

¹⁵Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;

¹⁶manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza;

¹⁷hace caer el hielo como migajas
y con el frío congela las aguas;

¹⁸envía una orden, y se derriten;
sopla su aliento, y corren.

¹⁹Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;

²⁰con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.

[El salmo 147 de la Vulgata y de la Liturgia de las Horas, que es sólo la segunda parte del salmo 147 de la versión hebrea, nos propone un canto de acción de gracias por la paz y la prosperidad de Jerusalén, y, sobre todo, por haberle dado el Señor la Ley por la que se distingue de todas las naciones, y que es prueba de la predilección divina por Israel.

Los israelitas tienen una obligación especial de entonar alabanzas a Yahvé por haber fortalecido las murallas de la ciudad reforzando los cerrojos de sus puertas y difundiendo sus bendiciones sobre sus habitantes. Conforme a las antiguas promesas, Yahvé ha dado paz a su pueblo, asegurando sus fronteras y proporcionándole trigo de la mejor calidad.

Los fenómenos atmosféricos, por su parte, se ordenan a una fructificación de la tierra al servicio del hombre: la nieve, la escarcha, el hielo, tienen un origen misterioso para el hagiógrafo, y su formación obedece a órdenes concretas y

directas del mismo Dios, según la concepción religiosa de la naturaleza y de la vida.

Finalmente, el salmista pondera el mayor beneficio recibido por el pueblo elegido: la Ley, en la que se manifiesta concretamente y de modo minucioso la voluntad divina. El mismo Dios que dirige el curso de la naturaleza se ha dignado escoger a Israel como «heredad» cuya particular, entregándole sus estatutos para su mejor gobierno y para asegurar el camino de la virtud, que merece las bendiciones del Omnipotente. Ningún pueblo puede gloriarse de haber sido objeto de tal predilección por parte del Creador.].

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 5 de junio de 2002]

1. El Lauda, Jerusalem, que acabamos de proclamar, es frecuente en la liturgia cristiana. A menudo se entona el salmo 147 refiriéndolo a la palabra de Dios, que «corre veloz» sobre la faz de la tierra, pero también a la Eucaristía, verdadera «flor de harina» otorgada por Dios para «saciar» el hambre del hombre (cf. vv. 14-15).

Orígenes, en una de sus homilías, traducidas y difundidas en Occidente por san Jerónimo, comentando este salmo, relacionaba precisamente la palabra de Dios y la Eucaristía: «Leemos las sagradas Escrituras. Pienso que el evangelio es el cuerpo de Cristo; pienso que las sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando dice: el que no coma mi carne y no beba mi sangre (Jn 6,53), aunque estas palabras se puedan entender como referidas también al Misterio (eucarístico), sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es verdaderamente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al Misterio (eucarístico), si se nos cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando escuchamos la palabra de Dios, y se derrama en nuestros oídos la palabra de Dios, la carne de Cristo y su sangre, y nosotros pensamos en otra cosa, ¿no caemos en un gran peligro?» (74 omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 543-544).

Los estudiosos ponen de relieve que este salmo está vinculado al anterior, el salmo 146, constituyendo una única composición, como sucede precisamente en el original hebreo. En efecto, se trata de un único cántico, coherente, en honor de la creación y de la redención realizadas por el Señor. Comienza con una alegre invitación a la alabanza: «Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa» (Sal 146,1).

2. Si fijamos nuestra atención en el pasaje que acabamos de escuchar, podemos descubrir tres momentos de alabanza,

introducidos por una invitación dirigida a la ciudad santa, Jerusalén, para que glorifique y alabe a su Señor (cf. Sal 147,12).

En el primer momento (cf. vv. 13-14) entra en escena la acción histórica de Dios. Se describe mediante una serie de símbolos que representan la obra de protección y ayuda realizada por el Señor con respecto a la ciudad de Sión y a sus hijos. Ante todo se hace referencia a los «cerrojos» que refuerzan y hacen inviolables las puertas de Jerusalén. Tal vez el salmista se refiere a Nehemías, que fortificó la ciudad santa, reconstruida después de la experiencia amarga del destierro en Babilonia (cf. Ne 3, 3.6.13-15; 4, 1-9; 6, 15-16; 12, 27-43). La puerta, por lo demás, es un signo para indicar toda la ciudad con su solidez y tranquilidad. En su interior, representado como un seno seguro, los hijos de Sión, o sea los ciudadanos, gozan de paz y serenidad, envueltos en el manto protector de la bendición divina.

La imagen de la ciudad alegre y tranquila queda destacada por el don altísimo y precioso de la paz, que hace seguros sus confines. Pero precisamente porque para la Biblia la paz (shalôm) no es un concepto negativo, es decir, la ausencia de guerra, sino un dato positivo de bienestar y prosperidad, el salmista introduce la saciedad con la «flor de harina», o sea, con el trigo excelente, con las espigas colmadas de granos. Así pues, el Señor ha reforzado las defensas de Jerusalén (cf. Sal 87,2); ha derramado sobre ella su bendición (cf. Sal 128,5; 134,3), extendiéndola a todo el país; ha dado la paz (cf. Sal 122,6-8); y ha saciado a sus hijos (cf. Sal 132,15).

3. En la segunda parte del salmo (cf. Sal 147,15-18), Dios se presenta sobre todo como creador. En efecto, dos veces se vincula la obra creadora a la Palabra que había dado inicio al ser: «Dijo Dios: "haya luz", y hubo luz. (...) Envía su palabra a la tierra. (...) Envía su palabra» (cf. Gn 1,3; Sal 147, 15.18).

Con la Palabra divina irrumpen y se abren dos estaciones fundamentales. Por un lado, el orden del Señor hace que descienda sobre la tierra el invierno, representado de forma pintoresca por la nieve blanca como lana, por la escarcha como ceniza, por el granizo comparado a migas de pan y por el frío que congela las aguas (cf. vv. 16-17). Por otro, una segunda orden divina hace soplar el viento caliente que trae el verano y derrite el hielo: así, las aguas de lluvia y de los torrentes pueden correr libres para regar la tierra y fecundarla.

En efecto, la Palabra de Dios está en el origen del frío y del calor, del ciclo de las estaciones y del fluir de la vida en la naturaleza. La humanidad es invitada a reconocer al Creador y a darle gracias por el don fundamental del universo, que la rodea, le permite respirar, la alimenta y la sostiene.

4. Entonces se pasa al tercer momento, el último, de nuestro himno de alabanza (cf. vv. 19-20). Se vuelve al Señor de la historia, del que se había partido. La Palabra divina trae a Israel un don aún más elevado y valioso, el de la Ley, la Revelación. Se trata de un don específico: «Con ninguna nación obró así ni les dio a conocer sus mandatos» (v. 20).

Por consiguiente, la Biblia es el tesoro del pueblo elegido, al que debe acudir con amor y adhesión fiel. Es lo que dice Moisés a los judíos en el Deuteronomio: «¿Cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?» (Dt 4,8).

5. Del mismo modo que hay dos acciones gloriosas de Dios, la creación y la historia, así existen dos revelaciones: una inscrita en la naturaleza misma y abierta a todos; y la otra dada al pueblo elegido, que la deberá testimoniar y comunicar a la humanidad entera, y que se halla contenida en la sagrada Escritura. Aunque son dos revelaciones distintas, Dios es único, como es única su Palabra. Todo ha sido hecho por medio de la Palabra -dirá el Prólogo del evangelio de san Juan- y sin ella no se ha hecho nada de cuanto existe. Sin embargo, la Palabra también se hizo «carne», es decir, entró en la historia y puso su morada entre nosotros (cf. Jn 1,3.14).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Cantemos a Dios, que domina tanto sobre los elementos naturales como sobre el curso de la historia. Como Señor de la naturaleza, manda la nieve, esparce la escarcha y hace caer el hielo, como si se tratara de las migajas de pan de su mesa; y, como Señor de la historia, ha vencido con el mismo poder la cautividad de Babilonia y ha reforzado los cerrojos de las puertas de Jerusalén, bendiciendo a los hijos, en otros tiempos deportados, y colocándolos ahora dentro de los muros de ella.

A nosotros todo este poder de Dios nos aporta confianza y alegría: Alaba a tu Dios, Sión, que con su palabra te alienta y con el pan de la eucaristía te anuncia su decreto de que te resucitará; glorifica al Señor, Jerusalén, porque envía su mensaje a la tierra y te sacia con flor de harina.

LAUDES DEL SÁBADO DE LA II SEMANA

SALMO 91

Alabanza del Dios creador

²Es bueno dar gracias al Señor
y tañer para tu nombre, oh Altísimo,
³proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad,
⁴con arpas de diez cuerdas y laúdes,
sobre arpegios de cítaras.

⁵Tus acciones, Señor, son mi alegría,
y mi júbilo, las obras de tus manos.
⁶¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué profundos tus designios!
⁷El ignorante no los entiende
ni el necio se da cuenta.

⁸Aunque germinen como hierba los malvados
y florezcan los malhechores,
serán destruidos para siempre.
⁹Tú, en cambio, Señor,
eres excelso por los siglos.

¹⁰Porque tus enemigos, Señor, perecerán,
los malhechores serán dispersados;
¹¹pero a mí me das la fuerza de un búfalo
y me unges con aceite nuevo.
¹²Mis ojos despreciarán a mis enemigos,
mis oídos escucharán su derrota.

¹³El justo crecerá como una palmera,
se alzará como un cedro del Líbano:
¹⁴plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios;

¹⁵en la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso,

¹⁶para proclamar que el Señor es justo,
que en mi Roca no existe la maldad.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Cántico del justo. Himno didáctico que desarrolla la doctrina tradicional de los Sabios: suerte feliz de los justos y ruina de los malvados. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Alabanza de la providencia divina.

En estilo altamente lírico, el poeta canta las glorias de Yahvé, su proceder providencialista, premiando a los buenos y castigando a los impíos. Este tema de la retribución moral es abordado aquí, pero no en estilo sapiencial, como en otras composiciones salmódicas. El salmista exulta gozoso por el recto gobierno divino en la historia. Los impíos no perciben que su prosperidad es efímera y que, al fin, recibirán el merecido. Los justos se alegrarán al ver la manifestación esplendente de la justicia divina. El salmista habla en nombre de la comunidad de fieles yahvistas, que viven de las promesas de su Dios, y por eso alaba al justo, que prosperará como árbol frondoso a la sombra del Omnipotente.

Yahvé es digno de ser alabado (vv. 1-7).- Conforme al módulo literario de los himnos, el poeta declara la conveniencia de publicar las grandezas de su Dios. El nombre de Yahvé resume la historia de protección del Altísimo hacia el pueblo de Israel y para con sus fieles. Por eso, a las horas del sacrificio de la mañana y de la tarde es necesario publicar la misericordia y la fidelidad de Yahvé, que son los dos atributos que le caracterizan en relación con el pueblo elegido. Por pura misericordia lo ha cogido entre los pueblos, y, en virtud de la fidelidad a las promesas dadas en la alianza sináitica, se revela constantemente como protector del mismo. El salmista ha sentido personalmente la mano bienhechora de su Dios, y por eso se ha alegrado con sus acciones y portentos. Meditando en sus misteriosas acciones providenciales, el fiel yahvista comprende la magnificencia de las obras divinas y de sus misteriosos designios, que guían el hilo de la historia de cada alma y de los pueblos (v. 6). Pero no es dado a todos conocer los misterios de la Providencia, pues la estulticia humana se cierra a los altos pensamientos. El hombre que no tiene sensibilidad moral y espiritual no puede comprender la mano de Dios en la vida humana (v. 7).

La desastrosa suerte de los impíos y la dicha de los rectos (vv. 8-16).- Entre las cosas que no entiende el estulto es que la prosperidad de los impíos es efímera; florecen como la hierba, pero al fin se secan. Por encima de ellos está Yahvé, excelso por los siglos; por tanto, inmutable en sus designios de justicia y equidad. Sus enemigos tendrán un triste fin, mientras que el

justo verá exaltado su poder -me das la fuerza de un búfalo-, y Dios le ungirá misteriosamente con la alegría del triunfo: la hora de ver a sus enemigos perecer recibiendo su merecido.

La suerte del fiel yahvista es envidiable, pues crecerá como una palmera y como el vigoroso cedro del Líbano, árboles ambos centenarios, mientras que la vida de los impíos es efímera y se seca como hierba que nace en la mañana. El salmo termina con una frase calcada en Dt 32,4: «Él es la Roca, sus obras son perfectas... no existe en él la maldad».]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiciencia general del miércoles 12 de junio de 2002]

1. La antigua tradición hebrea reserva una situación particular al salmo 91, que acabamos de proclamar, como el canto del hombre justo a Dios creador. En efecto, el título puesto al Salmo indica que está destinado al día de sábado (cf. v. 1). Por consiguiente, es el himno que se eleva al Señor eterno y excelso cuando, al ponerse el sol del viernes, se entra en la jornada santa de la oración, la contemplación y el descanso sereno del cuerpo y del espíritu.

En el centro del Salmo se yergue, solemne y grandiosa, la figura del Dios altísimo (cf. v. 9), en torno al cual se delinea un mundo armónico y pacificado. Ante él se encuentra también la persona del justo que, según una concepción típica del Antiguo Testamento, es colmado de bienestar, alegría y larga vida, como consecuencia natural de su existencia honrada y fiel. Se trata de la llamada «teoría de la retribución», según la cual todo delito tiene ya un castigo en la tierra y todo acto bueno, una recompensa. Aunque en esta concepción hay un elemento de verdad, sin embargo -como dejará intuir Job y como reafirmará Jesús (cf. Jn 9,2-3)- la realidad del dolor humano es mucho más compleja y no se puede simplificar tan fácilmente. En efecto, el sufrimiento humano se debe ver desde la perspectiva de la eternidad.

2. Pero examinemos ahora este himno sapiencial con matices litúrgicos. Está constituido por una intensa invitación a la alabanza, al canto alegre de acción de gracias, al júbilo de la música, acompañada por el arpa de diez cuerdas, el laúd y la cítara (cf. vv. 2-4). El amor y la fidelidad del Señor se deben celebrar con el canto litúrgico, que se ha de entonar «con maestría» (cf. Sal 46,8). Esta invitación vale también para nuestras celebraciones, a fin de que recuperen su esplendor no sólo en las palabras y en los ritos, sino también en las melodías que las animan.

Después de esta invitación a no apagar nunca el hilo interior y exterior de la oración, verdadera respiración constante de la humanidad fiel, el salmo 91 presenta, casi en dos retratos, el

perfil del malvado (cf. vv. 7-10) y el del justo (cf. vv. 13-16). Con todo, el malvado se halla ante el Señor, «el excelso por los siglos» (v. 9), que hará perecer a sus enemigos y dispersará a todos los malhechores (cf. v. 10). En efecto, sólo a la luz divina se logra comprender a fondo el bien y el mal, la justicia y la perversión.

3. La figura del pecador se describe con una imagen tomada del mundo vegetal: «Aunque germinen como hierba los malvados y florezcan los malhechores...» (v. 8). Pero este florecimiento está destinado a secarse y desaparecer. En efecto, el salmista multiplica los verbos y los términos que aluden a la destrucción: «Serán destruidos para siempre. (...) Tus enemigos, Señor, perecerán; los malhechores serán dispersados» (vv. 8,10).

En el origen de este final catastrófico se encuentra el mal profundo que embarga la mente y el corazón del malvado: «El ignorante no entiende, ni el necio se da cuenta» (v. 7). Los adjetivos que se usan aquí pertenecen al lenguaje sapiencial y denotan la brutalidad, la ceguera, la torpeza de quien piensa que puede hacer lo que quiera sobre la faz de la tierra sin frenos morales, creyendo erróneamente que Dios está ausente o es indiferente. El orante, en cambio, tiene la certeza de que, antes o después, el Señor aparecerá en el horizonte para hacer justicia y doblegar la arrogancia del insensato (cf. Sal 13).

4. Luego se nos presenta la figura del justo, dibujada como en una pintura amplia y densa de colores. También en este caso se recurre a una imagen del mundo vegetal, fresca y verde (cf. vv. 13-16). A diferencia del malvado, que es como la hierba del campo, lozana pero efímera, el justo se yergue hacia el cielo, sólido y majestuoso como palmera y cedro del Líbano. Por otra parte, los justos están «plantados en la casa del Señor» (v. 14), es decir, tienen una relación muy firme y estable con el templo y, por consiguiente, con el Señor, que en él ha establecido su morada.

La tradición cristiana jugará también con los dos significados de la palabra griega , usada para traducir el término hebreo que indica la palmera. es el nombre griego de la palmera, pero también del ave que llamamos «fénix». Ahora bien, ya se sabe que el fénix era símbolo de inmortalidad, porque se imaginaba que esa ave renacía de sus cenizas. El cristiano hace una experiencia semejante gracias a su participación en la muerte de Cristo, manantial de vida nueva (cf. Rm 6,3-4). «Dios (...), estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo» -dice la carta a los Efesios- «y con él nos resucitó» (Ef 2,5-6).

5. Otra imagen, tomada esta vez del mundo animal, representa al justo y está destinada a exaltar la fuerza que Dios otorga, incluso cuando llega la vejez: «A mí me das la fuerza de un

búfalo y me unges con aceite nuevo» (Sal 91,11). Por una parte, el don de la potencia divina hace triunfar y da seguridad (cf. v. 12); por otra, la frente gloriosa del justo es unguida con aceite que irradia una energía y una bendición protectora. Así pues, el salmo 91 es un himno optimista, potenciado también por la música y el canto. Celebra la confianza en Dios, que es fuente de serenidad y paz, incluso cuando se asiste al éxito aparente del malvado. Una paz que se mantiene intacta también en la vejez (cf. v. 15), edad vivida aún con fecundidad y seguridad.

Concluamos con las palabras de Orígenes, traducidas por san Jerónimo, que toman como punto de partida la frase en la que el salmista dice a Dios: «Me unges con aceite nuevo» (v. 11). Orígenes comenta: «Nuestra vejez necesita el aceite de Dios. De la misma manera que nuestro cuerpo, cuando está cansado, sólo recobra su vigor si es unguido con aceite, como la llamita de la lámpara se extingue si no se le añade aceite, así también la llamita de mi vejez necesita, para crecer, el aceite de la misericordia de Dios. Por lo demás, también los apóstoles suben al monte de los Olivos (cf. Hch 1,12) para recibir luz del aceite del Señor, puesto que estaban cansados y sus lámparas necesitaban el aceite del Señor... Por eso, pidamos al Señor que nuestra vejez, todos nuestros trabajos y todas nuestras tinieblas sean iluminadas por el aceite del Señor» (74 Omelie sul Libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 280-282, passim).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Hoy empezamos nuestra oración matinal con un canto a la providencia divina, que tiene dispuesto que el justo dé fruto abundante y duradero y que el mal, que hoy contemplamos germinando en el mundo, sea excluido para siempre: El justo crecerá como una palmera, se alzarán como un cedro, seguirá dando fruto, estará lozano y frondoso. El mal, en cambio (personificado en este texto en el malvado), aunque germine como hierba y florezca, será destruido para siempre, porque los enemigos del Señor -que son, al mismo tiempo, los enemigos de la felicidad del hombre: la muerte, el pecado, el dolor- perecerán y serán dispersados.

Este salmo, proclamado o meditado en la primera hora del día, hora de la resurrección del Señor, nos invita a la contemplación y a la esperanza. Contemplación del Justo resucitado y esperanza de que el mal será definitivamente desterrado del mundo. El justo -Jesucristo resucitado- se ha alzado, Señor, como un cedro del Líbano plantado en tu casa; proclamado por la Iglesia, el Justo seguirá dando fruto en el mundo. Tus enemigos, en cambio, Señor -el mal, la muerte, el pecado-, perecerán; aunque ahora germinen como hierba, serán destruidos para siempre. Por eso, es bueno dar gracias al Señor y proclamar por la mañana su misericordia, pues sus acciones son nuestro júbilo y sus designios nuestra alegría.

CÁNTICO DE MOISÉS, DT 32,1-12

Beneficios de Dios para con su pueblo

¹Escuchad, cielos, y hablaré;
oye, tierra, los dichos de mi boca;
²descienda como lluvia mi doctrina,
destile como rocío mi palabra;
como llovizna sobre la hierba,
como orvallo sobre el césped.

³Voy a proclamar el nombre del Señor:
dad gloria a nuestro Dios.

⁴Él es la Roca, sus obras son perfectas,
sus caminos son justos,
es un Dios fiel, sin maldad;
es justo y recto.

⁵Hijos degenerados, se portaron mal con él,
generación malvada y pervertida.

⁶¿Así le pagas al Señor,
pueblo necio e insensato?

¿No es él tu padre y tu creador,
el que te hizo y te constituyó?

⁷Acuérdate de los días remotos,
considera las edades pretéritas,
pregunta a tu padre, y te lo contará,
a tus ancianos, y te lo dirán:

⁸Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su heredad
y distribuía a los hijos de Adán,
trazando las fronteras de las naciones,
según el número de los hijos de Dios,

⁹la porción del Señor fue su pueblo,
Jacob fue el lote de su heredad.

¹⁰Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos:

lo rodeó cuidando de él,
lo guardó como a las niñas de sus ojos.

¹¹Como el águila incita a su nidada,
revolando sobre los polluelos,
así extendió sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.

¹²El Señor solo los condujo,
no hubo dioses extraños con él.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 19 de junio de 2002]

1. «Moisés, ante toda la asamblea de Israel, pronunció hasta el fin las palabras de este cántico» (Dt 31,30). Así se introduce el cántico recién proclamado, tomado de las últimas páginas del libro del Deuteronomio, precisamente del capítulo 32. De él la liturgia de Laudes ha seleccionado los primeros doce versículos, reconociendo en ellos un gozoso himno al Señor que protege y cuida de su pueblo con amor en medio de los peligros y de las dificultades de la jornada. El análisis del cántico ha revelado que se trata de un texto antiguo, pero posterior a Moisés, en cuyos labios fue puesto para conferirle un carácter de solemnidad. Este canto litúrgico se remonta a los inicios de la historia del pueblo de Israel. No faltan en esa página orante referencias o semejanzas con algunos salmos y con el mensaje de los profetas. Así, se convirtió en una expresión sugestiva e intensa de la fe de Israel.

2. El cántico de Moisés es más amplio que el pasaje propuesto por la liturgia de Laudes, que constituye sólo su preludeo. Algunos estudiosos han creído detectar en esta composición un género literario que se define técnicamente con el vocablo hebreo *řib*, es decir, «pleito», «litigio procesal». La imagen de Dios que se nos presenta en la Biblia no es de ningún modo la de un ser oscuro, una energía anónima y violenta, o un hado incomprensible. Es, por el contrario, una persona que tiene sentimientos, actúa y reacciona, ama y corrige, participa en la vida de sus criaturas y no es indiferente a sus obras. Así, en nuestro caso, el Señor convoca una especie de tribunal, en presencia de testigos, denuncia los delitos del pueblo acusado y exige una pena, pero su veredicto está impregnado de una misericordia infinita. Sigamos ahora las etapas de esta historia, considerando sólo los versículos que nos propone la liturgia.

3. Se mencionan inmediatamente los espectadores, testigos cósmicos: «Escuchad, cielos; (...) oye, tierra...» (Dt 32,1). En este proceso simbólico Moisés actúa casi como un fiscal. Su palabra es eficaz y fecunda como la de los profetas, expresión de la palabra divina. Notemos la significativa serie de imágenes que se usa para definirla: se trata de signos tomados de la naturaleza, como la lluvia, el rocío, la llovizna, el chubasco y el orvallo, gracias a los cuales la tierra verdea y se cubre de brotes (cf. v. 2).

La voz de Moisés, profeta e intérprete de la palabra divina, anuncia la inminente entrada en escena del gran juez, el Señor, cuyo nombre santísimo pronuncia, exaltando uno de sus numerosos atributos. En efecto, el Señor es llamado la Roca (cf. v. 4), título que aparece con frecuencia en nuestro cántico (cf. vv. 15, 18, 30, 31 y 37); es una imagen que exalta la fidelidad estable e inquebrantable de Dios, opuesta a la inestabilidad y a la infidelidad de su pueblo. El tema se desarrolla mediante una serie de afirmaciones sobre la justicia divina: «Sus obras son perfectas; sus caminos son justos; es un Dios fiel, sin maldad; es justo y recto» (v. 4).

4. Después de la solemne presentación del Juez supremo, que es también la parte agraviada, la atención del cantor se dirige hacia el acusado. Para definirlo recurre a una eficaz representación de Dios como padre (cf. v. 6). A sus criaturas, tan amadas, las llama hijos suyos, pero, desgraciadamente, son «hijos degenerados» (cf. v. 5). En efecto, sabemos que ya el Antiguo Testamento presenta una concepción de Dios como padre solícito con sus hijos, que a menudo lo defraudan (cf. Ex 4,22; Dt 8,5; Sal 102,13; Si 51,10; Is 1,2; 63,16; Os 11,1-4). Por eso, la denuncia no es fría, sino apasionada: «¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?» (Dt 32,6). Efectivamente, no es lo mismo rebelarse contra un soberano implacable que contra un padre amoroso.

Para hacer concreta la acusación y lograr que la conversión aflore de un corazón sincero, Moisés apela a la memoria: «Acuérdate de los días remotos, considera las edades pretéritas» (v. 7). En efecto, la fe bíblica es un «memorial», o sea, es redescubrir la acción eterna de Dios que se manifiesta a lo largo del tiempo; es hacer presente y eficaz la salvación que el Señor donó y sigue ofreciendo al hombre. El gran pecado de infidelidad coincide, entonces, con la «falta de memoria», que borra el recuerdo de la presencia divina en nosotros y en la historia.

5. El acontecimiento fundamental, que no se ha de olvidar, es el paso por el desierto después de la salida de Egipto, tema central del Deuteronomio y de todo el Pentateuco. Así se evoca el viaje terrible y dramático en el desierto del Sinaí, «en una soledad poblada de aullidos» (cf. v. 10), como se dice con una imagen de fuerte impacto emotivo. Pero allí Dios se inclina

sobre su pueblo con una ternura y una dulzura sorprendentes. Además del símbolo paterno, se alude al materno del águila: «Lo rodeó cuidando de él; lo guardó como a las niñas de sus ojos. Como el águila incita a su nidada, revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas» (vv. 10-11). El camino por la estepa desértica se transforma, entonces, en un itinerario tranquilo y sereno, porque está el manto protector del amor divino.

El cántico evoca también el Sinaí, donde Israel se convirtió en aliado del Señor, su «porción» y su «heredad», es decir, su realidad más valiosa (cf. v. 9; Ex 19,5). De este modo, el cántico de Moisés se transforma en un examen de conciencia coral para que, por fin, a los beneficios divinos ya no responda el pecado, sino la fidelidad.

Monición para el cántico del Padre Farnés

Nuestro cántico, con el que se concluye el libro del Deuteronomio, es una invitación a la conversión, puesta en labios de Moisés en el momento de morir; es la última exhortación y como el testamento espiritual del gran caudillo que condujo a Israel desde Egipto al país de Canaán. Cuando Israel tome posesión de la tierra que Dios le ha preparado, debe estar atento en no olvidar al Señor, como, con tanta frecuencia, hizo mientras duró su peregrinación por el desierto. Durante los cuarenta años de camino, por parte de Dios hubo únicamente amor y benevolencia: Acuérdate de los días remotos, pregunta a tu padre, y te lo contará: encontré a tu pueblo en una tierra desierta; en la peregrinación, el Señor solo los condujo, no hubo dioses extraños con él; y así condujo a Israel hasta las puertas mismas de Canaán. Por parte del pueblo, en cambio, sólo hubo infidelidades e ingratitudes: Hijos degenerados, se portaron mal con él.

Apliquemos este cántico a nosotros mismos y a toda la Iglesia. Somos los elegidos de Dios, su pueblo amado; pero, al mismo tiempo, los ingratos y los infieles a su bondad. Que descienda cual lluvia esta doctrina sobre el campo de nuestra alma y nos ayude a dar gloria a nuestro Dios por medio de la propia conversión.

SALMO 8

Majestad del Señor y dignidad del hombre

²Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.

³De la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.

⁴Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
⁵¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?

⁶Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
⁷le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:

⁸rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
⁹las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.

¹⁰Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Poder del nombre divino. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Bondad de Dios al someter al hombre toda la creación.

El salmista contempla las maravillas de la creación: el cielo estrellado, el reflejo plateado de la luna, los animales al servicio del hombre, y las bocas de los tiernos infantes que, pendientes de los pechos de sus madres, proclaman la grandeza y providencia del Creador. Es como un comentario poético a la obra de la creación narrada en el cap. 1 del Génesis. El hombre es el representante de Dios en la obra de la creación. Todo ha sido creado al servicio del hombre, y éste al servicio de Dios, por estar hecho a «imagen y semejanza suya». El salmista, lejos de reconocer como divinidades a los astros y a la misteriosa transmisión de la vida, lo presenta todo como obra del único Dios del universo, que gobierna todas las cosas con «número, peso y medida» (Sab 11,21). El poeta, extasiado ante tanta grandeza cósmica, se admira de que el Creador omnipotente se preocupe de un ser tan insignificante como el hombre. Sin

embargo, éste es el rey de la creación por llevar el sello de lo divino en su alma.

El himno se abre con una antífona (vv. 2-3), cantada sin duda por un coro general en los oficios litúrgicos: los cielos y la tierra proclaman la grandeza de su Ser personal. La gloria y magnificencia de Dios reflejada en los cielos y la tierra es tan manifiesta que hasta los mismos niños y aun los que maman se dan cuenta de ello, dando así un argumento o prueba de su existencia a los adversarios y rebeldes que, confundidos ante este clamor universal, quedan reducidos al silencio. La expresión del salmista es hiperbólica, pero bien significativa para dar a entender la esplendorosa magnificencia de la obra de la creación, que a su vez es reflejo de la grandeza del Creador: hasta los niños de pecho se dan cuenta de ello. Fina ironía contra los esprits forts y autosuficientes de su tiempo, que cerraban los ojos a tanta grandeza. Jesús, al entrar triunfante en Jerusalén, recuerda este texto para confundir a los escribas y fariseos, que -obcecados por el orgullo y sus intereses personales- no sabían reconocer al Mesías, mientras lo proclamaban tal los niños de la calle (Mt 21,15-16).

En los vv. 4 y 5 el poeta se extasía ante la grandeza de los cielos en una noche estrellada, reflejo de la gloria y grandeza de Dios, que se asienta sobre los astros en los «cielos de los cielos», desde donde contempla a los hombres, pequeños como «langostas». Y, sin embargo, el Dios omnipotente, que dirige el curso de los astros como «Dios de los ejércitos» siderales, se acuerda del hombre, que es todo debilidad e inconsistencia.

Los vv. 6 y 7 cantan la grandeza del hombre frente al universo. A pesar de su pequeñez, Dios le ha asociado a su dominio sobre las criaturas, haciéndolo poco inferior a los ángeles. En Gén 1,26, el hagiógrafo pone en boca de Dios la siguiente afirmación: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella». Dios, pues, creó al hombre como vicario suyo y representante por encima de todos los seres creados. En esto se funda su imagen y semejanza con el Creador, según la interpretación de los Padres griegos, aunque este poderío y semejanza con lo divino hay que buscarlo en su naturaleza racional, dotada de las facultades de dominio por excelencia, la inteligencia y la voluntad. Esta es la corona de gloria y dignidad por la que se acerca a lo divino. Como lugarteniente del mismo Dios en la creación, tiene el mando sobre todo lo creado, pues todo ha sido sometido bajo de sus pies. Esto indica la grandeza espiritual del hombre frente a todo, a pesar de su insignificancia corporal.

Los vv. 8 y 9 son una explicitación de la declaración anterior, una reiteración de la proclama solemne de Gén 1,28. Ante el despliegue grandioso de la Providencia divina sobre el

hombre, rey de la creación, el salmista, en el v. 10, repite la antífona o estribillo con que se inició la composición.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 26 de junio de 2002]

1. «El hombre (...) se nos revela como el centro de esta empresa. Se nos revela gigante, se nos revela divino, no en sí mismo, sino en su principio y en su destino. Honremos al hombre, a su dignidad, su espíritu, su vida» (Ángelus del 13 de julio de 1969: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 29 de julio de 1969, p. 2).

Con estas palabras, en julio de 1969, Pablo VI entregaba a los astronautas norteamericanos a punto de partir hacia la luna el texto del salmo 8, que acaba de resonar aquí, para que entrara en los espacios cósmicos.

En efecto, este himno es una celebración del hombre, una criatura insignificante comparada con la inmensidad del universo, una «caña» frágil, para usar una famosa imagen del gran filósofo Blas Pascal (Pensamientos, n. 264). Y, sin embargo, se trata de una «caña pensante» que puede comprender la creación, en cuanto señor de todo lo creado, «coronado» por Dios mismo (cf. Sal 8,6). Como sucede a menudo en los himnos que exaltan al Creador, el salmo 8 comienza y termina con una solemne antífona dirigida al Señor, cuya magnificencia se manifiesta en todo el universo: «Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» (vv. 2 y 10).

2. El cuerpo del canto parece suponer una atmósfera nocturna, con la luna y las estrellas encendidas en el cielo. La primera estrofa del himno (cf. vv. 2-5) está dominada por una confrontación entre Dios, el hombre y el cosmos. En la escena aparece ante todo el Señor, cuya gloria cantan los cielos, pero también los labios de la humanidad. La alabanza que brota espontáneamente de la boca de los niños anula y confunde los discursos presuntuosos de los que niegan a Dios (cf. v. 3). A estos se les califica de «adversarios», «enemigos» y «rebeldes», porque creen erróneamente que con su razón y su acción pueden desafiar y enfrentarse al Creador (cf. Sal 13,1).

Inmediatamente después se abre el sugestivo escenario de una noche estrellada. Ante ese horizonte infinito, surge la eterna pregunta: «¿Qué es el hombre?» (Sal 8,5). La respuesta primera e inmediata habla de nulidad, tanto en relación con la inmensidad de los cielos como, sobre todo, con respecto a la majestad del Creador. En efecto, el cielo, dice el salmista, es «tuyo», «has creado» la luna y las estrellas, que son «obra de tus dedos» (cf. v. 4). Es hermosa esa expresión, que se usa en

vez de la más común: «obra de tus manos» (cf. v. 7): Dios ha creado estas realidades colosales con la facilidad y la finura de un recamado o de un cincel, con el toque leve de un arpista que desliza sus dedos entre las cuerdas.

3. Por eso, la primera reacción es de asombro: ¿cómo puede Dios «acordarse» y «cuidar» (cf. v. 5) de esta criatura tan frágil y pequeña? Pero he aquí la gran sorpresa: al hombre, criatura débil, Dios le ha dado una dignidad estupenda: lo ha hecho poco inferior a los ángeles o, como puede traducirse también el original hebreo, poco inferior a un dios (cf. v. 6).

Entramos, así, en la segunda estrofa del Salmo (cf. vv. 6-10). El hombre es considerado como el lugarteniente regio del mismo Creador. En efecto, Dios lo ha «coronado» como un virrey, destinándolo a un señorío universal: «Todo lo sometiste bajo sus pies», y el adjetivo «todo» resuena mientras desfilan las diversas criaturas (cf. vv. 7-9). Pero este dominio no se conquista con la capacidad humana, realidad frágil y limitada, ni se obtiene con una victoria sobre Dios, como pretendía el mito griego de Prometeo. Es un dominio que Dios regala: a las manos frágiles y a menudo egoístas del hombre se confía todo el horizonte de las criaturas, para que conserve su armonía y su belleza, para que las use y no abuse de ellas, para que descubra sus secretos y desarrolle sus potencialidades.

Como declara la constitución pastoral *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II, «el hombre ha sido creado "a imagen de Dios", capaz de conocer y amar a su Creador, y ha sido constituido por él señor de todas las criaturas terrenas, para regirlas y servirse de ellas glorificando a Dios» (n. 12).

4. Por desgracia, el dominio del hombre, afirmado en el salmo 8, puede ser mal entendido y deformado por el hombre egoísta, que con frecuencia ha actuado más como un tirano loco que como un gobernador sabio e inteligente. El libro de la Sabiduría pone en guardia contra este tipo de desviaciones, cuando precisa que Dios «formó al hombre para que dominase sobre los seres creados (...) y administrase el mundo con santidad y justicia» (Sb 9,2-3). También Job, aunque en un contexto diverso, recurre a este salmo para recordar sobre todo la debilidad humana, que no merecería tanta atención por parte de Dios: «¿Qué es el hombre para que tanto de él te ocupes, para que pongas en él tu corazón, para que lo escrutes todas las mañanas?» (Jb 7,17-18). La historia documenta el mal que la libertad humana esparce en el mundo con las devastaciones ambientales y con las injusticias sociales más clamorosas.

A diferencia de los seres humanos que humillan a sus semejantes y la creación, Cristo se presenta como el hombre perfecto, «coronado de gloria y honor por haber padecido la

muerte, pues por la gracia de Dios experimentó la muerte para bien de todos» (Hb 2,9). Reina sobre el universo con el dominio de paz y de amor que prepara el nuevo mundo, los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. 2 Pe 3,13). Más aún, su autoridad regia -como sugiere el autor de la carta a los Hebreos aplicándole el salmo 8- se ejerce a través de la entrega suprema de sí en la muerte «para bien de todos».

Cristo no es un soberano que exige que le sirvan, sino que sirve y se consagra a los demás: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,45). De este modo, recapitula en sí «lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1,10). Desde esta perspectiva cristológica, el salmo 8 revela toda la fuerza de su mensaje y de su esperanza, invitándonos a ejercer nuestra soberanía sobre la creación no con el dominio, sino con el amor.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El sábado es el día de la creación terminada; y el salmo 8 es un himno al Dios creador. El cosmos todo nos invita a cantar la grandeza de Dios. En la tierra, son los hombres -incluso los más insignificantes de ellos, los niños de pecho, por si entre los grandes hubiera rebeldes y soberbios- los encargados de entonar este canto; en el cielo, son los astros quienes nos impelen a dilatar nuestro espíritu en un horizonte abierto y a proclamar la grandeza de Dios.

Mañana, en el descanso y la paz del día del Señor, cantaremos la nueva creación, que perfecciona, con la resurrección, la obra terminada el sábado. Que esta celebración del sábado nos introduzca ya en la contemplación del domingo, que culminará, por unos caminos insospechados para el salmista, lo que ya él cantaba contemplando la sola creación natural: ¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él? Todo, incluso la muerte, lo sometiste bajo sus pies.

III Semana del Salterio

LAUDES DEL DOMINGO DE LA III SEMANA

SALMO 92

Gloria del Dios creador

¹El Señor reina, vestido de majestad,
el Señor, vestido y ceñido de poder:
así está firme el orbe y no vacila.

²Tu trono está firme desde siempre,
y tú eres eterno.

³Levantán los ríos, Señor,
levantan los ríos su voz,
levantan los ríos su fragor;

⁴pero más que la voz de aguas caudalosas,
más potente que el oleaje del mar,
más potente en el cielo es el Señor.

⁵Tus mandatos son fieles y seguros;
la santidad es el adorno de tu casa,
Señor, por días sin término.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 3 de julio de 2002]

1. El contenido esencial del salmo 92, en el que vamos a reflexionar hoy, se halla expresado sugestivamente en algunos versículos del himno que la Liturgia de las Horas propone para las Vísperas del lunes: «Oh inmenso creador, que al torbellino de las aguas marcaste un curso y un límite en la armonía del cosmos, tú a las ásperas soledades de la tierra sedienta le diste el refrigerio de los torrentes y los mares».

Antes de abordar el contenido central del Salmo, dominado por la imagen de las aguas, queremos captar la tonalidad de fondo, el género literario en que está escrito. En efecto, los estudiosos de la Biblia definen este salmo, al igual que los siguientes (95-98), como «canto del Señor rey». En él se exalta el reino de Dios, fuente de paz, de verdad y de amor, que

invocamos en el «Padre nuestro» cuando pedimos: «Venga tu reino».

En efecto, el salmo 92 comienza precisamente con la siguiente exclamación de júbilo: «El Señor reina» (v. 1). El salmista celebra la realeza activa de Dios, es decir, su acción eficaz y salvífica, creadora del mundo y redentora del hombre. El Señor no es un emperador impasible, relegado en su cielo lejano, sino que está presente en medio de su pueblo como Salvador poderoso y grande en el amor.

2. En la primera parte del himno de alabanza domina el Señor rey. Como un soberano, se halla sentado en su trono de gloria, un trono indestructible y eterno (cf. v. 2). Su manto es el esplendor de la trascendencia, y el cinturón de su vestido es la omnipotencia (cf. v. 1). Precisamente la soberanía omnipotente de Dios se revela en el centro del Salmo, caracterizado por una imagen impresionante, la de las aguas caudalosas.

El salmista alude más en particular a la «voz» de los ríos, es decir, al estruendo de sus aguas. Efectivamente, el fragor de grandes cascadas produce, en quienes quedan aturridos por el ruido y estremecidos, una sensación de fuerza tremenda. El salmo 41 evoca esta sensación cuando dice: «Una sima grita a otra sima con voz de cascadas: tus torrentes y tus olas me han arrollado» (v. 8). Frente a esta fuerza de la naturaleza el ser humano se siente pequeño. Sin embargo, el salmista la toma como trampolín para exaltar la potencia, mucho más grande aún, del Señor. A la triple repetición de la expresión «levantan los ríos su voz» (Sal 92,3), corresponde la triple afirmación de la potencia superior de Dios.

3. Los Padres de la Iglesia suelen comentar este salmo aplicándolo a Cristo: «Señor y Salvador». Orígenes, traducido por san Jerónimo al latín, afirma: «El Señor reina, vestido de esplendor. Es decir, el que antes había temblado en la miseria de la carne, ahora resplandece en la majestad de la divinidad». Para Orígenes, los ríos y las aguas que levantan su voz representan a las «figuras autorizadas de los profetas y los apóstoles», que «proclaman la alabanza y la gloria del Señor, y anuncian sus juicios para todo el mundo» (cf. 74 Omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 666-669).

San Agustín desarrolla aún más ampliamente el símbolo de los torrentes y los mares. Como ríos llenos de aguas caudalosas, es decir, llenos de Espíritu Santo y fortalecidos, los Apóstoles ya no tienen miedo y levantan finalmente su voz. Pero «cuando Cristo comenzó a ser anunciado por tantas voces, el mar inició a agitarse». Al alterarse el mar del mundo -explica san Agustín-, la barca de la Iglesia parecía fluctuar peligrosamente,

agitada por amenazas y persecuciones, pero «el Señor domina desde las alturas»: «camina sobre el mar y aplaca las olas» (Esposizioni sui salmi, III, Roma 1976, p. 231).

4. Sin embargo, el Dios soberano de todo, omnipotente e invencible, está siempre cerca de su pueblo, al que da sus enseñanzas. Esta es la idea que el salmo 92 ofrece en su último versículo: al trono altísimo de los cielos sucede el trono del arca del templo de Jerusalén; a la potencia de su voz cósmica sigue la dulzura de su palabra santa e infalible: «Tus mandatos son fieles y seguros; la santidad es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término» (v. 5).

Así concluye un himno breve pero profundamente impregnado de oración. Es una plegaria que engendra confianza y esperanza en los fieles, los cuales a menudo se sienten agitados y temen ser arrollados por las tempestades de la historia y golpeados por fuerzas oscuras y amenazadoras.

Un eco de este salmo puede verse en el Apocalipsis de san Juan, cuando el autor inspirado, describiendo la gran asamblea celestial que celebra la derrota de la Babilonia opresora, afirma: «Oí el ruido de muchedumbre inmensa como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: "¡Aleluya!, porque reina el Señor, nuestro Dios, dueño de todo"» (Ap 19,6).

5. Concluimos nuestra reflexión sobre el salmo 92 dejando la palabra a san Gregorio Nacianceno, el «teólogo» por excelencia entre los santos Padres. Lo hacemos con una de sus hermosas poesías, en la que la alabanza a Dios, soberano y creador, asume una dimensión trinitaria: «Tú (Padre) has creado el universo, dando a cada cosa el puesto que le compete y manteniéndola en virtud de tu providencia... Tu Palabra es Dios-Hijo: en efecto, es consustancial al Padre, igual a él en honor. Él ha constituido armoniosamente el universo, para reinar sobre todo. Y, abrazándolo todo, el Espíritu Santo, Dios, lo cuida y protege todo. A ti, Trinidad viva, te proclamaré solo y único monarca, (...) fuerza inquebrantable que gobierna los cielos, mirada inaccesible a la vista pero que contempla todo el universo y conoce todas las profundidades secretas de la tierra hasta los abismos. Oh Padre, sé benigno conmigo: que encuentre misericordia y gracia, porque a ti corresponde la gloria y la gracia por los siglos de los siglos» (Poesía 31, en: Poesie/1, Roma 1994, pp. 65-66).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 92 es uno de los llamados «cánticos nuevos» que celebran el reino restaurado después de la cautividad de Babilonia. Israel, después del largo destierro, ha podido regresar a Jerusalén y ha reconstruido la ciudad y el templo,

desde donde nuevamente, como antes del destierro, el Señor reina vestido de majestad.

Es verdad que la persecución fue violenta, es innegable que, aun superada la prueba del exilio, las dificultades no faltan: Levantan los ríos, Señor, levantan los ríos su voz; pero también es verdad que más potente que el oleaje del mar -símbolo para los antiguos de las fuerzas del mal-, más potente en el cielo es el Señor.

Este salmo tiene su más plena realización en la Pascua de Jesucristo, que celebramos en el domingo. Los ríos de la persecución y de la muerte levantaron su voz contra el Señor, las aguas caudalosas del infierno se levantaron contra Dios y contra su Ungido, pero, pasada la hora de las tinieblas, el Señor reina vestido de majestad y ceñido de poder, porque más potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor: su trono ahora está firme y no vacila.

Si Israel cantaba entusiasmado con este salmo el nuevo reino de Dios restaurado después de Babilonia, que el entusiasmo del nuevo pueblo de Dios no sea menor ante la resurrección de Cristo: Tu triunfo, Señor, es admirable; llenos de alegría, celebramos tu reino.

CÁNTICO DE LOS TRES JÓVENES, DN 3,57-88.56

Toda la creación alabe al Señor

⁵⁷Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos.

⁵⁸Angeles del Señor, bendecid al Señor;
⁵⁹cielos, bendecid al Señor.

⁶⁰Aguas del espacio, bendecid al Señor;
⁶¹ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

⁶²Sol y luna, bendecid al Señor;
⁶³astros del cielo, bendecid al Señor.

⁶⁴Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
⁶⁵vientos todos, bendecid al Señor.

⁶⁶Fuego y calor, bendecid al Señor;
⁶⁷fríos y heladas, bendecid al Señor.

⁶⁸Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
⁶⁹témpanos y hielos, bendecid al Señor.

⁷⁰Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
⁷¹noche y día, bendecid al Señor.

⁷²Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
⁷³rayos y nubes, bendecid al Señor.

⁷⁴Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.

⁷⁵Montes y cumbres, bendecid al Señor;
⁷⁶cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

⁷⁷Manantiales, bendecid al Señor;
⁷⁸mares y ríos, bendecid al Señor.

⁷⁹Cetáceos y peces, bendecid al Señor;
⁸⁰aves del cielo, bendecid al Señor.

⁸¹Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

⁸²Hijos de los hombres, bendecid al Señor;
⁸³bendiga Israel al Señor.

⁸⁴Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
⁸⁵siervos del Señor, bendecid al Señor.

⁸⁶Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;
⁸⁷santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

⁸⁸Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo,
ensalcémoslo con himnos por los siglos.

⁵⁶Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 10 de julio de 2002]

Toda la creación alabe al Señor

1. En el capítulo 3 del libro de Daniel se halla una hermosa oración, en forma de letanía, un verdadero cántico de las criaturas, que la liturgia de Laudes nos propone muchas veces, en fragmentos diversos.

Ahora hemos escuchado su parte fundamental, un grandioso coro cósmico, enmarcado por dos antifonas a modo de síntesis: «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos. (...) Bendito el Señor en la bóveda del cielo, alabado y glorioso y ensalzado por los siglos» (vv. 56 y 57).

Entre estas dos aclamaciones se desarrolla un solemne himno de alabanza, que se expresa con la repetida invitación «bendecid»: formalmente, se trata sólo de una invitación a bendecir a Dios dirigida a toda la creación; en realidad, se trata de un canto de acción de gracias que los fieles elevan al Señor por todas las maravillas del universo. El hombre se hace portavoz de toda la creación para alabar y dar gracias a Dios.

2. Este himno, cantado por tres jóvenes judíos que invitan a todas las criaturas a alabar a Dios, desemboca en una situación dramática. Los tres jóvenes, perseguidos por el soberano babilonio, son arrojados a un horno de fuego ardiente a causa de su fe. Y aunque están a punto de sufrir el martirio, se ponen a cantar, alegres, alabando a Dios. El dolor terrible y violento de la prueba desaparece, se disuelve en presencia de la oración y la contemplación. Es precisamente esta actitud de abandono confiado la que suscita la intervención divina.

En efecto, como atestigua sugestivamente el relato de Daniel: «El ángel del Señor bajó al horno junto a Azarías y sus compañeros, empujó fuera del horno la llama de fuego, y les sopló, en medio del horno, como un frescor de brisa y de rocío,

de suerte que el fuego no los tocó siquiera ni les causó dolor ni molestia» (vv. 49-50). Las pesadillas se disipan como la niebla ante el sol, los miedos se disuelven y el sufrimiento desaparece cuando todo el ser humano se convierte en alabanza y confianza, espera y esperanza. Esta es la fuerza de la oración cuando es pura, intensa, llena de abandono en Dios, providente y redentor.

3. El cántico de los tres jóvenes hace desfilar ante nuestros ojos una especie de procesión cósmica, que parte del cielo poblado de ángeles, donde brillan también el sol, la luna y las estrellas. Desde allí Dios derrama sobre la tierra el don de las aguas que están sobre los cielos (cf. v. 60), es decir, la lluvia y el rocío (cf. v. 64).

Pero he aquí que soplan los vientos, estallan los rayos e irrumpen las estaciones con el calor y el frío, con el ardor del verano, pero también con la escarcha, el hielo y la nieve (cf. vv. 65-70 y 73). El poeta incluye también en el canto de alabanza al Creador el ritmo del tiempo, el día y la noche, la luz y las tinieblas (cf. vv. 71-72). Por último, la mirada se detiene también en la tierra, partiendo de las cimas de los montes, realidades que parecen unir el cielo y la tierra (cf. vv. 74-75).

Entonces se unen a la alabanza a Dios las criaturas vegetales que germinan en la tierra (cf. v. 76), las fuentes, que dan vida y frescura, los mares y ríos, con sus aguas abundantes y misteriosas (cf. vv. 77-78). En efecto, el cantor evoca también «los monstruos marinos» junto a los cetáceos (cf. v. 79), como signo del caos acuático primordial al que Dios impuso límites que es preciso respetar (cf. Sal 92,3-4; Jb 38,8-11; 40,15-41,26).

Viene luego el vasto y variado reino animal, que vive y se mueve en las aguas, en la tierra y en los cielos (cf. Dn 3,80-81).

4. El último actor de la creación que entra en escena es el hombre. En primer lugar, la mirada se extiende a todos los «hijos del hombre» (cf. v. 82); después, la atención se concentra en Israel, el pueblo de Dios (cf. v. 83); a continuación, vienen los que están consagrados plenamente a Dios, no sólo como sacerdotes (cf. v. 84) sino también como testigos de fe, de justicia y de verdad. Son los «siervos del Señor», las «almas y espíritus justos», los «santos y humildes de corazón» y, entre estos, sobresalen los tres jóvenes, Ananías, Azarías y Misael, portavoces de todas las criaturas en una alabanza universal y perenne (cf. vv. 85-88).

Constantemente han resonado los tres verbos de la glorificación divina, como en una letanía: «benedicid», «alabad» y «exaltad» al Señor. Esta es el alma auténtica de la oración y del canto: celebrar al Señor sin cesar, con la alegría de formar parte de un coro que comprende a todas las criaturas.

5. Quisiéramos concluir nuestra meditación citando a algunos santos Padres de la Iglesia como Orígenes, Hipólito, Basilio de Cesarea y Ambrosio de Milán, que comentaron el relato de los seis días de la creación (cf. Gn 1,1-2,4), precisamente en relación con el cántico de los tres jóvenes.

Nos limitamos a recoger el comentario de san Ambrosio, el cual, refiriéndose al cuarto día de la creación (cf. Gn 1,14-19), imagina que la tierra habla y, discurriendo sobre el sol, encuentra unidas a todas las criaturas en la alabanza a Dios: «En verdad, es bueno el sol, porque sirve, ayuda a mi fecundidad y alimenta mis frutos. Me ha sido dado para mi bien y sufre como yo la fatiga. Gime conmigo, para que llegue la adopción de los hijos y la redención del género humano, a fin de que también nosotros seamos liberados de la esclavitud. A mi lado, conmigo alaba al Creador, conmigo canta un himno al Señor, nuestro Dios. Donde el sol bendice, allí bendice la tierra, bendicen los árboles frutales, bendicen los animales, bendicen conmigo las aves» (I sei giorni della creazione, SAEMO, I, Milán-Roma 1977-1994, pp. 192-193).

Nadie está excluido de la bendición del Señor, ni siquiera los monstruos marinos (cf. Dn 3,79). En efecto, san Ambrosio prosigue: «También las serpientes alaban al Señor, porque su naturaleza y su aspecto revelan a nuestros ojos cierta belleza que muestran que tienen su justificación» (ib., pp. 103-104).

Con mayor razón, nosotros, los seres humanos, debemos unir a este concierto de alabanza nuestra voz alegre y confiada, acompañada por una vida coherente y fiel.

Monición para el cántico del Padre Farnés

La escena de los tres jóvenes en el horno de Babilonia es una de las páginas del Antiguo Testamento que más ha usado la Iglesia desde los tiempos primitivos, como lo prueba ya la antigua iconografía de las catacumbas.

La comunidad cristiana -sobre todo la que vivió las grandes persecuciones de los comienzos- veía en los jóvenes martirizados por el rey Nabucodonosor, que, en medio de las llamas y como si no sintieran el tormento del fuego, cantaban unánimes a Dios, una imagen evocadora de la actitud de la Iglesia. Perseguida por los poderes del mundo, sometida a los sufrimientos del martirio, la comunidad de Jesús se siente como refrigerada por una suave brisa, que no es otra sino la esperanza que le infunde la contemplación del Resucitado. También él fue perseguido y martirizado y, tras un breve sufrir, venció la muerte y ahora se sienta, feliz y glorioso, a la derecha del Padre.

La Iglesia de nuestros días necesita también este aliento; el domingo que estamos celebrando quiere infundirnos esta esperanza. Por muchos que sean los sufrimientos y las dificultades, el recuerdo de la resurrección, que hoy celebramos los cristianos, debe constituir como una brisa refrescante que, transportándonos en la esperanza al reino escatológico, donde Cristo reina, nos impida sucumbir ante la tristeza y nos haga vivir tranquilamente dedicados a la alabanza, como los tres jóvenes del horno de Babilonia.

SALMO 148

Alabanza del Dios creador

¹Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.

²Alabadlo, todos sus ángeles;
alabadlo, todos sus ejércitos.

³Alabadlo, sol y luna;
alabadlo, estrellas lucientes.

⁴Alabadlo, espacios celestes
y aguas que cuelgan en el cielo.

⁵Alaben el nombre del Señor,
porque él lo mandó, y existieron.

⁶Les dio consistencia perpetua
y una ley que no pasará.

⁷Alabad al Señor en la tierra,
cetáceos y abismos del mar,

⁸rayos, granizo, nieve y bruma,
viento huracanado que cumple sus órdenes,

⁹montes y todas las sierras,
árboles frutales y cedros,

¹⁰fieras y animales domésticos,
reptiles y pájaros que vuelan.

¹¹Reyes y pueblos del orbe,
príncipes y jefes del mundo,

¹²los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños,

¹³alaben el nombre del Señor,
el único nombre sublime.

Su majestad sobre el cielo y la tierra;
¹⁴él acrece el vigor de su pueblo.

Alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido.

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 17 de julio de 2002]

1. El salmo 148, que ahora se ha elevado a Dios, constituye un verdadero «cántico de las criaturas», una especie de *Te Deum* del Antiguo Testamento, un aleluya cósmico que implica todo y a todos en la alabanza divina.

Un exegeta contemporáneo lo comenta así: «El salmista, llamándolos por su nombre, pone en orden los seres: en el cielo, dos astros según los tiempos, y aparte las estrellas; por un lado, los árboles frutales, por el otro, los cedros; en un plano, los reptiles, y en otro los pájaros; aquí los príncipes y allí los pueblos; en dos filas, quizá dándose la mano, jóvenes y doncellas... Dios los ha establecido, atribuyéndoles un lugar y una función; el hombre los acoge, dándoles un lugar en el lenguaje, y, así dispuestos, los conduce a la celebración litúrgica. El hombre es "pastor del ser" o liturgo de la creación» (Luis Alonso Schökel, *Trenta salmi: poesía e preghiera*, Bolonia 1982, p. 499).

Sigamos también nosotros este coro universal, que resuena en el ábside del cielo y tiene como templo el cosmos entero. Dejémonos conquistar por la alabanza que todas las criaturas elevan a su Creador.

2. En el cielo encontramos a los cantores del universo estelar: los astros más lejanos, los ejércitos de ángeles, el sol y la luna, las estrellas lucientes, los «cielos de los cielos» (cf. v. 4), es decir, los espacios celestes, las aguas superiores, que el hombre de la Biblia imagina conservadas en cisternas antes de derramarse como lluvias sobre la tierra.

El aleluya, o sea, la invitación a «alabar al Señor», resuena al menos ocho veces y tiene como meta final el orden y la armonía de los seres celestiales: «Les dio una ley que no pasará» (v. 6).

La mirada se dirige luego al horizonte terrestre, donde se desarrolla una procesión de cantores, al menos veintidós, es decir, una especie de alfabeto de alabanza, esparcido por nuestro planeta. He aquí los monstruos marinos y los abismos, símbolos del caos acuático en el que se funda la tierra (cf. Sal 23,2), según la concepción cosmológica de los antiguos semitas.

El Padre de la Iglesia san Basilio observaba: «Ni siquiera el abismo fue juzgado despreciable por el salmista, que lo acogió en el coro general de la creación; es más, con su lenguaje propio, completa también él armoniosamente el himno al Creador» (Homiliae in hexaemeron, III, 9: PG 29,75).

3. La procesión continúa con las criaturas de la atmósfera: rayos, granizo, nieve y bruma, viento huracanado, considerado un mensajero veloz de Dios (cf. Sal 148,8).

Vienen luego los montes y las sierras, consideradas popularmente como las criaturas más antiguas de la tierra (cf. v. 9). El reino vegetal está representado por los árboles frutales y los cedros (cf. ib.). El mundo animal, en cambio, está presente con las fieras, los animales domésticos, los reptiles y los pájaros (cf. v. 10).

Por último, está el hombre, que preside la liturgia de la creación. Es definido según todas las edades y distinciones: niños, jóvenes y viejos, príncipes, reyes y pueblos (cf. vv. 11-12).

4. Encomendamos ahora a san Juan Crisóstomo la tarea de proporcionarnos una visión de conjunto de este inmenso coro. Lo hace con palabras que remiten también al cántico de los tres jóvenes en el horno ardiente, sobre el que meditamos en la anterior catequesis.

El gran Padre de la Iglesia y patriarca de Constantinopla afirma: «Por su gran rectitud de espíritu, los santos, cuando se disponen a dar gracias a Dios, suelen invitar a muchos a participar en su alabanza, exhortándolos a celebrar juntamente con ellos esta hermosa liturgia. Es lo que hicieron también los

tres jóvenes en el horno, cuando llamaron a toda la creación a alabar a Dios por el beneficio recibido y cantarle himnos (Dn 3). Lo mismo hace también este salmo, invitando a ambas partes del mundo, la de arriba y la de abajo, la sensible y la inteligible. Lo mismo hizo el profeta Isaías, cuando dijo: "¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! (...), pues Dios ha consolado a su pueblo" (Is 49,13). Y así también se expresa el Salterio: "Cuando Israel salió de Egipto, los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente, (...) los montes saltaron como carneros, las colinas como corderos" (Sal 113,1.4). Y en otro pasaje dice Isaías: "Las nubes destilen la justicia" (Is 45,8). En efecto, los santos, al considerar que no pueden alabar ellos solos al Señor, se dirigen a todo el orbe, implicando a todos en la salmodia común» (Expositio in psalmum CXLVIII: PG 55, 484-485).

5. También nosotros somos invitados a unirnos a este inmenso coro, convirtiéndonos en portavoces explícitos de toda criatura y alabando a Dios en las dos dimensiones fundamentales de su misterio. Por una parte, debemos adorar su grandeza trascendente, «porque sólo su nombre es sublime, su majestad está sobre el cielo y la tierra» (v. 13), como dice nuestro salmo. Por otra, reconocemos su bondad condescendiente, puesto que Dios está cercano a sus criaturas y viene especialmente en ayuda de su pueblo: «Él acrece el vigor de su pueblo, (...) su pueblo escogido» (v. 14), como afirma también el salmista.

Frente al Creador omnipotente y misericordioso aceptamos, entonces, la invitación de san Agustín a alabar, ensalzarlo y celebrarlo a través de sus obras: «Cuando tú observas estas criaturas y disfrutas con ellas y te elevas al Artífice de todo, y de las cosas creadas, gracias a la inteligencia, contemplas sus atributos invisibles, entonces se eleva su confesión sobre la tierra y en el cielo... Si las criaturas son hermosas, ¡cuánto más hermoso será el Creador!» (Exposiciones sobre los Salmos, IV, Roma 1977, pp. 887-889).

Monición para el salmo del Padre Farnés

La hora de Laudes, sobre todo en el domingo, primer día de la semana, tiene un significado muy propio: nos recuerda aquel momento maravilloso en que, en el primer día de la semana, Dios hizo surgir la creación. Del caos primitivo y tenebroso, bajo el soplo vital del Espíritu, fueron saliendo las diversas criaturas que pueblan el universo: «El Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas...; y separó Dios la luz de la tiniebla...; y vio Dios que la luz era buena» (Gn 1,2.4). En este contexto, el salmo 148, recitado en esta primera hora del primer día de la semana, adquiere un sentido muy propio, como alabanza de la creación a su Hacedor: Alabad al Señor, espacios celestes; alabadlo, montes y todas las sierras.

Pero para nosotros, cristianos, esta primera hora de la mañana, sobre todo en el día siguiente al sábado, nos recuerda que la

creación primera alcanzó toda su perfección cuando Cristo, resucitando del sepulcro, la iluminó con una nueva luz: la esperanza de una vida sin fin.

Como pueblo sacerdotal que somos, invitemos, pues, a toda la creación, salida maravillosamente de las manos de Dios en el primer día de la semana y perfeccionada por la resurrección de Cristo también en el domingo, a que alabe al Señor: Alabad al Señor en el cielo, alabad al Señor en la tierra; es ésta la alabanza de Israel, su pueblo escogido.

LAUDES DEL LUNES DE LA III SEMANA

SALMO 83

Añoranza del templo del Señor

²¿Qué deseables son tus moradas,
Señor de los ejércitos!

³Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne
retozan por el Dios vivo.

⁴Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos,
Rey mío y Dios mío.

⁵Dichosos los que viven en tu casa,
alabándote siempre.

⁶Dichosos los que encuentran en ti su fuerza
al preparar su peregrinación:

⁷cuando atraviesan áridos valles,
los convierten en oasis,
como si la lluvia temprana
los cubriera de bendiciones;

⁸caminan de baluarte en baluarte
hasta ver a Dios en Sión.

⁹Señor de los ejércitos, escucha mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob.

¹⁰Fíjate, oh Dios, en nuestro Escudo,
mira el rostro de tu Ungido.

¹¹Vale más un día en tus atrios
que mil en mi casa,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.

¹²Porque el Señor es sol y escudo,
él da la gracia y la gloria;
el Señor no niega sus bienes
a los de conducta intachable.

¹³Señor de los ejércitos, dichoso el hombre
que confía en ti!

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Canto de peregrinación. Canto de Sión, que celebra al huésped divino del Templo, fuente de felicidad y de gracia para los peregrinos, vv. 6-8, así como para los adictos al servicio del santuario, vv. 5 y 11. Los peregrinos cantaban durante la marcha hacia Jerusalén los salmos llamados «graduales» o «de las subidas». En el v. 10, «ungido» o «mesías» es probablemente el sumo sacerdote, jefe de la comunidad después del destierro. Para Nácar-Colunga el título de este Salmo es Anheló de la presencia de Dios en el templo. En este salmo se expresa muy al vivo la devoción de los buenos israelitas hacia el templo de Jerusalén, y lo que éste significaba en la vida religiosa de Israel. Un levita declara su nostalgia al no poder asistir a las manifestaciones cultuales del templo. Cf. Sal 42 y 43. Ansía tener un nido, como los pájaros, junto a los altares de Yahvé y siente envidia de los sacerdotes y levitas, que pueden tomar parte en las solemnidades litúrgicas.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 28 de agosto de 2002]

1. Continúa nuestro itinerario a través de los Salmos de la liturgia de Laudes. Ahora hemos escuchado el Salmo 83, atribuido por la tradición judaica a «los hijos de Coré», una familia sacerdotal que se ocupaba del servicio litúrgico y custodiaba el umbral de la tienda del arca de la Alianza (cf. 1 Cro 9,19).

Se trata de un canto dulcísimo, penetrado de un anhelo místico hacia el Señor de la vida, al que se celebra repetidamente (cf. Sal 83,2.4.9.13) con el título de «Señor de los ejércitos», es decir, Señor de las multitudes estelares y, por tanto, del cosmos. Por otra parte, este título estaba relacionado de modo especial con el arca conservada en el templo, llamada «el arca del Señor de los ejércitos, que está sobre los querubines» (1 S 4,4; cf. Sal 79,2). En efecto, se la consideraba como el signo de la tutela

divina en los días de peligro y de guerra (cf. 1 S 4,3-5; 2 S 11,11).

El fondo de todo el Salmo está representado por el templo, hacia el que se dirige la peregrinación de los fieles. La estación parece ser el otoño, porque se habla de la «lluvia temprana» que aplaca el calor del verano (cf. Sal 83, 7). Por tanto, se podría pensar en la peregrinación a Sión con ocasión de la tercera fiesta principal del año judío, la de las Tiendas, memoria de la peregrinación de Israel a través del desierto.

2. El templo está presente con todo su encanto al inicio y al final del Salmo. En la apertura (cf. vv. 2-4) encontramos la admirable y delicada imagen de los pájaros que han hecho sus nidos en el santuario, privilegio envidiable.

Esta es una representación de la felicidad de cuantos, como los sacerdotes del templo, tienen una morada fija en la Casa de Dios, gozando de su intimidad y de su paz. En efecto, todo el ser del creyente tiende al Señor, impulsado por un deseo casi físico e instintivo: «Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo» (v. 3). El templo aparece nuevamente también al final del Salmo (cf. vv. 11-13). El peregrino expresa su gran felicidad por estar un tiempo en los atrios de la casa de Dios, y contrapone esta felicidad espiritual a la ilusión idólatra, que impulsa hacia «las tiendas del impío», o sea, hacia los templos infames de la injusticia y la perversión.

3. Sólo en el santuario del Dios vivo hay luz, vida y alegría, y es «dichoso el que confía» en el Señor, eligiendo la senda de la rectitud (cf. vv. 12-13). La imagen del camino nos lleva al núcleo del Salmo (cf. vv. 5-9), donde se desarrolla otra peregrinación más significativa. Si es dichoso el que vive en el templo de modo estable, más dichoso aún es quien decide emprender una peregrinación de fe a Jerusalén.

También los Padres de la Iglesia, en sus comentarios al Salmo 83, dan particular relieve al versículo 6: «Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación». Las antiguas traducciones del Salterio hablaban de la decisión de realizar las «subidas» a la Ciudad santa. Por eso, para los Padres la peregrinación a Sión era el símbolo del avance continuo de los justos hacia las «eternas moradas», donde Dios acoge a sus amigos en la alegría plena (cf. Lc 16,9).

Quisiéramos reflexionar un momento sobre esta «subida» mística, de la que la peregrinación terrena es imagen y signo. Y lo haremos con las palabras de un escritor cristiano del siglo VII, abad del monasterio del Sinaí.

4. Se trata de san Juan Clímaco, que dedicó un tratado entero - La escala del Paraíso- a ilustrar los innumerables peldaños por los que asciende la vida espiritual. Al final de su obra, cede la palabra a la caridad, colocada en la cima de la escala del progreso espiritual.

Ella invita y exhorta, proponiendo sentimientos y actitudes ya sugeridos por nuestro Salmo: «Subid, hermanos, ascendid. Cultivad, hermanos, en vuestro corazón el ardiente deseo de subir siempre (cf. Sal 83,6). Escuchad la Escritura, que invita: "Venid, subamos al monte del Señor y a la casa de nuestro Dios" (Is 2,3), que ha hecho nuestros pies ágiles como los del ciervo y nos ha dado como meta un lugar sublime, para que, siguiendo sus caminos, vencieramos (cf. Sal 17,33). Así pues, apresurémonos, como está escrito, hasta que encontremos todos en la unidad de la fe el rostro de Dios y, reconociéndolo, lleguemos a ser el hombre perfecto en la madurez de la plenitud de Cristo (cf. Ef 4,13)» (La escala del Paraíso, Roma 1989, p. 355).

5. El salmista piensa, ante todo, en la peregrinación concreta que conduce a Sión desde las diferentes localidades de la Tierra Santa. La lluvia que está cayendo le parece una anticipación de las gozosas bendiciones que lo cubrirán como un manto (cf. Sal 83,7) cuando esté delante del Señor en el templo (cf. v. 8). La cansada peregrinación a través de «áridos valles» (cf. v. 7) se transfigura por la certeza de que la meta es Dios, el que da vigor (cf. v. 8), escucha la súplica del fiel (cf. v. 9) y se convierte en su «escudo» protector (cf. v. 10).

Precisamente desde esta perspectiva la peregrinación concreta se transforma, como habían intuido los Padres, en una parábola de la vida entera, en tensión entre la lejanía y la intimidad con Dios, entre el misterio y la revelación. También en el desierto de la existencia diaria, los seis días laborables son fecundados, iluminados y santificados por el encuentro con Dios en el séptimo día, a través de la liturgia y la oración en el encuentro dominical.

Caminemos, pues, también cuando estemos en «áridos valles», manteniendo la mirada fija en esa meta luminosa de paz y comunión. También nosotros repetimos en nuestro corazón la bienaventuranza final, semejante a una antífona que concluye el Salmo: «¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre que confía en tí!» (v. 13).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Hoy empezamos nuestro nuevo día con un antiguo canto procesional de Israel que, en un ambiente de renovación postexilica, se dispone al retorno a su tierra, mientras soñaba en el nuevo templo: ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor,

después que de ellos ha vivido tanto tiempo alejado en el destierro. Será necesario preparar una larga y penosa peregrinación, pero no importa, cuando atravesemos áridos valles, la esperanza de volver a Jerusalén los convertirá en oasis y, con pie firme, sin titubear ante la dificultad, caminaremos de baluarte en baluarte hasta ver a Dios en Sión.

Este salmo fue repetido después por Israel como canto de peregrinación en sus fiestas anuales cada vez que subía al templo. El Espíritu quiso que este salmo quedara cristalizado en la Escritura, para acompañar también la peregrinación del nuevo Israel, que camina hacia el reino. También nosotros, peregrinando, deseamos la Jerusalén definitiva, donde contemplaremos al Dios vivo, y envidiamos a los que llegaron ya al término de su peregrinación: Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Pero, también, dichosos nosotros, que, preparando nuestra peregrinación, vivimos alegres en la esperanza y, cuando atravesamos áridos valles de dificultades, los convertimos en oasis; teniendo a Dios como sol y escudo que nos protege, caminamos, con esperanza firme, de baluarte en baluarte hasta que veamos a Dios en Sión.

Empezamos ahora un nuevo día, iniciamos una nueva etapa de nuestra peregrinación. Que la esperanza que nos insinúa este salmo convierta en oasis las posibles dificultades de nuestra jornada.

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 2,2-5

El monte de la casa del Señor en la cima de los montes

²Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas.

³Hacia él confluirán los gentiles, caminarán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob:

Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la palabra del Señor».

⁴Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos.

De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra.

⁵Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este cántico el título de La paz perpetua. Para Nácar-Colunga el título de este cántico es Gloria del Israel mesiánico. Jerusalén es constituida foco de luz, centro de la religión divina, y las naciones atraídas hacia ella, corren deseosas de disfrutar de tanta dicha en la paz de Yahvé, que será el Rey y Juez de todos. Panorámica netamente mesiánica universalista: todos los pueblos se acercará a Sión, que es el faro que ilumina con su Ley a las naciones.

Sión, centro del reino universal de Yahvé.- El profeta nos presenta un horizonte luminoso mesiánico. A sus ojos surge, deslumbradora, la ciudad de Jerusalén, centro de la soberanía de Yahvé, ocupando un puesto de preeminencia entre todos los pueblos; y aun físicamente el monte en el que se asienta la Ciudad Santa aparece elevado sobre las cimas de las demás montañas del resto del mundo. Es una idealización de los tiempos mesiánicos para hacer resaltar mejor la ascendencia religiosa y moral que sobre los otros pueblos ha de tener la nueva teocracia, con Sión como capital religiosa y espiritual de todos los pueblos.

Esta preeminencia sobre todas las gentes hará despertar las conciencias de todos los pueblos para acercarse a la Ciudad Santa y comprobar con sus propios ojos lo que la constituye en la primera ciudad del universo, de forma que todos podrán constatar que allí efectivamente está el asiento de la justicia y de la equidad; por eso se la escogerá como árbitro de todas las diferencias entre los pueblos, de modo que estarán de más los instrumentos de guerra, que en esta nueva edad de paz se convertirán en medios de trabajos pacíficos, como la labranza y la recolección de las cosechas.

Históricamente esta profecía se cumple, en sus líneas esenciales, en la Iglesia católica, «el Israel de Dios», heredero de las promesas del Israel histórico. Naturalmente, la descripción de Isaías está envuelta en un ropaje poético en

cuanto a sus circunstancias accidentales. Esa paz total es un desborde de imaginación oriental, como lo hará en el capítulo 11, cuando nos presente al león comiendo paja como el manso buey, y al niño metiendo la mano en la madriguera del basilisco. Son imágenes para expresar la paz total, suprema ansia de todos los corazones en todos los tiempos.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 4 de septiembre de 2002]

La nueva ciudad de Dios centro de toda la humanidad.

1. La liturgia diaria de Laudés, además de los salmos, propone siempre un cántico tomado del Antiguo Testamento. En efecto, ya se sabe que, junto al Salterio, auténtico libro de la oración de Israel y, luego, de la Iglesia, existe otra especie de «Salterio» esparcido por las diversas páginas históricas, proféticas y sapienciales de la Biblia. También está constituido por himnos, súplicas, alabanzas e invocaciones, a menudo de gran belleza e intensidad espiritual.

En nuestra peregrinación ideal a lo largo de las oraciones de la Liturgia de Laudés, ya hemos encontrado muchos de estos cánticos que se hallan esparcidos por las páginas bíblicas. Ahora reflexionamos sobre uno realmente admirable, obra de uno de los más grandes profetas de Israel, Isaías, que vivió en el siglo VIII antes de Cristo. Es testigo de tiempos difíciles para el reino de Judá, pero también cantor de la esperanza mesiánica con un lenguaje poético elevadísimo.

2. Es el caso del cántico que acabamos de escuchar y que se halla situado casi al inicio de su libro, en los primeros versículos del capítulo 2, precedidos por una nota redaccional posterior, que reza así: «Visión de Isaías, hijo de Amós, tocante a Judá y Jerusalén» (Is 2,1). Así pues, el himno está concebido como una visión profética, que describe una meta hacia la cual tiende, en la esperanza, la historia de Israel. No es casual que las primeras palabras sean: «Al final de los días» (v. 2), es decir, en la plenitud de los tiempos. Por eso, es una invitación a no quedarse en el presente, tan miserable, sino a saber intuir bajo la superficie de los acontecimientos diarios la presencia misteriosa de la acción divina, que conduce la historia hacia un horizonte muy diverso de luz y de paz.

Esta «visión», de sabor mesiánico, volverá a presentarse en el capítulo 60 del mismo libro, en un escenario más amplio, signo de una ulterior meditación de las palabras esenciales e incisivas del profeta, precisamente las del cántico que acabamos de proclamar. El profeta Miqueas (cf. Mi 4,1-3) recogerá el mismo himno, aunque con un final (cf. Mi 4,4-5) diverso del que tiene el oráculo de Isaías (cf. Is 2,5).

3. En el centro de la «visión» de Isaías se eleva el monte Sión, que dominará idealmente todos los demás montes, pues está habitado por Dios y, por consiguiente, es lugar de contacto con el cielo (cf. 1 R 8,22-53). De él, según el oráculo de Isaías 60,1-6, saldrá una luz que rasgará y disipará las tinieblas, y hacia él se dirigirán procesiones de pueblos desde todos los rincones de la tierra.

Este poder de atracción de Sión se funda en dos realidades que brotan del monte santo de Jerusalén: la ley y la palabra del Señor. Realmente constituyen una sola realidad, que es fuente de vida, de luz y de paz, expresión del misterio del Señor y de su voluntad. Cuando las naciones llegan a la cima de Sión, donde se eleva el templo de Dios, sucede el milagro que desde siempre espera la humanidad y hacia el que suspira. Los pueblos renuncian a las armas, que son recogidas para forjar con ellas instrumentos pacíficos de trabajo: las espadas se transforman en arados, las lanzas en podaderas. Así surge un horizonte de paz, de shalom (cf. Is 60,17), como se dice en hebreo, palabra muy usada en la teología mesiánica. Cae, finalmente para siempre, el telón sobre la guerra y sobre el odio.

4. El oráculo de Isaías concluye con un llamamiento, que va en la línea de la espiritualidad de los cantos de peregrinación a Jerusalén: «Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor» (Is 2,5). Israel no debe ser un mero espectador de esta transformación histórica radical; no puede rechazar la invitación puesta al inicio en labios de los pueblos: «Venid, subamos al monte del Señor» (Is 2,3).

También a los cristianos nos interpela este cántico de Isaías. Al comentarlo, los Padres de la Iglesia de los siglos IV y V (Basilio Magno, Juan Crisóstomo, Teodoreto de Ciro, Cirilo de Alejandría) lo veían realizado con la venida de Cristo. Por consiguiente, identificaban la Iglesia con el «monte de la casa del Señor... encumbrado sobre las montañas», del que salía la palabra del Señor y hacia el que confluirán los pueblos paganos, en la nueva era de paz inaugurada por el Evangelio.

5. Ya el mártir san Justino, en su Primera Apología, escrita aproximadamente el año 153, proclamaba la realización del versículo del cántico, que dice: «de Jerusalén saldrá la palabra del Señor» (cf. v. 3). Escribía: «De Jerusalén salieron doce hombres hacia todo el mundo. Eran ignorantes; no sabían hablar, pero gracias al poder de Dios revelaron a todo el género humano que habían sido enviados por Cristo para enseñar a todos la palabra de Dios. Y nosotros, que antes nos matábamos los unos a los otros, no sólo no luchamos ya contra los enemigos, sino que, para no mentir y no engañar a los que nos interrogan, de buen grado morimos confesando a Cristo» (Primera Apología, 39,3: Gli apologeti greci, Roma 1986, p. 118).

Por eso, de modo particular, los cristianos aceptamos la invitación del profeta y tratamos de poner los cimientos de la civilización del amor y de la paz, en la que ya no habrá ni guerra «ni muerte ni llanto ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21,4).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Este cántico de Isaías, considerado sobre todo como plegaria, es una invitación a la oración contemplativa y a la acción de gracias ante el plan de salvación universal que Dios prepara para la humanidad. El final de la historia de los hombres será el triunfo definitivo del bien sobre el mal, la victoria de la paz sobre la guerra y la unidad de los hombres concordes en el conocimiento y el culto del Dios verdadero sobre las mutuas divisiones: Al final de los días, confluirán pueblos numerosos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. El amor entre los pueblos alejará definitivamente toda guerra y toda enemistad, hasta tal punto que los hombres convertirán las armas de guerra, ya inútiles, en instrumentos de trabajo y prosperidad: De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas.

Que este cántico afiance nuestra esperanza ante el poco amor que respira el mundo actual, ante el menguado espíritu religioso de los hombres, ante todo culto que se desencamina del culto al verdadero Dios «Tened valor: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33), nos dice Jesús. Al final de los días, todos los enemigos serán puestos bajo el escabel de los pies de Cristo vencedor, y las naciones, todas unidas, caminarán a la luz del Señor.

En el rezo comunitario, es recomendable que este cántico sea proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antifona propia, la asamblea puede acompañar el cántico cantando alguna antifona que exprese la gloria de la Jerusalén futura o la universalidad de la salvación, por ejemplo: «Hija de Sión, alégrate», sólo la segunda estrofa (MD 606) o bien «¡Qué alegría, cuando me dijeron!» (MD 822).

SALMO 95

El Señor, rey y juez del mundo

¹Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;

²cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria.

³Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones;
⁴porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.

⁵Pues los dioses de los gentiles son apariencia,
mientras que el Señor ha hecho el cielo;
⁶honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo.

⁷Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
⁸aclamad la gloria del nombre del Señor,
entrad en sus atrios trayéndole ofrendas.

⁹Postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda;
¹⁰decid a los pueblos: «El Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente».

¹¹Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
¹²vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles del bosque,

¹³delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
¹⁴regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Yahvé, rey y juez. Este himno, que agrupa quizá dos poemas que celebran la realeza divina y el advenimiento del Juez del mundo, se compone de reminiscencias de Salmos y de Isaías. Para Nacar-Colunga el título de este salmo es Alabanza del Señor, único Dios. La invitación a los pueblos todos a venir a adorar a Dios implica la universalidad del reino de Dios, reconocido por todas las naciones, y, por tanto, el reino mesiánico. Tres partes se pueden distinguir en esta composición de estilo lírico: a) invitación a Israel a alabar a

Yahvé en el templo (vv. 1-6); b) invitación a las demás naciones a alabar al Creador (vv. 7-10); c) invitación a la naturaleza a regocijarse ante Dios, que gobierna el mundo con su justicia (vv. 11-14).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 18 de septiembre de 2002]

Dios, rey y juez del universo.

1. «Decid a los pueblos: "El Señor es rey"». Esta exhortación del salmo 95 (v. 10), que se acaba de proclamar, en cierto sentido ofrece la tonalidad en que se modula todo el himno. En efecto, se sitúa entre los «salmos del Señor rey», que abarcan los salmos 95-98, así como el 46 y el 92.

Ya hemos tenido anteriormente ocasión de presentar y comentar el salmo 92, y sabemos que en estos cánticos el centro está constituido por la figura grandiosa de Dios, que gobierna todo el universo y dirige la historia de la humanidad.

También el salmo 95 exalta tanto al Creador de los seres como al Salvador de los pueblos: Dios «afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente» (v. 10). El verbo «gobernar» expresa la certeza de que no nos hallamos abandonados a las oscuras fuerzas del caos o de la casualidad, sino que desde siempre estamos en las manos de un Soberano justo y misericordioso.

2. El salmo 95 comienza con una invitación jubilosa a alabar a Dios, una invitación que abre inmediatamente una perspectiva universal: «cantad al Señor, toda la tierra» (v. 1). Se invita a los fieles a «contar la gloria» de Dios «a los pueblos» y, luego, «a todas las naciones» para proclamar «sus maravillas» (v. 3). Es más, el salmista interpela directamente a las «familias de los pueblos» (v. 7) para invitarlas a glorificar al Señor. Por último, pide a los fieles que digan «a los pueblos: el Señor es rey» (v. 10), y precisa que el Señor «gobierna a las naciones» (v. 10), «a los pueblos» (v. 14). Es muy significativa esta apertura universal de parte de un pequeño pueblo aplastado entre grandes imperios. Este pueblo sabe que su Señor es el Dios del universo y que «los dioses de los gentiles son apariencia» (v. 5).

El Salmo se halla sustancialmente constituido por dos cuadros. La primera parte (cf. vv. 1-9) comprende una solemne epifanía del Señor «en su santuario» (v. 6), es decir, en el templo de Sión. La preceden y la siguen cantos y ritos sacrificiales de la asamblea de los fieles. Fluye intensamente la alabanza ante la majestad divina: «Cantad al Señor un cántico nuevo, (...) cantad (...), cantad (...), bendecid (...), proclamad su victoria (...), contad su gloria, sus maravillas (...), aclamad la gloria y el poder del Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor,

entrad en sus atrios trayéndole ofrendas, postraos (...)» (vv. 1-3, 7-9).

Así pues, el gesto fundamental ante el Señor rey, que manifiesta su gloria en la historia de la salvación, es el canto de adoración, alabanza y bendición. Estas actitudes deberían estar presentes también en nuestra liturgia diaria y en nuestra oración personal.

3. En el centro de este canto coral encontramos una declaración contra los ídolos. Así, la plegaria se manifiesta como un camino para conseguir la pureza de la fe, según la conocida máxima: *lex orandi, lex credendi*, o sea, la norma de la oración verdadera es también norma de fe, es lección sobre la verdad divina. En efecto, esta se puede descubrir precisamente a través de la íntima comunión con Dios realizada en la oración.

El salmista proclama: «Es grande el Señor, y muy digno de alabanza, más temible que todos los dioses. Pues los dioses de los gentiles son apariencia, mientras que el Señor ha hecho el cielo» (vv. 4-5). A través de la liturgia y la oración la fe se purifica de toda degeneración, se abandonan los ídolos a los que se sacrifica fácilmente algo de nosotros durante la vida diaria, se pasa del miedo ante la justicia trascendente de Dios a la experiencia viva de su amor.

4. Pero pasemos al segundo cuadro, el que se abre con la proclamación de la realeza del Señor (cf. vv. 10-14). Quien canta aquí es el universo, incluso en sus elementos más misteriosos y oscuros, como el mar, según la antigua concepción bíblica: «Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra» (vv. 11-13).

Como dirá san Pablo, también la naturaleza, juntamente con el hombre, «espera vivamente (...) ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,19.21).

Aquí quisiéramos dejar espacio a la relectura cristiana de este salmo que hicieron los Padres de la Iglesia, los cuales vieron en él una prefiguración de la Encarnación y de la crucifixión, signo de la paradójica realeza de Cristo.

5. Así, san Gregorio Nacianceno, al inicio del discurso pronunciado en Constantinopla en la Navidad del año 379 o del 380, recoge algunas expresiones del salmo 95: «Cristo nace: glorificado. Cristo baja del cielo: salid a su encuentro. Cristo está en la tierra: levantaos. "Cantad al Señor, toda la tierra" (v. 1); y, para unir a la vez los dos conceptos, "alégrese el cielo, goce la tierra" (v. 11) a causa de aquel que es celeste pero que

luego se hizo terrestre» (Omèlie sulla natività, Discurso 38, 1, Roma 1983, p. 44).

De este modo, el misterio de la realeza divina se manifiesta en la Encarnación. Más aún, el que reina «hecho terrestre», reina precisamente en la humillación de la cruz. Es significativo que muchos antiguos leyeran el versículo 10 de este salmo con una sugestiva integración cristológica: «El Señor reina desde el árbol de la cruz».

Por esto, ya la Carta a Bernabé enseñaba que «el reino de Jesús está en el árbol de la cruz» (VIII, 5: I Padri apostolici, Roma 1984, p. 198) y el mártir san Justino, citando casi íntegramente el Salmo en su Primera Apología, concluía invitando a todos los pueblos a alegrarse porque «el Señor reinó desde el árbol de la cruz» (Gli apologeti greci, Roma 1986, p. 121).

En esta tierra floreció el himno del poeta cristiano Venancio Fortunato, *Vexilla regis*, en el que se exalta a Cristo que reina desde la altura de la cruz, trono de amor y no de dominio: *Regnavit a ligno Deus*. En efecto, Jesús, ya durante su existencia terrena, había afirmado: «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,43-45).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 95 es un canto de los desterrados que, desde Babilonia, retornan a Israel, para gozar en ella de la libertad: Que los campos y cuanto hay en ellos vitoreen, que los árboles del bosque aclamen, delante del Señor, que ya llega con su pueblo, a tomar nueva posesión de Jerusalén y regir desde ella el orbe con justicia.

Este salmo, a nosotros, los cristianos, nos habla del triunfo final de Dios en el último día; y también de nuestra vocación sacerdotal, consistente en invitar a los hombres a celebrar a Dios. Nuestro día no sólo debe cantar al Señor, sino ser también una invitación a las familias de los pueblos a que aclamen la gloria y el poder del Señor.

LAUDES DEL MARTES DE LA III SEMANA

SALMO 84

Nuestra salvación está cerca

²Señor, has sido bueno con tu tierra,
has restaurado la suerte de Jacob,
³has perdonado la culpa de tu pueblo,
has sepultado todos sus pecados,
⁴has reprimido tu cólera,
has frenado el incendio de tu ira.

⁵Restáuranos, Dios salvador nuestro;
cesa en tu rencor contra nosotros.
⁶¿Vas a estar siempre enojado,
o a prolongar tu ira de edad en edad?

⁷¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo se alegre contigo?
⁸Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.

⁹Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos
y a los que se convierten de corazón».

¹⁰La salvación está ya cerca de sus fieles,
y la gloria habitará en nuestra tierra;
¹¹la misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;

¹²la fidelidad brota de la tierra,
y la justicia mira desde el cielo;
¹³el Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.

¹⁴La justicia marchará ante él,
la salvación seguirá sus pasos.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Oración por la paz y la justicia. Este salmo promete a los repatriados la paz mesiánica anunciada por Isaías y Zacarías. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Oración pidiendo la salud del pueblo. Celebra el salmista la vuelta del cautiverio y la restauración nacional. Pero ésta iba muy lentamente, no se ajustaba a las hermosas promesas contenidas en los oráculos de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Por eso pide que llegue esa plena restauración, en la cual va ya implicada, lo mismo que en las aludidas profecías, la promesa mesiánica. Dicho de otro modo: En medio de la situación penosa después del exilio en las obras de reconstrucción nacional, el salmista reconoce la liberación del destierro y anuncia en estilo profético la plena restauración de los tiempos mesiánicos.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 25 de septiembre de 2002]

1. El salmo 84, que acabamos de proclamar, es un canto gozoso y lleno de esperanza en el futuro de la salvación. Refleja el momento entusiasmante del regreso de Israel del exilio babilónico a la tierra de sus padres. La vida nacional se reanuda en aquel amado hogar, que había sido apagado y destruido en la conquista de Jerusalén por obra del ejército del rey Nabucodonosor en el año 586 antes de Cristo.

En efecto, en el original hebreo del Salmo aparece varias veces el verbo *shûb*, que indica el regreso de los deportados, pero también significa un «regreso» espiritual, es decir, la «conversión». Por eso, el renacimiento no sólo afecta a la nación, sino también a la comunidad de los fieles, que habían considerado el exilio como un castigo por los pecados cometidos y que veían ahora el regreso y la nueva libertad como una bendición divina por la conversión realizada.

2. El Salmo se puede seguir en su desarrollo de acuerdo con dos etapas fundamentales. La primera está marcada por el tema del «regreso», con todos los matices a los que aludíamos.

Ante todo se celebra el regreso físico de Israel: «Señor (...), has restaurado la suerte de Jacob» (v. 2); «restáuranos, Dios salvador nuestro (...) ¿No vas a devolvernos la vida?» (vv. 5.7). Se trata de un valioso don de Dios, el cual se preocupa de liberar a sus hijos de la opresión y se compromete en favor de su prosperidad: «Amas a todos los seres (...). Con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor que amas la vida» (Sb 11,24.26).

Ahora bien, además de este «regreso», que unifica concretamente a los dispersos, hay otro «regreso» más interior y espiritual. El salmista le da gran espacio, atribuyéndole un relieve especial, que no sólo vale para el antiguo Israel, sino también para los fieles de todos los tiempos.

3. En este «regreso» actúa de forma eficaz el Señor, revelando su amor al perdonar la maldad de su pueblo, al borrar todos sus pecados, al reprimir totalmente su cólera, al frenar el incendio de su ira (cf. Sal 84, 3-4).

Precisamente la liberación del mal, el perdón de las culpas y la purificación de los pecados crean el nuevo pueblo de Dios. Eso se pone de manifiesto a través de una invocación que también ha llegado a formar parte de la liturgia cristiana: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (v. 8).

Pero a este «regreso» de Dios que perdona debe corresponder el «regreso», es decir, la conversión del hombre que se arrepiente. En efecto, el Salmo declara que la paz y la salvación se ofrecen «a los que se convierten de corazón» (v. 9). Los que avanzan con decisión por el camino de la santidad reciben los dones de la alegría, la libertad y la paz.

Es sabido que a menudo los términos bíblicos relativos al pecado evocan un equivocarse de camino, no alcanzar la meta, desviarse de la senda recta. La conversión es, precisamente, un «regreso» al buen camino que lleva a la casa del Padre, el cual nos espera para abrazarnos, perdonarnos y hacernos felices (cf. Lc 15,11-32).

4. Así llegamos a la segunda parte del Salmo (cf. vv. 10-14), tan familiar para la tradición cristiana. Allí se describe un mundo nuevo, en el que el amor de Dios y su fidelidad, como si fueran personas, se abrazan; del mismo modo, también la justicia y la paz se besan al encontrarse. La verdad brota como en una primavera renovada, y la justicia, que para la Biblia es también salvación y santidad, mira desde el cielo para iniciar su camino en medio de la humanidad.

Todas las virtudes, antes expulsadas de la tierra a causa del pecado, ahora vuelven a la historia y, al encontrarse, trazan el mapa de un mundo de paz. La misericordia, la verdad, la justicia y la paz se transforman casi en los cuatro puntos cardinales de esta geografía del espíritu. También Isaías canta: «Destilad, cielos, como rocío de lo alto; derramad, nubes, la victoria. Ábrase la tierra y produzca salvación, y germine juntamente la justicia. Yo, el Señor, lo he creado» (Is 45,8).

5. Ya en el siglo II con san Ireneo de Lyon, las palabras del salmista se leían como anuncio de la «generación de Cristo en el seno de la Virgen» (Adversus haereses III, 5,1). En efecto, la

venida de Cristo es la fuente de la misericordia, el brotar de la verdad, el florecimiento de la justicia, el esplendor de la paz.

Por eso, la tradición cristiana lee el Salmo, sobre todo en su parte final, en clave navideña. San Agustín lo interpreta así en uno de sus discursos para la Navidad. Dejemos que él concluya nuestra reflexión: «"La verdad ha brotado de la tierra": Cristo, el cual dijo: "Yo soy la verdad" (Jn 14,6), nació de una Virgen. "La justicia ha mirado desde el cielo": quien cree en el que nació no se justifica por sí mismo, sino que es justificado por Dios. "La verdad ha brotado de la tierra": porque "el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14). "Y la justicia ha mirado desde el cielo": porque "toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto" (St 1,17). "La verdad ha brotado de la tierra", es decir, ha tomado un cuerpo de María. "Y la justicia ha mirado desde el cielo": porque "nadie puede recibir nada si no se le ha dado del cielo" (Jn 3,27)» (Discorsi, IV/1, Roma 1984, p. 11).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 84 es la oración de los repatriados de Babilonia, que durante los largos años del destierro habían suspirado por el retorno que ahora Dios les ha concedido. Su plegaria es, ante todo, un canto de acción de gracias al Dios que los ha salvado: Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob. Pero el retorno no ha sido tan glorioso como se habían imaginado durante los días del destierro: la ciudad está en ruinas, la sequía malogra los campos, los pueblos vecinos hostiles dificultan la reedificación del templo y de las murallas. Por ello a la acción de gracias por la libertad obtenida hay que añadir una súplica pidiendo una restauración más plena: Restáuranos, Dios salvador nuestro, es decir, devuélvenos aquella gloria de la antigua Jerusalén y muéstranos tu misericordia, como lo hiciste antaño con nuestros padres. La contemplación de la libertad lograda y el deseo de una restauración más plena lleva al salmista a un tercer sentimiento: la esperanza en las promesas de Dios. La pequeña restauración lograda es sólo presagio e inicio de la salvación escatológica que Dios prepara para su pueblo. Hay que abrirse a la esperanza: Voy a escuchar lo que dice el Señor: «Dios anuncia la paz»; la salvación está ya cerca de sus fieles.

Las tres ideas clave del salmo 84 son hoy, oportunamente, fundamento de nuestra oración cristiana, sobre todo en el momento de Laudes, hora de la resurrección del Señor. Por la resurrección de Cristo, Dios ha restaurado la suerte de su pueblo, ha perdonado su culpa, ha sepultado todos sus pecados. Pero, como en el caso de los repatriados de Babilonia, también nuestra salvación está sólo incoada: la resurrección de Jesús, cabeza del cuerpo de la Iglesia, es sólo el inicio de nuestra salvación, pues el cuerpo de la Iglesia vive aún sumergido en numerosas dificultades. Que nuestra plegaria, en esta hora de la resurrección del Señor, sea una oración de alabanza por lo que Dios nos ha dado ya; pero que, a esta

acción de gracias, se añade nuestra súplica por una salvación más total: Restáuranos, Dios salvador nuestro, como restauraste el cuerpo de tu Hijo. Y que esta súplica nos abra también a la esperanza: Voy a escuchar lo que dice el Señor: La salvación está ya cerca de sus fieles.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antífona propia, este salmo se puede acompañar cantando alguna antífona de acción de gracias o de petición o esperanza de los bienes escatológicos, por ejemplo: «En Dios pongo mi esperanza» (MD 704), «Te damos gracias, Señor» (MD 833) o bien «Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándonos».

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 26,1-4. 7-9. 12

Himno después de la victoria sobre el enemigo

¹Tenemos una ciudad fuerte,
ha puesto para salvarla murallas y baluartes:

²Abrid las puertas para que entre un pueblo justo,
que observa la lealtad;

³su ánimo está firme y mantiene la paz,
porque confía en ti.

⁴Confíad siempre en el Señor,
porque el Señor es la Roca perpetua.

⁷La senda del justo es recta.

Tú allanas el sendero del justo;

⁸en la senda de tus juicios, Señor, te esperamos,
ansiando tu nombre y tu recuerdo.

⁹Mi alma te ansía de noche,
mi espíritu en mi interior madruga por ti,
porque tus juicios son luz de la tierra,
y aprenden justicia los habitantes del orbe.

¹²Señor, tú nos darás la paz,
porque todas nuestras empresas
nos las realizas tú.

[Canto triunfal (vv. 1-6).- El profeta se traslada a la época venturosa en que tendrán cumplimiento los hechos vaticinados poco antes en 25,6-8: «El Señor de los ejércitos prepara para todos los pueblos en este monte un festín de manjares succulentos...». Entonces la ciudad no necesitará de fortificaciones, porque la salvación, es decir, la protección de Yahvé, será la verdadera muralla y fortaleza de dicha ciudad; sus ciudadanos serán un pueblo justo, es decir, no reinará en ella la iniquidad. Ese pueblo se mantendrá fiel y con ánimo firme, es decir, no vacilará en seguir la ley de Yahvé, y por eso éste conservará la paz en sus corazones, base de la felicidad mesiánica.

Ansias de justicia (vv. 7-10).- El tono de esta sección es muy similar al de los salmos clásicos. Dios allana, facilita la senda de los justos (v. 7) para que no haya obstáculos que los hagan caer. Por eso la nación espera también la manifestación de la justicia divina en la senda de tus juicios. La justicia de Dios se manifiesta de un modo inquebrantable y fijo como una senda o programa de acción. Dios camina siempre por la senda de su justicia, y, por tanto, la nación santa espera ver manifestarse su justicia y verle caminar por esta vía. El justo no piensa sino en el nombre o manifestación gloriosa de Yahvé (Éx 20,24) y en sus gestas, memoria o recuerdo (v. 8). Los justos no tenían otro anhelo sino cantar las glorias y gestas de Yahvé, y de noche y de día le buscan en su espíritu. Es el centro de sus meditaciones y reflexiones, suspirando por la manifestación de los juicios de Dios, dando una lección de justicia a los habitantes del orbe (v. 9).

Por último, el profeta suplica a Dios que les conceda la paz, símbolo de todos los bienes y expresión de su benevolencia para con ellos. Toda la historia de Israel es la historia de las gestas de Yahvé: todas nuestras empresas nos las realizas tú (v. 12).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 2 de octubre de 2002]

1. En el libro del profeta Isaías convergen voces diversas, distribuidas en un amplio arco de tiempo y todas puestas bajo el nombre y la inspiración de este grandioso testigo de la palabra de Dios, Isaías, que vivió en el siglo VIII antes de Cristo.

En este vasto libro de profecías que también Jesús desenrolló y leyó en la sinagoga de su pueblo, Nazaret (cf. Lc 4,17-19), se halla una serie de capítulos, que va del 24 al 27, denominada habitualmente por los estudiosos «el gran Apocalipsis de Isaías». En efecto, se encontrará en él una segunda y menor en los capítulos 34-35. En páginas a menudo ardientes y densas de símbolos, se delinea una fuerte descripción poética del juicio

divino sobre la historia y se exalta la espera de salvación por parte de los justos.

2. Con frecuencia, como sucederá con el Apocalipsis de san Juan, se oponen dos ciudades contrapuestas entre sí: la ciudad rebelde, encarnada en algunos centros históricos de entonces, y la ciudad santa, donde se reúnen los fieles.

Pues bien, el cántico que acaba de proclamarse, y que está tomado del capítulo 26 de Isaías, es precisamente la celebración gozosa de la ciudad de la salvación. Se eleva fuerte y gloriosa, porque el Señor mismo ha puesto sus fundamentos y sus murallas de protección, transformándola en una morada segura y tranquila (cf. v. 1). Él abre ahora sus puertas de par en par, para acoger al pueblo de los justos (cf. v. 2), que parece repetir las palabras del salmista cuando, delante del templo de Sión, exclama: «Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella» (Sal 117,19-20).

3. Quien entra en la ciudad de la salvación debe cumplir un requisito fundamental: «ánimo firme, ... fiarse de ti, ... confiar» (cf. Is 26,3-4). Es la fe en Dios, una fe sólida, basada en él, que es la «Roca eterna» (v. 4).

Es la confianza, ya expresada en la raíz originaria hebrea de la palabra «amén», profesión sintética de fe en el Señor, que, como cantaba el rey David, es «mi fortaleza, mi roca, mi alcázar, mi libertador; mi Dios, peña mía, refugio mío, mi escudo y baluarte, mi fuerza salvadora» (Sal 17,2-3; cf. 2 S 22,2-3).

El don que Dios ofrece a los fieles es la paz (cf. Is 26,3), el don mesiánico por excelencia, síntesis de vida en la justicia, en la libertad y en la alegría de la comunión.

4. Es un don reafirmado con fuerza también en el versículo final del cántico de Isaías: «Señor, tú nos darás la paz, porque todas nuestras empresas nos las realizas tú» (v. 12). Este versículo atrajo la atención de los Padres de la Iglesia: en aquella promesa de paz vislumbraron las palabras de Cristo que resonarían siglos más tarde: «Os dejo la paz, mi paz os doy» (Jn 14,27).

En su Comentario al evangelio de Juan, san Cirilo de Alejandría recuerda que, al dar la paz, Jesús da su mismo Espíritu. Por tanto, no nos deja huérfanos, sino que, mediante el Espíritu, permanece con nosotros. Y san Cirilo comenta: el profeta «pide que venga el Espíritu divino, por el cual hemos sido admitidos de nuevo en la amistad con Dios Padre, del que antes estábamos alejados por el pecado que reinaba en nosotros». El comentario se transforma luego en oración: «Oh

Señor, concédenos la paz. Entonces admitiremos que tenemos todo, y nos parecerá que no le falta nada a quien ha recibido la plenitud de Cristo. En efecto, la plenitud de todo bien es que Dios more en nosotros por el Espíritu (cf. Col 1,19)» (vol. III, Roma 1994, p. 165).

5. Demos una última mirada al texto de Isaías. Presenta una reflexión sobre la «senda recta del justo» (cf. v. 7) y una declaración de adhesión a las decisiones justas de Dios (cf. vv. 8-9). La imagen dominante es la de la senda, clásica en la Biblia, como ya había declarado Oseas, profeta poco anterior a Isaías: «¿Quién es sabio para entender estas cosas, inteligente para conocerlas?: porque rectos son los caminos del Señor, por ellos caminan los justos, mas los rebeldes en ellos tropiezan» (Os 14,10).

En el cántico de Isaías hay otro componente, que es muy sugestivo también por el uso litúrgico que hace de él la liturgia de Laudes. En efecto, se menciona el alba, esperada después de una noche dedicada a la búsqueda de Dios: «Mi alma te ansía de noche, mi espíritu en mi interior madruga por ti» (Is 26,9).

Precisamente a las puertas del día, cuando inicia el trabajo y bulle ya la vida diaria en las calles de la ciudad, el fiel debe comprometerse nuevamente a caminar «en la senda de tus juicios, Señor» (v. 8), esperando en él y en su palabra, única fuente de paz.

Afloran entonces en sus labios las palabras del salmista, que desde la aurora profesa su fe: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti. (...) Tu gracia vale más que la vida» (Sal 62,2.4). Así, con el ánimo fortalecido, puede afrontar la nueva jornada.

Monición para el cántico del Padre Farnés

Nuestro poema es un cántico de victoria y un himno de esperanza. Los habitantes de Jerusalén se sienten orgullosos de su ciudad, protegida por Dios y, por eso, victoriosa e inmovible: hacia ella confluyen los justos que confían en el Señor. La ciudad enemiga, en cambio, la Babilonia orgullosa y dominante, ha sido derrotada. Esta acción de Dios es el fundamento de la confianza que siente el pueblo de Dios: El Señor es la Roca perpetua; todas nuestras empresas nos las realizas tú.

Por fuertes que sean las embestidas del mal, no debemos acobardarnos, porque Dios hará que su pueblo salga victorioso en el combate: «El poder del infierno no derrotará a la Iglesia» (Mt 16,18). Dios se sirve, con frecuencia, de «lo débil del mundo para humillar a lo fuerte» (1 Co 1,27); los pasos del pueblo justo entrarán en la ciudad.

Que este cántico, recitado al empezar el nuevo día, dé optimismo a nuestra jornada: Mi alma, Señor, te ansía, mi espíritu madruga por ti, tú nos darás la paz en este día, porque en ti confiamos y en ti tenemos una ciudad fuerte.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antífona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antífona que exprese la gloria de la ciudad de Dios o la confianza en el Señor, por ejemplo: «Ciudad celeste, tierra del Señor», sólo el estribillo (MD 601) o bien «El Señor es mi fuerza» (MD 647).

SALMO 66

Que todos los pueblos alaben al Señor

²El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
³conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

⁴Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

⁵Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.

⁶Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

⁷La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.

⁸Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Oración pública después de la recolección anual. Este salmo era recitado probablemente durante la fiesta con que se daba por terminada la cosecha. Véase Ex 23,14-16: «Tres veces al año me celebrarás fiesta. Guardarás la fiesta de los Ázimos. Durante siete días comerás ázimos, como te he mandado, en el tiempo señalado, en el mes de Abib; pues en él saliste de Egipto. Nadie

se presentará delante de mí con las manos vacías. También guardarás la fiesta de la Siega, de las primicias de tus trabajos, de lo que hayas sembrado en el campo; y la fiesta de la Recolección al término del año, al recoger del campo los frutos de tu trabajo». El estribillo de los vv. 4 y 6 refleja el universalismo enseñado por la segunda parte de Isaías (caps. 40-55): las naciones paganas son llamadas a servir al mismo Dios único, a través del ejemplo del pueblo elegido y la enseñanza de su historia. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Conozcan a Dios todos los pueblos. La invitación que el salmista hace a todas las naciones para que alaben a Dios, es una expresión del pensamiento mesiánico, del reino universal de Dios, que se ha manifestado en la salud de su pueblo. Por otra parte, el salmo es un comentario a la bendición sacerdotal de Núm 6,24-27. El salmista se eleva de las bendiciones temporales otorgadas a Israel a la bendición universal sobre todas las gentes, según se predijo a Abrahán (Gn 12,3).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 9 de octubre de 2002]

1. Acaba de resonar la voz del antiguo salmista, que ha elevado al Señor un canto jubiloso de acción de gracias. Es un texto breve y esencial, pero que se abre a un inmenso horizonte, hasta abarcar idealmente a todos los pueblos de la tierra.

Esta apertura universalista refleja probablemente el espíritu profético de la época sucesiva al destierro babilónico, cuando se deseaba que incluso los extranjeros fueran llevados por Dios al monte santo para ser colmados de gozo. Sus sacrificios y holocaustos serían gratos, porque el templo del Señor se convertiría en «casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,7).

También en nuestro salmo, el número 66, el coro universal de las naciones es invitado a unirse a la alabanza que Israel eleva en el templo de Sión. En efecto, se repite dos veces esta antífona: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben» (vv. 4 y 6).

2. Incluso los que no pertenecen a la comunidad elegida por Dios reciben de él una vocación: en efecto, están llamados a conocer el «camino» revelado a Israel. El «camino» es el plan divino de salvación, el reino de luz y de paz, en cuya realización se ven implicados también los paganos, invitados a escuchar la voz de Yahveh (cf. v. 3). Como resultado de esta escucha obediente temen al Señor «hasta los confines del orbe» (v. 8), expresión que no evoca el miedo, sino más bien el respeto, impregnado de adoración, del misterio trascendente y glorioso de Dios.

3. Al inicio y en la parte final del Salmo se expresa el deseo insistente de la bendición divina: «El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros (...). Nos bendice el Señor nuestro Dios. Que Dios nos bendiga» (vv. 2.7-8).

Es fácil percibir en estas palabras el eco de la famosa bendición sacerdotal que Moisés enseñó, en nombre de Dios, a Aarón y a los descendientes de la tribu sacerdotal: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz» (Nm 6,24-26).

Pues bien, según el salmista, esta bendición derramada sobre Israel será como una semilla de gracia y salvación que se plantará en el terreno del mundo entero y de la historia, dispuesta a brotar y a convertirse en un árbol frondoso.

El pensamiento va también a la promesa hecha por el Señor a Abrahán en el día de su elección: «De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y serás tú una bendición. (...) Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gn 12,2-3).

4. En la tradición bíblica uno de los efectos comprobables de la bendición divina es el don de la vida, de la fecundidad y de la fertilidad.

En nuestro salmo se alude explícitamente a esta realidad concreta, valiosa para la existencia: «La tierra ha dado su fruto» (v. 7). Esta constatación ha impulsado a los estudiosos a unir el Salmo al rito de acción de gracias por una cosecha abundante, signo del favor divino y testimonio ante los demás pueblos de la cercanía del Señor a Israel.

La misma frase llamó la atención de los Padres de la Iglesia, que partiendo del ámbito agrícola pasaron al plano simbólico. Así, Orígenes aplicó ese versículo a la Virgen María y a la Eucaristía, es decir, a Cristo que procede de la flor de la Virgen y se transforma en fruto que puede comerse. Desde esta perspectiva «la tierra es santa María, la cual viene de nuestra tierra, de nuestro linaje, de este barro, de este fango, de Adán». Esta tierra ha dado su fruto: lo que perdió en el paraíso, lo recuperó en el Hijo. «La tierra ha dado su fruto: primero produjo una flor (...); luego esa flor se convirtió en fruto, para que pudiéramos comerlo, para que comiéramos su carne. ¿Queréis saber cuál es ese fruto? Es el Virgen que procede de la Virgen; el Señor, de la esclava; Dios, del hombre; el Hijo, de la Madre; el fruto, de la tierra» (74 Omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, p. 141).

5. Concluamos con unas palabras de san Agustín en su comentario al Salmo. Identifica el fruto que ha germinado en la

tierra con la novedad que se produce en los hombres gracias a la venida de Cristo, una novedad de conversión y un fruto de alabanza a Dios.

En efecto, «la tierra estaba llena de espinas», explica. Pero «se ha acercado la mano del escardador, se ha acercado la voz de su majestad y de su misericordia; y la tierra ha comenzado a alabar. La tierra ya da su fruto». Ciertamente, no daría su fruto «si antes no hubiera sido regada» por la lluvia, «si no hubiera venido antes de lo alto la misericordia de Dios». Pero ya tenemos un fruto maduro en la Iglesia gracias a la predicación de los Apóstoles: «Al enviar luego la lluvia mediante sus nubes, es decir, mediante los Apóstoles, que anunciaron la verdad, "la tierra ha dado su fruto" con más abundancia; y esta mies ya ha llenado el mundo entero» (Esposizioni sui Salmi, II, Roma 1970, p. 551).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 66 es literalmente un canto de acción de gracias por la nueva cosecha: La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios. Esta nueva cosecha invitaba a Israel a elevarse de los bienes naturales a cantar las bendiciones divinas del llamamiento de todos los pueblos al conocimiento y alabanza de Dios: Oh Dios, que te alaben los pueblos, que canten de alegría las naciones.

Ya para el salmista, y mucho más para nosotros, que en el nuevo Testamento conocemos el plan universal de salvación que Dios tiene previsto, el salmo debe significar un abrirse a los horizontes del mundo. Tanto nuestra acción de gracias como nuestras peticiones de bendición deben tener siempre un sentido universal: Que todos los pueblos te alaben, Señor, que conozca la tierra tu salvación.

LAUDES DEL MIÉRCOLES DE LA III SEMANA

SALMO 85

Oración de un pobre ante las dificultades

¹Inclina tu oído, Señor, escúchame,
que soy un pobre desamparado;

²protege mi vida, que soy un fiel tuyo;
salva a tu siervo, que confía en ti.

³Tú eres mi Dios, piedad de mí, Señor,
que a ti te estoy llamando todo el día;

⁴alegra el alma de tu siervo,
pues levanto mi alma hacia ti;

⁵porque tú, Señor, eres bueno y clemente,
rico en misericordia con los que te invocan.

⁶Señor, escucha mi oración,
atiende a la voz de mi súplica.

⁷En el día del peligro te llamo,
y tú me escuchas.

⁸No tienes igual entre los dioses, Señor,
ni hay obras como las tuyas.

⁹Todos los pueblos vendrán
a postrarse en tu presencia, Señor;
bendecirán tu nombre:

¹⁰«Grande eres tú, y haces maravillas;
tú eres el único Dios».

¹¹Enséñame, Señor, tu camino,
para que siga tu verdad;
mantén mi corazón entero
en el temor de tu nombre.

¹²Te alabaré de todo corazón, Dios mío;
daré gloria a tu nombre por siempre,

¹³por tu gran piedad para conmigo,
porque me salvaste del abismo profundo.

¹⁴Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí,
una banda de insolentes atenta contra mi vida,
sin tenerte en cuenta a ti.

¹⁵Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso,
lento a la cólera, rico en piedad y leal,

¹⁶mirame, ten compasión de mí.

Da fuerza a tu siervo,

salva al hijo de tu esclava;

¹⁷dame una señal propicia,

que la vean mis adversarios y se avergüencen,
porque tú, Señor, me ayudas y consuelas.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Oración en la contrariedad. Es una composición del período helenista, sin mucha unidad literaria, que refleja el estado de ánimo de los judíos piadosos, precursores de los asideos o jasideos (observantes estrictos de la Ley) de la época macabea (s. II a. de C.). Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Petición del auxilio de Dios. Lamentación individual de un perseguido que confía su causa desesperada a Yahvé. Literariamente es un mosaico de frases de otras composiciones salmódicas.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audencia general del miércoles 23 de octubre de 2002]

Oración a Dios ante las dificultades.

1. El salmo 85, que se acaba de proclamar y que será objeto de nuestra reflexión, nos brinda una sugestiva definición del orante. Se presenta a Dios con estas palabras: soy «tu siervo» e «hijo de tu esclava» (v. 16). Desde luego, la expresión puede pertenecer al lenguaje de las ceremonias de corte, pero también se usaba para indicar al siervo adoptado como hijo por el jefe de una familia o de una tribu. Desde esta perspectiva, el salmista, que se define también «fiel» del Señor (cf. v. 2), se siente unido a Dios por un vínculo no sólo de obediencia, sino

también de familiaridad y comunión. Por eso, su súplica está totalmente impregnada de abandono confiado y esperanza.

Sigamos ahora esta plegaria que la Liturgia de las Horas nos propone al inicio de una jornada que probablemente implicará no sólo compromisos y esfuerzos, sino también incomprendimientos y dificultades.

2. El Salmo comienza con una intensa invocación, que el orante dirige al Señor confiando en su amor (cf. vv. 1-7). Al final expresa nuevamente la certeza de que el Señor es un «Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal» (v. 15; cf. Ex 34,6). Estos reiterados y convencidos testimonios de confianza manifiestan una fe intacta y pura, que se abandona al «Señor (...) bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan» (v. 5).

En el centro del Salmo se eleva un himno, en el que se mezclan sentimientos de gratitud con una profesión de fe en las obras de salvación que Dios realiza delante de los pueblos (cf. vv. 8-13).

3. Contra toda tentación de idolatría, el orante proclama la unicidad absoluta de Dios (cf. v. 8). Luego se expresa la audaz esperanza de que un día «todos los pueblos» adorarán al Dios de Israel (v. 9). Esta perspectiva maravillosa encuentra su realización en la Iglesia de Cristo, porque él envió a sus apóstoles a enseñar a «todas las gentes» (Mt 28,19). Nadie puede ofrecer una liberación plena, salvo el Señor, del que todos dependen como criaturas y al que debemos dirigirnos en actitud de adoración (cf. Sal 85,9). En efecto, él manifiesta en el cosmos y en la historia sus obras admirables, que testimonian su señorío absoluto (cf. v. 10).

En este contexto el salmista se presenta ante Dios con una petición intensa y pura: «Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad; mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre» (v. 11). Es hermosa esta petición de poder conocer la voluntad de Dios, así como esta invocación para obtener el don de un «corazón entero», como el de un niño, que sin doblez ni cálculos se abandona plenamente al Padre para avanzar por el camino de la vida.

4. En este momento aflora a los labios del fiel la alabanza a Dios misericordioso, que no permite que caiga en la desesperación y en la muerte, en el mal y en el pecado (cf. vv. 12-13; Sal 15,10-11).

El salmo 85 es un texto muy apreciado por el judaísmo, que lo ha incluido en la liturgia de una de las solemnidades más importantes, el Yóm Kippur o día de la expiación. El libro del Apocalipsis, a su vez, tomó un versículo (cf. v. 9) para colocarlo

en la gloriosa liturgia celeste dentro de «el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero»: «Todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti»; y el Apocalipsis añade: «porque tus juicios se hicieron manifiestos» (Ap 15,4).

San Agustín dedicó a este salmo un largo y apasionado comentario en sus Exposiciones sobre los Salmos, transformándolo en un canto de Cristo y del cristiano. La traducción latina, en el versículo 2, de acuerdo con la versión griega de los Setenta, en vez de «fiel» usa el término «santo»: «protege mi vida, pues soy santo». En realidad, sólo Cristo es santo, pero -explica san Agustín- también el cristiano se puede aplicar a sí mismo estas palabras: «Soy santo, porque tú me has santificado; porque lo he recibido (este título), no porque lo tuviera; porque tú me lo has dado, no porque yo me lo haya merecido». Por tanto, «diga todo cristiano, o mejor, diga todo el cuerpo de Cristo; clame por doquier, mientras sufre las tribulaciones, las diversas tentaciones, los innumerables escándalos: "protege mi vida, pues soy santo; salva a tu siervo que confía en ti". Este santo no es soberbio, porque espera en el Señor» (Esposizioni sui Salmi, vol. II, Roma 1970, p. 1251).

5. El cristiano santo se abre a la universalidad de la Iglesia y ora con el salmista: «Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor» (Sal 85,9). Y san Agustín comenta: «Todos los pueblos en el único Señor son un solo pueblo y forman una unidad. Del mismo modo que existen la Iglesia y las Iglesias, y las Iglesias son la Iglesia, así ese "pueblo" es lo mismo que los pueblos. Antes eran pueblos varios, gentes numerosas; ahora forman un solo pueblo. ¿Por qué un solo pueblo? Porque hay una sola fe, una sola esperanza, una sola caridad, una sola espera. En definitiva, ¿por qué no debería haber un solo pueblo, si es una sola la patria? La patria es el cielo; la patria es Jerusalén. Y este pueblo se extiende de oriente a occidente, desde el norte hasta el sur, en las cuatro partes del mundo» (ib., p. 1269).

Desde esta perspectiva universal, nuestra oración litúrgica se transforma en un himno de alabanza y un canto de gloria al Señor en nombre de todas las criaturas.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Este poema contiene la oración confiada de un individuo -o mejor de un pueblo- que, hallándose en una situación crítica, experimentó la salvación de Dios: Tú, Señor, eres bueno y clemente con los que te invocan; tú me salvaste del abismo profundo.

El salmista vive, nuevamente, un momento difícil de su vida: Una banda de insolentes atenta contra mi vida. Pero la experiencia antigua le hace pasar con facilidad de la súplica a la confianza y a la acción de gracias: Tú, Señor, me salvaste del

abismo profundo; da, pues, fuerza a tu siervo y yo te alabaré de todo corazón.

Los acentos de súplica y confianza de este salmo pueden fácilmente ser el arranque de la oración de nuestro nuevo día. Como el salmista, llamemos todo el día y, si en algún momento de la jornada nos creemos sumergidos en el mal o descorazonados por las dificultades, recordemos las antiguas maravillas de Dios para con su pueblo -grande eres tú, y haces maravillas- y esperemos que el Señor nuevamente nos ayudará y nos consolará.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antífona propia, este salmo se puede acompañar cantando alguna antífona de súplica, por ejemplo: «A ti levanto mis ojos» (MD 841).

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 33,13-16

Dios juzgará con justicia

¹³Los lejanos, escuchad lo que he hecho;
los cercanos, reconoced mi fuerza.

¹⁴Temen en Sión los pecadores,
y un temblor agarra a los perversos:
«¿Quién de nosotros habitará un fuego devorador,
quién de nosotros habitará una hoguera perpetua?».

¹⁵El que procede con justicia y habla con rectitud
y rehúsa el lucro de la opresión,
el que sacude la mano rechazando el soborno
y tapa su oído a propuestas sanguinarias,
el que cierra los ojos para no ver la maldad:

¹⁶ése habitará en lo alto,
tendrá su alcázar en un picacho rocoso,
con abasto de pan y provisión de agua.

[Respuesta de Yahvé (vv. 10-14).- Yahvé ha oído la plegaria hecha por el profeta en nombre del pueblo, y está dispuesto a intervenir enérgicamente (v. 10). Los enemigos han concebido vanos proyectos, como de paja. El resultado será tan vano como la misma paja. Es más, el furor de ellos se volverá contra ellos como fuego devorador, porque Yahvé les castigará por

haber atropellado a su pueblo (v. 11). Quedarán reducidos a cenizas (los pueblos: son los enemigos de Israel, asirios y aliados), pasto de las llamas (v. 12). Esta obra justiciera será objeto de admiración por parte de todos los que están lejos y los que están cerca (v. 13). Los pecadores que habitan en la ciudad santa se espantarán al ver la manifestación de la justicia divina sobre los enemigos de Israel, la cual alcanzará también a los israelitas, que han sido infieles a Yahvé, y confiesan que no pueden continuar habitando en medio de un fuego devorador (v. 14), es decir, rodeados de la santidad de Dios, que mora en Sión, y que es como un horno devorador para sus enemigos.

Respuesta a los pecadores (vv. 15-16).- Este fragmento tiene muchas analogías con la literatura de los Salmos (cf. Sal 15 y 23,4s). En él se enumeran las condiciones para pertenecer con derecho de ciudadanía a la nueva teocracia inaugurada con la victoria de Yahvé. Es un programa moral práctico: ser recto en palabras y obras, sin dejarse llevar de soborno ni dar oído a lo que pueda llevar a homicidios. Quien en su conducta privada se sujeta a este programa, habitará en lo alto; es decir, Dios le protegerá y le hará sentirse seguro como quien se refugia en fortalezas y lugares altos rocosos e inaccesibles a los enemigos. Por otra parte, Dios le bendecirá en sus bienes y no le faltará nada de lo necesario para la vida, como son el pan y el agua, símbolo de los bienes materiales sustanciales.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 30 de octubre de 2002]

1. Entre los cánticos bíblicos que acompañan a los salmos en la liturgia de las Laudes encontramos el breve texto proclamado hoy. Está tomado de un capítulo del libro del profeta Isaías, el trigésimo tercero de su amplia y admirable colección de oráculos divinos.

El cántico comienza, en los versículos anteriores a los que se recogen en la liturgia (cf. vv. 10-12), con el anuncio de un ingreso potente y glorioso de Dios en el escenario de la historia humana: «Ahora me pongo en pie, dice el Señor, ahora me yergo, ahora me alzo» (v. 10). Las palabras de Dios se dirigen a los «lejanos» y a los «cercanos», es decir, a todas las naciones de la tierra, incluso a las más remotas, y a Israel, el pueblo «cercano» al Señor por la alianza (cf. v. 13).

En otro pasaje del libro de Isaías se afirma: «Yo pongo alabanza en los labios: ¡Paz, paz a los lejanos y a los cercanos! -dice el Señor-. Yo los curaré» (Is 57,19). Sin embargo, ahora las palabras del Señor se vuelven duras, asumen el tono del juicio sobre el mal de los «lejanos» y de los «cercanos».

2. En efecto, inmediatamente después, cunde el miedo entre los habitantes de Sión, en los que reinan el pecado y la impiedad (cf. Is 33,14). Son conscientes de que viven cerca del Señor, que reside en el templo, ha elegido caminar con ellos en la historia y se ha transformado en «Emmanuel», «Dios con nosotros» (cf. Is 7,14). Ahora bien, el Señor justo y santo no puede tolerar la impiedad, la corrupción y la injusticia. Como «fuego devorador» y «hoguera perpetua» (cf. Is 33,14), acomete el mal para aniquilarlo.

Ya en el capítulo 10, Isaías advertía: «La luz de Israel vendrá a ser fuego, y su Santo, llama; arderá y devorará» (v. 17). También el salmista cantaba: «Como se derrite la cera ante el fuego, así perecen los impíos ante Dios» (Sal 67,3). Se quiere decir, en el ámbito de la economía del Antiguo Testamento, que Dios no es indiferente ante el bien y el mal, sino que muestra su indignación y su cólera contra la maldad.

3. Nuestro cántico no concluye con esta sombría escena de juicio. Más aún, reserva la parte más amplia e intensa a la santidad acogida y vivida como signo de la conversión y reconciliación con Dios, ya realizada. Siguiendo la línea de algunos salmos, como el 14 y el 23, que exponen las condiciones exigidas por el Señor para vivir en comunión gozosa con él en la liturgia del templo, Isaías enumera seis compromisos morales para el auténtico creyente, fiel y justo (cf. Is 33,15), el cual puede habitar, sin sufrir daño, en medio del fuego divino, para él fuente de beneficios.

El primer compromiso consiste en «proceder con justicia», es decir, en considerar la ley divina como lámpara que ilumina el sendero de la vida. El segundo coincide con el hablar leal y sincero, signo de relaciones sociales correctas y auténticas. Como tercer compromiso, Isaías propone «rehusar el lucro de la opresión» combatiendo así la violencia sobre los pobres y la riqueza injusta. Luego, el creyente se compromete a condenar la corrupción política y judicial «sacudiendo la mano para rechazar el soborno», imagen sugestiva que indica el rechazo de donativos hechos para desviar la aplicación de las leyes y el curso de la justicia.

4. El quinto compromiso se expresa con el gesto significativo de «taparse los oídos» cuando se hacen propuestas sanguinarias, invitaciones a cometer actos de violencia. El sexto y último compromiso se presenta con una imagen que, a primera vista, desconcierta porque no corresponde a nuestro modo de hablar. La expresión «cerrar un ojo» equivale a «hacer que no vemos para no tener que intervenir»; en cambio, el profeta dice que el hombre honrado «cierra los ojos para no ver la maldad», manifestando que rechaza completamente cualquier contacto con el mal.

San Jerónimo, en su comentario a Isaías, teniendo en cuenta el conjunto del pasaje, desarrolla así el concepto: «Toda iniquidad, opresión e injusticia, es un delito de sangre: y, aunque no mata con la espada, mata con la intención. "Cierra los ojos para no ver la maldad": ¡Feliz conciencia, que no escucha y no contempla el mal! Por eso, quien obra así, habitará "en lo alto", es decir, en el reino de los cielos o en la altísima gruta de "un picacho rocoso", o sea, en Jesucristo» (In Isaiaem prophetam, 10,33: PL 24, 367).

De esta forma, san Jerónimo nos ayuda a comprender lo que significa «cerrar los ojos» en la expresión del profeta: se trata de una invitación a rechazar totalmente cualquier complicidad con el mal. Como se puede notar fácilmente, se citan los principales sentidos del cuerpo: en efecto, las manos, los pies, los ojos, los oídos y la lengua están implicados en el obrar moral humano.

5. Ahora bien, quien decide seguir esta conducta honrada y justa podrá acceder al templo del Señor, donde recibirá la seguridad del bienestar exterior e interior que Dios da a los que están en comunión con él. El profeta usa dos imágenes para describir este gozoso desenlace (cf. v. 16): la seguridad en un alcázar inexpugnable y la abundancia de pan y agua, símbolo de vida próspera y feliz.

La tradición ha interpretado espontáneamente el signo del agua como imagen del bautismo (cf., por ejemplo, la Carta de Bernabé, XI, 5), mientras que el pan se ha transfigurado para los cristianos en signo de la Eucaristía. Es lo que se lee, por ejemplo, en el comentario de san Justino mártir, el cual ve en las palabras de Isaías una profecía del «pan» eucarístico, «memoria» de la muerte redentora de Cristo (cf. Diálogo con Trifón, Paulinas 1988, p. 242).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Este cántico alude literalmente a la liberación de Jerusalén cuando Senaquerib levantó el asedio de la ciudad (2 R 18,13-16). El profeta quiere tranquilizar al pueblo que está aún lleno de temor, anunciándole la victoria que se avecina: Escuchad lo que he hecho, reconoced mi fuerza. Pero Isaías se dirige también a los israelitas que han sido infieles a la alianza, profanando la misma santidad de Jerusalén. Cuando estos israelitas contemplen el castigo del ejército de Senaquerib, temerán también por sus propias infidelidades; también temen en Sión los pecadores, y un temblor agarra a los perversos: «¿Quién de nosotros habitará un fuego devorador, la hoguera perpetua, que va a destruir al enemigo?» Que el pueblo de Dios no tema: si se convierte y procede con justicia, habitará en lo alto de la Jerusalén libertada y, perdonado por Dios, tendrá abasto de pan y provisión de agua.

Como oración de la mañana, este cántico nos invita a la contemplación del triunfo pascual inaugurado por Jesús. El asedio de Jerusalén levantado es como un signo de que la muerte y el pecado han sido ya derrotados: Escuchad lo que he hecho, reconoced mi fuerza. Pero las palabras de este himno de victoria son también exhortación a la penitencia. Hemos sido llamados al reino de Dios, a formar parte de la Iglesia santa; si nuestro comportamiento nos hace temer que sucumbiremos, juntamente con los enemigos de Dios, que el mensaje de este cántico nos devuelva la paz: Si procedemos con justicia, habitaremos en lo alto de la Jerusalén definitiva, y, en el banquete eterno, gozaremos, con abasto de pan, de la mesa de Dios.

En la celebración comunitaria, es recomendable que este cántico sea proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antifona propia, la asamblea puede acompañar el cántico cantando alguna antifona penitencial o de acción de gracias, por ejemplo: «Padre, hemos pecado contra ti» (MD 933) o bien «Grandes y maravillosas son tus obras».

SALMO 97

El Señor, juez vencedor

¹Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo.

²El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:

³se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

⁴Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad:

⁵tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:

⁶con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor.

⁷Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;

⁸aplaudan los ríos, aclamen los montes
⁹al Señor, que llega para regir la tierra.

Regirá el orbe con justicia
y los pueblos con rectitud.

[La Biblia de Jerusalén pone a este salmo el título de El juez de la tierra. Es un himno escatológico inspirado en la última parte del libro de Isaías (caps. 56-66), y muy afín al salmo 95: "Cantad al Señor un cántico nuevo". Para Nacar-Colunga el título de este salmo es Canto de alabanza a Dios después de la victoria. Una victoria del pueblo sirve de ocasión al poeta para dirigir a las naciones todas una invitación para que vengan a cantar a Yahvé, reconociendo su poderío y su fidelidad a las promesas hechas a su pueblo. A pesar de su brevedad incluye este salmo dos fragmentos de distinta procedencia: a) acción de gracias por una liberación (vv. 1-3); b) anuncio del reino escatológico de Yahvé (vv. 4-9).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 6 de noviembre de 2002]

El triunfo del Señor en su venida final.

1. El salmo 97, que se acaba de proclamar, pertenece a una categoría de himnos que ya hemos encontrado durante el itinerario espiritual que estamos realizando a la luz del Salterio.

Se trata de un himno al Señor rey del universo y de la historia (cf. v. 6). Se define como «cántico nuevo» (v. 1), que en el lenguaje bíblico significa un canto perfecto, pleno, solemne, acompañado con música de fiesta. En efecto, además del canto coral, se evocan «el son melodioso» de la cítara (cf. v. 5), los clarines y las trompetas (cf. v. 6), pero también una especie de aplauso cósmico (cf. v. 8).

Luego, resuena repetidamente el nombre del «Señor» (seis veces), invocado como «nuestro Dios» (v. 3). Por tanto, Dios está en el centro de la escena con toda su majestad, mientras realiza la salvación en la historia y se le espera para «juzgar» al mundo y a los pueblos (cf. v. 9). El verbo hebreo que indica el «juicio» significa también «regir»: por eso, se espera la acción eficaz del Soberano de toda la tierra, que traerá paz y justicia.

2. El salmo comienza con la proclamación de la intervención divina dentro de la historia de Israel (cf. vv. 1-3). Las imágenes de la «diestra» y del «santo brazo» remiten al éxodo, a la liberación de la esclavitud de Egipto (cf. v. 1). En cambio, la alianza con el pueblo elegido se recuerda mediante dos grandes perfecciones divinas: «misericordia» y «fidelidad» (cf. v. 3).

Estos signos de salvación se revelan «a las naciones», hasta «los confines de la tierra» (vv. 2 y 3), para que la humanidad entera sea atraída hacia Dios salvador y se abra a su palabra y a su obra salvífica.

3. La acogida dispensada al Señor que interviene en la historia está marcada por una alabanza coral: además de la orquesta y de los cantos del templo de Sión (cf. vv. 5-6), participa también el universo, que constituye una especie de templo cósmico.

Son cuatro los cantores de este inmenso coro de alabanza. El primero es el mar, con su fragor, que parece actuar de contrabajo continuo en ese himno grandioso (cf. v. 7). Lo siguen la tierra y el mundo entero (cf. vv. 4 y 7), con todos sus habitantes, unidos en una armonía solemne. La tercera personificación es la de los ríos, que, al ser considerados como brazos del mar, parecen aplaudir con su flujo rítmico (cf. v. 8). Por último, vienen las montañas, que parecen danzar de alegría ante el Señor, aun siendo las criaturas más sólidas e imponentes (cf. v. 8; Sal 28,6; 113,6).

Así pues, se trata de un coro colosal, que tiene como única finalidad exaltar al Señor, rey y juez justo. En su parte final, el salmo, como decíamos, presenta a Dios «que llega para regir (juzgar) la tierra (...) con justicia y (...) con rectitud» (Sal 97,9).

Esta es la gran esperanza y nuestra invocación: «¡Venga tu reino!», un reino de paz, de justicia y de serenidad, que restablezca la armonía originaria de la creación.

4. En este salmo, el apóstol san Pablo reconoció con profunda alegría una profecía de la obra de Dios en el misterio de Cristo. San Pablo se sirvió del versículo 2 para expresar el tema de su gran carta a los Romanos: en el Evangelio «se ha revelado la justicia de Dios» (cf. Rm 1,17), «se ha manifestado» (cf. Rm 3,21).

La interpretación que hace san Pablo confiere al salmo una mayor plenitud de sentido. Leído desde la perspectiva del Antiguo Testamento, el salmo proclama que Dios salva a su pueblo y que todas las naciones, al contemplarlo, se admiran. En cambio, desde la perspectiva cristiana, Dios realiza la salvación en Cristo, hijo de Israel; todas las naciones lo contemplan y son invitadas a beneficiarse de esa salvación, ya

que el Evangelio «es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego», es decir del pagano (Rm 1,16). Ahora «todos los confines de la tierra» no sólo «han contemplado la salvación de nuestro Dios» (Sal 97,3), sino que la han recibido.

5. Desde esta perspectiva, Orígenes, escritor cristiano del siglo III, en un texto recogido después por san Jerónimo, interpreta el «cántico nuevo» del salmo como una celebración anticipada de la novedad cristiana del Redentor crucificado. Por eso, sigamos su comentario, que entrelaza el cántico del salmista con el anuncio evangélico: «Cántico nuevo es el Hijo de Dios que fue crucificado, algo hasta entonces inaudito. Una realidad nueva debe tener un cántico nuevo. "Cantad al Señor un cántico nuevo". En realidad, el que sufrió la pasión es un hombre; pero vosotros cantad al Señor. Sufrió la pasión como hombre, pero salvó como Dios».

Prosigue Orígenes: Cristo «hizo milagros en medio de los judíos: curó paralíticos, limpió leprosos, resucitó muertos. Pero también otros profetas lo hicieron. Multiplicó unos pocos panes en un número enorme, y dio de comer a un pueblo innumerable. Pero también Eliseo lo hizo. Entonces, ¿qué hizo de nuevo para merecer un cántico nuevo? ¿Queréis saber lo que hizo de nuevo? Dios murió como hombre, para que los hombres tuvieran la vida; el Hijo de Dios fue crucificado, para elevarnos hasta el cielo» (74 omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 309-310).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 97 tiene un claro significado mesiánico y escatológico; nos hace contemplar la victoria final de Dios sobre el poder del mal y la salvación que conseguirá Israel para todos los pueblos: El Señor da a conocer su victoria.

En esta primera hora del día, hora de la resurrección, cantemos, pues, la victoria de nuestro Dios, manifestada en la Pascua de Jesucristo. Y que, ante esta maravilla, toda nuestra vida sea un cántico nuevo, proclamado ante los confines de la tierra. Que los hombres, que con tanta frecuencia viven faltos de esperanza, comprendan que también a ellos el Señor les revela su justicia, para que los confines de la tierra contemplan, como nosotros, la victoria de nuestro Dios.

LAUDES DEL JUEVES DE LA III SEMANA

SALMO 86

Himno a Jerusalén, madre de todos los pueblos

¹Él la ha cimentado sobre el monte santo;
²y el Señor prefiere las puertas de Sión
a todas las moradas de Jacob.

³¡Qué pregón tan glorioso para ti,
ciudad de Dios!
⁴«Contaré a Egipto y a Babilonia
entre mis fieles;
filisteos, tirios y etíopes
han nacido allí».

⁵Se dirá de Sión: «Uno por uno
todos han nacido en ella;
el Altísimo en persona la ha fundado».

⁶El Señor escribirá en el registro de los pueblos:
«Éste ha nacido allí».
⁷Y cantarán mientras danzan:
«Todas mis fuentes están en ti».

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Sión, madre de los pueblos. La santa Sión, ciudad de Dios, debe convertirse en la capital espiritual y madre de todos los pueblos. A todos los vecinos paganos de Israel: Egipto («Rahab»), Etiopía, Siro-Palestina, Mesopotamia, se les llama para que conozcan al verdadero Dios y le traigan prosélitos. Ésta es la voluntad de Yahvé expresada en el oráculo de los vv. 4-5. El salmo se inspira en Isaías y Zacarías. Isaías anunciaba ya esta función maternal de Sión, esposa fecunda de Yahvé, función por la que es figura de la iglesia. En el v. 5 los paganos son adoptados por Sión, que se convierte en su verdadera patria. El v. 6 trata de la lista de los ciudadanos. Los paganos inscritos se hacen ciudadanos de Sión. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es La gloria de la Jerusalén mesiánica. Bellísimo salmo mesiánico. Jerusalén vendrá a ser la ciudad en que todas las naciones gozarán de los derechos de ciudadanía, como si en ella hubieran nacido. Preludia la doctrina de San Pablo, de que en Cristo no hay judío ni griego, bárbaro ni escita, porque todos somos uno en Cristo (Col 3.11). Así mismo

es un himno procesional, en el que intervienen las voces de los peregrinos, que se sienten felices al hollar el suelo de la ciudad santificada por la presencia de Yahvé. Todos los pueblos gentiles terminarán por concentrarse en ella, considerándola como su propia metrópoli. Cf. Is 2,2-4; Míq 4,1-3; Is 11,10. Es el horizonte esplendoroso y universalista de los tiempos mesiánicos.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 13 de noviembre de 2002]

Jerusalén, madre de todos los pueblos.

1. El canto a Jerusalén, ciudad de la paz y madre universal, que acabamos de escuchar, por desgracia está en contraste con la experiencia histórica que la ciudad vive. Pero la oración tiene como finalidad sembrar confianza e infundir esperanza.

La perspectiva universal del salmo 86 puede hacer pensar en el himno del libro de Isaías, en el cual confluyen hacia Sión todas las naciones para escuchar la palabra del Señor y redescubrir la belleza de la paz, forjando «de sus espadas arados», y «de sus lanzas podaderas» (cf. Is 2,2-5). En realidad, el salmo se sitúa en una perspectiva muy diversa, la de un movimiento que, en vez de confluir hacia Sión, parte de Sión; el salmista considera a Sión como el origen de todos los pueblos. Después de declarar el primado de la ciudad santa no por méritos históricos o culturales, sino sólo por el amor derramado por Dios sobre ella (cf. Sal 86,1-3), el salmo celebra precisamente este universalismo, que hermana a todos los pueblos.

2. Sión es aclamada como madre de toda la humanidad y no sólo de Israel. Esa afirmación supone una audacia extraordinaria. El salmista es consciente de ello y lo hace notar: «¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!» (v. 3). ¿Cómo puede la modesta capital de una pequeña nación presentarse como el origen de pueblos mucho más poderosos? ¿Por qué Sión puede tener esa inmensa pretensión? La respuesta se da en la misma frase: Sión es madre de toda la humanidad porque es la «ciudad de Dios»; por eso está en la base del proyecto de Dios.

Todos los puntos cardinales de la tierra se encuentran en relación con esta madre: Raab, es decir, Egipto, el gran Estado occidental; Babilonia, la conocida potencia oriental; Tiro, que personifica el pueblo comercial del norte; mientras Etiopía representa el sur lejano y Palestina la zona central, también ella hija de Sión.

En el registro espiritual de Jerusalén se hallan incluidos todos los pueblos de la tierra: tres veces se repite la fórmula «han nacido allí (...); todos han nacido en ella» (vv. 4-6). Es la expresión jurídica oficial con la que se declaraba que una persona había nacido en una ciudad determinada y, como tal, gozaba de la plenitud de los derechos civiles de aquel pueblo.

3. Es sugestivo observar que incluso las naciones consideradas hostiles a Israel suben a Jerusalén y son acogidas no como extranjeras sino como «familiares». Más aún, el salmista transforma la procesión de estos pueblos hacia Sión en un canto coral y en una danza festiva: vuelven a encontrar sus «fuentes» (cf. v. 7) en la ciudad de Dios, de la que brota una corriente de agua viva que fecunda todo el mundo, siguiendo la línea de lo que proclamaban los profetas (cf. Ez 47,1-12; Zc 13,1; 14,8; Ap 22,1-2).

En Jerusalén todos deben descubrir sus raíces espirituales, sentirse en su patria, reunirse como miembros de la misma familia, abrazarse como hermanos que han vuelto a su casa.

4. El salmo 86, página de auténtico diálogo interreligioso, recoge la herencia universalista de los profetas (cf. Is 56,6-7; 60,6-7; 66,21; Jl 4,10-11; Ml 1,11, etc.) y anticipa la tradición cristiana que aplica este salmo a la «Jerusalén de arriba», de la que san Pablo proclama que «es libre; es nuestra madre» y tiene más hijos que la Jerusalén terrena (cf. Ga 4,26-27). Lo mismo dice el Apocalipsis cuando canta a «la nueva Jerusalén, que baja del cielo, de junto a Dios» (Ap 21,2.10).

En la misma línea del salmo 86, también el concilio Vaticano II ve en la Iglesia universal el lugar en donde se reúnen «todos los justos, desde Adán, desde el justo Abel hasta el último elegido». Esa Iglesia «llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos» (Lumen gentium, 2).

5. En la tradición cristiana, esta lectura eclesial del salmo se abre a la relectura del mismo en clave mariológica. Jerusalén era para el salmista una auténtica «metrópoli», es decir, una «ciudad-madre», en cuyo interior se hallaba presente el Señor mismo (cf. So 3,14-18). Desde esta perspectiva, el cristianismo canta a María como la Sión viva, en cuyo seno fue engendrado el Verbo encarnado y, como consecuencia, han sido regenerados los hijos de Dios. Las voces de los Padres de la Iglesia como, por ejemplo, Ambrosio de Milán, Atanasio de Alejandría, Máximo el Confesor, Juan Damasceno, Cromacio de Aquileya y Germano de Constantinopla, concuerdan en esta relectura cristiana del salmo 86.

Citaremos ahora a un maestro de la tradición armenia, Gregorio de Narek (ca. 950-1010), el cual, en su Panegírico de la santísima Virgen María, se dirige así a la Virgen: «Al

refugiarnos bajo tu dignísima y poderosa intercesión, encontramos amparo, oh santa Madre de Dios, consuelo y descanso bajo la sombra de tu protección, como al abrigo de una muralla bien fortificada: una muralla adornada, en la que se hallan engarzados diamantes purísimos; una muralla envuelta en fuego y, por eso, inexpugnable a los asaltos de los ladrones; una muralla que arroja pavesas, inaccesible e inalcanzable para los crueles traidores; una muralla rodeada por todas partes, según David, cuyos cimientos fueron puestos por el Altísimo (cf. Sal 86,1.5); una muralla fuerte de la ciudad de arriba, según san Pablo (cf. Ga 4,26; Hb 12,22), donde acogiste a todos como habitantes, porque, mediante el nacimiento corporal de Dios, hiciste hijos de la Jerusalén de arriba a los hijos de la Jerusalén terrena. Por eso, sus labios bendicen tu seno virginal y todos te proclaman morada y templo de Aquel que es de la misma naturaleza del Padre. Así pues, con razón se te aplican las palabras del profeta: "Fuiste nuestro refugio y nuestro defensor frente a los torrentes en los días de angustia" (cf. Sal 45,2)» (Testi mariani del primo millennio, IV, Roma 1991, p. 589).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 86 literalmente canta la gloria de Jerusalén y su maternidad universal. Dios ha colocado en la ciudad santa su morada y la ama con predilección: El Señor prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob. Por eso, aunque humanamente Jerusalén sea exigua e insignificante a los ojos del mundo, llegará a ser la madre de todos los pueblos; incluso los más poderosos y terribles enemigos de Israel: Egipto y Babilonia, desearán llegar a ser sus hijos: Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles.

Cantar con acentos tan entusiastas la gloria de una ciudad pequeña y sin prestigio, desconocida por las grandes potencias del mundo y frecuentemente pisoteada por los pueblos enemigos, no significa megalomanía por parte del pueblo creyente, sino fe y confianza en las promesas de Dios.

Para nosotros, hijos de la nueva Jerusalén, este salmo debe servirnos para cantar la gloria de nuestra madre la Iglesia. No con sentimientos de un falso triunfalismo -sabemos que la Iglesia es, como la Jerusalén de la antigua alianza, pequeña y exigua por nuestros valores humanos-, sino con adhesión firme a la palabra de Cristo, que tanto amó a su Iglesia que «se entregó a sí mismo por ella, purificándola con el baño del agua, para colocarla ante sí gloriosa, sin mancha ni arruga» (Ef 5,25-27). El Señor prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob; el amor de Cristo a su Iglesia es el fundamento de nuestra esperanza de que, al fin de los tiempos, ella será madre de todos los hombres, aun de aquellos que ahora aparecen como sus enemigos: Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antifona propia, este salmo se puede acompañar cantando las antifonas «Hacia ti, morada santa» (MD 649), o bien «Ciudad celeste, tierra del Señor», sólo el estribillo (MD 601).

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 40,10-17

El buen pastor es el Dios altísimo y sapientísimo

¹⁰Mirad, el Señor Dios llega con poder,
y su brazo manda.

Mirad, viene con él su salario,
y su recompensa lo precede.

¹¹Como un pastor que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne,
toma en brazos los corderos
y hace recostar a las madres.

¹²¿Quién ha medido a puñados el mar
o mensurado a palmos el cielo,
o a cuartillos el polvo de la tierra?

¿Quién ha pesado en la balanza los montes
y en la báscula las colinas?

¹³¿Quién ha medido el aliento del Señor?
¿Quién le ha sugerido su proyecto?

¹⁴¿Con quién se aconsejó para entenderlo,
para que le enseñara el camino exacto,
para que le enseñara el saber
y le sugiriese el método inteligente?

¹⁵Mirad, las naciones son gotas de un cubo
y valen lo que el polvillo de balanza.

Mirad, las islas pesan lo que un grano,

¹⁶el Líbano no basta para leña,
sus fieras no bastan para el holocausto.

¹⁷En su presencia, las naciones todas
como si no existieran,
valen para él nada y vacío.

[Libro de las consolaciones de Israel. Según la Biblia de Jerusalén, éste es el título que se da a la segunda parte del libro de Isaías, capítulos 40-55, inspirándose en los primeros versículos. La «consolación» es en efecto el tema principal de estos capítulos. Se atribuye este libro al «Segundo Isaías», un profeta anónimo del fin del Destierro en Babilonia. Ciro, rey de los persas, se apoderó del imperio babilónico allá por el año 550 a.C., y en su edicto del año 538 autorizó los primeros regresos de judíos a Israel. En la misma Biblia de Jerusalén, los vv. 1-11 llevan el subtítulo de Anuncio de la liberación, y los vv. 12 y ss., el de La grandeza divina. Los primeros versículos son una cantata a varias voces que sirve de obertura al libro: la esclavitud del pueblo ha concluido; se prepara un nuevo Éxodo bajo la guía de Dios. Este tema impregna todo el libro. El v. 11 de nuestro cántico es el tema del buen pastor, formulado por Jr 23,1-6, desarrollado por Ez 34, y continuado por Jesús, Mt 18,12-14; Jn 10,11-18. A partir del v. 12 se nos ofrece la exaltación de la grandeza divina comparada con la debilidad del hombre, que es un tema frecuente de los escritos de sapienciales. Las «islas», de las que se habla a menudo en el libro de la Consolación, son los archipiélagos y las costas lejanas del Mediterráneo, y en este sentido se establece aquí un parangón entre esta palabra y «las naciones». Para Nácar-Colunga el título de este cántico es Gloria de Yahvé en la liberación de su pueblo.

Vuelta de Yahvé a Sión (vv. 9-11).- El profeta invita a unos supuestos mensajeros de buenas nuevas a que anuncien la proximidad de la llegada de Yahvé, que retorna a su pueblo después de haberse separado de él por sus pecados. Son portadores de albricias para Sión-Jerusalén y las ciudades de Judá. Y el objeto de su anuncio es el retorno victorioso de Yahvé, que llega con poder, y su brazo manda (brazo aquí es sinónimo de poder dominador), y trae, como los conquistadores, su salario..., su recompensa, es decir, el botín de los enemigos, llevado, al estilo oriental, delante de él como trofeo. Por otra parte, ese salario de Yahvé es también la salvación y liberación del pueblo escogido una vez vencidos los enemigos. Y, en contraste con esta actitud de vencedor bélico, Yahvé será para su pueblo redimido un pastor que la apacienta, prodigando los cuidados máximos a los componentes más débiles y necesitados de la comunidad israelita.

Grandeza del poder y sabiduría de Dios (vv. 12-17).- Nadie debe desesperar respecto de las promesas divinas si se tiene en cuenta la omnipotencia de Dios y superioridad sobre todas las criaturas. Él conserva todas las cosas en su peso y medida:

mensura el mar y el cielo, los recoge en su mano y los mide a cuartillos. Su sabiduría es proporcionada a su poder, y no necesita de consejero alguno (v. 13). Nadie podrá oponerse a sus designios, pues los pueblos y colectividades sociales (las naciones, v. 15) son como gotas de agua en un recipiente o polvillo en una balanza en comparación con el poder e inteligencia de Dios. Las mismas islas son insignificantes y las conmueve como polvillo. Es más, Yahvé es tan inmenso que no habría bastante combustible en el Líbano ni animales suficientes para preparar un holocausto digno de Él (v. 16).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 20 de noviembre de 2002]

1. En el libro del gran profeta Isaías, que vivió en el siglo VIII a.C., se recogen también las voces de otros profetas, discípulos y continuadores suyos. Es el caso del que los estudiosos de la Biblia han llamado «el segundo Isaías», el profeta del regreso de Israel del exilio en Babilonia, que tuvo lugar en el siglo VI a.C. Su obra constituye los capítulos 40-55 del libro de Isaías, y precisamente del primero de estos capítulos está tomado el cántico que ha entrado en la Liturgia de las Laudes y que se acaba de proclamar.

Este cántico consta de dos partes: los dos primeros versículos provienen del final de un hermosísimo oráculo de consolación que anuncia el regreso de los desterrados a Jerusalén, guiados por Dios mismo (cf. Is 40,1-11). Los versículos sucesivos forman el inicio de un discurso apologético, que exalta la omnisciencia y la omnipotencia de Dios y, por otra parte, somete a dura crítica a los fabricantes de ídolos.

2. Así pues, al inicio del texto litúrgico aparece la figura poderosa de Dios, que vuelve a Jerusalén precedido de sus trofeos, como Jacob había vuelto a Tierra Santa precedido de sus rebaños (cf. Gn 31,17; 32,17). Los trofeos de Dios son los hebreos desterrados, que él libró de las manos de sus conquistadores. Por tanto, Dios se presenta «como pastor» (Is 40,11). Esta imagen, frecuente en la Biblia y en otras tradiciones antiguas, evoca la idea de guía y de dominio, pero aquí los rasgos son sobre todo tiernos y apasionados, porque el pastor es también el compañero de viaje de sus ovejas (cf. Sal 22). Vela por su grey, no sólo alimentándola y preocupándose de que no se disperse, sino también cuidando con ternura de los corderitos y de las ovejas que han dado a luz (cf. Is 40,11).

3. Después de la descripción de la entrada en escena del Señor, rey y pastor, viene la reflexión sobre su acción como Creador del universo. Nadie puede equipararse a él en esta obra grandiosa y colosal: desde luego, no el hombre, y mucho menos los ídolos, seres muertos e impotentes. El profeta recurre luego a una serie de preguntas retóricas, es decir,

preguntas en las que se incluye ya la respuesta. Son pronunciadas en una especie de proceso: nadie puede competir con Dios y arrogarse su inmenso poder o su ilimitada sabiduría.

Nadie es capaz de medir el inmenso universo creado por Dios. El profeta destaca que los instrumentos humanos son ridículamente inadecuados para esa tarea. Por otra parte, Dios actuó en solitario; nadie pudo ayudarle o aconsejarle en un proyecto tan inmenso como el de la creación cósmica (cf. vv. 13-14).

En su 18ª Catequesis bautismal, san Cirilo de Jerusalén, comentando este cántico, invita a no medir a Dios con la vara de nuestra limitación humana: «Para ti, hombre tan pequeño y débil, la distancia de la Gotia a la India, de España a Persia, es grande, pero para Dios, que tiene en su mano el mundo entero, cualquier tierra está cerca» (Le Catechesi, Roma 1993, p. 408).

4. Después de celebrar la omnipotencia de Dios en la creación, el profeta pondera su señorío sobre la historia, es decir, sobre las naciones, sobre la humanidad que puebla la tierra. Los habitantes de los territorios conocidos, pero también los de las regiones remotas, que la Biblia llama «islas» lejanas, son una realidad microscópica comparada con la grandeza infinita del Señor. Las imágenes son brillantes e intensas: los pueblos son como «gotas de un cubo», «polvillo de balanza», «un grano» (Is 40,15).

Nadie podría ofrecer un sacrificio digno de este grandioso Señor y rey: no bastarían todas las víctimas de la tierra, ni todos los bosques de cedros del Líbano para encender el fuego de este holocausto (cf. v. 16). El profeta recuerda al hombre su límite frente a la infinita grandeza y a la soberana omnipotencia de Dios. La conclusión es lapidaria: «En su presencia, las naciones todas, como si no existieran, valen para él nada y vacío» (v. 17).

5. Por consiguiente, el fiel es invitado, desde el inicio de la jornada, a adorar al Señor omnipotente. San Gregorio de Nisa, Padre de la Iglesia de Capadocia (siglo IV), meditaba así las palabras del cántico de Isaías: «Cuando escuchamos la palabra "omnipotente", pensamos en el hecho de que Dios mantiene todas las cosas en la existencia, tanto las inteligibles como las que pertenecen a la creación material. En efecto, por este motivo, tiene el orbe de la tierra; por este motivo, tiene en su mano los confines de la tierra; por este motivo, tiene en su puño el cielo; por este motivo, mide con su mano el agua del mar; por este motivo, abarca en sí toda la creación intelectual: para que todas las cosas permanezcan en la existencia, mantenidas con poder por la potencia que las abraza» (Teología trinitaria, Milán 1994, p. 625).

San Jerónimo, por su parte, se queda atónito ante otra verdad sorprendente: la de Cristo, que, «a pesar de su condición divina, (...) se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Flp 2,6-7). Ese Dios infinito y omnipotente -afirma- se hizo pequeño y limitado. San Jerónimo lo contempla en el establo de Belén y exclama: «Aquel que encierra en un puño el universo, se halla aquí encerrado en un estrecho pesebre» (Carta 22,39, en: *Opere scelte*, I, Turín 1971, p. 379).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Literalmente este cántico se refiere al advenimiento de Ciro, el rey persa, que llega con poder, y cuyo brazo manda; en este rey es el mismo Señor Dios quien viene con su salario, para destruir Babilonia; de este modo, los hijos de Israel alcanzarán la libertad frente a sus opresores.

Pero esta victoria y este advenimiento fueron, ya para Israel, algo más que la victoria de un rey sobre otro rey; fue Dios quien se sirvió del rey persa para librar a su pueblo de la esclavitud. En la persona de Ciro es Yahvé quien llega para salvar a su rebaño, dispersado entre los gentiles, reuniéndolo con su brazo, tomando en brazos a los corderos y haciendo recostar a las madres.

Pero en nuestro cántico hay algo más que la buena noticia de la liberación; el texto nos habla también de los caminos inescrutables de Dios, cuando él se propone salvar al hombre. Nunca ningún israelita hubiera sospechado que sería por medio de un pueblo pagano y un rey extranjero que llegaría a la libertad. «Los planes de Dios no son nuestros planes, nuestros caminos no son sus caminos» (Is 55, 8).

Mantengamos, pues, firme nuestra esperanza y segura nuestra fe, aun cuando, con frecuencia, no comprendamos el proceder del Señor. ¿Quién le ha sugerido su proyecto? ¿Con quién se aconsejó para que le enseñara el camino exacto?

En la celebración comunitaria es recomendable que este cántico sea proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antífona propia, la asamblea puede acompañar el cántico cantando alguna antífona que exprese la confianza que el pueblo de Dios tiene en el Señor, por ejemplo: «El Señor es mi fuerza» (MD 647) o bien «El Señor es mi pastor» (MD 801).

SALMO 98

Santo es el Señor, nuestro Dios

¹El Señor reina, tiemblen las naciones;
sentado sobre querubines, vacile la tierra.

²El Señor es grande en Sión,
encumbrado sobre todos los pueblos.

³Reconozcan tu nombre, grande y terrible:
Él es santo.

⁴Reinas con poder y amas la justicia,
tú has establecido la rectitud;
tú administras la justicia y el derecho,
tú actúas en Jacob.

⁵Ensalzad al Señor, Dios nuestro,
postraos ante el estrado de sus pies:
Él es santo.

⁶Moisés y Aarón con sus sacerdotes,
Samuel con los que invocan su nombre,
invocaban al Señor, y él respondía.

⁷Dios les hablaba desde la columna de nube;
oyeron sus mandatos y la ley que les dio.

⁸Señor, Dios nuestro, tú les respondías,
tú eras para ellos un Dios de perdón,
y un Dios vengador de sus maldades.

⁹Ensalzad al Señor, Dios nuestro;
postraos ante su monte santo:
Santo es el Señor nuestro Dios.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo el título de Dios, rey justo y santo. Es un himno escatológico cuyas dos partes, vv. 1-4 y 6-8, concluyen con un estribillo, vv. 5 y 9, que ensalza la santidad del Rey de Israel. En el v. 8 se puede pensar en el castigo de Moisés y Aarón, que no pudieron entrar en la Tierra Prometida por haberse rebelado en el desierto de Sin (Nm 27,14). Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Gloria del

Señor en su santo monte. Yahvé, rey justo, reina soberanamente en Sión, en medio de sus santos. A él vendrán los pueblos todos de la tierra. El salmo tiene dos partes: a) grandeza de Yahvé, que mora en Sión (vv. 1-5); b) la santidad del Dios de Israel (vv. 6-9).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 27 de noviembre de 2002]

1. «El Señor reina». Esta aclamación, con la que se inicia el salmo 98, que acabamos de escuchar, revela su tema fundamental y su género literario característico. Se trata de un canto elevado por el pueblo de Dios al Señor, que gobierna el mundo y la historia como soberano trascendente y supremo. Guarda relación con otros himnos análogos -los salmos 95-97, sobre los que ya hemos reflexionado- que la liturgia de las Laudes presenta como la oración ideal de la mañana.

En efecto, el fiel, al comenzar su jornada, sabe que no se halla abandonado a merced de una casualidad ciega y oscura, ni sometido a la incertidumbre de su libertad, ni supeditado a las decisiones de los demás, ni dominado por las vicisitudes de la historia. Sabe que sobre cualquier realidad terrena se eleva el Creador y Salvador en su grandeza, santidad y misericordia.

2. Son diversas las hipótesis sugeridas por los estudiosos sobre el uso de este salmo en la liturgia del templo de Sión. En cualquier caso, tiene el carácter de una alabanza contemplativa que se eleva al Señor, encumbrado en la gloria celestial sobre todos los pueblos de la tierra (cf. v. 1). Y, a pesar de eso, Dios se hace presente en un espacio y en medio de una comunidad, es decir, en Jerusalén (cf. v. 2), mostrando que es «Dios con nosotros».

Son siete los títulos solemnes que el salmista atribuye a Dios ya en los primeros versículos: es rey, grande, encumbrado, terrible, santo, poderoso y justo (cf. vv. 1-4). Más adelante, Dios se presenta también como «paciente» (v. 8). Se destaca sobre todo la santidad de Dios. En efecto, tres veces se repite, casi en forma de antifona, que «él es santo» (vv. 3, 5 y 9). Ese término, en el lenguaje bíblico, indica sobre todo la trascendencia divina. Dios es superior a nosotros, y se sitúa infinitamente por encima de cualquiera de sus criaturas. Sin embargo, esta trascendencia no lo transforma en soberano impasible y ajeno: cuando se le invoca, responde (cf. v. 6). Dios es quien puede salvar, el único que puede librar a la humanidad del mal y de la muerte. En efecto, «ama la justicia» y «administra la justicia y el derecho en Jacob» (cf. v. 4).

3. Sobre el tema de la santidad de Dios los Padres de la Iglesia hicieron innumerables reflexiones, celebrando la

inaccesibilidad divina. Sin embargo, este Dios trascendente y santo se acercó al hombre. Más aún, como dice san Ireneo, se «habituó» al hombre ya en el Antiguo Testamento, manifestándose con apariciones y hablando por medio de los profetas, mientras el hombre «se habituaba» a Dios aprendiendo a seguirlo y a obedecerle. San Efrén, en uno de sus himnos, subraya incluso que por la Encarnación «el Santo tomó como morada el seno (de María), de modo corporal, y ahora toma como morada la mente, de modo espiritual» (Inni sulla Natività, IV, 130). Además, por el don de la Eucaristía, en analogía con la Encarnación, «la Medicina de vida bajó de lo alto, para habitar en los que son dignos de ella. Después de entrar, puso su morada entre nosotros, santificándonos así a nosotros mismos dentro de él» (Inni conservati in armeno, XLVII, 27.30).

4. Este vínculo profundo entre «santidad» y cercanía de Dios se desarrolla también en el salmo 98. En efecto, después de contemplar la perfección absoluta del Señor, el salmista recuerda que Dios se mantenía en contacto constante con su pueblo a través de Moisés y Aarón, sus mediadores, así como a través de Samuel, su profeta. Hablaba y era escuchado, castigaba los delitos, pero también perdonaba.

El «estrado de sus pies», es decir, el trono del arca del templo de Sión (cf. vv. 5-8), era signo de su presencia en medio del pueblo. De esta forma, el Dios santo e invisible se hacía disponible a su pueblo a través de Moisés, el legislador, Aarón, el sacerdote, y Samuel, el profeta. Se revelaba con palabras y obras de salvación y de juicio, y estaba presente en Sión por el culto celebrado en el templo.

5. Así pues, podríamos decir que el salmo 98 se realiza hoy en la Iglesia, sede de la presencia del Dios santo y trascendente. El Señor no se ha retirado al espacio inaccesible de su misterio, indiferente a nuestra historia y a nuestras expectativas, sino que «llega para regir la tierra. Regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud» (Sal 97,9).

Dios ha venido a nosotros sobre todo en su Hijo, que se hizo uno de nosotros para infundirnos su vida y su santidad. Por eso, ahora no nos acercamos a Dios con terror, sino con confianza. En efecto, tenemos en Cristo al Sumo sacerdote santo, inocente, sin mancha. «De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (Hb 7,25). Así, nuestro canto se llena de serenidad y alegría: ensalza al Señor rey, que habita entre nosotros, enjugando toda lágrima de nuestros ojos (cf. Ap 21,3-4).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 98 es uno de los cantos del reino restaurado después de la cautividad de Babilonia. En él se celebra, sobre todo, la entronización de Dios en su nuevo templo, después de que se ha vencido el poder de los enemigos. El Señor reina, sentado sobre querubines..., y los pueblos se postran ante el estrado de sus pies.

A nosotros, cristianos, este salmo debe hacernos penetrar en el cielo, donde el Señor reina para siempre. ¡Ojalá sepamos vivir, a través de estas sucesivas preparaciones -que son los triunfos parciales que Dios concedió a su antiguo pueblo, como cantamos en los salmos-, la certeza de que el Señor reinará por siempre!

LAUDES DEL VIERNES DE LA III SEMANA

SALMO 50

Misericordia, Dios mío

³Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
⁴lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

⁵Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
⁶contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
⁷Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

⁸Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
⁹Rociáme con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

¹⁰Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
¹¹Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

¹²Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
¹³no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

¹⁴Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:

¹⁵enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

¹⁶Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
¹⁷Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

¹⁸Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
¹⁹Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

²⁰Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
²¹entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo sencillamente el título de Miserere, palabra con la que comienza el texto latino. La introducción al salmo, versículos 1 y 2, dice: «Salmo de David, cuando el profeta Natán lo visitó después de haber pecado aquél con Betsabé». Este salmo penitencial tiene un estrecho parentesco con la literatura profética, sobre todo con Isaías y Ezequiel. Dios, totalmente puro e íntegro, al perdonar, manifiesta su poder sobre el mal y su victoria sobre el pecado (v. 6). El v. 7 nos recuerda que todo hombre nace impuro, y por ello inclinado al mal, Gn 8,21; aquí se alega esta impureza fundamental como circunstancia atenuante que Dios debe tener en cuenta. La doctrina del pecado original quedará explícita en Rm 5,12-21, en correlación con la revelación de la redención por Jesucristo. En el v. 16 se ha querido ver a veces una alusión al asesinato de Urías por orden de David, 2 S 12,9. También se ha leído allí la expresión de la muerte prematura del malvado como castigo por los pecados, según la doctrina tradicional. En el v. 20, al regreso del destierro, se espera, como señal del perdón divino, la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Y el v. 21 es una precisión litúrgica añadida más tarde: en la Jerusalén restaurada se dará todo su valor a los

sacrificios legítimos, es decir, oficialmente prescritos. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Confesión de los pecados y súplica de perdón. Es un verdadero acto de penitencia, que según una tradición brotó del corazón y de los labios de David, cuando Natán le reprendió por su pecado. Los versículos 20 y 21 son una adición, hecha después de la cautividad, para adaptar el salmo al estado del pueblo y a sus necesidades de entonces. En el Miserere, el salmista, consciente de su culpabilidad, apela a la benignidad divina. Ya al nacer está envuelto en una atmósfera de pecado porque «pecador me concibió madre» (v. 7). No hay alusión al pecado original, sino a la pecaminosidad inherente al hecho de ser fruto de un acto carnal, que en la mentalidad hebrea implicaba una impureza ritual.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 4 de diciembre de 2002]

¡Misericordia, Dios mío!

1. Todas las semanas, la liturgia de las Laudes nos propone nuevamente el salmo 50, el célebre Miserere. Ya lo hemos meditado otras veces en algunas de sus partes. También ahora consideraremos en especial una sección de esta grandiosa imploración de perdón: los versículos 12-16.

Es significativo, ante todo, notar que, en el original hebreo, resuena tres veces la palabra «espíritu», invocado de Dios como don y acogido por la criatura arrepentida de su pecado: «Renuévame por dentro con espíritu firme; (...) no me quites tu santo espíritu; (...) afiánzame con espíritu generoso» (vv. 12. 13. 14). En cierto sentido, utilizando un término litúrgico, podríamos hablar de una «epiclesis», es decir, una triple invocación del Espíritu que, como en la creación aleteaba por encima de las aguas (cf. Gn 1,2), ahora penetra en el alma del fiel infundiéndolo una nueva vida y elevándolo del reino del pecado al cielo de la gracia.

2. Los Padres de la Iglesia ven en el «espíritu» invocado por el salmista la presencia eficaz del Espíritu Santo. Así, san Ambrosio está convencido de que se trata del único Espíritu Santo «que ardió con fervor en los profetas, fue insuflado (por Cristo) a los Apóstoles, y se unió al Padre y al Hijo en el sacramento del bautismo» (El Espíritu Santo I, 4, 55: SAEMO 16, p. 95). Esa misma convicción manifiestan otros Padres, como Dídimo el Ciego de Alejandría de Egipto y Basilio de Cesarea en sus respectivos tratados sobre el Espíritu Santo (Dídimo el Ciego, *Lo Spirito Santo*, Roma 1990, p. 59; Basilio de Cesarea, *Lo Spirito Santo*, IX, 22, Roma 1993, p. 117 s).

También san Ambrosio, observando que el salmista habla de la alegría que invade su alma una vez recibido el Espíritu

generoso y potente de Dios, comenta: «La alegría y el gozo son frutos del Espíritu y nosotros nos fundamos sobre todo en el Espíritu Soberano. Por eso, los que son renovados con el Espíritu Soberano no están sujetos a la esclavitud, no son esclavos del pecado, no son indecisos, no vagan de un lado a otro, no titubean en sus opciones, sino que, cimentados sobre roca, están firmes y no vacilan» (Apología del profeta David a Teodosio Augusto, 15, 72: SAEMO 5, p. 129).

3. Con esta triple mención del «espíritu», el salmo 50, después de describir en los versículos anteriores la prisión oscura de la culpa, se abre a la región luminosa de la gracia. Es un gran cambio, comparable a una nueva creación: del mismo modo que en los orígenes Dios insufló su espíritu en la materia y dio origen a la persona humana (cf. Gn 2,7), así ahora el mismo Espíritu divino crea de nuevo (cf. Sal 50,12), renueva, transfigura y transforma al pecador arrepentido, lo vuelve a abrazar (cf. v. 13) y lo hace partícipe de la alegría de la salvación (cf. v. 14). El hombre, animado por el Espíritu divino, se encamina ya por la senda de la justicia y del amor, como reza otro salmo: «Enseñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios. Tu espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana» (Sal 142,10).

4. Después de experimentar este nuevo nacimiento interior, el orante se transforma en testigo; promete a Dios «enseñar a los malvados los caminos» del bien (cf. Sal 50,15), de forma que, como el hijo pródigo, puedan regresar a la casa del Padre. Del mismo modo, san Agustín, tras recorrer las sendas tenebrosas del pecado, había sentido la necesidad de atestiguar en sus Confesiones la libertad y la alegría de la salvación.

Los que han experimentado el amor misericordioso de Dios se convierten en sus testigos ardientes, sobre todo con respecto a quienes aún se hallan atrapados en las redes del pecado. Pensamos en la figura de san Pablo, que, deslumbrado por Cristo en el camino de Damasco, se transforma en un misionero incansable de la gracia divina.

5. Por última vez, el orante mira hacia su pasado oscuro y clama a Dios: «¡Librame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío!» (v. 16). La «sangre», a la que alude, se interpreta de diversas formas en la Escritura. La alusión, puesta en boca del rey David, hace referencia al asesinato de Urías, el marido de Betsabé, la mujer que había sido objeto de la pasión del soberano. En sentido más general, la invocación indica el deseo de purificación del mal, de la violencia, del odio, siempre presentes en el corazón humano con fuerza tenebrosa y maléfica. Pero ahora los labios del fiel, purificados del pecado, cantan al Señor.

Y el pasaje del salmo 50 que hemos comentado hoy concluye precisamente con el compromiso de proclamar la «justicia» de

Dios. El término «justicia» aquí, como a menudo en el lenguaje bíblico, no designa propiamente la acción punitiva de Dios con respecto al mal; más bien, indica la rehabilitación del pecador, porque Dios manifiesta su justicia haciendo justos a los pecadores (cf. Rm 3,26). Dios no se complace en la muerte del malvado, sino en que se convierta de su conducta y viva (cf. Ez 18,23).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 50, con el que cada viernes empezamos la oración de la mañana, es, para la Iglesia, el salmo penitencial por excelencia. Este salmo fue redactado por Israel en tiempos del exilio o inmediatamente después del retorno de Babilonia, cuando el pueblo, que tenía muy vivo el sentimiento de que su propia culpabilidad fue la causa de los sufrimientos del destierro, quiere asumir, para expiarlas, todas las infidelidades de su propia historia, desde el pecado de David con Betsabé hasta aquellas otras culpas que originaron el destierro y la destrucción de la ciudad santa: Señor, líbrame de la sangre (la que derramó David a causa de sus malos deseos); Señor, reconstruye las murallas de Jerusalén (destruidas a causa de las infidelidades de los reyes de Judá y de su pueblo).

Podemos rezar hoy el salmo 50 como lo rezó su autor, es decir, asumiendo, como Iglesia, los pecados de la comunidad cristiana de todos los tiempos e incluso los de la humanidad entera. Recordemos que somos en el mundo el cuerpo de Cristo y que también el Señor quiso hacerse él mismo pecado, para destruir en su cuerpo el pecado del hombre. En comunión con la iglesia pecadora y con toda la humanidad, imploremos, en este viernes de la muerte del Señor, el perdón de nuestros propios pecados y asumamos en nuestra oración, como lo hizo el Señor en su pasión, los pecados de todo el mundo, suplicando el perdón de Dios.

CÁNTICO DE JEREMÍAS, JR 14,17-21

Lamentación del pueblo en tiempo de hambre y de guerra

¹⁷Mis ojos se deshacen en lágrimas,
día y noche no cesan:
por la terrible desgracia de la doncella de mi pueblo,
una herida de fuertes dolores.

¹⁸Salgo al campo: muertos a espada;
entro en la ciudad: desfallecidos de hambre;

tanto el profeta como el sacerdote
vagan sin sentido por el país.

¹⁹¿Por qué has rechazado del todo a Judá?
¿Tiene asco tu garganta de Sión?
¿Por qué nos has herido sin remedio?
Se espera la paz, y no hay bienestar,
al tiempo de la cura sucede la turbación.

²⁰Señor, reconocemos nuestra impiedad,
la culpa de nuestros padres,
porque pecamos contra ti.

²¹No nos rechaces, por tu nombre,
no desprestigies tu trono glorioso;
recuerda y no rompas tu alianza con nosotros.

[Canto elegíaco sobre la ruina de Judá como pueblo. La mortandad es tan grande, que tanto en el campo como en la ciudad no hay sino muertos a espada y desfallecidos de hambre (v. 18). La expresión «doncella de mi pueblo» es sinónima de «pueblo» de Judá, personificado en una doncella, objeto de los amores de Yahvé (Is 23,12). Los sacerdotes y los profetas, que antes habían hecho creer que no habría guerra ni necesidades, se verán obligados a andar errantes por un país que no conocen (v. 18) en busca de alimentos para cubrir sus necesidades más elementales. Después de reflejar el estado de trágica ruina de su pueblo, el profeta se identifica con éste, lanzando una súplica angustiada a Yahvé para que evite tanta desgracia: ¿Por qué has rechazado del todo a Judá? (v. 19). El profeta recuerda las relaciones íntimas que en otro tiempo hubo entre Yahvé y su pueblo en virtud de la alianza. Yahvé había prometido estar siempre con su pueblo, pero ahora apenas hay esperanza de salvación. Quizá haya cambiado Yahvé de sentimientos para con su pueblo: ¿Tiene asco tu garganta de Sión? (v. 19). En otro tiempo los castigó, pero no tanto como ahora: ¿Por qué nos has herido sin remedio? (v. 19).

La catástrofe es tal, que no hay esperanza: en vez de paz y bienestar, cada vez hay mayor turbación y angustia. Ciertamente que todo esto ha venido por los pecados de Judá, y el pueblo lo reconoce (v. 20); pero al menos que no los rechace por su nombre. Es preciso que su nombre, es decir, su fama como omnipotente y protector de sus fieles, permanezca entre las gentes. Además, Jerusalén es su trono glorioso (v. 21), que sería profanado por las gentes y desprestigiado ante ellas

si llegaran a ocupar la Ciudad Santa. Están, pues, en juego los intereses de Yahvé, y si bien el pueblo como pecador merece todo esto, sin embargo, el celo de su gloria debe salir en defensa de éste para que no sea objeto de burla entre las naciones. La derrota de su pueblo sería la derrota del prestigio de Yahvé entre los pueblos paganos. Y, como una última apelación, le recuerda la antigua alianza: recuerda y no rompas tu alianza con nosotros (v. 21). Aunque el pueblo le había sido infiel, sin embargo, siempre subsistían las cláusulas de la alianza con Israel. Precisamente, por mantener las promesas de esta alianza, Yahvé había protegido milagrosamente a su pueblo en muchas situaciones críticas.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 11 de diciembre de 2002]

1. El canto que el profeta Jeremías, desde su horizonte histórico, eleva al cielo es amargo y lleno de sufrimiento (cf. Jr 14,17-21). Lo hemos escuchado ahora como invocación, pues se reza en la liturgia de Laudes el viernes, día en que se conmemora la muerte del Señor. El contexto del que brota esta lamentación es una calamidad que a menudo azota a la tierra de Oriente Próximo: la sequía. Pero a este drama natural el profeta une otro no menos terrible: la tragedia de la guerra: «Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre» (v. 18). Por desgracia, la descripción es trágicamente actual en numerosas regiones de nuestro planeta.

2. Jeremías entra en escena con el rostro bañado en lágrimas: su llanto es una lamentación incesante por «la doncella de su pueblo», es decir, por Jerusalén. En efecto, según un símbolo bíblico muy conocido, la ciudad se representa con una imagen femenina, «la hija de Sión». El profeta participa íntimamente en la «terrible desgracia» y en la «herida de fuertes dolores» de su pueblo (v. 17). A menudo sus palabras están marcadas por el dolor y las lágrimas, porque Israel no se deja penetrar del mensaje misterioso que el sufrimiento implica. En otro pasaje, Jeremías exclama: «Si no lo oyereis, en silencio llorará mi alma por ese orgullo, y dejarán caer mis ojos lágrimas, y verterán copiosas lágrimas, porque va cautiva la grey del Señor» (Jr 13,17).

3. El motivo de la desgarradora invocación del profeta se ha de buscar, como decíamos, en dos acontecimientos trágicos: la espada y el hambre, es decir, la guerra y la carestía (cf. Jr 14,18). Así pues, se trata de una situación histórica dolorosa y es significativo el retrato del profeta y del sacerdote, los custodios de la palabra del Señor, los cuales «vagan sin sentido por el país» (ib.).

La segunda parte del cántico (cf. vv. 19-21) ya no es una lamentación individual, en primera persona singular, sino una súplica colectiva dirigida a Dios: «¿Por qué nos has herido sin remedio?» (v. 19). En efecto, además de la espada y del hambre, hay una tragedia mayor: la del silencio de Dios, que ya no se revela y parece haberse encerrado en su cielo, como disgustado por la conducta de la humanidad. Por eso, las preguntas dirigidas a él se hacen tensas y explícitas en sentido típicamente religioso: «¿Por qué has rechazado del todo a Judá? ¿Tiene asco tu garganta de Sión?» (v. 19). Ya se sienten solos y abandonados, privados de paz, de salvación y de esperanza. El pueblo, abandonado a sí mismo, se encuentra desconcertado e invadido por el terror.

Esta soledad existencial, ¿no es la fuente profunda de tanta insatisfacción, que captamos también en nuestros días? Tanta inseguridad y tantas reacciones desconsideradas tienen su raíz en el hecho de haberse alejado de Dios, roca de salvación.

4. En este momento se produce un cambio radical: el pueblo vuelve a Dios y le dirige una intensa oración. Ante todo, reconoce su pecado con una breve pero sentida confesión de culpa: «Señor, reconocemos nuestra impiedad (...), pecamos contra ti» (v. 20). Por consiguiente, el silencio de Dios era provocado por el alejamiento del hombre. Si el pueblo se convierte y vuelve al Señor, también Dios se mostrará dispuesto a salir a su encuentro para abrazarlo.

Al final, el profeta usa dos palabras fundamentales: el «recuerdo» y la «alianza» (v. 21). Dios es invitado por su pueblo a «recordar», es decir, a reanudar el hilo de su benevolencia generosa, manifestada tantas veces en el pasado con intervenciones decisivas para salvar a Israel. Dios es invitado a recordar que se ha unido a su pueblo mediante una alianza de fidelidad y amor. Precisamente por esta alianza, el pueblo puede confiar en que el Señor intervendrá para liberarlo y salvarlo. El compromiso que ha asumido, el honor de su «nombre», el hecho de su presencia en el templo, su «trono glorioso», impulsan a Dios, después del juicio por el pecado y el silencio, a acercarse nuevamente a su pueblo para devolverle la vida, la paz y la alegría.

Por consiguiente, al igual que los israelitas, también nosotros podemos tener la certeza de que el Señor no nos abandona para siempre, sino que, después de cada prueba purificadora, vuelve a «iluminar su rostro sobre nosotros, nos otorga su favor (...) y nos concede la paz», como reza la bendición sacerdotal recogida en el libro de los Números (cf. Nm 6,25-26).

5. En conclusión, la súplica de Jeremías se podría comparar con una conmovedora exhortación dirigida a los cristianos de Cartago por san Cipriano, obispo de esa ciudad en el siglo III. En tiempo de persecución, san Cipriano exhorta a sus fieles a

invocar al Señor. Esta imploración no es idéntica a la súplica del profeta, porque no contiene una confesión de los pecados, pues la persecución no es un castigo por los pecados, sino una participación en la pasión de Cristo. A pesar de ello, se trata de una invocación tan apremiante como la de Jeremías. «Implóremos todos al Señor -dice san Cipriano- con sinceridad, sin dejar de pedir, confiando en obtener lo que pedimos. Implorémosle gimiendo y llorando, como es justo que imploren los que se encuentran entre los desventurados que lloran y otros que temen desgracias, entre los muchos que sufren por las matanzas y los pocos que quedan de pie. Pidamos que pronto se nos devuelva la paz, que se nos preste ayuda en nuestros escondrijos y en los peligros, que se cumpla lo que el Señor se digna mostrar a sus siervos: la restauración de su Iglesia, la seguridad de nuestra salvación eterna, el cielo despejado después de la lluvia, la luz después de las tinieblas, la calma tras las tempestades y los torbellinos, la ayuda compasiva de su amor de padre, las grandezas de la divina majestad, que conocemos muy bien» (Epistula 11, 8, en: S. Pricoco-M. Simonetti, *La preghiera dei cristiani*, Milán 2000, pp. 138-139).

Monición para el cántico del Padre Farnés

El cántico de Jeremías es una plegaria penitencial que cuadra muy bien con la oración del viernes, día de la muerte del Señor. Una prolongada sequía está destruyendo, año tras año, las cosechas de los campos y, ante tamaña desgracia, el profeta pide ayuda y misericordia a Dios. Pero Dios se muestra inexorable: los hijos de Judá van en pos de dioses extranjeros y tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país. El Señor, por tanto, no solamente dejará sin remedio la sequía, sino que al castigo de los campos sin cosechas seguirá el azote de la guerra. Ante tal respuesta por parte del Señor, Jeremías no desfallece; confiesa las culpas del pueblo, -Señor, reconocemos nuestra impiedad-, y espera el perdón de Dios, -no rompas tu alianza con nosotros, no nos rechaces-.

Pidamos, también nosotros, al Señor que, a pesar de nuestras infidelidades, no nos abandone. Que nuestra plegaria sea la del publicano humilde que se reconoce pecador; aunque nuestras culpas merecen el castigo, el Señor se apiadará de nosotros por amor de su nombre.

En la celebración comunitaria, es recomendable que este cántico sea proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antifona propia, la asamblea puede acompañar el cántico cantando alguna antifona de matiz penitencial, por ejemplo: «¡Perdón, Señor, hemos pecado!» (MD 802) o bien «Danos, Señor, un corazón nuevo» (MD 971).

SALMO 99

Alegría de los que entran en el templo

¹Aclama al Señor, tierra entera,
²servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores.

³Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.

⁴Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre:

⁵«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades».

[La introducción del salmo dice: Salmo de acción de gracias (v. 1). La Biblia de Jerusalén pone a este salmo el título de Exhortación a la alabanza. Este himno doxológico concluye la serie de los salmos del reinado de Yahvé (Sal 93ss). Se recitaba tal vez al entrar en el santuario para ofrecer los sacrificios de comunión (Lv 7,11-12). El v. 5 es un estribillo antiguo, Jr 33,11, repetido con frecuencia en los salmos en forma de antifona y de preludeo, y citado en otros muchos pasajes bíblicos. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Acción de gracias. La suma bondad de Dios, hacedor de todo y pastor de su pueblo, hace que se le hayan de dar incesantes gracias. Este himno, de marcado sello litúrgico, es como una doxología que cierra los llamados «salmos del reino» (93; 96-100). Es de tipo procesional. Y la panorámica es universalista, como Is 56,6-7.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 8 de enero de 2003]

Alegría de los que entran en el templo

1. En el clima de alegría y de fiesta que se prolonga durante esta última semana del tiempo navideño, queremos reanudar nuestra meditación sobre la liturgia de las Laudes. Hoy reflexionamos sobre el salmo 99, que se acaba de proclamar y

que constituye una jubilosa invitación a alabar al Señor, pastor de su pueblo.

Siete imperativos marcan toda la composición e impulsan a la comunidad fiel a celebrar, en el culto, al Dios del amor y de la alianza: aclamad, servid, entrad en su presencia, reconoced, entrad por sus puertas, dadle gracias, bendecid su nombre. Se puede pensar en una procesión litúrgica, que está a punto de entrar en el templo de Sión para realizar un rito en honor del Señor (cf. Sal 14; 23; 94).

En el salmo se utilizan algunas palabras características para exaltar el vínculo de alianza que existe entre Dios e Israel. Destaca ante todo la afirmación de una plena pertenencia a Dios: «somos suyos, su pueblo» (Sal 99,3), una afirmación impregnada de orgullo y a la vez de humildad, ya que Israel se presenta como «ovejas de su rebaño» (ib.). En otros textos encontramos la expresión de la relación correspondiente: «El Señor es nuestro Dios» (cf. Sal 94,7). Luego vienen las palabras que expresan la relación de amor, la «misericordia» y «fidelidad», unidas a la «bondad» (cf. Sal 99,5), que en el original hebreo se formulan precisamente con los términos típicos del pacto que une a Israel con su Dios.

2. Aparecen también las coordenadas del espacio y del tiempo. En efecto, por una parte, se presenta ante nosotros la tierra entera, con sus habitantes, alabando a Dios (cf. v. 2); luego, el horizonte se reduce al área sagrada del templo de Jerusalén con sus atrios y sus puertas (cf. v. 4), donde se congrega la comunidad orante. Por otra parte, se hace referencia al tiempo en sus tres dimensiones fundamentales: el pasado de la creación («él nos hizo», v. 3), el presente de la alianza y del culto («somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño», v. 3) y, por último, el futuro, en el que la fidelidad misericordiosa del Señor se extiende «por todas las edades», mostrándose «eterna» (v. 5).

3. Consideremos ahora brevemente los siete imperativos que constituyen la larga invitación a alabar al Señor y ocupan casi todo el Salmo (cf. vv. 2-4), antes de encontrar, en el último versículo, su motivación en la exaltación de Dios, contemplado en su identidad íntima y profunda.

La primera invitación es a la aclamación jubilosa, que implica a la tierra entera en el canto de alabanza al Creador. Cuando oramos, debemos sentirnos en sintonía con todos los orantes que, en lenguas y formas diversas, ensalzan al único Señor. «Pues -como dice el profeta Malaquías- desde el sol levante hasta el poniente, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos» (Ml 1,11).

4. Luego vienen algunas invitaciones de índole litúrgica y ritual: «servir», «entrar en su presencia», «entrar por las puertas» del templo. Son verbos que, aludiendo también a las audiencias reales, describen los diversos gestos que los fieles realizan cuando entran en el santuario de Sión para participar en la oración comunitaria. Después del canto cósmico, el pueblo de Dios, «las ovejas de su rebaño», su «propiedad entre todos los pueblos» (Ex 19,5), celebra la liturgia.

La invitación a «entrar por sus puertas con acción de gracias», «por sus atrios con himnos», nos recuerda un pasaje del libro Los misterios, de san Ambrosio, donde se describe a los bautizados que se acercan al altar: «El pueblo purificado se acerca al altar de Cristo, diciendo: "Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud" (Sal 42,4). En efecto, abandonando los despojos del error inveterado, el pueblo, renovado en su juventud como águila, se apresura a participar en este banquete celestial. Por ello, viene y, al ver el altar sacrosanto preparado convenientemente, exclama: "El Señor es mi pastor; nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas" (Sal 22,1-2)» (Opere dogmatiche III, SAEMO 17, pp. 158-159).

5. Los otros imperativos contenidos en el salmo proponen actitudes religiosas fundamentales del orante: reconocer, dar gracias, bendecir. El verbo reconocer expresa el contenido de la profesión de fe en el único Dios. En efecto, debemos proclamar que sólo «el Señor es Dios» (Sal 99,3), luchando contra toda idolatría y contra toda soberbia y poder humanos opuestos a él.

El término de los otros verbos, es decir, dar gracias y bendecir, es también «el nombre» del Señor (cf. v. 4), o sea, su persona, su presencia eficaz y salvadora.

A esta luz, el salmo concluye con una solemne exaltación de Dios, que es una especie de profesión de fe: el Señor es bueno y su fidelidad no nos abandona nunca, porque él está siempre dispuesto a sostenernos con su amor misericordioso. Con esta confianza el orante se abandona al abrazo de su Dios: «Gustad y ved qué bueno es el Señor -dice en otro lugar el salmista-; dichoso el que se acoge a él» (Sal 33,9; cf. 1 P 2,3).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 99 nos invita al gozo y a la alegría. Cristo, victorioso vencedor de la muerte, es nuestro pastor, y nosotros, sus ovejas, caminamos, tras él y como él, hacia la resurrección. Aclamemos, pues, al Señor con alegría, y que esta hora, en la que Cristo entró en su gloria, aumente nuestra esperanza de que también nosotros, ovejas de su rebaño, entraremos un día por sus puertas con acción de gracias, bendiciendo su nombre.

El salmo 99 es un canto procesional de acción de gracias a Dios que ha elegido a Israel y lo guía con cuidado amoroso como a ovejas de su rebaño.

Pero Israel -la Iglesia- es un pueblo sacerdotal, es «Lumen gentium», luz de los gentiles; por ello no puede contentarse con cantar ella sola a Dios. Toda la tierra, todos los hombres, deben sumarse a esta alabanza: Aclama al Señor, tierra entera. Nosotros caminamos también procesionalmente siguiendo a Cristo, que ha pasado ya de este mundo al Padre, y nos dirigimos hacia el verdadero atrio de Dios, el reino donde Cristo victorioso está sentado a la derecha del Padre. Que la alegría y el canto sea pues el distintivo de los que creemos en el reinado que, ya en este mundo, es objeto de nuestra esperanza y de nuestros anhelos.

LAUDES DEL SÁBADO DE LA III SEMANA

SALMO 118, 145-152

Promesa de observar la ley de Dios

¹⁴⁵Te invoco de todo corazón:
respóndeme, Señor, y guardaré tus leyes;
^{146a}ti grito: sálvame,
y cumpliré tus decretos;
¹⁴⁷me adelanto a la aurora pidiendo auxilio,
esperando tus palabras.

¹⁴⁸Mis ojos se adelantan a las vigili-
as, meditando tu promesa;
¹⁴⁹escucha mi voz por tu misericordia,
con tus mandamientos dame vida;
¹⁵⁰ya se acercan mis inicuos perseguidores,
están lejos de tu voluntad.

¹⁵¹Tú, Señor, estás cerca,
y todos tus mandatos son estables;
¹⁵²hace tiempo comprendí que tus preceptos
los fundaste para siempre.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo, el más largo del salterio y del que la liturgia toma aquí únicamente los vv. 145-152, agrupados por la letra Qôf, el título de Elogio de la ley divina. Es un salmo «alfabético». Los ocho versos dobles de cada estrofa comienzan por una de las 22 letras del alfabeto hebreo, y cada uno de ellos, con la única excepción del v. 122, contiene uno de los términos que designan la Ley: dictamen, ordenanza, precepto, mandamiento, promesa, palabra, juicio, camino. La palabra «ley» y sus sinónimos han de ser tomados en el sentido más amplio de enseñanza revelada, tal como la han transmitido los profetas. Tenemos en este salmo uno de los monumentos más característicos de la piedad israelita hacia la revelación divina. Para Nâcar-Colunga el título de este salmo es Excelencias de la ley de Dios. En efecto, canta las excelencias de la divina ley. Está dividido en estrofas, y cada estrofa consta de ocho versos, que comienzan con la letra que a cada una corresponde según el alfabeto hebreo. En cada uno de los ocho versos de la estrofa se menciona la ley divina designada con una palabra distinta: Ley, mandamientos, juicios, estatutos, etc. Tal vez en su origen el orden de todos estos distintos nombres fuera el mismo en todas las estrofas; pero hoy no sucede así,

seguramente por los inevitables descuidos de los copistas. El salmo canta a las excelencias de la Ley divina, respondiendo a los escépticos que vivían al margen de ella. La Ley es el reflejo de la voluntad divina, y por eso debe ser objeto de constante meditación. El estilo es sapiencial. Se exalta la Ley en todas sus facetas. Los epítetos se repiten cansinamente, pero el conjunto es impresionante.]

Catequesis de Juan Pablo II

[**Audiencia general del miércoles 15 de enero de 2003**]

Promesa de cumplir la ley de Dios

1. En nuestro ya largo itinerario a la luz de los salmos que propone la liturgia de las Laudes, llegamos a una estrofa - exactamente, la decimonovena- de la oración más amplia del Salterio, el salmo 118. Se trata de una parte del inmenso cántico alfabético: a través de un juego estilístico, el salmista distribuye su obra en veintidós estrofas, que corresponden a la sucesión de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Cada estrofa consta de ocho versos, cuyos inicios están marcados por palabras hebreas, que comienzan con una misma letra del alfabeto.

La estrofa que acabamos de escuchar va precedida por la letra hebrea qôf, y describe al orante que presenta a Dios su intensa vida de fe y oración (cf. vv. 145-152).

2. La invocación al Señor no conoce descanso, porque es una respuesta continua a la propuesta permanente de la palabra de Dios. En efecto, por una parte, se multiplican los verbos de la oración: Te invoco, te llamo, a ti grito, escucha mi voz. Por otra, se exalta la palabra del Señor, que propone los decretos, las leyes, la palabra, las promesas, el juicio, la voluntad, los mandatos y los preceptos de Dios. Juntamente forman una constelación que es como la estrella polar de la fe y de la confianza del salmista. La oración se manifiesta, por tanto, como un diálogo, que comienza cuando todavía es de noche y aún no ha despuntado el alba (cf. v. 147) y prosigue durante toda la jornada, especialmente en las dificultades de la existencia. En efecto, el horizonte a veces es oscuro y tormentoso: «Ya se acercan mis inicuos perseguidores, están lejos de tu voluntad» (v. 150). Pero el orante tiene una certeza indiscutible, la cercanía de Dios con su palabra y su gracia: «Tú, Señor, estás cerca» (v. 151). Dios no abandona al justo en manos de sus perseguidores.

3. En este punto, después de haber delineado el mensaje sencillo pero incisivo de la estrofa del salmo 118 -un mensaje apto para el inicio de una jornada-, para nuestra meditación

recurremos a un gran Padre de la Iglesia, san Ambrosio, que en su Comentario al Salmo 118 dedica nada menos que 44 párrafos a explicar precisamente la estrofa que hemos escuchado.

Recogiendo la invitación ideal a cantar la alabanza divina desde las primeras horas de la mañana, se detiene en particular en los versículos 147-148: «Me adelanto a la aurora pidiendo auxilio, (...) mis ojos se adelantan a las vigiliass». En esta declaración del salmista, san Ambrosio intuye la idea de una oración constante, que abarca todo tiempo: «Quien implora al Señor, haga como si no conociera que existe un tiempo particular para dedicar a las súplicas a Dios; ha de estar siempre en actitud de súplica. Sea que comamos, sea que bebamos, anunciamos a Cristo, oramos a Cristo, pensamos en Cristo, hablamos de Cristo. Cristo ha de estar siempre en nuestro corazón y en nuestros labios» (Comentario al Salmo 118: SAEMO 10, p. 297).

Refiriendo luego los versículos al momento específico de la mañana y aludiendo también a la expresión del libro de la Sabiduría que prescribe «adelantarse al sol para dar gracias» a Dios (Sb 16,28), san Ambrosio comenta: «En efecto, sería grave que los rayos del sol que sale te sorprendieran acostado en la cama con descaro, y que una luz más fuerte te hiriera los ojos soñolientos, aún dominados por la pereza. Para nosotros, en una noche ociosa, un espacio de tiempo tan largo sin hacer una pequeña práctica de piedad y sin ofrecer un sacrificio espiritual, es una acusación» (ib., p. 303).

4. Luego, san Ambrosio, contemplando el sol que sale -como había hecho en otro de sus célebres himnos «al canto del gallo», el *Aeterne rerum conditor*, que ha sido incluido en la liturgia las Horas- nos interpela así: «¿No sabes, hombre, que cada día adeudas a Dios las primicias de tu corazón y de tu voz? La mies madura cada día; cada día madura su fruto. Por eso, corre al encuentro del sol que sale... El sol de la justicia quiere ser anticipado; no espera otra cosa... Si tú te adelantas a este sol que va a salir, recibirás como luz a Cristo. Será precisamente él la primera luz que brille en lo más íntimo de tu corazón. Será precisamente él quien (...) haga brillar para ti la luz de la mañana en las horas de la noche, si reflexionas en las palabras de Dios. Mientras tú reflexionas, se hace la luz... Muy de mañana apresúrate a ir a la iglesia y lleva como ofrenda las primicias de tu devoción. Y después, si los compromisos del mundo te llaman, nada te impedirá decir: "mis ojos se adelantan a las vigiliass meditando tu promesa", y con la conciencia tranquila te dedicarás a tus asuntos. ¡Qué hermoso es comenzar la jornada con himnos y cánticos, con las bienaventuranzas que lees en el evangelio! Es muy saludable que venga sobre ti, para bendecirte, el discurso del Señor; que tú, mientras repites cantando las bendiciones del Señor, tomes el compromiso de practicar alguna virtud, si quieres tener

también dentro de ti algo que te haga sentir merecedor de esa bendición divina» (ib., pp. 303, 309, 311 y 313).

Recojamos también nosotros la invitación de san Ambrosio y cada mañana abramos la mirada a la vida diaria, a sus alegrías y sus tristezas, invocando a Dios para que esté cerca de nosotros y nos guíe con su palabra, que infunde serenidad y gracia.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 118 es un canto a la Ley, de un piadoso israelita que vive en un ambiente de indiferencia religiosa, muy parecido a muchos de nuestros ambientes actuales. La Ley significa, para él, la revelación, las promesas, la palabra misma de Dios que se dirige a su pueblo.

Empezar el día con este salmo significa profesar que también nosotros ponemos en Dios nuestra delicia; y ello a pesar de que el ambiente procura olvidar a este Dios, para vivir cada uno de cara a sus propios intereses. «Señor, me adelanto a la aurora esperando tus palabras; en ellas quiero cimentar toda mi vida. Conozco las dificultades, los enemigos que, con esta actitud, me ganaré: Ya se acercan mis inicuos perseguidores. El mundo nos odia y nos rechazará, pero, si los perseguidores se acercan, tú, Señor, estás más cerca aún y con tus mandamientos me darás vida, y una vida muy superior a la que el mundo, con sus riquezas, podría ofrecerme».

El autor del salmo 118 es un piadoso israelita, enamorado de la ley de Dios, que sufre las burlas de un ambiente de indiferencia religiosa que desprecia su proceder y prefiere dedicarse a los propios intereses antes que meditar la ley de Dios y poner en ella su esperanza.

El ambiente de indiferencia religiosa no fue privativo de muchos hijos de Israel, sumergidos entre pueblos que les aventajaban culturalmente casi siempre. También hoy la Iglesia cristiana, sumergida en culturas y técnicas muy adelantadas, puede tener la tentación de hacer de ellas su dios y olvidar el Evangelio. Por ello, la oración del joven israelita autor del salmo es muy apta para empezar nuestra jornada cristiana: Aunque se acerquen, Señor, mis inicuos perseguidores, que quisieran apartarme de tu ley, prometiéndome otras felicidades, yo me adelanto a la aurora, esperando tus palabras.

CÁNTICO DE LA SABIDURÍA, SB 9,1-6.9-11

Dame, Señor, la sabiduría

¹Dios de los padres y Señor de misericordia,
que con tu palabra hiciste todas las cosas,
²y en tu sabiduría formaste al hombre,
para que dominase sobre tus criaturas,
³y para regir el mundo con santidad y justicia,
y para administrar justicia con rectitud de corazón.

⁴Dame la sabiduría asistente de tu trono
y no me excluyas del número de tus siervos,
⁵porque siervo tuyo soy, hijo de tu sierva,
hombre débil y de pocos años,
demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes.

⁶Pues, aunque uno sea perfecto
entre los hijos de los hombres,
sin la sabiduría, que procede de ti,
será estimado en nada.

⁹Contigo está la sabiduría, concedora de tus obras,
que te asistió cuando hacías el mundo,
y que sabe lo que es grato a tus ojos
y lo que es recto según tus preceptos.

¹⁰Mándala desde tus santos cielos,
y de tu trono de gloria envíala,
para que me asista en mis trabajos
y venga yo a saber lo que te es grato.

¹¹Porque ella conoce y entiende todas las cosas,
y me guiará prudentemente en mis obras,
y me guardará en su esplendor.

[La Biblia de Jerusalén da a este cántico el título de Oración para alcanzar la Sabiduría. Para Nacar-Colunga el título de este cántico es Oración de Salomón para alcanzar la sabiduría.]

Esta plegaria es una ampliación de la que hizo Salomón a Yahvé cuando se le apareció en Gabaón después de haber ofrecido el rey sabio en su honor un gran número de sacrificios (1 R 3,6-9), adaptada a los fines que el autor pretende. Podemos distinguir tres partes en ella: en la primera (vv. 1-6) invoca a Dios e implora humildemente la sabiduría; en la segunda (7-12) indica los motivos por los que necesita de ella; en la tercera (13-18) confiesa que, si el Señor no la concede, no es posible obtenerla.

Comienza con una invocación al Dios de los padres, que recibieron de Yahvé las promesas de bendecir al pueblo escogido, cuyos destinos ahora él tiene que regir; al Señor de la misericordia, lleno siempre de bondad y compasión para su pueblo, dispuesto a perdonar y socorrer en todo momento; «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación» lo llama San Pablo; que con su palabra hizo todas las cosas, y puede, por tanto, conceder la sabiduría a Salomón. Con ella formó Dios al hombre, obra maestra de la creación. Lo hizo a su imagen y semejanza, dotado de entendimiento y voluntad, y lo constituyó rey y señor de las cosas creadas; pero en el ejercicio de este señorío ha de proceder con santidad y justicia: la primera regula las relaciones del hombre para con Dios; la segunda, las de los hombres entre sí.

Expresados los sentimientos de confianza que le inspiran la misericordia y el poder de Dios, Salomón pide al Señor la sabiduría asistente de su trono (v. 4), locución que expresa la proximidad y convivencia de la sabiduría con Dios, con la que el rey sabio implora que, como ella le asistió en la creación y asiste en el gobierno del mundo, le acompañe a él en la misión que le confía y no se vea excluido del número de los israelitas, sus siervos, que gozaron de su favor y engrandecieron al pueblo escogido. Y sabiendo que la oración del humilde penetra los cielos, se presenta ante el Señor como un siervo, cuya suerte está en sus manos, como un hombre débil de vida corta, flor que brota y se marchita, sombra que pasa, y se reconoce demasiado pequeño -Salomón subió al trono siendo todavía muy joven (tendría unos 20 años), y pronunció su plegaria al principio de su reinado- para poseer el juicio necesario para resolver los enigmas; el conocimiento preciso de las leyes y su aplicación práctica para gobernar sabiamente el pueblo escogido. Además, que, por muy buenas cualidades humanas e intelectuales que tenga el hombre, si Dios no le concede su sabiduría, resultarán vanos sus esfuerzos en orden a un buen gobierno de los hombres conforme a la voluntad de Dios.

En la segunda parte de su oración (vv. 7-12) aduce Salomón los motivos por los que precisa la sabiduría de Dios: ha sido escogido para regir al pueblo escogido y para construir un templo y un altar en el monte santo. Para llevar a cabo con éxito tan excelente misión, el rey sabio precisa tener a su lado la sabiduría de Dios. Por ello implora se la envíe desde su

trono de gloria (v. 10), expresión empleada también por Cristo para designar los cielos, que refleja la majestad y grandeza del Señor, para que le asista en sus trabajos. La sabiduría, como confidente de Dios y consejera en sus obras, le guiará en sus actos y le guardará en su esplendor, como protegió y defendió de los senderos peligrosos la nube esplendorosa a Israel a su paso por el desierto. Asistido de este modo por la sabiduría, Salomón podrá cumplir con toda fidelidad su misión y ser, como David, su padre, grato a los ojos de Dios y digno sucesor de su trono.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 29 de enero de 2003]

1. El cántico que se nos propone hoy nos presenta la mayor parte de una amplia oración puesta en labios de Salomón, al que la tradición bíblica considera el rey justo y el sabio por excelencia. Se encuentra en el capítulo 9 del libro de la Sabiduría, un texto del Antiguo Testamento compuesto en griego, tal vez en Alejandría de Egipto, en los umbrales de la era cristiana. En él se refleja el judaísmo vivo y abierto de la diáspora hebrea en el mundo helenístico.

Son fundamentalmente tres las líneas de pensamiento teológico que este libro nos propone: la inmortalidad feliz, como meta final de la existencia del justo (cf. capítulos 1-5); la sabiduría como don divino y guía de la vida y de las opciones de los fieles (cf. cc. 6-9); la historia de la salvación, sobre todo el acontecimiento fundamental del éxodo de la opresión egipcia, como signo de la lucha entre el bien y el mal, que desemboca en una salvación y redención plena (cf. cc. 10-19).

2. Salomón vivió aproximadamente diez siglos antes del autor inspirado del libro de la Sabiduría, pero ha sido considerado el fundador y el artífice ideal de toda la reflexión sapiencial posterior. La oración del himno puesto en sus labios es una invocación solemne dirigida al «Dios de los padres y Señor de la misericordia» (Sb 9,1), para que conceda el don valiosísimo de la sabiduría.

Es evidente en nuestro texto la alusión a la escena narrada en el primer libro de los Reyes, cuando Salomón, al inicio de su reinado, se dirige al alto de Gabaón, donde se alzaba un santuario, y, después de celebrar un grandioso sacrificio, durante la noche tiene un sueño-revelación. A Dios, que lo invita a pedirle un don, responde: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón prudente para gobernar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal» (1 R 3,9).

3. La idea que sugiere esta invocación de Salomón se desarrolla en nuestro cántico mediante una serie de peticiones dirigidas al

Señor, para que conceda ese tesoro insustituible que es la sabiduría.

En el pasaje, recortado por la liturgia de Laudes, encontramos estas dos imploraciones: «Dame la sabiduría. (...) Mándala de tus santos cielos, de tu trono de gloria» (Sb 9,4.10). El fiel es consciente de que sin este don carece de guía, de una estrella polar que le oriente en las opciones morales de la existencia: «Soy hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes. (...) Sin la sabiduría, que procede de ti, (el hombre) será estimado en nada» (vv. 5-6).

Es fácil intuir que esta «sabiduría» no es la simple inteligencia o habilidad práctica, sino más bien la participación en la mente misma de Dios, que «con su sabiduría formó al hombre» (cf. v. 2). Por consiguiente, es la capacidad de penetrar en el sentido profundo del ser, de la vida y de la historia, traspasando la superficie de las cosas y de los acontecimientos para descubrir en ellos el significado último, querido por el Señor.

4. La sabiduría es como una lámpara que ilumina nuestras opciones morales de cada día y nos lleva por el camino recto, «para saber lo que es grato al Señor y lo que es recto según sus preceptos» (cf. v. 9). Por eso, la liturgia nos hace orar con las palabras del libro de la Sabiduría al inicio de una jornada, precisamente para que Dios, con su sabiduría, esté a nuestro lado y «nos asista en nuestros trabajos» de cada día (cf. v. 10), mostrándonos el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

Cuando la Sabiduría divina nos lleva de la mano, nos adentramos con confianza en el mundo. A ella nos asimos, amándola con un amor esponsal, a ejemplo de Salomón, el cual, siempre según el libro de la Sabiduría, confesaba: «Yo la amé y la pretendí desde mi juventud; me esforcé por hacerla esposa mía y llegué a ser un apasionado de su belleza» (Sb 8,2).

5. Los Padres de la Iglesia identificaron a Cristo con la Sabiduría de Dios, siguiendo a san Pablo, que definió a Cristo «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,24).

Concluyamos con una oración de san Ambrosio, que se dirige a Cristo así: «Enséñame las palabras llenas de sabiduría, porque tú eres la Sabiduría. Abre mi corazón, tú que abriste el Libro. Ábreme la puerta del cielo, porque tú eres la Puerta. Si entramos por ti, poseeremos el reino eterno; si entramos por ti, no quedaremos defraudados, porque no puede equivocarse quien entra en la morada de la Verdad» (Commento al Salmo 118, 1: SAEMO 9, p. 377).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Este cántico que el libro de la Sabiduría pone en labios de Salomón, el rey sabio por excelencia, es una de las más bonitas plegarias de la Biblia, muy apta para ser rezada al principio del nuevo día y muy fácilmente adaptable a la situación de cada uno de nosotros.

Por nuestra condición humana, somos débiles y demasiado pequeños para conocer el juicio y las leyes de Dios; pero el Señor ha escogido el hombre, para que dominase sobre sus criaturas y para que rigiese el mundo y lo gobernase. Mas, para realizar esta misión, nos es necesario pedir insistentemente la sabiduría asistente del trono de Dios.

Tenemos necesidad de conocer los planes de Dios para construir la Iglesia y edificar el mundo con los trabajos del día que estamos empezando. Pidamos, pues, que el Señor nos dé su sabiduría, para que sepamos realizar lo que es grato a los ojos de Dios, y lo que es recto según sus preceptos. Que Dios dé también esta sabiduría a todos nuestros hermanos, especialmente a aquellos que tienen responsabilidades especiales en el gobierno del mundo y de la Iglesia.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antifona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antifona que pida la luz de Dios o la asistencia del Espíritu, por ejemplo: «Como busca la cierva» (MD 739) o bien «Oh, Señor, envía a tu Espíritu» (MD 972).

SALMO 116

Invitación universal a la alabanza divina

¹Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos.

²Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre.

[Esta brevísima pieza poética, el aleluya de todos los pueblos, tiene el aire de una doxología que se repetiría al principio y al fin de las funciones litúrgicas. El salmista, en nombre del pueblo, invita a todas las naciones a asociarse a las alabanzas a Yahvé por haber mostrado su piedad y fidelidad hacia su pueblo. La proyección es netamente mesiánica, pues se da acceso a todas las gentes a participar en el culto al Dios de Israel. El poeta considera las voces de todos los pueblos como un gigantesco orfeón que entona el aleluya en honor del Dios

único, especialmente vinculado a los destinos de Israel como centro de la historia. La piedad y la fidelidad de Yahvé para con su pueblo son una prenda de benevolencia para todas las naciones, ya que Israel constituye como las primicias de todos los pueblos en los planes salvadores del Dios único.

Esta invitación a las naciones a asociarse a las alabanzas de Yahvé en torno a Israel prueba el carácter excepcional del pueblo elegido en orden a la salvación del mundo. He aquí cómo bellamente explica esta idea el cardenal Faulhaber: «El salmista quisiera reunir todos los pueblos de la tierra en un orfeón gigantesco, cuyos coros masivos cantaran al Señor de la revelación un aleluya de miles y miles de voces, una verdadera coral de Pentecostés. La primera mitad del salmo contiene la invitación a establecer el orfeón mundial y a cantar; la segunda mitad expone los motivos de la invitación... El objeto perpetuo y continuo del canto de los pueblos es Yahvé, el Dios de la revelación y de la redención... Las dos columnas sobre las que se funda la salvación de los pueblos, sobre las que también, por consiguiente, se basa la acción de gracias de los gentiles por la actividad salvífica de Dios, son la misericordia y la fidelidad de Dios. Su misericordia ha construido sólidamente, en la antigua alianza, los muros de los cimientos; su fidelidad garantiza que el edificio será llevado a buen término en la nueva alianza. Ante la mirada profética del salmista, el edificio está ya en pie, completamente acabado. La barrera entre Israel y las naciones ha sido echada a tierra (Rm 15,11). Puesto que el Mesías es la piedra angular que debe unir en un edificio único el pueblo de Canaán con los otros pueblos, este salmo 116 recibe de su autor una coloración mesiánica. Por el Mesías, el gran retoño de Israel, las bendiciones de la revelación, las verdades y las gracias, se derraman sobre todos los pueblos. El Mesías representa el unísono y el acorde de las voces en el aleluya de la humanidad rescatada. Israel estaba encargado de dirigir el canto, pero no de hacer de solista.»]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audencia general del miércoles 5 de febrero de 2003]

Invitación universal a la alabanza divina

1. Prosiguiendo nuestra meditación sobre los textos de la liturgia de Laudes, volvemos a considerar un salmo ya propuesto, el más breve de todos los que componen el Salterio. Es el salmo 116, que acabamos de escuchar, una especie de pequeño himno, semejante a una jaculatoria que se dilata en una alabanza universal al Señor. El contenido del mensaje se expresa en dos palabras fundamentales: amor y fidelidad (cf. v. 2).

Con estos términos el salmista ilustra sintéticamente la alianza entre Dios e Israel, subrayando la relación profunda, leal y confiada que existe entre el Señor y su pueblo. Escuchamos

aquí el eco de las palabras que Dios mismo había pronunciado en el Sinaí al presentarse ante Moisés. «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (Ex 34,6).

2. El salmo 116, a pesar de su brevedad y esencialidad, capta el núcleo fundamental de la oración, que consiste en el encuentro y en el diálogo vivo y personal con Dios. En ese acontecimiento el misterio de la divinidad se revela como fidelidad y amor.

El salmista añade un aspecto particular de la oración: la experiencia orante debe irradiarse al mundo, transformándose en testimonio ante quien no comparte nuestra fe. En efecto, al inicio, el horizonte se ensancha a «todas las naciones» y «a todos los pueblos» (cf. Sal 116,1), para que ante la belleza y la alegría de la fe también ellas sean conquistadas por el deseo de conocer, encontrar y alabar a Dios.

3. En un mundo tecnológico minado por un eclipse de lo sagrado, en una sociedad que se complace en cierta autosuficiencia, el testimonio del orante es como un rayo de luz en la oscuridad.

En un primer momento sólo puede despertar curiosidad; luego puede llevar a la persona reflexiva a preguntarse por el sentido de la oración; y, por último, puede suscitar un creciente deseo de hacer esa misma experiencia. Por eso, la oración no es nunca un hecho solitario, sino que tiende a dilatarse hasta implicar al mundo entero.

4. Comentando el salmo 116, nos servimos ahora de las palabras de un gran Padre de la Iglesia de Oriente, san Efrén el Sirio, que vivió en el siglo IV. En uno de sus Himnos sobre la fe, el decimocuarto, expresa el deseo de no dejar nunca de alabar a Dios, implicando también «a todos los que comprenden la verdad» divina. He aquí su testimonio:

«¿Cómo puede mi arpa, Señor, dejar de alabarte? ¿Cómo podría enseñar a mi lengua la infidelidad? Tu amor me ha dado confianza en mi apuro, pero mi voluntad sigue siendo ingrata (estrofa 9).

Es justo que el hombre reconozca tu divinidad; es justo que los seres celestiales alaben tu humanidad; los seres celestiales quedaron asombrados de ver hasta qué punto te anonadaste; y los de la tierra de ver cuánto has sido exaltado» (estrofa 10: L'Arpa dello Spirito, Roma 1999, pp. 26-28).

5. En otro himno (Himnos de Nisibi, 50), san Efrén confirma ese compromiso de alabanza incesante, y explica que su motivo

es el amor y la compasión divina hacia nosotros, precisamente como sugiere nuestro salmo: «Que en ti, Señor, mi boca rompa el silencio con la alabanza. Que nuestras bocas expresen la alabanza; que nuestros labios la confiesen; que tu alabanza vibre en nosotros (estrofa 2).

Dado que en nuestro Señor está injertada la raíz de nuestra fe, aunque se encuentre lejos, se halla cerca por la unión del amor. Que las raíces de nuestro amor estén unidas a él; que la plena medida de su compasión se derrame sobre nosotros» (estrofa 6: ib., pp. 77 y 80).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 116 es una doxología por las maravillas que Dios ha realizado en medio de su pueblo: Firme ha sido su misericordia con nosotros. Y, como entre todas estas maravillas de Dios la resurrección de Jesucristo es la culminación de todas, por ello precisamente este salmo encuentra en la hora de Laudes su momento más apropiado. Que todo nuestro ser bendiga, pues, a Dios, cuya fidelidad a sus antiguas promesas de protección a su pueblo ha sido firme, se ha manifestado a nosotros y dura por siempre.

IV Semana del Salterio

LAUDES DEL DOMINGO DE LA IV SEMANA

SALMO 117

Himno de acción de gracias después de la victoria

¹Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

²Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

³Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

⁴Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

⁵En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo.

⁶El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
⁷El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

⁸Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
⁹mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

¹⁰Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
¹¹me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
¹²me rodeaban como avispa,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé.

¹³Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;

¹⁴el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

¹⁵Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:

«La diestra del Señor es poderosa,
¹⁶la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa».

¹⁷No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
¹⁸Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

¹⁹Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor.

²⁰Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.

²¹Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.

²²La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

²³Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

²⁴Éste es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.

²⁵Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.

²⁶Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;

²⁷el Señor es Dios, él nos ilumina.

Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.

²⁸Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo.

²⁹Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.--

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de En la fiesta de las Tiendas. Un invitatorio, vv. 1-4, precede al himno de acción de gracias puesto en labios de la comunidad personificada, completado con la serie de responsorios, vv. 19s y 25s, recitados por diversos grupos cuando la procesión entraba en el Templo. El conjunto se utilizó quizá para la fiesta descrita en Ne 8,13-18. En la tradición cristiana, el v. 24 se aplica al día de la resurrección de Cristo y se utiliza en la liturgia pascual. A la aclamación ritual del v. 25, los sacerdotes respondían con la bendición del v. 26, que la muchedumbre repitió el día de Ramos aplicándola a Jesús, y que ha entrado en el Santo de la misa. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Canto triunfal. El poeta, librado por Dios de grave peligro, canta el poder y la misericordia de Dios para con él, y muestra firme confianza en su protección. O tal vez: himno de acción de gracias por una victoria sobre los enemigos de Israel. Estilo procesional, con intervención de sacerdotes, laicos y prosélitos.--

Con ocasión de una gran solemnidad pública, el salmista entona un himno de acción de gracias por una victoria recientemente obtenida contra los enemigos de Israel. La distribución estrófica tiene un aire procesional, y parece que intervienen todos los estamentos de la sociedad israelita: los sacerdotes, los laicos y aun los prosélitos o adheridos al culto del pueblo escogido. Desde el punto de vista literario se debe notar el aire antifonal del salmo: una voz recita un verso, y el coro responde con una letanía de frases rimadas en consonancia con la idea principal expuesta por el solista que dirige el coro.

Este salmo es el último del grupo aleluyático («Gran Hallel») y rezuma un profundo sentido eucarístico, de acción de gracias. El salmista habla en nombre de la nación (v 10): Yahvé ha liberado milagrosamente al pueblo de un gran peligro

nacional, y el poeta, recogiendo el sentir colectivo, expresa, durante una procesión al templo para ofrecer las víctimas eucarísticas, los sentimientos de gratitud hacia el Dios nacional.

Organizada la procesión (vv. 1-14), un salmista invita a todos los componentes del pueblo elegido a cantar los beneficios de su Dios. El pueblo responde: «porque es eterna su misericordia». Después el director de coro se dirige a cada uno de los estamentos de la sociedad israelita: a la casa de Israel, es decir, la representación del elemento laico de la teocracia israelita. El pueblo contesta con el estribillo anterior. A continuación se dirige el salmista a la clase sacerdotal -la casa de Aarón-, y el coro general contesta con el mismo estribillo. Finalmente, el salmista se dirige a los temerosos de Yahvé -los espíritus religiosos más selectos o quizá los «prosélitos» adheridos al culto yahvista, aunque de procedencia gentilica-, y el coro sigue repitiendo el refrán que ensalza la misericordia de su Dios.

A continuación (v. 5ss) el salmista declara cómo Yahvé ha mostrado su misericordia con él -habla en nombre de la colectividad nacional-, pues le ha liberado de una situación angustiosa. En realidad, teniendo a su favor a Yahvé, nada puede temer de sus enemigos. Los auxilios humanos son insuficientes y aun falaces; por eso, sólo debe confiarse en Yahvé, que no engaña y es omnipotente.

Después de la victoria sobre los obstinados enemigos (vv. 15-29), los israelitas, agradecidos, entonan himnos jubilosos de triunfo, pues se ha manifestado la diestra poderosa de Yahvé como en los tiempos antiguos. La estructura procesional parece mantenerse en la repetición del estribillo: «la diestra del Señor es poderosa». El pueblo entra solemnemente en el templo de Jerusalén y canta las nuevas gestas de su Dios, no inferiores a las del Éxodo.

Una vez llegados al umbral del recinto sagrado, una voz pide que se abran las puertas del templo, que representan la justicia; ellas guardan al Dios justo, y en su morada santa se muestra su espíritu de justicia para con su pueblo. Los guardianes del templo declaran que ésta es la puerta del Señor (v. 20). Por eso, por ella deben entrar sólo los justos, que conforman su vida a las exigencias de la ley divina. De nuevo una voz declara el motivo de la actual exultación colectiva: el pueblo de Dios, minúsculo en apariencia, ha sido despreciado por los grandes imperios, pero ahora se ha convertido, según los planes divinos, en piedra angular del edificio de todas las naciones (v. 22). Israel es, en efecto, la piedra angular en el edificio de la salvación de la humanidad, pues es el vehículo de transmisión de los designios salvadores de Dios en la historia. Jesucristo se aplicó este texto a sí mismo, pues las clases dirigentes de Israel no le han querido reconocer como Mesías, cuando es la piedra angular del mesianismo (Mt 21,42). En efecto, Cristo es el punto de conjunción del Israel de las promesas y el de las

realizaciones mesiánicas universalistas. El salmista, entusiasmado ante los destinos de Israel, dice: Es el Señor quien lo ha hecho. Este día de la liberación de Israel es el día en que actuó el Señor.

Al hacer su entrada en el templo el presidente del cortejo procesional, una voz proclama enfáticamente: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! Las turbas de Jerusalén saludarán con estas mismas palabras a Jesús al entrar triunfante en la ciudad santa.

Finalmente, se invita a todo el pueblo a desplegarse procesionalmente en el templo con los ramos en las manos. El salmo se cierra con la antífona inicial repetida por el pueblo: Dad gracias al Señor porque es bueno...

La distribución coral y procesional de las distintas partes del salmo parece necesaria para poder entender los cambios de personas y de ideas del mismo.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 12 de febrero de 2003]

Himno de acción de gracias después de la victoria

1. En todas las festividades más significativas y alegres del antiguo judaísmo, especialmente en la celebración de la Pascua, se cantaba la secuencia de salmos que va del 112 al 117. Esta serie de himnos de alabanza y de acción de gracias a Dios se llamaba el «Hallel egipcio», porque en uno de ellos, el salmo 113 A, se evocaban de un modo poético, muy gráfico, el éxodo de Israel de la tierra de la opresión, el Egipto faraónico, y el maravilloso don de la alianza divina. Pues bien, el salmo con el que se concluye este «Hallel egipcio» es precisamente el salmo 117, que se acaba de proclamar y que ya hemos meditado en un comentario anterior.

2. Este canto revela claramente un uso litúrgico en el interior del templo de Jerusalén. En efecto, en su trama parece desarrollarse una procesión, que comienza entre las «tiendas de los justos» (v. 15), es decir, en las casas de los fieles. Estos exaltan la protección de la mano de Dios, capaz de tutelar a los rectos, a los que confían en él incluso cuando irrumpen adversarios crueles. La imagen que usa el salmista es expresiva: «Me rodeaban como avispas, ardiendo como fuego en las zarzas; en el nombre del Señor los rechacé» (v. 12).

Al ser liberado de ese peligro, el pueblo de Dios prorrumpie en «cantos de victoria» (v. 15) en honor de la «poderosa diestra del Señor» (cf. v. 16), que ha obrado maravillas. Por consiguiente, los fieles son conscientes de que nunca están

solos, a merced de la tempestad desencadenada por los malvados. En verdad, Dios tiene siempre la última palabra; aunque permite la prueba de su fidelidad, no lo entrega a la muerte (cf. v. 18).

3. En este momento parece que la procesión llega a la meta evocada por el salmista mediante la imagen de la «puerta de la justicia» (v. 19), es decir, la puerta santa del templo de Sión. La procesión acompaña al héroe al que Dios ha dado la victoria. Pide que se le abran las puertas, para poder «dar gracias al Señor» (v. 19). Con él «entran los justos» (v. 20). Para expresar la dura prueba que ha superado y la glorificación que ha tenido como consecuencia, se compara a sí mismo a la «piedra que desecharon los arquitectos», transformada luego en «la piedra angular» (v. 22).

Cristo utilizará precisamente esta imagen y este versículo, al final de la parábola de los viñadores homicidas, para anunciar su pasión y su glorificación (cf. Mt 21,42).

4. Aplicándose el salmo a sí mismo, Cristo abre el camino a una interpretación cristiana de este himno de confianza y de acción de gracias al Señor por su *hesed*, es decir, por su fidelidad amorosa, que se refleja en todo el salmo (cf. Sal 117,1.2.3.4.29).

Los símbolos adoptados por los Padres de la Iglesia son dos. Ante todo, el de «puerta de la justicia», que san Clemente Romano, en su Carta a los Corintios, comentaba así: «Siendo muchas las puertas que están abiertas, ésta es la puerta de la justicia, a saber: la que se abre en Cristo. Bienaventurados todos los que por ella entran y enderezan sus pasos en santidad y justicia, cumpliendo todas las cosas sin perturbación» (48, 4: Padres Apostólicos, BAC, Madrid 1993, p. 222).

5. El otro símbolo, unido al anterior, es precisamente el de la piedra. En nuestra meditación sobre este punto nos dejaremos guiar por san Ambrosio, el cual, en su Exposición sobre el evangelio según san Lucas, comentando la profesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo, recuerda que «Cristo es la piedra» y que «también a su discípulo Cristo le otorgó este hermoso nombre, de modo que también él sea Pedro, para que de la piedra le venga la solidez de la perseverancia, la firmeza de la fe».

San Ambrosio introduce entonces la exhortación: «Esfuérzate por ser tú también piedra. Pero para ello no busques fuera de ti, sino en tu interior, la piedra. Tu piedra son tus acciones; tu piedra es tu pensamiento. Sobre esta piedra se construye tu casa, para que no sea zarandeada por ninguna tempestad de los espíritus del mal. Si eres piedra, estarás dentro de la Iglesia, porque la Iglesia está asentada sobre piedra. Si estás dentro de

la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ti» (VI, 97-99: Opere esegetiche IX/II, Milán-Roma 1978, SAEMO 12, p. 85).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 117 evoca la historia de la victoria de un rey e incluye una liturgia de acción de gracias. Un personaje importante - probablemente, el rey o el pueblo entero, personificado en este personaje- ha tenido que librar una fuerte batalla contra el enemigo. El combate ha sido recio y el peligro grande; la misma vida ha estado en trance: Todos los pueblos me rodeaban, cerrando el cerco; me rodeaban como avispas y empujaban para derribarme. Ante tales dificultades, se acudió al Señor, y el Señor mostró su poder: En el peligro grité al Señor. El Señor me castigó, pero no me entregó a la muerte, me escuchó.

Por ello se celebra esta fiesta de acción de gracias, esta procesión jubilosa al templo, que constituye el segundo tema del salmo. Todo el pueblo se dirige al templo con cantos de acción de gracias. El Señor manifiesta realmente su poder en la guerra: Éste es el día en que actuó el Señor; dad, pues, gracias al Señor, porque es eterna su misericordia. Al son de estos cantos de acción de gracias, la procesión llega al templo, para celebrar una liturgia de acción de gracias: Abridme las puertas del triunfo (del templo), y entraré para dar gracias al Señor. Israel era, ciertamente, insignificante ante el poder de los enemigos, pero la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Dios ha bendecido con la victoria al débil, y por ello los sacerdotes, desde el templo, repiten esta bendición sobre la procesión que avanza: Bendito el que viene en nombre del Señor.

Para los cristianos, esta lucha y esta victoria evocan el misterio pascual de Jesús, luchando en la pasión y triunfando en la resurrección. El Señor mismo, a las puertas de su muerte, aplicó este salmo a su persona: «¿No habéis leído nunca en la Escritura: "La piedra que desecharon los arquitectos..."?» (Mt 21, 42). Las turbas aplicaron a Jesús este canto en el domingo de ramos: «Bendito el que viene en nombre del Señor» (Mt 21, 9). Los apóstoles, en su predicación, confirmaron esta interpretación (cf. Hch 4,11; cf. 1 Pe 2,4).

No es extraño, pues, que en todas las liturgias este salmo haya venido a ser un salmo dominical y pascual. A nosotros, recitado en la primera hora del domingo, debe invitarnos a una oración contemplativa del triunfo pascual y a la acción de gracias por el mismo. El salmo nos evoca la voz del Señor en la lucha de su pasión: «Todos los pueblos me rodeaban, cerrando el cerco; me rodeaban como avispas y empujaban para derribarme, pero acudí con lágrimas y súplicas al Padre (Hb 5,7), y el Señor, si bien me castigó en la cruz, cargando sobre mí

el pecado del mundo, no me entregó a la muerte definitiva, y me escuchó». Por eso, el domingo resuena en todas las comunidades cristianas con cantos de victoria y acción de gracias. Escuchad, hay cantos de victoria: «La diestra del Señor es poderosa». No he de morir, viviré; porque el Señor, cual vencedor, sube al templo, a su gloria, a dar gracias al Padre - abridme las puertas del triunfo, ordenad una procesión con ramos, que la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular-; y la Iglesia, con Cristo, evoca este triunfo y se une a esta acción de gracias.

Es recomendable que la recitación de este salmo sea distribuida entre diversos lectores, que representen a los diversos personajes que intervienen en él: «el rey», «el cronista», «los levitas» del templo, «el pueblo». Sólo así se logrará dar a este salmo todo su realismo, sólo así se llevará a los que celebran las Laudes dominicales a la contemplación gozosa de la resurrección.

Es conveniente que las partes del salmo correspondientes al pueblo sean cantadas; para ello se pueden usar las estrofas «Dad gracias al Señor» y «Éste es el día en que actuó el Señor» de la célebre melodía del salmo de M. Manzano.

CÁNTICO DE LOS TRES JÓVENES, DN 3,52-57

Que la creación entera alabe al Señor

⁵²Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito tu nombre, santo y glorioso:
a él gloria y alabanza por los siglos.

⁵³Bendito eres en el templo de tu santa gloria:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

⁵⁴Bendito eres sobre el trono de tu reino:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

⁵⁵Bendito eres tú, que sentado sobre querubines
sondeas los abismos:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

⁵⁶Bendito eres en la bóveda del cielo:
a ti honor y alabanza por los siglos.

⁵⁷Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

[Recordemos el contexto en que el cap. 3 del libro de Daniel incluye este cántico. Nabucodonosor, rey de los caldeos, hizo en Babilonia una estatua enorme y ordenó que, al toque de los instrumentos musicales, todos se postraran para adorarla, amenazando a quienes no lo hicieran con ser arrojados a un horno abrasador. Tres jóvenes judíos, Ananías, Azarías y Misael, fieles a su fe en Yahvé, se negaron a adorar la estatua, y el rey mandó que los arrojara al horno. «Los siervos del rey que los habían arrojado al horno no cesaban de atizar el fuego con nafta, pez, estopa y sarmientos. Las llamas se elevaban cuarenta y nueve codos por encima del horno y, al extenderse, abrasaron a los caldeos que se encontraban junto al horno. Pero el ángel del Señor bajó al horno junto a Azarías y sus compañeros, expulsó las llamas de fuego fuera del horno e hizo que una brisa refrescante recorriera el interior del horno, de manera que el fuego no los tocó lo más mínimo, ni les causó ningún daño o molestia. Entonces los tres se pusieron a cantar a coro, glorificando y bendiciendo a Dios dentro del horno de esta manera: "Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres", etc.».

Este cántico, atribuido a los tres jóvenes en el horno ardiendo, es un salmo en forma de letanía, como el salmo 135, que debía de recitarse en el templo, y que el autor sagrado ha querido poner en boca de los tres héroes para expresar sus sentimientos de gratitud a Dios por haberlos liberado de las llamas. La composición salmódica tiene dos partes: a) oración a Dios, que se ha manifestado a Israel, en su alianza y en su templo de Jerusalén, como Dios glorioso que habita sobre los querubines (51-56); b) invitación a todas las criaturas a que alaben a Dios (57-90).

La composición es bellísima y similar a otras composiciones salmódicas que conocemos de la Biblia. Empieza por alabar al Dios de los padres, que con ellos ha hecho alianza y que se ha manifestado glorioso en su nombre en la historia prodigiosa de Israel (v. 51). A pesar de haberse manifestado a los antepasados de Israel, sin embargo, sigue altísimo y trascendente, sentado sobre querubines y sondeando con su mirada lo más profundo de los abismos. Su trono real es la bóveda del cielo (v. 55). Desde allí asiste majestuoso, desplegando su providencia sobre su pueblo y sobre los justos. Por eso, toda la naturaleza, desde los ángeles hasta las bestias, debe alabarle sin fin, y a esta alabanza son asociados los tres héroes del horno de Babilonia.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 19 de febrero de 2003]

Que la creación entera alabe al Señor

1. «Los tres jóvenes, a coro, se pusieron a cantar, glorificando y bendiciendo a Dios dentro del horno» (Dn 3,51). Esta frase introduce el célebre cántico que acabamos de escuchar en uno de sus fragmentos fundamentales. Se encuentra en el libro de Daniel, en la parte que nos ha llegado sólo en lengua griega, y lo entonan unos testigos valientes de la fe, que no quisieron doblegarse a adorar la estatua del rey y prefirieron afrontar una muerte trágica, el martirio en el horno ardiente.

Son tres jóvenes judíos, que el autor sagrado sitúa en el marco histórico del reino de Nabucodonosor, el terrible soberano babilonio que aniquiló la ciudad santa de Jerusalén en el año 586 a.C. y deportó a los israelitas «junto a los canales de Babilonia» (Sal 136,1). En un momento de peligro supremo, cuando ya las llamas lamían su cuerpo, encuentran la fuerza para «alabar, glorificar y bendecir a Dios», con la certeza de que el Señor del cosmos y de la historia no los abandonará a la muerte y a la nada.

2. El autor bíblico, que escribía algunos siglos más tarde, evoca ese gesto heroico para estimular a sus contemporáneos a mantener en alto el estandarte de la fe durante las persecuciones de los reyes siro-helenísticos del siglo II a.C. Precisamente entonces se produce la valiente reacción de los Macabeos, que combatieron por la libertad de la fe y de la tradición judía.

El cántico, tradicionalmente llamado «de los tres jóvenes», se asemeja a una antorcha que ilumina la oscuridad del tiempo de la opresión y de la persecución, un tiempo que se ha repetido con frecuencia en la historia de Israel y también en la historia del cristianismo. Y nosotros sabemos que el perseguidor no siempre asume el rostro violento y macabro del opresor, sino que a menudo se complace en aislar al justo, con la burla y la ironía, preguntándole con sarcasmo: «¿Dónde está tu Dios?» (Sal 41,4.11).

3. En la bendición que los tres jóvenes elevan desde el crisol de su prueba al Señor todopoderoso se ven implicadas todas las criaturas. Tejen una especie de tapiz multicolor, en el que brillan los astros, se suceden las estaciones, se mueven los animales, se asoman los ángeles y, sobre todo, cantan los «siervos del Señor», los «santos» y los «humildes de corazón» (cf. Dn 3,85.87).

El pasaje que se acaba de proclamar precede a esta magnífica evocación de todas las criaturas. Constituye la primera parte del cántico, la cual evoca en cambio la presencia gloriosa del

Señor, trascendente pero cercana. Sí, porque Dios está en los cielos, desde donde «sondea los abismos» (cf. Dn 3,55), pero también «en el templo de su santa gloria» de Sión (cf. Dn 3,53). Se halla sentado «en el trono de su reino» eterno e infinito (cf. Dn 3,54), pero también «está sentado sobre querubines» (cf. Dn 3,55), en el arca de la alianza colocada en el Santo de los santos del templo de Jerusalén.

4. Un Dios por encima de nosotros, capaz de salvarnos con su poder; pero también un Dios cercano a su pueblo, en medio del cual ha querido habitar «en el templo de su santa gloria», manifestando así su amor. Un amor que revelará en plenitud al hacer que su Hijo, Jesucristo, «habitara entre nosotros, lleno de gracia y de verdad» (cf. Jn 1,14). Dios revelará plenamente su amor al mandar a su Hijo en medio de nosotros a compartir en todo, menos en el pecado, nuestra condición marcada por pruebas, opresiones, soledad y muerte.

La alabanza de los tres jóvenes al Dios salvador prosigue, de diversas maneras, en la Iglesia. Por ejemplo, san Clemente Romano, al final de su primera carta a los Corintios, inserta una larga oración de alabanza y de confianza, llena de reminiscencias bíblicas, que tal vez es un eco de la antigua liturgia romana. Se trata de una oración de acción de gracias al Señor que, a pesar del aparente triunfo del mal, dirige la historia hacia un buen fin.

5. He aquí una parte de dicha oración:

«Abriste los ojos de nuestro corazón (cf. Ef 1,18), para conocerte a ti (cf. Jn 17,3), el solo Altísimo en las alturas, el santo que reposa entre los santos.

A ti, que abates la altivez de los soberbios (cf. Is 13,11), deshaces los pensamientos de las naciones (cf. Sal 32,10), levantas a los humildes y abates a los que se exaltan (cf. Jb ,11).

Tú enriqueces y tú empobreces. Tú matas y tú das vida (cf. Dt 32,39). Tú solo eres bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne. Tú miras a los abismos (cf. Dn 3,55) y observas las obras de los hombres; ayudador de los que peligran, salvador de los que desesperan (cf. Jdt 9,11), criador y vigilante de todo espíritu.

Tú multiplicas las naciones sobre la tierra, y de entre todas escogiste a los que te aman, por Jesucristo, tu siervo amado, por el que nos enseñaste, santificaste y honraste». (San Clemente Romano, Primera carta a los Corintios 59, 3: Padres Apostólicos, BAC 1993, p. 232).

Monición para el cántico del Padre Farnés

La escena de los tres jóvenes en el horno de Babilonia es una de las páginas del Antiguo Testamento que más ha usado la Iglesia desde los tiempos primitivos, como lo prueba ya la antigua iconografía de las catacumbas.

La comunidad cristiana -sobre todo la que vivió las grandes persecuciones de los comienzos- veía en los jóvenes martirizados por el rey, que, en medio de las llamas y como si no sintieran el tormento del fuego, cantaban unánimes a Dios, una imagen evocadora de la actitud de la Iglesia. Perseguida por los poderes del mundo, sometida a los sufrimientos del martirio, la comunidad de Jesús se siente como refrigerada por una suave brisa, que no es otra sino la esperanza que le infunde la contemplación del Resucitado. También él fue perseguido y martirizado y, tras un breve sufrir, venció la muerte y ahora se sienta, feliz y glorioso, a la derecha del Padre.

La Iglesia de nuestros días necesita también este aliento; el domingo que estamos celebrando quiere infundirnos esta esperanza. Por muchos que sean los sufrimientos y las dificultades, el recuerdo de la resurrección, que hoy celebramos los cristianos, debe constituir como una brisa refrescante que, transportándonos en la esperanza al reino escatológico, donde Cristo reina, nos impida sucumbir ante la tristeza y nos haga vivir tranquilamente dedicados a la alabanza, como los tres jóvenes del horno de Babilonia.

SALMO 150

Alabad al Señor

¹Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.

²Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza.

³Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,

⁴alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas,

⁵alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

⁶Todo ser que alienta alabe al Señor.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Doxología final. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Doxología final del Salterio. Canto de alabanza. Esta doxología (o sea, fórmula de alabanza a la gloria de Dios) resume las alabanzas de las otras composiciones salmódicas. Todos los seres deben formar un canto en honor del Creador. El universo es el templo de Dios y todos sus habitantes deben ser sus adoradores, reconociendo sus grandezas.

El compilador del salterio cierra la colección lírica de salmos con esta doxología, llena de énfasis, que pretende resumir las alabanzas de los diversos poetas que han cantado las glorias de Yahvé. Quizá sea una composición aleluyática que tuvo vida litúrgica independiente, pero que ha sido colocada al fin del libro de los salmos como gran «finale» que resume los sentimientos entusiastas del pueblo israelita para con su Dios. La pieza es armoniosa y digna de las composiciones salmódicas anteriores.

El poeta comienza invitando a los seres angélicos a alabar a Dios, que habita en su templo celeste, en su fuerte firmamento. Los hombres deben sumarse jubilosos a esta proclamación de su grandeza, manifestando su alegría con los instrumentos músicos en reconocimiento de sus obras magníficas. El salmista no concreta si estas obras o hazañas han de tomarse históricamente en favor de su pueblo o en el orden de la naturaleza. La perspectiva es muy amplia: todos los seres -todo ser que alienta- deben formar un coro de alabanza al Creador. El universo es el templo de Yahvé y todos sus habitantes deben ser sus adoradores. Todos los seres deben hacer oír el solemne aleluya en honor del Creador.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 26 de febrero de 2003]

Todo ser que alienta alabe al Señor

1. Resuena por segunda vez en la liturgia de Laudés el salmo 150, que acabamos de proclamar: un himno festivo, un aleluya al ritmo de la música. Es el sello ideal de todo el Salterio, el libro de la alabanza, del canto y de la liturgia de Israel.

El texto es de una sencillez y transparencia admirables. Sólo debemos dejarnos llevar por la insistente invitación a alabar al Señor: «Alabad al Señor (...), alabadlo (...), alabadlo». Al inicio, Dios se presenta en dos aspectos fundamentales de su misterio. Es, sin duda, trascendente, misterioso, distinto de nuestro horizonte: su morada real es el «templo» celestial, su «fuerte firmamento», semejante a una fortaleza inaccesible al hombre. Y, a pesar de eso, está cerca de nosotros: se halla presente en el «templo» de Sión y actúa en la historia a través de sus «obras

magníficas», que revelan y hacen visible «su inmensa grandeza» (cf. vv. 1-2).

2. Así, entre la tierra y el cielo se establece casi un canal de comunicación, en el que se encuentran la acción del Señor y el canto de alabanza de los fieles. La liturgia une los dos santuarios, el templo terreno y el cielo infinito, Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad.

Durante la oración realizamos una especie de ascensión hacia la luz divina y, a la vez, experimentamos un descenso de Dios, que se adapta a nuestro límite para escucharnos y hablarnos, para encontrarse con nosotros y salvarnos. El salmista nos impulsa inmediatamente a utilizar un subsidio para nuestro encuentro de oración: los instrumentos musicales de la orquesta del templo de Jerusalén, como son las trompetas, las arpas, las cítaras, los tambores, las flautas y los platillos sonoros. También la procesión formaba parte del ritual en Jerusalén (cf. Sal 117,27). Esa misma invitación se encuentra en el Salmo 46,8: «Tocad con maestría».

3. Por tanto, es necesario descubrir y vivir constantemente la belleza de la oración y de la liturgia. Hay que orar a Dios no sólo con fórmulas teológicamente exactas, sino también de modo hermoso y digno.

A este respecto, la comunidad cristiana debe hacer un examen de conciencia para que la liturgia recupere cada vez más la belleza de la música y del canto. Es preciso purificar el culto de impropiedades de estilo, de formas de expresión descuidadas, de músicas y textos desaliñados, y poco acordes con la grandeza del acto que se celebra.

Es significativa, a este propósito, la exhortación de la carta a los Efesios a evitar intemperancias y desenfrenos para dejar espacio a la pureza de los himnos litúrgicos: «No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5,18-20).

4. El salmista termina invitando a la alabanza a «todo ser vivo» (cf. Sal 150,5), literalmente a «todo soplo», «todo respiro», expresión que en hebreo designa a «todo ser que alienta», especialmente «todo hombre vivo» (cf. Dt 20,16; Jos 10,40; 11,11.14). Por consiguiente, en la alabanza divina está implicada, ante todo, la criatura humana con su voz y su corazón. Juntamente con ella son convocados idealmente todos los seres vivos, todas las criaturas en las que hay un aliento de vida (cf. Gn 7,22), para que eleven su himno de gratitud al Creador por el don de la existencia.

En línea con esta invitación universal se pondrá san Francisco con su sugestivo Cántico del hermano sol, en el que invita a alabar y bendecir al Señor por todas las criaturas, reflejo de su belleza y de su bondad.

5. En este canto deben participar de modo especial todos los fieles, como sugiere la carta a los Colosenses: «La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría; cantad agradecidos a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados» (Col 3,16).

A este respecto, san Agustín, en sus Exposiciones sobre los salmos, ve simbolizados en los instrumentos musicales a los santos que alaban a Dios: «Vosotros, santos, sois la trompeta, el salterio, el arpa, la cítara, el tambor, el coro, las cuerdas y el órgano, los platillos sonoros, que emiten hermosos sonidos, es decir, que suenan armoniosamente. Vosotros sois todas estas cosas. Al escuchar el salmo, no se ha de pensar en cosas de escaso valor, en cosas transitorias, ni en instrumentos teatrales». En realidad, «todo espíritu que alaba al Señor» es voz de canto a Dios (Esposizioni sui Salmi, IV, Roma 1977, pp. 934-935).

Por tanto, la música más sublime es la que se eleva desde nuestros corazones. Y precisamente esta armonía es la que Dios espera escuchar en nuestras liturgias.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Alabar al Señor por sus obras magníficas es particularmente apropiado a esta hora y en este día, domingo por la mañana, en que celebramos la mayor de estas obras magníficas, que nosotros conocemos mejor aun que el salmista, es decir, la resurrección de Cristo, manifestación y comienzo de la resurrección universal.

LAUDES DEL LUNES DE LA IV SEMANA

SALMO 89

Baje a nosotros la bondad del Señor

¹Señor, tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.

²Antes que naciesen los montes
o fuera engendrado el orbe de la tierra,
desde siempre y por siempre tú eres Dios.

³Tú reduces el hombre a polvo,
diciendo: «Retornad, hijos de Adán».

⁴Mil años en tu presencia
son un ayer, que pasó;
una vela nocturna.

⁵Los siembras año por año,
como hierba que se renueva:

⁶que florece y se renueva por la mañana,
y por la tarde la siegan y se seca.

⁷¿Cómo nos ha consumido tu cólera
y nos ha trastornado tu indignación!

⁸Pusiste nuestras culpas ante ti,
nuestros secretos ante la luz de tu mirada:

⁹y todos nuestros días pasaron bajo tu cólera,
y nuestros años se acabaron como un suspiro.

¹⁰Aunque uno viva setenta años,
y el más robusto hasta ochenta,
la mayor parte son fatiga inútil,
porque pasan aprisa y vuelan.

¹¹¿Quién conoce la vehemencia de tu ira,
quién ha sentido el peso de tu cólera?

¹²Enséñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.

¹³Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo?
Ten compasión de tus siervos;

¹⁴por la mañana sácanos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.

¹⁵Danos alegría, por los días en que nos afligiste,
por los años en que sufrimos desdichas.

¹⁶Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria.

¹⁷Baje a nosotros la bondad del Señor
y haga prósperas las obras de nuestras manos.

[El v. 1 comienza con estas palabras: «Oración de Moisés, varón de Dios». La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Fragilidad del hombre. Es el único salmo atribuido a Moisés, quizá a causa de sus conexiones con Génesis y Dt 32. El v. 12 recuerda que del conocimiento de la fragilidad humana procede la sabiduría, que es temor o respeto a Dios. Los vv. 14-17 hacen extensivas a todo Israel la meditación y la oración que se referían a un individuo. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Deprecación de misericordia. El poeta lamenta la brevedad y miseria de la vida y pide a Dios luz para por ella conocer la grandeza divina, ante la cual somos un día que ya pasó: nada. Contiene dos poemas yuxtapuestos: a) contraposición de la eternidad de Dios y la brevedad de la vida humana (vv. 1-12); b) relaciones de Dios con Israel, con una plegaria por la rehabilitación de la nación (vv. 13-17).

El salmo es una meditación sobre la vida humana. En estilo bellísimo y pintoresco, con abundancia de metáforas, el salmista canta en la primera parte la grandeza de Dios, Señor del universo, anterior a la formación de los montes, para quien mil años son como un día. Frente a esta grandeza divina está la pequeñez e indigencia del hombre, hecho de la tierra, sin consistencia, y cubierto de pecados, que excitan la ira divina. Por sus faltas, la vida humana transcurre triste y en constante turbación. «Es un canto emotivo, de elevación casi único. A la seriedad del pensamiento sobre la pequeñez de la vida humana corresponde la solemnidad y tonalidad grave de

expresión. Pero, aunque esté bajo el golpe del dolor y de una punzante melancolía, el poeta no se deja arrastrar por ella fuera de Dios ni de la confianza en Él... Su manera es demasiado viril para entregarse a estériles lamentaciones» (R. Kittel). En el salmo pueden distinguirse tres secciones: vv. 1-6, la eternidad de Dios y la pequeñez del hombre; vv. 7-12, la cólera divina y los pecados del hombre; vv. 13-17, ansias de rehabilitación nacional.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 26 de marzo de 2003]

1. Los versículos que acaban de resonar en nuestros oídos y en nuestro corazón constituyen una meditación sapiencial, que, sin embargo, tiene también el tono de una súplica. En efecto, el orante del salmo 89 pone en el centro de su oración uno de los temas más estudiados por la filosofía, más cantados por la poesía, más sentidos por la experiencia de la humanidad de todos los tiempos y de todas las regiones de nuestro planeta: la caducidad humana y el fluir del tiempo.

Pensemos en ciertas páginas inolvidables del libro de Job, en las que se pondera nuestra fragilidad. En efecto, somos como «los que habitan casas de arcilla, fundadas en el polvo. Se les aplasta como a una polilla. De la noche a la mañana quedan pulverizados. Para siempre perecen sin advertirlo nadie» (Jb 4,19-20). Nuestra vida en la tierra es «como una sombra» (Jb 8,9). Job confiesa también: «Mis días han sido más veloces que un correo, se han ido sin ver la dicha. Se han deslizado lo mismo que canoas de junco, como águila que cae sobre la presa» (Jb 9,25-26).

2. Al inicio de su canto, que se asemeja a una elegía (cf. Sal 89,2-6), el salmista opone con insistencia la eternidad de Dios al tiempo efímero del hombre. He aquí la declaración más explícita: «Mil años en tu presencia son un ayer que pasó, una vela nocturna» (v. 4).

Como consecuencia del pecado original, el hombre, por orden de Dios, cae en el polvo del que había sido sacado, como ya se afirma en el relato del Génesis: «Eres polvo y al polvo volverás» (Gn 3,19; cf. 2,7). El Creador, que plasma en toda su belleza y complejidad a la criatura humana, es también quien «reduce el hombre a polvo» (cf. Sal 89,3). Y «polvo», en el lenguaje bíblico, es expresión simbólica también de la muerte, de los infiernos, del silencio del sepulcro.

3. En esta súplica es fuerte el sentido del límite humano. Nuestra existencia tiene la fragilidad de la hierba que brota al alba; inmediatamente oye el silbido de la hoz, que la reduce a un montón de heno. Muy pronto la lozanía de la vida deja paso

a la aridez de la muerte (cf. Sal 89,5-6; Is 40,6-7; Jb 14,1-2; Sal 102,14-16).

Como acontece a menudo en el Antiguo Testamento, el salmista asocia el pecado a esa radical debilidad: en nosotros hay finitud, pero también culpabilidad. Por eso, sobre nuestra existencia parece que se ciernen también la ira y el juicio del Señor: «¡Cómo nos ha consumido tu cólera, y nos ha trastornado tu indignación! Pusiste nuestras culpas ante ti (...) y todos nuestros días pasaron bajo tu cólera» (Sal 89,7-9).

4. Al alba del nuevo día, la liturgia de Laudes, con este salmo, disipa nuestras ilusiones y nuestro orgullo. La vida humana es limitada: «los años de nuestra vida son setenta, ochenta para los más robustos», afirma el orante. Además, el paso de las horas, de los días y de los meses está marcado por «la fatiga y el dolor» (cf. v. 10) e incluso los años son como «un suspiro» (cf. v. 9).

He aquí, por tanto, la gran lección: el Señor nos enseña a «contar nuestros días» para que, aceptándolos con sano realismo, «adquiramos un corazón sensato» (v. 12). Pero el orante pide a Dios algo más: que su gracia sostenga y alegre nuestros días, tan frágiles y marcados por la prueba; que nos haga gustar el sabor de la esperanza, aunque la ola del tiempo parezca arrastrarnos. Sólo la gracia del Señor puede dar consistencia y perennidad a nuestras acciones diarias: «Baje a nosotros la bondad del Señor, nuestro Dios; haz prosperar la obra de nuestras manos, ¡prosperare la obra de nuestras manos!» (v. 17).

Con la oración pedimos a Dios que un rayo de la eternidad penetre en nuestra breve vida y en nuestro obrar. Con la presencia de la gracia divina en nosotros, una luz brillará en el fluir de los días, la miseria se transformará en gloria y lo que parece sin sentido cobrará significado.

5. Concluyamos nuestra reflexión sobre el salmo 89 cediendo la palabra a la antigua tradición cristiana, que comenta el Salterio teniendo como telón de fondo la figura gloriosa de Cristo. Así, para el escritor cristiano Orígenes, en su Tratado sobre los Salmos, que nos ha llegado en la traducción latina de san Jerónimo, la resurrección de Cristo es la que nos da la posibilidad, vislumbrada por el salmista, de que «toda nuestra vida sea alegría y júbilo» (cf. v. 14). Y esto porque la Pascua de Cristo es la fuente de nuestra vida más allá de la muerte: «Después de alegrarnos por la resurrección de nuestro Señor, mediante la cual creemos que ya hemos sido redimidos y que también nosotros resucitaremos un día, ahora, pasando con gozo los días que nos queden de vida, nos alegramos de esta confianza, y con himnos y cánticos espirituales alabamos a Dios por Jesucristo nuestro Señor» (Orígenes-Jerónimo, 74 omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, p. 652).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Después de la celebración alegre del domingo, empezamos hoy un nuevo día y una nueva semana de trabajo con un salmo sapiencial que nos hace meditar sobre la brevedad y fragilidad de la vida del hombre, corta trayectoria entre el nacer y el morir, repleta, además, de miserias y limitaciones, fruto de nuestras culpas e infidelidades: Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; nuestros años se acaban como un suspiro.

Pero el salmo, a pesar de sus acentos oscuros, nos abre a la esperanza. Dios tiene compasión de sus siervos. El nuevo día que empezamos puede traernos la misericordia del Señor, su perdón, la alegría y el júbilo; así pensaba ya el salmista, que desconocía aún la inmortalidad futura: Vuélvete, Señor, ten compasión de tus siervos; por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo.

Si así pensaba el salmista en los umbrales de la revelación, el salmo, meditado por quienes somos sabedores de la resurrección que Dios tiene preparada a los hombres, se abre a perspectivas mucho más esperanzadoras. La mañana en que estamos y que recuerda el salmo, nos puede evocar la mañana definitiva, el momento todo luz, en que aparecerá el Hijo del hombre, momento del cual este comienzo de día es débil imagen: En aquella mañana, Señor, cuando vengas a juzgar al mundo, sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será eternamente alegría y júbilo.

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 42,10-16

Cántico nuevo al Dios vencedor y salvador

¹⁰Cantad al Señor un cántico nuevo,
llegue su alabanza hasta el confín de la tierra;
muja el mar y lo que contiene,
las costas y sus habitantes;

¹¹alégrese el desierto con sus tiendas,
los cercados que habita Cadar;
exulten los habitantes de Petra,
clamen desde la cumbre de las montañas;

¹²den gloria al Señor,
anuncien su alabanza en las costas.

¹³El Señor sale como un héroe,
excita su ardor como un guerrero,

lanza el alarido,
mostrándose valiente frente al enemigo.

¹⁴«Desde antiguo guardé silencio,
me callaba, aguantaba;
como parturienta, grito,
jadeo y resuello.

¹⁵Agostaré montes y collados,
secaré toda su hierba,
convertiré los ríos en yermo,
desecaré los estanques;
¹⁶conduciré a los ciegos
por el camino que no conocen,
los guiaré por senderos que ignoran;
ante ellos convertiré la tiniebla en luz,
lo escabroso en llano».

[Invitación a la alegría general (vv. 10-13). Se invita a todo lo creado a expresarse en un cántico de alegría para celebrar la realización de esas cosas nuevas del versículo anterior: «Lo antiguo ya ha sucedido, y algo nuevo yo anuncio, antes de que brote os lo comunico» (Is 42,9). Puesto que es una nueva situación, ello requiere también nuevos cánticos. Las grandes gestas de Yahvé son la causa de esa alegría general manifestada en el cántico nuevo, y en ella deben participar todos los confines de la tierra. El tono poético es salmódico: se invita a los elementos a colaborar a este reconocimiento gozoso de las obras de Dios, y con ellos todas las naciones paganas (las costas, v. 10). En concreto, el profeta invita a los habitantes de las ciudades del desierto (v. 11), e. d., de los oasis que escalonan la ruta caravanera, a través del desierto, desde Mesopotamia a Palestina, y entre ellos los de Cadar (cf. 21,16), famosa tribu árabe de Transjordania. También se invita a los habitantes de Sela o Petra, en Edom, junto al sudeste del mar Muerto. En el v. 12 se vuelve a invitar a las costas o ciudades costeras. Yahvé es presentado como un guerrero invencible que avanza impávido a la lucha (v. 13) contra los enemigos del pueblo elegido.

Intervención justiciera de Dios (vv. 14-17). Yahvé se muestra impaciente por hacer justicia a su pueblo oprimido. Ya hace mucho tiempo que está en silencio (v. 14), es decir, sin intervenir con hechos contra los enemigos de Israel, su pueblo. Pero llega la hora de entrar en lid, y está inquieto como parturienta. Los dolores de parto son la mejor metáfora para

indicar el desasosiego e inquietud de Dios por llevar a cabo su obra en favor de Israel. Dios, en su cólera devastadora, será como un viento solano, que todo lo agosta y seca (v. 15), sobre los enemigos de Israel, mientras que la naturaleza se transformará en favor de su pueblo elegido. El desierto, concebido tradicionalmente como lugar de tinieblas, será iluminado, para que puedan volver los exilados como por una amplia avenida luminosa (v. 16). Yahvé será el guía seguro para los que no conozcan el camino, y hará desaparecer todo obstáculo: convertirá lo escabroso en llano. Ante esta manifestación de poder y de gloria de Yahvé, los adoradores de los ídolos se llenarán de confusión y de vergüenza (v. 17).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 2 de abril de 2003]

1. Dentro del libro que lleva el nombre del profeta Isaías, los estudiosos han descubierto la presencia de diversas voces, puestas todas bajo el patronato del gran profeta que vivió en el siglo VIII a.C. Es el caso del vigoroso himno de alegría y de victoria que se acaba de proclamar como parte de la liturgia de Laudes de la cuarta semana. Los exegetas lo atribuyen al «segundo Isaías», un profeta que vivió en el siglo VI a.C., en el tiempo del regreso de los hebreos del exilio de Babilonia. El himno comienza con una invitación a «cantar al Señor un cántico nuevo» (cf. Is 42,10), precisamente como sucede en otros salmos (cf. Sal 95,1 y 97,1).

La «novedad» del cántico a que invita el profeta consiste ciertamente en que se abre el horizonte de la libertad, como cambio radical en la historia de un pueblo que ha experimentado la opresión y la permanencia en tierra extranjera (cf. Sal 136).

2. A menudo, la «novedad» en la Biblia tiene el aspecto de una realidad perfecta y definitiva. Es casi el signo de que comienza una era de plenitud salvífica que sella la convulsa historia de la humanidad. El cántico de Isaías presenta esta alta tonalidad, que se adapta muy bien a la oración cristiana.

La invitación a elevar al Señor un «cántico nuevo» se dirige al mundo en su totalidad, que incluye la tierra, el mar, las islas, los desiertos y las ciudades (cf. Is 42,10-12). Todo el espacio se ve involucrado hasta sus últimos confines horizontales, que abarcan también lo desconocido, y con su dimensión vertical, que, partiendo de la llanura desértica, donde se encuentran las tribus nómadas de Cadar (cf. Is 21,16-17), sube hasta los montes. Allá arriba se puede situar la ciudad de Sela, que muchos identifican con Petra, en el territorio de los edomitas, una ciudad construida entre los picos rocosos.

A todos los habitantes de la tierra se les invita a formar un inmenso coro para aclamar al Señor con júbilo y darle gloria.

3. Después de la solemne invitación al canto (cf. vv. 10-12), el profeta introduce en escena al Señor, representado como el Dios del Éxodo, que liberó a su pueblo de la esclavitud egipcia: «El Señor sale como un héroe, (...) como un guerrero» (v. 13). Siembra el terror entre sus adversarios, que oprimen a los demás y cometen injusticia.

También el cántico de Moisés, al describir el paso del mar Rojo, presenta al Señor como un «guerrero» dispuesto a extender su mano poderosa y aterrorizar a los enemigos (cf. Ex 15,3-8). Con el regreso de los hebreos de la deportación de Babilonia se va a realizar un nuevo éxodo y los fieles deben estar seguros de que la historia no está a merced del hado, del caos o de las potencias opresoras: la última palabra la tiene el Dios justo y fuerte. Ya cantaba el salmista: «Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil» (Sal 59,13).

4. Una vez que ha entrado en escena, el Señor habla y sus vehementes palabras (cf. Is 42,14-16) expresan juicio y salvación. Comienza recordando que «desde antiguo guardó silencio», es decir, que no intervino. El silencio divino a menudo es motivo de perplejidad e incluso de escándalo para el justo, como lo atestigua la larga queja de Job (cf. Jb 3,1-26). Sin embargo, no se trata de un silencio que implique ausencia, como si la historia hubiera quedado a merced de los perversos y el Señor permaneciera indiferente e impasible. En realidad, ese silencio desemboca en una reacción semejante al dolor de una mujer que al dar a luz jadea, resuella y grita. Es el juicio divino sobre el mal, representado con imágenes de aridez, destrucción y desierto (cf. v. 15), que tiene como meta un desenlace vivo y fecundo.

En efecto, el Señor hace surgir un mundo nuevo, una era de libertad y salvación. A los ciegos se les abren los ojos, para que gocen de la luz que brilla. El camino resulta ágil y la esperanza florece (cf. v. 16), haciendo posible seguir confiando en Dios y en su futuro de paz y felicidad.

5. Cada día el creyente debe saber descubrir los signos de la acción divina, incluso cuando se oculta tras el fluir, aparentemente monótono y sin meta, del tiempo. Como escribía un estimado autor cristiano moderno, «la tierra está impregnada de un éxtasis cósmico: hay en ella una realidad y una presencia eterna que, sin embargo, normalmente duerme bajo el velo de lo cotidiano. La realidad eterna debe revelarse ahora, como en una epifanía de Dios, a través de todo lo que existe» (Romano Guardini, *Sapienza dei Salmi*, Brescia 1976, p. 52).

Descubrir, con los ojos de la fe, esta presencia divina en el espacio y en el tiempo, pero también en nosotros mismos, es fuente de esperanza y confianza, incluso cuando nuestro corazón se halla turbado y sacudido, «como se estremecen los árboles del bosque por el viento» (Is 7,2). En efecto, el Señor entra en escena para regir y juzgar «al orbe con justicia, a los pueblos con fidelidad» (Sal 95,13).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Bajo diversas imágenes, frecuentes en el lenguaje bíblico -Dios guerrero victorioso, dolores de la mujer cuando da a luz-, nuestro cántico anuncia a los desterrados de Babilonia la libertad que se acerca. Los años de la cautividad han sido largos cronológicamente y, sobre todo, psicológicamente: «Desde antiguo guardé silencio, me callaba y aguantaba, permitiendo que los caldeos oprimieran a mi pueblo; pero está llegando la hora en que saldré como un héroe, excitaré mi ardor como un guerrero, y así salvaré a mi pueblo de la cautividad, guiándole, por senderos que ignora, hacia la tierra de Canaán. El camino será como una procesión de alegría y, bajo los pies de los desterrados que retornan, se agostarán montes y collados y ante ellos convertiré lo escabroso en llano». Los pueblos vecinos, al contemplar las caravanas que retornan, clamarán desde la cumbre de las montañas y darán gloria al Señor.

También nosotros experimentamos nuestras pruebas, también conocemos lo que es el destierro y, con frecuencia, creemos que nuestras dificultades no terminarán; pensamos que el Señor desde antiguo guarda silencio y se calla. La celebración cotidiana de Laudes nos debe recordar que está cercano el fin de nuestras pruebas; en esta primera hora de la mañana, el Señor salió como un héroe, excitó su ardor como un guerrero, mostrándose valiente frente al enemigo, cuando destruyó la muerte al salir del sepulcro. Con esta acción gloriosa, Dios no salvó ya a un pueblo de la esclavitud de Babilonia, sino que libró a la humanidad entera de toda esclavitud, cuando libró de la corrupción del sepulcro y de la esclavitud de la muerte a su Hijo Jesucristo, primogénito de una nueva humanidad.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antífona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antífona que exprese la alabanza o la acción de gracias por la victoria, por ejemplo: «Grandes, maravillosas son tus obras», sólo la primera estrofa (MD 607) o bien «Cantemos al Señor, sublime es su victoria» (MD 737).

SALMO 134, 1-12

Himno a Dios, realizador de maravillas

¹Alabad el nombre del Señor,
alabadlo, siervos del Señor,
²que estáis en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios.

³Alabad al Señor porque es bueno,
tañed para su nombre, que es amable.
⁴Porque él se escogió a Jacob,
a Israel en posesión suya.

⁵Yo sé que el Señor es grande,
nuestro dueño más que todos los dioses.
⁶El Señor todo lo que quiere lo hace:
en el cielo y en la tierra,
en los mares y en los océanos.

⁷Hace subir las nubes desde el horizonte,
con los relámpagos desata la lluvia,
suelta a los vientos de sus silos.

⁸Él hirió a los primogénitos de Egipto,
desde los hombres hasta los animales.
⁹Envío signos y prodigios
-en medio de ti, Egipto-
contra el Faraón y sus ministros.

¹⁰Hirió de muerte a pueblos numerosos,
mató a reyes poderosos:
¹¹a Sijón, rey de los amorreos,
a Hog, rey de Basán,
y a todos los reyes de Canaán.
¹²Y dio su tierra en heredad,
en heredad a Israel, su pueblo.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Himno de laudes. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Canto de acción de gracias o Exhortación a alabar a Yahvé. Alabanza al Señor por las grandes obras que ha realizado, y ante quien los ídolos son nada. Se cantan las grandezas de Yahvé manifestadas en la creación, en la naturaleza y en los portentos en favor de Israel.--

Canto de acción de gracias por los beneficios otorgados a Israel. Esta composición es heterogénea, hecha a base de reminiscencias principalmente del Salterio. Desde el punto de vista literario podemos considerar este salmo como un himno litúrgico en el que se cantan las grandezas de Yahvé, manifestadas en la creación, en los fenómenos de la naturaleza y en los portentos obrados en favor de su pueblo: en Egipto, en las estepas del Sinaí y, finalmente, en la conquista de Canaán. La actividad protectora de Yahvé se contrapone a la inanidad de los ídolos de los otros pueblos, que ni siquiera tienen vida.

La grandeza de Yahvé, manifestada en la creación (vv. 1-7). Se invita especialmente a los levitas y sacerdotes a celebrar el nombre glorioso de Yahvé, porque se manifiesta bueno y amable en sus obras, entre las cuales está la elección de Israel como «heredad» o posesión suya entre todas las naciones. Su grandeza sobrepasa a la de los supuestos dioses de otros pueblos, de los que dirá después que no tienen vida. En primer lugar, es el Hacedor de cielos y tierra, y su poder creador se extiende hasta los abismos misteriosos sobre los que flota la tierra, asentada en cuatro columnas. También los fenómenos atmosféricos son promovidos por su mano todopoderosa: las nubes, los relámpagos y el viento, al que se concibe encerrado en grandes depósitos o escondrijos, de los que le hace salir para enviar la tempestad huracanada.

Los beneficios otorgados a Israel (vv. 8-14). El poder omnímodo de Yahvé se muestra no sólo en las manifestaciones grandiosas atmosféricas, sino en la historia de Israel, particularmente durante sus primeros años de vida nacional. Las plagas de Egipto -particularmente la muerte de los primogénitos- muestran su protección al pueblo elegido. Y, al entrar en la tierra prometida, la mano poderosa de Yahvé se mostró en la victoria sobre los reyes de Transjordania y de Canaán. Sólo así los israelitas pudieron entrar en posesión de la tierra de Canaán, que les estaba destinada como «heredad» en los planes divinos. Así se cumplían las antiguas promesas hechas a los patriarcas y se iniciaba la historia de Israel con vida propia nacional. El nombre de Yahvé queda, pues, indefectiblemente unido a la historia de su pueblo, al que protege en los momentos críticos de su existencia como colectividad teocrática.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 9 de abril de 2003]

1. La liturgia de Laudes, que estamos siguiendo en su desarrollo a través de nuestras catequesis, nos propone la primera parte del salmo 134, que acaba de resonar en el canto de los solistas. El texto revela una notable serie de alusiones a otros pasajes bíblicos y parece estar envuelto en un clima pascual. No por nada la tradición judaica ha unido este salmo al sucesivo, el 135, considerando el conjunto como «el gran Hallel», es decir, la alabanza solemne y festiva que es preciso elevar al Señor con ocasión de la Pascua.

En efecto, este salmo pone fuertemente de relieve el Éxodo, con la mención de las «plagas» de Egipto y con la evocación del ingreso en la tierra prometida. Pero sigamos ahora las etapas sucesivas, que el salmo 134 revela en el desarrollo de los doce primeros versículos: es una reflexión que queremos transformar en oración.

2. Al inicio nos encontramos con la característica invitación a la alabanza, un elemento típico de los himnos dirigidos al Señor en el Salterio. La invitación a cantar el aleluya se dirige a los «siervos del Señor» (v. 1), que en el original hebreo se presentan «erguidos» en el recinto sagrado del templo (cf. v. 2), es decir, en la actitud ritual de la oración (cf. Sal 133,1-2).

Participan en la alabanza ante todo los ministros del culto, sacerdotes y levitas, que viven y actúan «en los atrios de la casa de nuestro Dios» (Sal 134,2). Sin embargo, a estos «siervos del Señor» se asocian idealmente todos los fieles. En efecto, inmediatamente después se hace mención de la elección de todo Israel para ser aliado y testigo del amor del Señor: «Él se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya» (v. 4). Desde esta perspectiva, se celebran dos cualidades fundamentales de Dios: es «bueno» y es «amable» (v. 3). El vínculo que existe entre nosotros y el Señor está marcado por el amor, por la intimidad y por la adhesión gozosa.

3. Después de la invitación a la alabanza, el salmista prosigue con una solemne profesión de fe, que comienza con la expresión típica: «Yo sé», es decir, yo reconozco, yo creo (cf. v. 5). Son dos los artículos de fe que proclama un solista en nombre de todo el pueblo, reunido en asamblea litúrgica. Ante todo se ensalza la acción de Dios en todo el universo: él es, por excelencia, el Señor del cosmos: «El Señor todo lo que quiere lo hace: en el cielo y en la tierra» (v. 6). Domina incluso los mares y los abismos, que son el emblema del caos, de las energías negativas, del límite y de la nada.

El Señor es también quien forma las nubes, los rayos, la lluvia y los vientos, recurriendo a sus «silos» (cf. v. 7). En efecto, los

antiguos habitantes del Oriente Próximo imaginaban que los agentes climáticos se conservaban en depósitos, semejantes a cofres celestiales de los que Dios tomaba para esparcirlos por la tierra.

4. El otro componente de la profesión de fe se refiere a la historia de la salvación. Al Dios creador se le reconoce ahora como el Señor redentor, evocando los acontecimientos fundamentales de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. El salmista cita, ante todo, la «plaga» de los primogénitos (cf. Ex 12,29-30), que resume todos los «prodigios y signos» realizados por Dios liberador durante la epopeya del Éxodo (cf. Sal 134,8-9). Inmediatamente después se recuerdan las clamorosas victorias que permitieron a Israel superar las dificultades y los obstáculos encontrados en su camino (cf. vv. 10-11). Por último, se perfila en el horizonte la tierra prometida, que Israel recibe «en heredad» del Señor (v. 12).

Ahora bien, todos estos signos de alianza, que se profesarán más ampliamente en el salmo sucesivo, el 135, atestiguan la verdad fundamental proclamada en el primer mandamiento del Decálogo. Dios es único y es persona que obra y habla, ama y salva: «el Señor es grande, nuestro dueño más que todos los dioses» (v. 5; cf. Ex 20,2-3; Sal 94,3).

5. Siguiendo la línea de esta profesión de fe, también nosotros elevamos nuestra alabanza a Dios. El Papa san Clemente I, en su primera Carta a los Corintios, nos dirige esta invitación: «Fijemos nuestra mirada en el Padre y Creador de todo el universo y adhirámonos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de su paz. Mirémosle con nuestra mente y contemplemos con los ojos del alma su magnánimo designio. Consideremos cuán blandamente se porta con toda la creación. Los cielos, movidos por su disposición, le están sometidos en paz. El día y la noche recorren la carrera por él ordenada, sin que mutuamente se impidan. El sol y la luna y los coros de las estrellas giran, conforme a su ordenación, en armonía y sin transgresión alguna, en torno a los límites por él señalados. La tierra, germinando conforme a su voluntad, produce a sus debidos tiempos copiosísimo sustento para hombres y fieras, y para todos los animales que se mueven sobre ella, sin que jamás se rebele ni mude nada de cuanto fue por él decretado» (19,2-20,4: Padres Apostólicos, BAC 1993, pp. 196-197). San Clemente I concluye afirmando: «Todas estas cosas ordenó el grande Artífice y Soberano de todo el universo que se mantuvieran en paz y concordia, derramando sobre todas sus beneficios, y más copiosamente sobre nosotros, que nos hemos refugiado en sus misericordias por medio de nuestro Señor Jesucristo. A él sea la gloria y la grandeza por eternidad de eternidades. Amén» (ib., p. 198).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 134 es una invitación a la alabanza, fundada principalmente en la contemplación de las dos obras más destacadas de Dios en favor de la humanidad y de Israel, la creación y el éxodo: Yo sé que el Señor es grande, todo lo que quiere lo hace: en el cielo y en la tierra...; él hirió a los primogénitos de Egipto, envió signos y prodigios... Este salmo es, pues, en su conjunto, una gran afirmación de la trascendencia divina. Es igualmente un himno al Dios creador del universo y salvador de Israel. Con él, el pueblo de la antigua alianza aclamaba al que tiene en sus manos el universo y dirigió los destinos de Israel, desde la liberación de Egipto hasta la instalación en Canaán.

Para nosotros, cristianos, este salmo puede ser muy evocativo; con él celebramos a Dios creador y recordamos la historia de la salvación. De esta forma, el salmo prepara ya la celebración del domingo, día en que empezó la creación y llegó a su término la historia de la salvación.

Este recuerdo de la creación y de la Pascua hacía germinar en el corazón de Israel una fe tan sólida, que la multitud de ídolos les parecían simple caricatura. ¿Son también para nosotros nuestros himnos a Dios tan sinceros que nos lleven al desprecio de la multitud de ídolos que continuamente crea nuestro mundo?

Nosotros queremos alabar al Señor por la creación y por el nuevo éxodo que nos ha hecho vivir. El Señor es grande, hace lo que quiere, hirió de muerte a pueblos numerosos, a los innumerables pecados de los hombres y a la misma muerte..., y nos dio su tierra -el reino eterno- en heredad a nosotros, Israel, su nuevo pueblo.

LAUDES DEL MARTES DE LA IV SEMANA

SALMO 100

Propósitos de un príncipe justo

¹Voy a cantar la bondad y la justicia,
para ti es mi música, Señor;
²voy a explicar el camino perfecto:
¿cuándo vendrás a mí?

Andaré con rectitud de corazón
dentro de mi casa;
³no pondré mis ojos
en intenciones viles.

Aborrezco al que obra mal,
no se juntará conmigo;
⁴lejos de mí el corazón torcido,
no aprobaré al malvado.

⁵Al que en secreto difama a su prójimo
lo haré callar;
ojos engreídos, corazones arrogantes
no los soportaré.

⁶Pongo mis ojos en los que son leales,
ellos vivirán conmigo;
el que sigue un camino perfecto,
ése me servirá.

⁷No habitará en mi casa
quien comete fraudes;
el que dice mentiras
no durará en mi presencia.

⁸Cada mañana haré callar
a los hombres malvados,

para excluir de la ciudad del Señor
a todos los malhechores.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Espejo de príncipes. Para Nacar-Colunga el título de este salmo es Normas de vida de un príncipe bueno.

Este salmo ha sido saludado como el «espejo del príncipe y de los magistrados». En él se traza el programa de un gobierno equitativo y honesto, refrenando los desmanes de los impíos y promoviendo el bien a base de seleccionar buenos y fieles consejeros, evitando el fraude y ejerciendo la justicia de modo severo contra los obradores de iniquidad. En el salmo podemos distinguir dos partes: a) normas de conducta en la vida privada (vv. 1-4); b) en las relaciones de la vida pública (vv. 5-8).

Normas de conducta en la vida privada.- Las características de la conducta divina son la bondad para con los que le son fieles y la justicia para con los rebeldes a su ley. El salmista inicia su poema declarando estos atributos divinos para después amoldarse a sus exigencias en la vida moral. En su conducta privada quiere seguir el camino de la rectitud moral, ansiando poder convivir en comunidad afectiva con Yahvé: ¿cuándo vendrás a mí? En su vida no prestará atención a nada vil o indigno de su calidad de fiel yahvista; por eso no puede aprobar el proceder de los que obran mal, apóstatas o ateos prácticos, que viven al margen de su ley y desprecian a Dios. En su deseo de mantenerse íntegro, vivirá alejado del malvado con un corazón recto y sumiso a los preceptos divinos.

Conducta en su vida pública.- Como gobernante, excluirá de su confianza a los calumniadores, orgullosos y fraudulentos, procurando rodearse sólo de los hombres probos o que son leales. Sólo los rectos tendrán acceso a él en el gobierno en calidad de ministros, ése me servirá. Con energía procurará cada día hacer desaparecer de la sociedad a los malvados, que inficionan el ambiente con sus perversidades. En la ciudad del Señor -Jerusalén- no pueden habitar los inicuos, pues es la capital de la teocracia, donde mora el propio Dios de Israel.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 30 de abril de 2003]

1. Después de las dos catequesis dedicadas al significado de las celebraciones pascuales, reanudamos nuestra reflexión sobre la

liturgia de las Laudes. Para el martes de la cuarta semana nos propone el salmo 100, que acabamos de escuchar.

Es una meditación que pinta el retrato del político ideal, cuyo modelo de vida debería ser el actuar divino en el gobierno del mundo: un actuar regido por una perfecta integridad moral y por un enérgico compromiso contra las injusticias. Ese texto se vuelve a proponer ahora como programa de vida para el fiel que comienza su día de trabajo y de relación con el prójimo. Es un programa de «amor y justicia» (cf. v. 1), que se articula en dos grandes líneas morales.

2. La primera se llama «senda de la inocencia» y está orientada a exaltar las opciones personales de vida, realizadas «con rectitud de corazón», es decir, con conciencia totalmente recta (cf. v. 2).

Por una parte, se habla de modo positivo de las grandes virtudes morales que hacen luminosa la «casa», es decir, la familia del justo (cf. v. 2): la sabiduría, que ayuda a comprender y juzgar bien; la inocencia, que es pureza de corazón y de vida; y, por último, la integridad de la conciencia, que no tolera componendas con el mal.

Por otra parte, el salmista introduce un compromiso negativo. Se trata de la lucha contra toda forma de maldad e injusticia, para mantener lejos de su casa y de sus opciones cualquier perversión del orden moral (cf. vv. 3-4).

Como escribe san Basilio, gran Padre de la Iglesia de Oriente, en su obra *El bautismo*, «ni siquiera el placer de un instante que contamina el pensamiento debe turbar a quien se ha configurado con Cristo en una muerte semejante a la suya» (*Opere ascetiche*, Turín 1980, p. 548).

3. La segunda línea se desarrolla en la parte final del salmo (cf. vv. 5-8) y precisa la importancia de las cualidades más típicamente públicas y sociales. También en este caso se enumeran los puntos esenciales de una vida que quiere rechazar el mal con rigor y firmeza.

Ante todo, la lucha contra la calumnia y la difamación secreta, un compromiso fundamental en una sociedad de tradición oral, que atribuía gran importancia a la función de la palabra en las relaciones interpersonales. El rey, que ejerce también la función de juez, anuncia que en esta lucha empleará la más rigurosa severidad: hará que perezca el calumniador (cf. v. 5). Asimismo, se rechaza toda arrogancia y soberbia; se evita la compañía y el consejo de quienes actúan siempre con engaño y mentiras. Por último, el rey declara el modo como quiere elegir a sus «servidores» (cf. v. 6), es decir, a sus ministros. Los escoge

entre «los que son leales». Quiere rodearse de gente íntegra y evitar el contacto con «quien comete fraudes» (cf. v. 7).

4. El último versículo del salmo es particularmente enérgico. Puede resultar chocante al lector cristiano, porque anuncia un exterminio: «Cada mañana haré callar a los hombres malvados, para excluir de la ciudad del Señor a todos los malhechores» (v. 8). Sin embargo, es importante recordar que quien habla así no es una persona cualquiera, sino el rey, responsable supremo de la justicia en el país. Con esta frase expresa de modo hiperbólico su implacable compromiso de lucha contra la criminalidad, un compromiso necesario, que comparte con todos los que tienen responsabilidades en la gestión de la administración pública.

Evidentemente, esta tarea de justiciero no compete a cada ciudadano. Por eso, si los fieles quieren aplicarse a sí mismos la frase del salmo, lo deben hacer en sentido analógico, es decir, decidiendo extirpar cada mañana de su propio corazón y de su propia conducta la hierba mala de la corrupción y de la violencia, de la perversión y de la maldad, así como cualquier forma de egoísmo e injusticia.

5. Concluamos nuestra meditación volviendo al versículo inicial del salmo: «Voy a cantar el amor y la justicia...» (v. 1). Un antiguo escritor cristiano, Eusebio de Cesarea, en sus *Comentarios a los Salmos*, subraya la primacía del amor sobre la justicia, aunque esta sea también necesaria: «Voy a cantar tu misericordia y tu juicio, mostrando cómo actúas habitualmente: no juzgas primero y luego tienes misericordia, sino que primero tienes misericordia y luego juzgas, y con clemencia y misericordia emites sentencia. Por eso, yo mismo, ejerciendo misericordia y juicio con respecto a mi prójimo, me atrevo a cantar y entonar salmos en tu honor. Así pues, consciente de que es preciso actuar así, conservo inmaculadas e inocentes mis sendas, convencido de que de este modo te agradarán mis cantos y salmos por mis obras buenas» (PG 23, 1241).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 100 fue, en su origen, el programa de actuación de un rey recién consagrado. Meditado por la comunidad cristiana al comienzo de un nuevo día, nos sugiere un ideal de conducta recta para ofrecer a Dios, como himno de alabanza, la nueva jornada: «Voy a cantar, con mis acciones del día, la bondad y la justicia; que mis obras rectas sean para ti como una música grata en tu presencia, Señor».

Es recomendable que este salmo sea, en algunas ocasiones, proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antifona propia, la asamblea puede acompañar el salmo cantando las

antífonas «Caminaré en presencia del Señor» (MD 829) o bien «Yo cantaré al Señor toda mi vida».

CÁNTICO DE AZARÍAS, DN 3, 26-29. 34-41

Oración de Azarías en el horno

²⁶Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, digno de alabanza y glorioso es tu nombre.

²⁷Porque eres justo en cuanto has hecho con nosotros y todas tus obras son verdad,

²⁸y rectos tus caminos, y justos todos tus juicios.

²⁹Porque hemos pecado y cometido iniquidad apartándonos de ti, y en todo hemos delinquido.

³⁴Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia.

³⁵Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado;

³⁶a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas.

³⁷Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados.

³⁸En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia.

³⁹Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros o una multitud de corderos cebados.

⁴⁰Que éste sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados.

⁴¹Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro.

[Este cántico evoca el tiempo del exilio de Israel en Babilonia, cuando tres jóvenes judíos fueron condenados al fuego del horno ardiente por el rey Nabucodonosor porque se habían negado a adorar la estatua que él había levantado. En aquella circunstancia, uno de los jóvenes entonó el cántico; así nos lo refiere Dn 3, 24-25: «Caminaban entre las llamas alabando a Dios y bendiciendo al Señor. Entonces Azarías, de pie en medio del fuego, se puso a orar así: "Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres..."». En el texto litúrgico se omiten los vv. 30-33 en los que Azarías reconoce las infidelidades de los israelitas y la justicia con la que Dios los ha castigado: «30No hemos obedecido, / ni hemos cumplido lo que se nos mandaba / para nuestro bien. 31Y en todo cuanto nos has enviado, / en todo cuanto nos has hecho, / has actuado con justicia fiel. / 32Nos entregaste en poder de enemigos sin ley, / malvados y apóstatas, / y en poder de un rey injusto, / el más perverso de toda la tierra. / 33Y ahora no podemos ni abrir la boca, / la vergüenza y la deshonra / abruma a tus siervos y a tus fieles».

El cántico de Azarías no está en el texto hebreo, sino que forma parte de las secciones griegas llamadas deuteroacanónicas. Parece una interpolación insertada por el último redactor a la parte hebrea y aramea. La oración de Azarías gira en torno a la tragedia del pueblo israelita, castigado por Dios con el exilio; es una confesión del pueblo por sus pecados, puesta en labios de Azarías por el compilador de esta antología fragmentaria que es el libro de Daniel.

Las fórmulas de confesión de los pecados son estereotipadas y corrientes en la literatura de los Salmos: Israel ha sido castigado por sus pecados justamente, y parece como si Dios hubiera retirado las promesas de su alianza. Israel se halla como una grey dispersa, sin jefe ni caudillo, sin profeta que les comunique las revelaciones de su Dios. En sustitución de los

sacrificios, que no se pueden ofrecer porque no tienen templo, el protagonista se ofrece humildemente a Dios. Sólo Dios, por su misericordia, puede salvar a su pueblo; su ofrenda es un corazón contrito y humilde. El arrepentimiento es seguido de sinceros propósitos de una vida nueva.

La generalidad de los autores de nota creen que esta composición es del tiempo en que la vida de los repatriados de Palestina se desenvolvía en medio de las mayores dificultades de todo género. La afirmación de que no hay profetas hace claramente pensar que han pasado los tiempos en que las figuras de Jeremías y Ezequiel dominaban el horizonte del exilio israelita. El compilador ha querido ponerla en boca del joven Azarías con el fin de hacer resaltar más su heroica conducta en la hora de mayor sufrimiento, como estímulo para los que sufrían persecuciones en la época macabea.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 14 de mayo de 2003]

1. El cántico que se acaba de proclamar pertenece al texto griego del libro de Daniel y se presenta como súplica elevada al Señor con fervor y sinceridad. Es la voz de Israel que está sufriendo la dura prueba del exilio y de la diáspora entre los pueblos. En efecto, quien entona el cántico es un judío, Azarías, insertado en el horizonte babilónico en tiempos del exilio de Israel, después de la destrucción de Jerusalén por obra del rey Nabucodonosor.

Azarías, con otros dos fieles judíos, está «en medio del fuego» (Dn 3,25), como un mártir dispuesto a afrontar la muerte con tal de no traicionar su conciencia y su fe. Fue condenado a muerte por haberse negado a adorar la estatua imperial.

2. Este cántico considera la persecución como un castigo justo con el que Dios purifica al pueblo pecador: «Con verdad y justicia has provocado todo esto -confiesa Azarías- por nuestros pecados» (v. 28). Por tanto, se trata de una oración penitencial, que no desemboca en el desaliento o en el miedo, sino en la esperanza.

Ciertamente, el punto de partida es amargo, la desolación es grave, la prueba es dura, el juicio divino sobre el pecado es severo: «En este momento no tenemos príncipes ni profetas ni jefes; ni holocausto ni sacrificios ni ofrendas ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia» (v. 38). El templo de Sión ha sido destruido y parece que el Señor ya no habita en medio de su pueblo.

3. En la trágica situación del presente, la esperanza busca su raíz en el pasado, o sea, en las promesas hechas a los padres. Así, se remonta a Abraham, Isaac y Jacob (cf. v. 35), a los cuales Dios había asegurado bendición y fecundidad, tierra y grandeza, vida y paz. Dios es fiel y no dejará de cumplir sus promesas. Aunque la justicia exige que Israel sea castigado por sus culpas, permanece la certeza de que la misericordia y el perdón constituirán la última palabra. Ya el profeta Ezequiel refería estas palabras del Señor: «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado (...) y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? (...) Yo no me complazco en la muerte de nadie» (Ez 18,23.32). Ciertamente, Israel está en un tiempo de humillación: «Ahora somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados» (Dn 3,37). Sin embargo, lo que espera no es la muerte, sino una nueva vida, después de la purificación.

4. El orante se acerca al Señor ofreciéndole el sacrificio más valioso y agradable: el «corazón contrito» y el «espíritu humillado» (v. 39; cf. Sal 50,19). Es precisamente el centro de la existencia, el yo renovado por la prueba, lo que se ofrece a Dios, para que lo acoja como signo de conversión y consagración al bien.

Con esta disposición interior desaparece el miedo, se acaban la confusión y la vergüenza (cf. Dn 3,40), y el espíritu se abre a la confianza en un futuro mejor, cuando se cumplan las promesas hechas a los padres.

La frase final de la súplica de Azarías, tal como nos la propone la liturgia, tiene una gran fuerza emotiva y una profunda intensidad espiritual: «Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro» (v. 41). Es un eco de otro salmo: «Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro". Tu rostro buscaré, Señor» (Sal 26,8).

Ha llegado el momento en que nuestros pasos ya no siguen los caminos perversos del mal, los senderos tortuosos y las sendas torcidas (cf. Pr 2,15). Ahora ya seguimos al Señor, impulsados por el deseo de encontrar su rostro. Y su rostro no está airado, sino lleno de amor, como se ha revelado en el padre misericordioso con respecto al hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32).

5. Concluamos nuestra reflexión sobre el cántico de Azarías con la oración compuesta por san Máximo el Confesor en su Discurso ascético (37-39), donde toma como punto de partida precisamente el texto del profeta Daniel.

«Por tu nombre, Señor, no nos abandones para siempre, no rompas tu alianza y no alejes de nosotros tu misericordia (cf. Dn 3,34-35) por tu piedad, oh Padre nuestro que estás en los cielos, por la compasión de tu Hijo unigénito y por la

misericordia de tu Santo Espíritu... No desoigas nuestra súplica, oh Señor, y no nos abandones para siempre. No confiamos en nuestras obras de justicia, sino en tu piedad, mediante la cual conservas nuestro linaje... No mires nuestra indignidad; antes bien, ten compasión de nosotros según tu gran piedad, y según la plenitud de tu misericordia borra nuestros pecados, para que sin condena nos presentemos ante tu santa gloria y seamos considerados dignos de la protección de tu Hijo unigénito».

San Máximo concluye: «Sí, oh Señor, Dios todopoderoso, escucha nuestra súplica, pues no reconocemos a ningún otro fuera de ti» (Umanità e divinità di Cristo, Roma 1979, pp. 51-52).

Monición para el cántico del Padre Farnés

El libro de Daniel pone en boca de Azarías, precipitado en el horno por haberse negado a adorar la estatua erigida por Nabucodonosor, este cántico de penitencia. En medio de las llamas, Azarías reconoce y confiesa humildemente los pecados de Israel, por los que Dios parece haber olvidado sus antiguas promesas. Toda esta plegaria refleja la situación de persecución del tiempo de los Macabeos. A causa de sus pecados, Israel ha quedado reducido al más pequeño de todos los pueblos, sin príncipes ni profetas, sin holocausto ni sacrificios, sin templo ni altar donde ofrecer primicias, la humillación no puede ser mayor. Pero al profeta le queda aún un medio a través del cual encontrar la faz de Dios: El corazón contrito y el espíritu humilde pueden ser un sacrificio igual, e incluso mejor, que el holocausto de carneros y toros.

Al empezar el nuevo día, hagamos nuestra esta plegaria. «Se acerca la hora, ya está aquí -decía Jesús a la Samaritana-, en que los que quieren dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu» (Jn 4,23). Como Azarías y como los mártires del tiempo de los Macabeos, también nosotros somos pobres y estamos desprovistos de todo: de buenas obras e, incluso, quizá, de ilusiones y de deseos de mejorar. Ofrezcamos, pues, a Dios lo único que está a nuestro alcance, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, y confiemos que el Dios de nuestros padres no romperá su alianza y multiplicará nuestra descendencia como la arena de las playas marinas, por Abrahán, su amigo, por Isaac, su siervo, por Israel, su consagrado, y, sobre todo, por Jesús, su Hijo amadísimo.

En la celebración comunitaria, si no es posible cantar la antifona propia, este cántico se puede acompañar con alguna antifona de matiz penitencial, por ejemplo: «Desde lo hondo a ti grito, Señor», sólo la primera estrofa (MD 825) o bien «¡Padre, he pecado contra el cielo y contra ti!» (MD 932).

SALMO 143

Oración de un rey pidiendo la victoria

¹Bendito el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la pelea;

²mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio,
que me somete los pueblos.

³Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él?;
¿qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?

⁴El hombre es igual que un soplo;
sus días, una sombra que pasa.

⁵Señor, inclina tu cielo y desciende;
toca los montes, y echarán humo;

⁶fulmina el rayo y dispérsalos;
dispara tus saetas y desbarátalos.

⁷Extiende la mano desde arriba:
defiéndeme, líbrame de las aguas caudalosas,
de la mano de los extranjeros,
⁸cuya boca dice falsedades,
cuya diestra jura en falso.

⁹Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas:

¹⁰para ti que das la victoria a los reyes,
y salvas a David, tu siervo.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Himno para la guerra y la victoria. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Acción de gracias por la victoria.

La primera parte del salmo es la súplica de un rey que se halla en situación angustiosa como consecuencia de los ataques de

pueblos enemigos que violaron la paz de Israel (vv. 1-11). En la formación de esta primera parte intervienen textos de los salmos 17, 8, 38, 103, 32.

Los vv. 1-2 ensalzan a Yahvé como protector del rey en sus empresas bélicas.

En los vv. 3-4 se trata de la Providencia divina en general sobre el hombre, que en su pequeñez es digno de la atención de Yahvé.

A continuación, el salmista describe la manifestación de su Dios en las tormentas, fulgurando rayos y relámpagos. Apela al poder divino para que le libre de sus enemigos exteriores, que caen en tromba sobre él como muchedumbre de aguas diluviales. Sus enemigos traman engañosamente perderle, haciendo juramentos falsos.

Yahvé siempre se ha mostrado propicio a su pueblo, defendiendo a sus reyes, como lo hizo con su siervo David, el rey ideal de Israel.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 21 de mayo de 2003]

1. Acabamos de escuchar la primera parte del salmo 143. Tiene las características de un himno real, entrelazado con otros textos bíblicos, para dar vida a una nueva composición de oración (cf. Sal 8,5; 17,8-15; 32,2-3; 38,6-7). Quien habla, en primera persona, es el mismo rey davídico, que reconoce el origen divino de sus éxitos.

El Señor es presentado con imágenes marciales, según la antigua tradición simbólica. En efecto, aparece como un instructor militar (cf. Sal 143,1), un alcázar inexpugnable, un escudo protector, un triunfador (cf. v. 2). De esta forma, se quiere exaltar la personalidad de Dios, que se compromete contra el mal de la historia: no es un poder oscuro o una especie de hado, ni un soberano impasible e indiferente respecto de las vicisitudes humanas. Las citas y el tono de esta celebración divina guardan relación con el himno de David que se conserva en el salmo 17 y en el capítulo 22 del segundo libro de Samuel.

2. Frente al poder divino, el rey judío se reconoce frágil y débil, como lo son todas las criaturas humanas. Para expresar esta sensación, el orante real recurre a dos frases presentes en los salmos 8 y 38, y las une, confiriéndoles una eficacia nueva y más intensa: «Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él?, ¿qué los hijos de Adán para que pienses en ellos? El hombre es

igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa» (vv. 3-4). Aquí resalta la firme convicción de que nosotros somos inconsistentes, semejantes a un soplo de viento, si no nos conserva en la vida el Creador, el cual, como dice Job, «tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (Jb 12,10).

Sólo con el apoyo de Dios podemos superar los peligros y las dificultades que encontramos diariamente en nuestra vida. Sólo contando con la ayuda del cielo podremos esforzarnos por caminar, como el antiguo rey de Israel, hacia la liberación de toda opresión.

3. La intervención divina se describe con las tradicionales imágenes cósmicas e históricas, con el fin de ilustrar el señorío divino sobre el universo y sobre las vicisitudes humanas: los montes, que echan humo en repentinas erupciones volcánicas (cf. Sal 143,5); los rayos, que parecen saetas lanzadas por el Señor y dispuestas a destruir el mal (cf. v. 6); y, por último, las «aguas caudalosas», que, en el lenguaje bíblico, son símbolo del caos, del mal y de la nada, en una palabra, de las presencias negativas dentro de la historia (cf. v. 7). A estas imágenes cósmicas se añaden otras de índole histórica: son «los enemigos» (cf. v. 6), los «extranjeros» (cf. v. 7), los que dicen falsedades y los que juran en falso, es decir, los ídólatras (cf. v. 8).

Se trata de un modo muy concreto, típicamente oriental, de representar la maldad, las perversiones, la opresión y la injusticia: realidades tremendas de las que el Señor nos libra, mientras vivimos en el mundo.

4. El salmo 143, que la Liturgia de las Horas nos propone, concluye con un breve himno de acción de gracias (cf. vv. 9-10). Brota de la certeza de que Dios no nos abandonará en la lucha contra el mal. Por eso, el orante entona una melodía acompañándola con su arpa de diez cuerdas, seguro de que el Señor «da la victoria a los reyes y salva a David, su siervo» (cf. vv. 9-10).

La palabra «consagrado» en hebreo es «Mesías». Por eso, nos hallamos en presencia de un salmo real, que se transforma, ya en el uso litúrgico del antiguo Israel, en un canto mesiánico. Los cristianos lo repetimos teniendo la mirada fija en Cristo, que nos libra de todo mal y nos sostiene en la lucha contra las fuerzas ocultas del mal. En efecto, «nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas» (Ef 6,12).

5. Concluyamos, entonces, con una consideración que nos sugiere san Juan Casiano, monje de los siglos IV-V, que vivió

en la Galia. En su obra *La encarnación del Señor*, tomando como punto de partida el versículo 5 de nuestro salmo -«Señor, inclina tu cielo y desciende»-, ve en estas palabras la espera del ingreso de Cristo en el mundo.

Y prosigue así: «El salmista suplicaba que (...) el Señor se manifestara en la carne, que apareciera visiblemente en el mundo, que fuera elevado visiblemente a la gloria (cf. 1 Tm 3,16) y, finalmente, que los santos pudieran ver, con los ojos del cuerpo, todo lo que habían previsto en el espíritu» (*L'Incarnazione del Signore*, V, 13, Roma 1991, pp. 208-209). Precisamente esto es lo que todo bautizado testimonia con la alegría de la fe.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Hoy tomamos en nuestros labios, como oración de la mañana, la plegaria de un antiguo rey de Israel que, antes de emprender la batalla, aclama a su Dios como su roca, su escudo y su refugio.

Con esta oración, empezamos hoy las luchas del nuevo día, seguros de que Dios adiestrará nuestras manos para el combate, nuestros dedos para la pelea. Y bendecimos a Dios porque, aunque el hombre es igual que un soplo, que una sombra que pasa, el Señor inclina su cielo y desciende, extiende la mano desde arriba y nos libra de las aguas caudalosas en las que a veces nos vemos sumergidos.

LAUDES DEL MIÉRCOLES DE LA IV SEMANA

SALMO 107

Alabanzas al Señor y petición de auxilio

²Dios mío, mi corazón está firme,
para ti cantaré y tocaré, gloria mía.

³Despertad, cítara y arpa;
despertaré a la aurora.

⁴Te daré gracias ante los pueblos, Señor;
tocaré para ti ante las naciones:
⁵por tu bondad, que es más grande que los cielos;
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.

⁶Elévate sobre el cielo, Dios mío,
y llene la tierra tu gloria;
⁷para que se salven tus predilectos,
que tu mano salvadora nos responda.

⁸Dios habló en su santuario:
«Triunfante, ocuparé Siquén,
parcelaré el valle de Sucot;

⁹mío es Galaad, mío Manasés,
Efraín es yelmo de mi cabeza,
Judá es mi cetro;

¹⁰Moab, una jofaina para lavarme;
sobre Edom echo mi sandalia,
sobre Filistea canto victoria».

¹¹Pero, ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom,
¹²si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?

¹³Auxilianos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es inútil.

¹⁴Con Dios haremos proezas,
él pisoteará a nuestros enemigos.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Himno matinal y súplica nacional. Para Nacar-Colunga el título de este salmo es Petición de auxilio divino contra los enemigos.

Este salmo es una combinación de dos fragmentos tomados de otros salmos: los vv. 2-7 están tomados del salmo 56,8-12, y los vv. 8-14, del salmo 59,7-14. La primera parte es de acción de gracias, y la segunda es una súplica de victoria sobre los enemigos vecinos de Israel: Siquén, Filistea, Galaad, Edom.

Liberación, acción de gracias (vv. 2-7).- El corazón del salmista se dispone a entonar salmos de acción de gracias a su Salvador. Poéticamente invita a su alma a entonar cantos de júbilo al son del arpa y de la cítara. Poéticamente declara que está dispuesto a despertar a la misma aurora con sus instrumentos musicales. De ordinario, la aurora es la que despierta al poeta para que entone cánticos en honor de Yahvé; aquí es el poeta el que se adelanta a la aurora, porque no puede retener el júbilo que le embarga.

La perspectiva del salmista se ensancha, pues no sólo quiere cantar los portentos de su Dios Salvador en medio de su pueblo, sino que aspira a darlos a conocer a los pueblos y naciones gentílicas, y declara que la bondad del Señor sobrepasa a los cielos y su fidelidad a las nubes. No sólo llenan la tierra, sino que traspasan el horizonte cósmico del hombre. Esta amplitud de la grandeza divina exige un canto que desborde también todos los ámbitos nacionales. Conforme a esta perspectiva, el salmista pide que se manifieste en lo alto de los cielos, haciendo esplender su gloria en toda la tierra.

Promesa de victoria (vv. 8-14).- El oráculo se pone en boca de Yahvé, y el contenido de esta promesa es la seguridad de la victoria sobre los pueblos vecinos a Israel: Moab, Edom y Filistea. El vencedor es Yahvé, que conquistó Canaán y sus alrededores para su pueblo elegido, Israel. Las palabras, aunque puestas en boca de Dios, en realidad pueden aplicarse a la nación israelita como colectividad. El poeta dramatiza la victoria y, con claros antropomorfismos, presenta a Dios como un guerrero que ocupa y somete a las naciones enemigas de Israel. Ante la victoria segura, exulta y se dispone a repartir la región de Siquén, es decir, la franja de terreno situada en

Cisjordania. El valle de Sucot es la región conquistada en Transjordania. Galaad y Manasés son los territorios del norte de Transjordania. Estas zonas territoriales, pues, pertenecen al pueblo de Yahvé; pero el centro de ellas lo constituye Efraín, que es el yelmo de su cabeza, porque la tribu de Efraín se distinguió siempre por su espíritu belicista y aguerrido, y Judá su cetro, o territorio donde radicaba la capital con su templo, morada de su majestad en la tierra. Por ello tenía la supremacía jurídica y gubernativa sobre el resto de las tribus.

Aquí se declara la pertenencia de los territorios de estas diversas tribus a Yahvé como porción especial de Él; pero, además, serán sometidos como estados vasallos Moab, Edom y Filistea. Los términos en que se expresa esta idea son despectivos y humillantes, en contraposición a la declaración de pertenencia de los territorios anteriores que integraban la «heredad» de Yahvé. Moab es la jofaina en la que se lava sus pies; Edom es el esclavo a quien se confía llevar el calzado, y Filistea oír los cantos de triunfo del Vencedor, sin poder oponerse a su victoria. Esta es la panorámica de triunfo que el salmista pone en boca de Yahvé para dar ánimos a los decaídos israelitas por las derrotas actuales.

Terminado el oráculo, el salmista, sopesando el ambiente de postración y derrota de su pueblo, clama a su Dios para que los ayude a reconquistar el territorio edomita y dar el merecido al arrogante Edom, actualmente vencedor. Espera el poder de Yahvé para reconstruir el poder militar de la nación. Nadie puede darles la victoria sino el propio Dios. El salmista ansía llegar con su ejército a la ciudad fortificada, sin duda Petra o Sela, capital de Edom, que se consideraba inexpugnable. En realidad, las guerras de Israel son las guerras de Dios, al que está vinculado por una alianza, y aunque ahora parece que los ha rechazado y no sale con sus ejércitos al campo de batalla, sin embargo, es el único que puede prestar auxilio. El abandono de Yahvé tiene que ser sólo momentáneo, pues al fin tendrá que salir por los fueros de su pueblo. Esta es la confianza del salmista. Todo auxilio humano no tiene valor alguno en estas circunstancias, y sólo con la ayuda divina será posible obrar las proezas de reconstruirse y aun de entrar en territorio del ahora vencedor. Yahvé es el guerrero de Israel y terminará por aplastar a sus enemigos.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 28 de mayo de 2003]

1. El salmo 107, que se nos ha propuesto ahora, forma parte de la secuencia de los salmos de la Liturgia de Laudés, objeto de nuestras catequesis. Presenta una característica, a primera vista, sorprendente. La composición no es más que la fusión de dos fragmentos de salmos anteriores: uno está tomado del salmo 56 (vv. 8-12), y el otro, del salmo 59 (vv. 7-14). El primer

fragmento tiene forma de himno; el segundo, es una súplica, pero con un oráculo divino que infunde en el orante serenidad y confianza.

Esta fusión da origen a una nueva plegaria y este hecho resulta ejemplar para nosotros. En realidad, también la liturgia cristiana, a menudo, funde pasajes bíblicos diferentes, transformándolos en un texto nuevo, destinado a iluminar situaciones inéditas. Con todo, permanece el vínculo con la base originaria. En la práctica, el salmo 107 -aunque no es el único; basta ver, por citar otro testimonio, el salmo 143- muestra que ya Israel en el Antiguo Testamento utilizaba de nuevo y actualizaba la palabra de Dios revelada.

2. El salmo que resulta de esa combinación es, por tanto, algo más que la simple suma o yuxtaposición de los dos pasajes anteriores. En vez de comenzar con una humilde súplica, como el salmo 56, «Misericordia, Dios mío, misericordia» (v. 2), el nuevo salmo comienza con un decidido anuncio de alabanza a Dios: «Dios mío, mi corazón está firme; para ti cantaré y tocaré» (Sal 107,2). Esta alabanza ocupa el lugar de la lamentación que formaba el inicio del otro salmo (cf. Sal 59,1-6), y se convierte así en la base del oráculo divino sucesivo (cf. Sal 59,8-10=Sal 107,8-10) y de la súplica que lo rodea (cf. Sal 59,7.11-14=Sal 107,7.11-14).

Esperanza y temor se funden y se transforman en el contenido de la nueva oración, totalmente orientada a infundir confianza también en el tiempo de la prueba que vive toda la comunidad.

3. El salmo comienza, por consiguiente, con un himno gozoso de alabanza. Es un canto matutino acompañado por el arpa y la cítara (cf. Sal 107,3). El mensaje es muy claro y se centra en la «bondad» y la «verdad» divinas (cf. v. 5): en hebreo, *hésed* y *'emèt*, son los términos típicos para definir la fidelidad amorosa del Señor a la alianza con su pueblo. Sobre la base de esta fidelidad, el pueblo está seguro de que no se verá abandonado por Dios en el abismo de la nada y de la desesperación.

La relectura cristiana interpreta este salmo de un modo particularmente sugestivo. En el versículo 6, el salmista celebra la gloria trascendente de Dios: «Elévate -es decir, sé exaltado- sobre el cielo, Dios mío». Comentando este salmo, Orígenes, el célebre escritor cristiano del siglo III, remite a la frase de Jesús: «Cuando seré exaltado de la tierra, atraeré a todos a mí» (Jn 12,32), que se refiere a su crucifixión. Tiene como resultado lo que afirma el versículo sucesivo: «Para que se salven tus predilectos» (Sal 107,7). Por eso, concluye Orígenes: «¡Qué admirable significado! El motivo por el cual el Señor es crucificado y exaltado es que sus predilectos se salven. (...) Se ha realizado lo que hemos pedido: él ha sido exaltado y

nosotros hemos sido salvados» (Orígenes-Girolamo, 74 omelie sul libro dei Salmi, Milano 1993, p. 367).

4. Pasemos ahora a la segunda parte del salmo 107, cita parcial del salmo 59, como hemos dicho. En la angustia de Israel, que siente a Dios ausente y distante («Tú, oh Dios, nos has rechazado»: v. 12), se eleva la voz del oráculo del Señor, que resuena en el templo (cf. vv. 8-10). En esta revelación, Dios se presenta como árbitro y señor de toda la Tierra Santa, desde la ciudad de Siquén hasta el valle de Sucot, en Transjordania, desde las regiones orientales de Galaad y Manasés hasta las centro-meridionales de Efraín y Judá, llegando incluso a los territorios vasallos pero extranjeros de Moab, Edom y Filistea.

Con imágenes coloridas de ámbito militar o de tipo jurídico se proclama el señorío divino sobre la Tierra prometida. Si el Señor reina, no tenemos nada que temer: no estamos a merced de las fuerzas oscuras del hado o del caos. Siempre, incluso en los momentos tenebrosos, hay un proyecto superior que gobierna la historia.

5. Esta fe enciende la llama de la esperanza. De cualquier modo, Dios señalará un camino de salida, es decir, una «plaza fuerte» puesta en la región de Idumea. Eso significa que, a pesar de la prueba y del silencio, Dios volverá a revelarse, a sostener y guiar a su pueblo. Sólo de él puede venir la ayuda decisiva y no de las alianzas militares externas, es decir, de la fuerza de las armas (cf. v. 13). Y sólo con él se conseguirá la libertad y se harán «proezas» (cf. v. 14).

Con san Jerónimo, recordemos la última lección del salmista, interpretada en clave cristiana: «Nadie debe desesperarse en esta vida. ¿Tienes a Cristo y tienes miedo? Él será nuestra fuerza, él será nuestro pan, él será nuestro guía» (Breviarium in Psalms, Ps. CVII: PL 26, 1224).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 107 está formado por dos cantos diversos. El primer canto es una oración pidiendo la victoriosa teofanía de Dios en una guerra: Elévate sobre el cielo, Dios mío; que tu mano salvadora nos responda, para que se salven tus predilectos. El salmista está tan cierto que se realizará esta su petición que da gracias ya de antemano por la victoria y dice a Dios su plena confianza en que esta petición se realice: Dios mío, mi corazón está firme; vendrá la victoria y, entonces, te daré gracias ante los pueblos.

El segundo canto contiene un oráculo no realizado, por lo menos bajo la forma como lo esperaba el pueblo: Dios habló: «Triunfante ocuparé Siquén; sobre Edom echo mi sandalia». La realidad, en cambio, fue muy otra, Israel no venció a Edom,

sino que sufrió una derrota en la batalla. ¿Quién me conducirá a Edom, si tú, oh Dios, nos has rechazado? El enemigo ha vencido, y la ocupación de Edom no se ha dado; pero, a pesar de todo, el salmista no deja de confiar: Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos, no quizá como nosotros soñábamos, pero sí de una manera que sólo él sabe y prevé.

Este salmo, un poco difícil en su primera lectura, es una magnífica oración de fe y esperanza cristiana. Es una acción de gracias por la salvación, ya antes de que la hayamos experimentado, y una acción de gracias sin titubeos: Dios mío, mi corazón está firme; no sé lo que me traerá el nuevo día, pero despertaré a la aurora, para darte gracias porque te elevarás sobre el cielo y tu gloria llenará la tierra, para que se salven tus predilectos.

Y, si tus promesas no se realizan según nuestros pensamientos, si nosotros soñábamos en tu victoria en un sentido y bajo unas apariencias que no se realizan, si los acontecimientos nos parecen contradecir tus oráculos, si, ante los planes forjados e imposibles de llevar a término, tengo que decir: ¿Quién me conducirá a Edom?, es decir: «¿Quién me dará la victoria sobre el mal para vencer?», pediremos tu auxilio y esperaremos confiados tus caminos, que no son siempre nuestros caminos: Auxílianos contra el enemigo, y contigo haremos proezas.

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 61,10 - 62,5

Alegría del profeta ante la nueva Jerusalén

¹⁰Desbordo de gozo con el Señor,
y me alegro con mi Dios:
porque me ha vestido un traje de gala
y me ha envuelto en un manto de triunfo,
como novio que se pone le corona,
o novia que se adorna con sus joyas.

¹¹Como el suelo echa sus brotes,
como un jardín hace brotar sus semillas,
así el Señor hará brotar la justicia
y los himnos ante todos los pueblos.

¹Por amor de Sión no callaré,
por amor de Jerusalén no descansaré,

hasta que rompa la aurora de su justicia,
y su salvación llamee como antorcha.

²Los pueblos verán tu justicia,
y los reyes tu gloria;
te pondrán un nombre nuevo,
pronunciado por la boca del Señor.

³Serás corona fúlgida en la mano del Señor
y diadema real en la palma de tu Dios.

⁴Ya no te llamarán «Abandonada»,
ni a tu tierra «Devastada»;
a ti te llamarán «Mi favorita»,
y a tu tierra «Desposada»,
porque el Señor te prefiere a ti,
y tu tierra tendrá marido.

⁵Como un joven se casa con su novia,
así te desposa el que te construyó;
la alegría que encuentra el marido con su esposa,
la encontrará tu Dios contigo.

[La Liturgia toma para este cántico los dos últimos versículos del capítulo 61 (Is 61,10-11) y los cinco primeros del capítulo 62 de Isaías (62,1-5). La Biblia de Jerusalén da a los vv. 10-11 del cap. 61 de Isaías el título de Acción de gracias, y a los versículos 1-5 del cap. 62, el título de Segundo poema sobre la maravillosa resurrección de Jerusalén. En este nuevo poema (cf. Is 60), el tema de los desposorios adquiere gran relieve: el triunfo de Jerusalén y del país que lo rodea consiste en convertirse en esposa del Señor. Para la Biblia de Nácar-Colunga el título de Is 61,10-11 es Agradecimiento a Yahvé de la Jerusalén restaurada, y el de Is 62,1-5 Ya viene la salvación.

Is 61,10-11 puede entenderse como una explosión lírica del profeta o de Sión personificada, que exulta jubilosa ante las nuevas perspectivas luminosas que se ofrecen a sus ojos. Jerusalén ha sido vestida con un traje de gala (v. 10), es decir, Yahvé le ha otorgado la salvación, que aparece ante los pueblos como un nuevo atuendo nupcial, según dirá a continuación. La razón de que Sión se ciña la frente como novio... es precisamente la aparición inesperada de esa justicia o salvación (v. 11), que Yahvé mismo ha hecho brotar en su pueblo como

en un jardín las semillas. Ese horizonte de justicia hará que Sión sea objeto de alabanza ante todos los pueblos.

El capítulo 62 de Isaías está estrechamente unido, por su contenido, al anterior, pues en ambos se trata de la salvación que se avecina sobre Jerusalén, la cual entrará en relaciones especialísimas con Yahvé como esposa amada, de modo que no se verá de nuevo entregada a los enemigos.

En el capítulo 61 se anunciaba como inminente la salvación. En el cap. 62,1-5 el profeta está inquieto y ansioso por ver el nuevo horizonte ya hecho realidad. Hay un fuego interior que le abrasa, los destinos de Jerusalén: Por amor de Sión no callaré (v. 1). Sabe que hay ciertas promesas sobre su justicia o salvación, la cual ha de manifestarse al fin como antorcha encendida irradiando sobre los otros pueblos (v. 2). Su situación será tan singular que se le pondrá un nombre nuevo (v. 2b) que refleje dignidad. Será el mismo Yahvé quien pronuncie este nombre, pues sólo Él es capaz de medir la nueva dignidad de Sión entre las naciones. El profeta no sabe inventar un nombre que refleje plenamente la transformación de Jerusalén en la nueva era, y por eso lo deja a la iniciativa divina. En el v. 4 se esforzará en buscar nombres aplicables a Jerusalén que reflejen de algún modo su nueva situación; pero el verdadero nombre nuevo será el pronunciado por la boca del Señor. Jerusalén será como una corona fúlgida en la mano de Yahvé (v. 3), como objeto de su predilección, y resplandeciente como una diadema real ante los otros pueblos.

En los vv. 4-5, Jerusalén, que ha sido considerada como una «diadema real en la palma de Yahvé» (v. 3), ahora va a ser considerada como una esposa, como máxima expresión de amor. El profeta ensaya nombres descriptivos para dar a entender la nueva situación de Sión, en espera de que Dios mismo revele un día el nombre que en realidad le corresponde en justicia. Antes Jerusalén fue considerada como Abandonada y Devastada al ser invadida y destruida; pero ahora, al entrar bajo una protección especial de Dios, se la llamará Mi favorita y Desposada (v. 4). Yahvé mismo será su marido. Esta imagen del desposorio es común en la literatura profética a partir de Oseas. Israel en el desierto fue desposada con Yahvé por la alianza mosaica. Por sus infidelidades, Yahvé se separó de ella y la castigó. Pero Yahvé hará una nueva alianza y volverá a ser su Esposo (v. 5). Las nuevas relaciones, pues, no pueden ser más estrechas.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 18 de junio de 2003]

1. El admirable cántico que nos ha propuesto la Liturgia de Laudes, y que se acaba de proclamar, comienza como un Magníficat: «Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con

mi Dios» (Is 61,10). El texto se halla situado en la tercera parte del libro del profeta Isaías, una sección que según los estudiosos es de una época más tardía, cuando Israel, al volver del exilio en Babilonia (siglo VI a.C.), reanudó su vida de pueblo libre en la tierra de sus padres y reconstruyó Jerusalén y el templo. No por nada la ciudad santa, como veremos, ocupa el centro del cántico, y el horizonte que se está abriendo es luminoso y lleno de esperanza.

2. El profeta inicia su canto describiendo al pueblo renacido, vestido con traje de gala, como una pareja de novios ataviada para el gran día de la celebración nupcial (cf. v. 10). Inmediatamente después, se evoca otro símbolo, expresión de vida, de alegría y de novedad: el brote de una planta (cf. v. 11). Los profetas recurren a la imagen del brote, con formas diversas, para referirse al rey mesiánico (cf. Is 11,1; 53,2; Jr 23,5; Zc 3,8; 6,12). El Mesías es un retoño fecundo que renueva al mundo, y el profeta explica el sentido profundo de esta vitalidad: «El Señor hará brotar la justicia» (v. 11), por lo cual la ciudad santa se convertirá en un jardín de justicia, es decir, de fidelidad y verdad, de derecho y amor. Como decía poco antes el profeta, «llamará a tus murallas "Salvación" y a tus puertas "Alabanza"» (Is 60,18).

3. El profeta sigue clamando con fuerza: el canto es incansable y quiere aludir al renacimiento de Jerusalén, ante la cual está a punto de abrirse una nueva era (cf. Is 62,1). La ciudad se presenta como una novia a punto de celebrar su boda.

En la Biblia, el simbolismo nupcial, que aparece con fuerza en este pasaje (cf. vv. 4-5), es una de las imágenes más intensas para exaltar el vínculo de intimidad y el pacto de amor que existe entre el Señor y el pueblo elegido. Su belleza, hecha de «salvación», de «justicia» y de «gloria» (cf. vv. 1-2), será tan admirable que podrá ser «una magnífica corona en la mano del Señor» (cf. v. 3).

El elemento decisivo será el cambio de nombre, como sucede también en nuestros días cuando una joven se casa. Tomar un «nuevo nombre» (cf. v. 2) significa casi asumir una nueva identidad, emprender una misión, cambiar radicalmente de vida (cf. Gn 32,25-33).

4. El nuevo nombre que tomará la esposa Jerusalén, destinada a representar a todo el pueblo de Dios, se ilustra mediante el contraste que el profeta especifica: «Ya no te llamarán "Abandonada", ni a tu tierra, "Devastada"; a ti te llamarán "Mi favorita" y a tu tierra "Desposada"» (Is 62,4). Los nombres que indicaban la situación anterior de abandono y desolación, es decir, la devastación de la ciudad por obra de los babilonios y el drama del exilio, son sustituidos ahora por nombres de renacimiento, y son términos de amor y ternura, de fiesta y felicidad.

En este punto toda la atención se concentra en el esposo. Y he aquí la gran sorpresa: el Señor mismo asigna a Sión el nuevo nombre nupcial. Es estupenda, sobre todo, la declaración final, que resume el hilo temático del canto de amor que el pueblo ha entonado: «Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa la encontrará tu Dios contigo» (v. 5).

5. El canto no se refiere ya a las bodas entre un rey y una reina, sino que celebra el amor profundo que une para siempre a Dios con Jerusalén. En su esposa terrena, que es la nación santa, el Señor encuentra la misma felicidad que el marido experimenta con su mujer amada. En vez del Dios distante y trascendente, justo juez, tenemos al Dios cercano y enamorado. Este simbolismo nupcial se encuentra también en el Nuevo Testamento (cf. Ef 5,21-32) y luego lo recogen y desarrollan los Padres de la Iglesia. Por ejemplo, san Ambrosio recuerda que, desde esta perspectiva, «el esposo es Cristo, la esposa es la Iglesia, que es esposa por su amor y virgen por su pureza inmaculada» (Esposizione del Vangelo secondo Luca: Opere esegetiche X/II, Milán-Roma 1978, p. 289).

Y, en otra de sus obras, prosigue: «La Iglesia es hermosa. Por eso, el Verbo de Dios le dice: "¡Toda hermosa eres, amada mía, no hay tacha en ti!" (Ct 4,7), porque la culpa ha sido borrada... Por tanto, el Señor Jesús -impulsado por el deseo de un amor tan grande, por la belleza de sus atavíos y por su gracia, dado que en los que han sido purificados ya no hay ninguna mancha de culpa- dice a la Iglesia: "Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo" (Ct 8,6), es decir: estás engalanada, alma mía, eres muy bella, no te falta nada. "Ponme cual sello sobre tu corazón", para que por él tu fe brille en la plenitud del sacramento. También tus obras resplandezcan y muestren la imagen de Dios, a imagen del cual has sido hecha» (I misteri, nn. 49.41: Opere dogmatiche, III, Milán-Roma 1982, pp. 156-157).

Monición para el cántico del Padre Farnés

Este cántico de Isaías es un himno a Jerusalén, que será restaurada después de los años tristes del cautiverio. Nuestro texto tiene como dos partes. En la primera parte es la propia Jerusalén quien habla; se siente exultante y radiante al pensar en los días que se le acercan: El Señor me ha envuelto en un manto de triunfo, como novia que se adorna con sus joyas. En la segunda parte es el profeta quien habla, dirigiéndose a Jerusalén, que está a punto de abandonar el destierro de Babilonia: Los pueblos vecinos, por donde pasarán las caravanas de los desterrados que retornan, verán tu justicia y tu gloria; ya no te llamarán «Abandonada», como cuando eras esclava en Babilonia, sino «Desposada», porque el Señor te prefiere a ti, como un joven que se casa con su novia.

Dios continúa amando también a su pueblo en nuestros días, incluso cuando nosotros le hemos sido infieles. Este cántico nos recuerda el amor indefectible de Dios hacia nosotros. Los mismos castigos y silencios de Dios, aquellos momentos en que, personal o eclesialmente, nos podemos sentir como si fuésemos la «Abandonada», terminarán y desembocarán en un nuevo amor de Dios, esposo que no nos abandonará, porque el Señor nos prefiere a nosotros, y nuestra tierra tendrá un Dios por marido.

En la celebración comunitaria, es recomendable que este cántico sea distribuido entre la asamblea y un lector que representara al profeta. La asamblea podría recitar o cantar a dos coros desde el principio del canto hasta «los himnos, ante los pueblos»; el lector proclamaría, desde el ambón, la parte final, desde «Por amor de Sión no callaré». Si no es posible cantar la antifona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antifona que celebre la gloria del pueblo de Dios, por ejemplo: «Hija de Sión, alégrate» (MD 606).

SALMO 145

Felicidad de los que esperan en Dios

¹Alaba, alma mía, al Señor:

²alabaré al Señor mientras viva,
tañeré para mi Dios mientras exista.

³No confiéis en los príncipes,
seres de polvo que no pueden salvar;

⁴exhalan el espíritu y vuelven al polvo,
ese día perecen sus planes.

⁵Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob,
el que espera en el Señor, su Dios,

⁶que hizo el cielo y la tierra,
el mar y cuanto hay en él;

que mantiene su fidelidad perpetuamente,

⁷que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.

El Señor liberta a los cautivos,

⁸el Señor abre los ojos al ciego,

el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos.

⁹El Señor guarda a los peregrinos,
sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.

¹⁰El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Himno al Dios temible. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Sólo en Dios debe ponerse la confianza.

En esta bella composición poética se contraponen la suerte del que confía en el hombre y la del que confía en Dios. Es el primero de los cinco salmos «aleuyáticos», que cierran el Salterio. En él abundan las reminiscencias de otros salmos y textos bíblicos, y abundan también los paralelismos sinónimos. Los arameísmos prueban que fue redactado en época postexílica.

Con frases estereotipadas, el salmista inicia su poema exhortándose a sí mismo a alabar a Yahvé. La idea central del salmo es la confianza en Dios, de quien únicamente puede venir el auxilio seguro al hombre. En consecuencia, es inútil confiar en poderes humanos, por muy altos que sean, pues los mismos príncipes dejan de existir y después de la muerte no pueden prestar ayuda a nadie. Sólo el Dios de Jacob puede inspirar verdadera confianza, pues es el mismo que ha formado el cielo y la tierra, y, por otra parte, es fiel a sus promesas de protección a sus devotos. Especialmente muestra su solicitud y favor con los necesitados: los oprimidos, los hambrientos, los ciegos, los contrahechos, los peregrinos, los huérfanos y las viudas. Ese Dios providente y justo tiene su morada en Sión y desde ella mantiene su dominio por la eternidad. El salmista no menciona las promesas de engrandecimiento hechas a la ciudad santa, pero, conforme a los vaticinios proféticos, exalta la situación privilegiada de Jerusalén, centro de la teocracia hebrea.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 2 de julio de 2003]

1. El salmo 145, que acabamos de escuchar, es un «aleluya», el primero de los cinco con los que termina la colección del

Salterio. Ya la tradición litúrgica judía usó este himno como canto de alabanza por la mañana: alcanza su culmen en la proclamación de la soberanía de Dios sobre la historia humana. En efecto, al final del salmo se declara: «El Señor reina eternamente» (v. 10).

De ello se sigue una verdad consoladora: no estamos abandonados a nosotros mismos; las vicisitudes de nuestra vida no se hallan bajo el dominio del caos o del hado; los acontecimientos no representan una mera sucesión de actos sin sentido ni meta. A partir de esta convicción se desarrolla una auténtica profesión de fe en Dios, celebrado con una especie de letanía, en la que se proclaman sus atributos de amor y bondad (cf. vv. 6-9).

2. Dios es creador del cielo y de la tierra; es custodio fiel del pacto que lo vincula a su pueblo. Él es quien hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos y liberta a los cautivos. Él es quien abre los ojos a los ciegos, quien endereza a los que ya se doblan, quien ama a los justos, quien guarda a los peregrinos, quien sustenta al huérfano y a la viuda. Él es quien trastorna el camino de los malvados y reina soberano sobre todos los seres y de edad en edad.

Son doce afirmaciones teológicas que, con su número perfecto, quieren expresar la plenitud y la perfección de la acción divina. El Señor no es un soberano alejado de sus criaturas, sino que está comprometido en su historia, como Aquel que propugna la justicia, actuando en favor de los últimos, de las víctimas, de los oprimidos, de los infelices.

3. Así, el hombre se encuentra ante una opción radical entre dos posibilidades opuestas: por un lado, está la tentación de «confiar en los poderosos» (cf. v. 3), adoptando sus criterios inspirados en la maldad, en el egoísmo y en el orgullo. En realidad, se trata de un camino resbaladizo y destinado al fracaso; es «un sendero tortuoso y una senda llena de revueltas» (Pr 2,15), que tiene como meta la desesperación.

En efecto, el salmista nos recuerda que el hombre es un ser frágil y mortal, como dice el mismo vocablo 'adam, que en hebreo se refiere a la tierra, a la materia, al polvo. El hombre - repite a menudo la Biblia- es como un edificio que se resquebraja (cf. Qo 12,1-7), como una telaraña que el viento puede romper (cf. Jb 8,14), como un hilo de hierba, verde por la mañana y seco por la tarde (cf. Sal 89,5-6; 102,15-16). Cuando la muerte cae sobre él, todos sus planes perecen y él vuelve a convertirse en polvo: «Exhala el espíritu y vuelve al polvo; ese día perecen sus planes» (Sal 145,4).

4. Ahora bien, ante el hombre se presenta otra posibilidad, la que pondera el salmista con una bienaventuranza:

«Bienaventurado aquel a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor su Dios» (v. 5). Es el camino de la confianza en el Dios eterno y fiel. El amén, que es el verbo hebreo de la fe, significa precisamente estar fundado en la solidez inquebrantable del Señor, en su eternidad, en su poder infinito. Pero sobre todo significa compartir sus opciones, que la profesión de fe y alabanza, antes descrita, ha puesto de relieve.

Es necesario vivir en la adhesión a la voluntad divina, dar pan a los hambrientos, visitar a los presos, sostener y confortar a los enfermos, defender y acoger a los extranjeros, dedicarse a los pobres y a los miserables. En la práctica, es el mismo espíritu de las Bienaventuranzas; es optar por la propuesta de amor que nos salva desde esta vida y que más tarde será objeto de nuestro examen en el juicio final, con el que se concluirá la historia. Entonces seremos juzgados sobre la decisión de servir a Cristo en el hambriento, en el sediento, en el forastero, en el desnudo, en el enfermo y en el preso. «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40): esto es lo que dirá entonces el Señor.

5. Concluamos nuestra meditación del salmo 145 con una reflexión que nos ofrece la sucesiva tradición cristiana.

El gran escritor del siglo III Orígenes, cuando llega al versículo 7 del salmo, que dice: «El Señor da pan a los hambrientos y liberta a los cautivos», descubre en él una referencia implícita a la Eucaristía: «Tenemos hambre de Cristo, y él mismo nos dará el pan del cielo. "Danos hoy nuestro pan de cada día". Los que hablan así, tienen hambre. Los que sienten necesidad de pan, tienen hambre». Y esta hambre queda plenamente saciada por el Sacramento eucarístico, en el que el hombre se alimenta con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. Orígenes-Jerónimo, 74 omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 526-527).

Monición para el salmo del Padre Farnés

La primera hora del día es el momento de los planes y proyectos; pero nuestra experiencia nos invita a no fiarnos demasiado de ellos, pues, aunque el espíritu esté pronto, la carne es débil. Por ello el salmo 145 es una oración muy oportuna para el comienzo de la jornada. Este salmo nos hace dirigir nuestra mirada a Dios, poniendo sólo en él nuestra confianza: No confiemos en el hombre -ni en nosotros mismos ni en ninguno de los mortales-, pues los seres de polvo no pueden salvar. Apoyémonos, en cambio, en el Señor, pues es dichoso aquel a quien auxilia el Dios de Jacob, ya que sólo él liberta a los cautivos, abre los ojos al ciego, da pan a los hambrientos.

LAUDES DEL JUEVES DE LA IV SEMANA

SALMO 142,1-11

Lamentación y súplica ante la angustia

¹Señor, escucha mi oración;
tú, que eres fiel, atiende a mi súplica;
tú, que eres justo, escúchame.
²No llares a juicio a tu siervo,
pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.

³El enemigo me persigue a muerte,
empuja mi vida al sepulcro,
me confina a las tinieblas
como a los muertos ya olvidados.
⁴Mi aliento desfallece,
mi corazón dentro de mí está yerto.

⁵Recuerdo los tiempos antiguos,
medito todas tus acciones,
considero las obras de tus manos
⁶y extendiendo mis brazos hacia ti:
tengo sed de ti como tierra reseca.

⁷Escúchame enseguida, Señor,
que me falta el aliento.
No me escondas tu rostro,
igual que a los que bajan a la fosa.

⁸En la mañana hazme escuchar tu gracia,
ya que confío en ti.
Indícame el camino que he de seguir,
pues levanto mi alma a ti.

⁹Librame del enemigo, Señor,
que me refugio en ti.

¹⁰Enséñame a cumplir tu voluntad,
ya que tú eres mi Dios.

Tu espíritu, que es bueno,
me guíe por tierra llana.

¹¹Por tu nombre, Señor, consérvame vivo;
por tu clemencia, sácame de la angustia.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Súplica humilde. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Humilde oración en un peligro.

Como los anteriores salmos deprecativos, el salmo 142 comprende tres partes: a) invocación (vv. 1-2); b) motivos de su aflicción (vv. 3-6); c) súplica de ayuda y de liberación (vv. 7-12). Esta tiene un aire de penitencia; por eso en la liturgia forma parte de la colección de los siete «salmos penitenciales».

En la composición se entreveran las exclamaciones deprecativas y los desahogos imprecatorios contra los enemigos del justo. Aunque reconoce sus pecados, el salmista sabe que Dios es longánimo y que es fiel a sus promesas de protección a los que son fieles a su ley. El salmo está lleno de frases tomadas de otras partes del Salterio.

Seguro de la protección divina, el salmista implora la intervención divina, pues su fidelidad a las promesas no ha de faltar. La justicia divina implica la conformidad con las exigencias morales de su ser; por eso ha de salir en favor de los que le son fieles (v. 1). A pesar de las deficiencias de éstos, sabrá tratarlos conforme a su longanimidad, ya que nadie puede justificarse ante la santidad divina; por eso el salmista suplica que no lo llame a juicio, llevándolo a su tribunal, sino que le aplique su benevolencia conforme a las antiguas promesas (v. 2).

El v. 3 coincide verbalmente con lo expresado en Lam 3,6. El justo perseguido se siente en situación casi desesperada, al borde del sepulcro, considerado ya como un morador de la región de las tinieblas, donde están los muertos desde antiguo. El recuerdo de antiguas intervenciones -medito todas tus acciones- le da fuerza y confianza para pedir su intercesión (v. 5). Su alma está sedienta de Dios, como la tierra lo está de agua (v. 6). La presencia divina obrará el milagro de refrescar y revivir moralmente su espíritu abatido. Pero es de suma urgencia la intervención divina, pues está a punto de sucumbir como los que bajan a la fosa (v. 7). Por eso ya de mañana debe manifestar su favor al angustiado corazón, iluminando la

mente para evitar los peligros que se oponen al camino de la virtud (v. 8).

Dios es bondad, y, en consecuencia, tiene que trasfundirla, haciendo caminar por una tierra recta o llana, sin peligro a sucumbir (v. 10). Es lo que dice el profeta: «El sendero del justo es llano; derecho el camino que tú abres al justo» (Is 26,7). Pero antes es necesario que le libere del peligro de muerte, guardando su vida y sacándolo de su situación angustiada (v. 11). Esta liberación está unida al castigo de los que injustamente le atacan. Por eso, conforme a la mentalidad viejo-testamentaria, el salmista termina lanzando imprecaciones rudas contra sus enemigos. Estos son también los adversarios de Yahvé, y por eso cree que es un bien para la sociedad de los fieles que desaparezcan de la tierra (v. 12).]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 9 de julio de 2003]

1. Acaba de proclamarse el salmo 142, el último de los llamados «salmos penitenciales» en el septenario de súplicas distribuidas en el Salterio (cf. Sal 6; 31; 37; 50; 101; 129 y 142). La tradición cristiana los ha utilizado todos para implorar del Señor el perdón de los pecados. El texto en el que hoy queremos reflexionar era particularmente apreciado por san Pablo, que de él dedujo la existencia de una pecaminosidad radical en toda criatura humana. «Señor, ningún hombre vivo es inocente frente a ti» (v. 2). El Apóstol toma esta frase como base de su enseñanza sobre el pecado y sobre la gracia (cf. Ga 2,16; Rm 3,20).

La Liturgia de Laudes nos propone esta súplica como propósito de fidelidad e invocación de ayuda divina al comienzo de la jornada. En efecto, el salmo nos hace decirle a Dios: «En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti» (Sal 142,8).

2. El salmo inicia con una intensa e insistente invocación dirigida a Dios, fiel a las promesas de salvación ofrecida al pueblo (cf. v. 1). El orante reconoce que no tiene méritos en los que apoyarse y, por eso, pide humildemente a Dios que no se comporte como juez (cf. v. 2).

Luego describe la situación dramática, semejante a una pesadilla mortal, en la que se está debatiendo: el enemigo, que es la representación del mal de la historia y del mundo, lo ha empujado hasta el umbral de la muerte. En efecto, se halla postrado en el polvo de la tierra, que ya es una imagen del sepulcro; y lo rodean las tinieblas, que son la negación de la luz, signo divino de vida; por último, se refiere a «los muertos

ya olvidados» (v. 3), es decir, los que han muerto para siempre, entre los cuales le parece que ya está relegado.

3. La existencia misma del salmista está destruida: ya le falta el aliento, y su corazón le parece un pedazo de hielo, incapaz de seguir latiendo (cf. v. 4). Al fiel, postrado en tierra y pisoteado, sólo le quedan libres las manos, que se elevan hacia el cielo en un gesto de invocación de ayuda y, al mismo tiempo, de búsqueda de apoyo (cf. v. 6). En efecto, su pensamiento vuelve al pasado en que Dios hacía prodigios (cf. v. 5).

Esta chispa de esperanza calienta el hielo del sufrimiento y de la prueba, en la que el orante se siente inmerso y a punto de ser arrastrado (cf. v. 7). De cualquier modo, la tensión sigue siendo fuerte; pero en el horizonte parece vislumbrarse un rayo de luz. Así, pasamos a la otra parte del salmo (cf. vv. 7-11).

4. Esta parte comienza con una nueva y apremiante invocación. El fiel, al sentir que casi se le escapa la vida, clama a Dios: «Escúchame enseguida, Señor, que me falta el aliento» (v. 7). Más aún, teme que Dios haya escondido su rostro y se haya alejado, abandonando y dejando sola a su criatura.

La desaparición del rostro divino hace que el hombre caiga en la desolación, más aún, en la muerte misma, porque el Señor es la fuente de la vida. Precisamente en esta especie de frontera extrema brota la confianza en el Dios que no abandona. El orante multiplica sus invocaciones y las apoya con declaraciones de confianza en el Señor: «Ya que confío en ti (...), pues levanto mi alma a ti (...), me refugio en ti (...), tú eres mi Dios». Le pide que lo salve de sus enemigos (cf. vv. 8-10) y lo libre de la angustia (cf. v. 11), pero hace varias veces otra súplica, que manifiesta una profunda aspiración espiritual: «Enséñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios» (v. 10; cf. vv. 8 y 10). Debemos hacer nuestra esta admirable súplica. Debemos comprender que nuestro bien mayor es la unión de nuestra voluntad con la voluntad de nuestro Padre celestial, porque sólo así podemos recibir en nosotros todo su amor, que nos lleva a la salvación y a la plenitud de vida. Si no va acompañada por un fuerte deseo de docilidad a Dios, la confianza en él no es auténtica.

El orante es consciente de ello y, por eso, expresa ese deseo. Su oración es una verdadera profesión de confianza en Dios salvador, que libera de la angustia y devuelve el gusto de la vida, en nombre de su «justicia», o sea, de su fidelidad amorosa y salvífica (cf. v. 11). La oración, que partió de una situación muy angustiada, desemboca en la esperanza, la alegría y la luz, gracias a una sincera adhesión a Dios y a su voluntad, que es una voluntad de amor. Esta es la fuerza de la oración, generadora de vida y salvación.

5. San Gregorio Magno, en su comentario a los siete salmos penitenciales, contemplando la luz de la mañana de la gracia (cf. v. 8), describe así esa aurora de esperanza y de alegría: «Es el día iluminado por el sol verdadero que no tiene ocaso, que las nubes no entenebrecen y la niebla no oscurece (...). Cuando aparezca Cristo, nuestra vida, y comencemos a ver a Dios cara a cara, entonces desaparecerá la oscuridad de las tinieblas, se desvanecerá el humo de la ignorancia y se disipará la niebla de la tentación (...). Aquel día será luminoso y espléndido, preparado para todos los elegidos por Aquel que nos ha liberado del poder de las tinieblas y nos ha conducido al reino de su Hijo amado.

»La mañana de aquel día es la resurrección futura (...). En aquella mañana brillará la felicidad de los justos, aparecerá la gloria, habrá júbilo, cuando Dios enjague toda lágrima de los ojos de los santos, cuando la muerte sea destruida por último, y cuando los justos resplandezcan como el sol en el reino del Padre.

»En aquella mañana el Señor hará experimentar su misericordia (...), diciendo: "Venid, benditos de mi Padre" (Mt 25,34). Entonces se manifestará la misericordia de Dios, que la mente humana no puede concebir en la vida presente. En efecto, para los que lo aman el Señor ha preparado "lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó" (PL 79, coll. 649-650).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 142 es la oración de un oprimido, en quien podemos ver personificado todo el pueblo de Dios. Entre dificultades y sufrimientos, los ojos puestos en el poder de Dios y en las obras de sus manos, meditando siempre las acciones del Señor, se va avanzando hacia la victoria definitiva.

El enemigo nos persigue, nos es difícil el camino del bien, nuestro aliento desfallece y, con frecuencia, caemos en el camino, porque somos de barro. Pero, Señor, tú, que eres el único justo, no nos escondas tu rostro a causa de nuestra debilidad; recuerda que ningún hombre vivo es inocente frente a ti; lo reconocemos humildemente, Señor.

Bajo el signo de la propia debilidad y de la santidad de Dios, conscientes de nuestro pecado, pero recordando los tiempos antiguos -el éxodo y la resurrección- en que Dios nos dio, de una vez para siempre, garantía de su amor, empezamos un nuevo día en la humildad y la esperanza. Señor, al empezar la jornada, tu Iglesia te pide suplicante: En la mañana hazme escuchar tu gracia e indícame el camino que he de seguir en cada una de las acciones de este día.

CÁNTICO DE ISAÍAS, IS 66,10-14A

Consuelo y gozo para la ciudad santa

¹⁰Festead a Jerusalén, gozad con ella,
todos los que la amáis,
alegraos de su alegría,
los que por ella llevasteis luto;
¹¹mamaréis a sus pechos
y os saciaréis de sus consuelos,
y apuraréis las delicias
de sus ubres abundantes.

¹²Porque así dice el Señor:
«Yo haré derivar hacia ella,
como un río, la paz,
como un torrente en crecida,
las riquezas de las naciones.

Llevarán en brazos a sus criaturas
y sobre las rodillas las acariciarán;
¹³como a un niño a quien su madre consuela,
así os consolaré yo,
y en Jerusalén seréis consolados.

¹⁴Al verlo se alegrará vuestro corazón,
y vuestros huesos florecerán como un prado.

[Texto tomado del último capítulo de Isaías, el 66. La perspectiva del nacimiento de una nueva nación debe constituir la alegría de todos los que esperaban en las promesas de Yahvé: Festead a Jerusalén... los que la amáis (v 10a). Se acerca la hora del triunfo, y por ello deben participar de su alegría los que en otro tiempo participaron en su luto (v. 10b). A Jerusalén se la presenta como una madre generosa que ofrece sus pechos para que se sacien de su alegría sus habitantes: mamaréis... y os saciaréis de sus consuelos..., de sus ubres abundantes (v. 11a). Jerusalén ha sido «consolada», y deben sus ciudadanos participar de estos consuelos proporcionados por Yahvé. Jerusalén, que ha sufrido tanto, está ahora como embriagada de consuelo al sentirse vindicada bajo la protección de Yahvé.

Y se especifican esos consuelos, y el primero de ellos la paz: haré derivar hacia ella como un río la paz. Jerusalén, siempre en tensión con las invasiones de sus enemigos, va a sentir por primera vez la máxima consolación: la paz total como consecuencia de un nuevo estado de cosas. Y con ella vendrán las riquezas de las naciones (v. 12b) y tesoros. Y sobre todo vendrán los hijos de Sión que se hallan dispersos: llevarán en brazos a sus criaturas... (v. 12c). Es la misma profecía que hemos visto en Is 60,4. Los gentiles llevarán a los judíos, acariciándolos como niños de pecho sobre su seno. Yahvé mismo consolará personalmente a los israelitas como lo hace una madre con su hijo. Jerusalén será motivo de consuelo para sus habitantes: en Jerusalén seréis consolados (v. 13). Ante este espectáculo, los ciudadanos de Sión sentirán que sus huesos florecerán como un prado (v. 14). Es la consecuencia de la alegría profunda que se siente. La tristeza seca los huesos, según repetidamente se dice en la Biblia, y, al contrario, el gozo y la satisfacción los vivifican, como se vivifican las hierbas con la humedad.

Y todo ello como consecuencia de que la mano de Yahvé se manifestará a sus siervos (v. 14b); su omnipotencia (la mano de Yahvé) se manifestará plenamente en la inauguración de la nueva era mesiánica, castigando con cólera a sus enemigos. Es la contrapartida. Los justos serán felices, mientras que los impíos, que se opusieron como enemigos a la manifestación de Dios, serán duramente castigados.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 16 de julio de 2003]

1. De la última página del libro de Isaías está tomado el himno que acabamos de escuchar, un cántico de alegría en el que destaca la figura materna de Jerusalén (cf. Is 66,11) y luego la solicitud amorosa de Dios mismo (cf. v. 13). Los estudiosos de la Biblia creen que esta sección final, abierta a un futuro espléndido y festivo, es el testimonio de una voz posterior, la de un profeta que celebra el renacimiento de Israel tras el paréntesis oscuro del exilio babilónico. Por tanto, nos hallamos en el siglo VI antes de Cristo, dos siglos después de la misión de Isaías, el gran profeta, bajo cuyo nombre está puesta toda la obra inspirada.

Ahora seguiremos el ritmo gozoso de este breve cántico, que comienza con tres imperativos que son precisamente una invitación a la felicidad: «festejad», «gozad» y «alegraos de vuestra alegría» (v. 10). Es un hilo luminoso que recorre a menudo las últimas páginas del libro de Isaías: los afligidos de Sión serán consolados, coronados y ungidos con el «aceite de gozo» (Is 61,3); el profeta mismo «se goza en el Señor, exulta su alma en Dios» (v. 10); «como se alegra el esposo con la esposa, así se alegrará» Dios con su pueblo (62,5). En la página anterior a la

que ahora es objeto de nuestro canto y de nuestra oración, el Señor mismo participa de la felicidad de Israel, que está a punto de renacer como nación: «Habrás gozo y alegría perpetua por lo que voy a crear. Mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría, y a su pueblo en gozo; me regocijaré por Jerusalén y me alegraré por mi pueblo» (65,18-19).

2. La fuente y la razón de este júbilo interior se hallan en la vitalidad recobrada de Jerusalén, renacida de las cenizas de la ruina que se había abatido sobre ella cuando el ejército babilonio la destruyó. En efecto, se habla de su «luto» (66,10), ya pasado.

Como sucede a menudo en diversas culturas, la ciudad se representa con imágenes femeninas, más aún, maternas. Cuando una ciudad está en paz, es semejante a un seno protegido y seguro; más aún, es como una madre que amamanta a sus hijos con abundancia y ternura (cf. v. 11). Desde esta perspectiva, la realidad que la Biblia llama, con una expresión femenina, «la hija de Sión», es decir, Jerusalén, vuelve a ser una ciudad-madre que acoge, sacia y deleita a sus hijos, es decir, a sus habitantes. Sobre esta escena de vida y ternura descende la palabra del Señor, que tiene el tono de una bendición (cf. vv. 12-14).

3. Dios recurre a otras imágenes vinculadas a la fertilidad. En efecto, habla de ríos y torrentes, es decir, de aguas que simbolizan la vida, la exuberancia de la vegetación, la prosperidad de la tierra y de sus habitantes (cf. v. 12). La prosperidad de Jerusalén, su «paz» (shalom), don generoso de Dios, asegurará a sus niños una existencia rodeada de ternura materna: «Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán» (v. 12), y esta ternura materna será ternura de Dios mismo: «Como una madre consuela a su niño, así os consolaré yo» (v. 13). De este modo, el Señor utiliza la metáfora materna para describir su amor a sus criaturas.

También antes, en el libro de Isaías, se lee un pasaje que atribuye a Dios una actitud materna: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ellas llegasen a olvidar, yo no te olvidé» (49,15). En nuestro cántico, las palabras del Señor dirigidas a Jerusalén terminan por retomar el tema de la vitalidad interior, expresado con otra imagen de fertilidad y energía: la de un prado florecido, imagen aplicada a los huesos, para indicar el vigor del cuerpo y de la existencia (cf. 66,14).

4. Al llegar a este punto, ante la ciudad-madre, es fácil extender nuestra mirada para contemplar a la Iglesia, virgen y madre fecunda. Concluyamos nuestra meditación sobre la Jerusalén renacida con una reflexión de san Ambrosio, tomada de su obra *De virginibus*: «La santa Iglesia es inmaculada en su

unión marital: fecunda por sus partos, es virgen por su castidad, aunque sea madre por los hijos que engendra. Por tanto, nacemos de una virgen, que no ha concebido por obra de hombre, sino por obra del Espíritu. Así, nacemos de una virgen, que no da a luz en medio de dolores físicos, sino en medio del júbilo de los ángeles. Nos alimenta una virgen, no con la leche del cuerpo, sino con la leche que el Apóstol afirma haber dado al pueblo de Dios porque no podía soportar alimento sólido (cf. 1 Co 3,2).

»¿Qué mujer casada tiene más hijos que la santa Iglesia? Es virgen por la santidad que recibe en los sacramentos y es madre de pueblos. La Escritura atestigua también su fecundidad, al decir: "son más los hijos de la abandonada que los de la casada" (Is 54,1; cf. Ga 4,27); nuestra madre no tiene marido, pero tiene esposo, porque tanto la Iglesia en los pueblos como el alma en los individuos -libres de cualquier infidelidad, fecundas en la vida del espíritu-, sin faltar al pudor, se desposan con el Verbo de Dios como con un esposo eterno» (I, 31: SAEMO 14/1, pp. 132-133).

Monición para el cántico del Padre Farnés

El cántico de hoy es un himno escatológico en honor de la Jerusalén definitiva. Ha terminado ya la cautividad de Babilonia, y los israelitas han retornado a Tierra Santa. Pero las esperanzas, forjadas durante el destierro, no se han realizado como Israel imaginaba en los días de cautiverio. Jerusalén no es la ciudad gloriosa y vencedora, sino un conjunto de ruinas; la pobreza y las calamidades de la postguerra dificultan la reconstrucción de la ciudad, la hostilidad de los pueblos vecinos no hace sino acrecentar las ya graves dificultades que se respiran por todas partes. Todo ello es motivo de decepción para un pueblo que en el dolor había imaginado un porvenir glorioso. Pero queda un resto de fervorosos israelitas que no han perdido totalmente la esperanza y que, ante las dificultades presentes, empiezan a entrever que las promesas de Dios sobre el futuro de la ciudad santa han de referirse a una Jerusalén muy distinta de la política y nacionalista que se habían imaginado. Nuestro cántico va dedicado, pues, a este pequeño resto que continúa creyendo en las promesas de Yahvé, y tiene por objeto reafirmar sus esperanzas.

El Espíritu nos repite hoy a nosotros el mensaje de este cántico. También el pueblo cristiano es invitado, frecuentemente, al gozo, con el anuncio de los bienes y favores de Dios, con la proclamación del Evangelio de Jesús. Pero también el pueblo cristiano, con frecuencia, entiende mal este mensaje y hace de las promesas de Dios bienes a la propia medida. Se imagina una Iglesia santa y pura en todos sus miembros y en cada una de sus instituciones, sueña con una paz y justicia plena y total ya aquí en la tierra..., y, cuando estos bienes no llegan a ser realidad en toda su plenitud, muchos son los que se descorazonan. La palabra de Dios nunca nos ha prometido los

bienes escatológicos para el tiempo de nuestra peregrinación; por eso, nunca en la tierra la comunidad cristiana será totalmente pura y santa.

En el momento actual, la Iglesia es solamente aquella red que congrega toda clase de peces, buenos y malos, hasta el día en que los ángeles separen a los justos de los pecadores; aquí en la tierra, el mundo nunca será plenamente justo, porque los hombres debemos anhelar el mundo mejor que empezará con la gloriosa manifestación de Jesús, el Señor, manifestación que será la única realidad plena de justicia humana. Pero, mientras luchamos por aquel mundo mejor que no acabamos nunca de conseguir, hemos de conservar viva la esperanza: Gozad con Jerusalén, todos los que la amáis, alegraos, los que por ella llevasteis luto, porque el Señor destruirá a sus enemigos - injusticia, dolor, pecado, muerte- y en la Jerusalén definitiva seréis consolados.

Si no es posible cantar la antífona propia, este cántico se puede acompañar cantando alguna antífona que celebre la gloria de la Iglesia, por ejemplo: «Hija de Sión, alégrate» (MD 606) o bien «Hacia ti, morada santa» (MD 649).

SALMO 146

Poder y bondad del Señor

¹Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.

²El Señor reconstruye Jerusalén, reúne a los deportados de Israel;

³él sana los corazones destrozados, venda sus heridas.

⁴Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre.

⁵Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida.

⁶El Señor sostiene a los humildes, humilla hasta el polvo a los malvados.

⁷Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara para nuestro Dios,

⁸que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra;

que hace brotar hierba en los montes,
para los que sirven al hombre;
⁹que da su alimento al ganado
y a las crías de cuervo que graznan.

¹⁰No aprecia el vigor de los caballos,
no estima los jarretes del hombre:
¹¹el Señor aprecia a sus fieles,
que confían en su misericordia.

[Los salmos 146 y 147 de la Vulgata, a cuya numeración se atiende la Liturgia de las Horas, constituyen el salmo 147 del texto hebreo. La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Himno al Todopoderoso. El poeta ensalza a Yahvé como libertador de Israel, Creador, amigo de los "pobres". Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Alabanza a Dios por la restauración de Sión. El objeto del salmo aparece en el versículo 2, y de él resulta que mira a la restauración, que siguió a la cautividad. Pero no sólo en esta obra, sino también en otras muchas naturales se revela la grandeza del poder de Dios.

Las maravillas de la divina providencia.- Este himno eucarístico, de acción de gracias, consta de tres partes: a) alabanza de Yahvé por haber restaurado a Sión, mostrando a la vez su omnipotencia como Creador y Gobernador del mundo (vv. 1-6); b) proclamación de las magnificencias de la Providencia en las criaturas (vv. 7-11); c) acción de gracias por la paz y la prosperidad, y, sobre todo, por haber dado la Ley a Israel, por la que se distingue de todas las naciones (vv. 12-20, o sea, salmo 147 de la Vulgata). El optimismo con que está redactado parece reflejar una situación de paz después de la repatriación. Algunos autores suponen que fue compuesto con motivo de la dedicación de las murallas de Jerusalén en tiempos de Nehemías.

Alabanza de la omnipotencia divina (vv. 1-6).- La bondad de Yahvé se ha manifestado en primer lugar en la restauración de las murallas de la ciudad santa y en la repatriación de sus habitantes. Con ello se ha mostrado como solícito médico, curando las heridas de su pueblo, castigado duramente en el exilio.

Pero este Dios de Israel es también el Soberano del universo, que, como tal, tiene contadas las estrellas, que para el hombre resultan innumerables. Con ello muestra su omnipotencia y omnisciencia, pues las conoce por separado, poniéndoles su propio nombre, para organizarlas en compacto ejército, según expresión del profeta: «Alza a los cielos vuestros ojos y mirad:

¿Quién los creó? El que hace marchar su bien contado ejército, y a cada uno llama por su nombre, y ninguno falta» (Is 40,26). En ello muestra su grandeza y sabiduría soberana. Pero, a pesar de su excelsitud, vela solícito sobre los humildes, confundiendo a los soberbios y protervos malvados.

Dios provee a las necesidades de los vivientes (vv. 7-11).- Continuando la enumeración de la múltiple solicitud de Yahvé, el poeta habla de las providencias de la naturaleza ordenada por Él: la lluvia a su tiempo, la hierba de los montes y del campo, la comida a los pajarillos, son prueba de su solicitud paternal sobre todos los vivientes.

Para Dios no tiene valor la fuerza física, sino la entrega sincera del corazón contrito y confiado a su providencia salvadora.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 23 de julio de 2003]

1. El salmo que se acaba de cantar es la primera parte de una composición que comprende también el salmo siguiente -el 147- y que en el original hebreo ha conservado su unidad. En la antigua traducción griega y en la latina el canto fue dividido en dos salmos distintos.

El salmo comienza con una invitación a alabar a Dios; luego enumera una larga lista de motivos para la alabanza, todos ellos expresados en presente. Se trata de actividades de Dios consideradas como características y siempre actuales; sin embargo, son de muy diversos tipos: algunas atañen a las intervenciones de Dios en la existencia humana (cf. Sal 146, 3.6.11) y en particular en favor de Jerusalén y de Israel (cf. v. 2); otras se refieren a toda la creación (cf. v. 4) y más especialmente a la tierra, con su vegetación, y a los animales (cf. vv. 8-9).

Cuando explica, al final, en quiénes se complace el Señor, el salmo nos invita a una actitud doble: de temor religioso y de confianza (cf. v. 11). No estamos abandonados a nosotros mismos o a las energías cósmicas, sino que nos encontramos siempre en las manos del Señor para su proyecto de salvación.

2. Después de la festiva invitación a la alabanza (cf. v. 1), el salmo se desarrolla en dos movimientos poéticos y espirituales. En el primero (cf. vv. 2-6) se introduce ante todo la acción histórica de Dios, con la imagen de un constructor que está reconstruyendo Jerusalén, la cual ha recuperado la vida tras el destierro de Babilonia (cf. v. 2). Pero este gran artífice, que es el Señor, se muestra también como un padre que desea sanar las

heridas interiores y físicas presentes en su pueblo humillado y oprimido (cf. v. 3).

Demos la palabra a san Agustín, el cual, en la Exposición sobre el salmo 146, que pronunció en Cartago en el año 412, comentando la frase: «El Señor sana los corazones destrozados», explicaba: «El que no destroza el corazón no es sanado... ¿Quiénes son los que destrozan el corazón? Los humildes. ¿Y los que no lo destrozan? Los soberbios. En cualquier caso, el corazón destrozado es sanado, y el corazón hinchado de orgullo es humillado. Más aún, probablemente, si es humillado es precisamente para que, una vez destrozado, pueda ser enderezado y así pueda ser curado. (...) "Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas". (...) En otras palabras, sana a los humildes de corazón, a los que confiesan sus culpas, a los que hacen penitencia, a los que se juzgan con severidad para poder experimentar su misericordia. Es a esos a quienes sana. Con todo, la salud perfecta sólo se logrará al final del actual estado mortal, cuando nuestro ser corruptible se haya revestido de incorruptibilidad y nuestro ser mortal se haya revestido de inmortalidad» (5-8: *Esposizioni sui Salmi*, IV, Roma 1977, pp. 772-779).

3. Ahora bien, la obra de Dios no se manifiesta solamente sanando a su pueblo de sus sufrimientos. Él, que rodea de ternura y solicitud a los pobres, se presenta como juez severo con respecto a los malvados (cf. v. 6). El Señor de la historia no es indiferente ante el atropello de los prepotentes, que se creen los únicos árbitros de las vicisitudes humanas: Dios humilla hasta el polvo a los que desafían al cielo con su soberbia (cf. 1 S 2,7-8; Lc 1,51-53).

Con todo, la acción de Dios no se agota en su señorío sobre la historia; él es igualmente el rey de la creación; el universo entero responde a su llamada de Creador. Él no sólo puede contar el inmenso número de las estrellas; también es capaz de dar a cada una de ellas un nombre, definiendo así su naturaleza y sus características (cf. Sal 146,4).

Ya el profeta Isaías cantaba: «Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha creado los astros? El que hace salir por orden al ejército celeste, y a cada estrella la llama por su nombre» (Is 40,26). Así pues, los «ejércitos» del Señor son las estrellas. El profeta Baruc proseguía así: «Brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría; los llama él y dicen: "¡Aquí estamos!", y brillan alegres para su Hacedor» (Ba 3,34-35).

4. Después de una nueva invitación, gozosa, a la alabanza (cf. Sal 146,7), comienza el segundo movimiento del salmo 146 (cf. vv. 7-11). Se refiere también a la acción creadora de Dios en el cosmos. En un paisaje a menudo árido como el oriental, el primer signo de amor divino es la lluvia, que fecunda la tierra (cf. v. 8). De este modo el Creador prepara una mesa para los

animales. Más aún, se preocupa de dar alimento también a los pequeños seres vivos, como las crías de cuervo que graznan de hambre (cf. v. 9). Jesús nos invitará a mirar «las aves del cielo: no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta» (Mt 6,26; cf. también Lc 12,24, que alude explícitamente a los «cuervos»).

Pero, una vez más, la atención se desplaza de la creación a la existencia humana. Así, el salmo concluye mostrando al Señor que se inclina sobre los justos y humildes (cf. Sal 146,10-11), como ya se había declarado en la primera parte del himno (cf. v. 6). Mediante dos símbolos de poder, el caballo y los jarretes del hombre, se delinea la actitud divina que no se deja conquistar o atemorizar por la fuerza. Una vez más, la lógica del Señor ignora el orgullo y la arrogancia del poder, y se pone de parte de sus fieles, de los que «confían en su misericordia» (v. 11), o sea, de los que abandonan en manos de Dios sus obras y sus pensamientos, sus proyectos y su misma vida diaria.

Entre estos debe situarse también el orante, fundando su esperanza en la misericordia del Señor, con la certeza de que se verá envuelto por el manto del amor divino: «Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar su vida de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. (...) Con él se alegra nuestro corazón; confiamos en su santo nombre» (Sal 32, 18-19.21).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 146 es, con toda probabilidad, un himno que se compuso para la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, cuando Israel volvió del exilio. El salmista nos hace contemplar en la reconstrucción de la ciudad y en el retorno de los exiliados una prueba de la bondad del Señor. Un sentimiento de conmoción invade su ánimo: El Dios omnipotente, creador del universo, se apresura ahora a ocuparse de Israel, para levantar su postración, vendar sus heridas, sostener a los humildes y humillar a los malvados.

Nuestra vida experimenta también dificultades y desánimos semejantes a las que vivieron los desterrados de Babilonia, necesita también contemplar la restauración que Dios prepara a su pueblo. En esta primera hora de la mañana -en que, por el poder de Dios, un hombre como nosotros, Cristo Jesús, que además era verdadero Dios, levantó su humanidad destruida e hizo de su cuerpo glorioso el símbolo y el inicio de la nueva Jerusalén-, contemplemos este misterio y exclamemos: El Señor, grande y poderoso, el que cuenta el número de las estrellas y a cada una la llama por su nombre, reconstruye Jerusalén y, con ello, sana nuestros corazones destrozados. Dios merece una alabanza armoniosa.

LAUDES DEL VIERNES DE LA IV SEMANA

SALMO 50

Misericordia, Dios mío

³Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
⁴lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

⁵Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
⁶contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
⁷Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

⁸Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
⁹Rociáme con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

¹⁰Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
¹¹Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

¹²Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
¹³no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

¹⁴Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:

¹⁵enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

¹⁶Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
¹⁷Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

¹⁸Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
¹⁹Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

²⁰Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
²¹entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

[La Biblia de Jerusalén le pone a este salmo sencillamente el título de Miserere, palabra con la que comienza el texto latino. La introducción al salmo, versículos 1 y 2, dice: «Salmo de David, cuando el profeta Natán lo visitó después de haber pecado aquél con Betsabé». Este salmo penitencial tiene un estrecho parentesco con la literatura profética, sobre todo con Isaías y Ezequiel. Dios, totalmente puro e íntegro, al perdonar, manifiesta su poder sobre el mal y su victoria sobre el pecado (v. 6). El v. 7 nos recuerda que todo hombre nace impuro, y por ello inclinado al mal, Gn 8,21; aquí se alega esta impureza fundamental como circunstancia atenuante que Dios debe tener en cuenta. La doctrina del pecado original quedará explícita en Rm 5,12-21, en correlación con la revelación de la redención por Jesucristo. En el v. 16 se ha querido ver a veces una alusión al asesinato de Urías por orden de David, 2 S 12,9. También se ha leído allí la expresión de la muerte prematura del malvado como castigo por los pecados, según la doctrina tradicional. En el v. 20, al regreso del destierro, se espera, como señal del perdón divino, la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Y el v. 21 es una precisión litúrgica añadida más tarde: en la Jerusalén restaurada se dará todo su valor a los

sacrificios legítimos, es decir, oficialmente prescritos. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Confesión de los pecados y súplica de perdón. Es un verdadero acto de penitencia, que según una tradición brotó del corazón y de los labios de David, cuando Natán le reprendió por su pecado. Los versículos 20 y 21 son una adición, hecha después de la cautividad, para adaptar el salmo al estado del pueblo y a sus necesidades de entonces. En el Miserere, el salmista, consciente de su culpabilidad, apela a la benignidad divina. Ya al nacer está envuelto en una atmósfera de pecado porque «pecador me concibió madre» (v. 7). No hay alusión al pecado original, sino a la pecaminosidad inherente al hecho de ser fruto de un acto carnal, que en la mentalidad hebrea implicaba una impureza ritual.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 30 de julio de 2003]

El final del salmo 50

1. Esta es la cuarta vez que, durante nuestras reflexiones sobre la Liturgia de Laudes, escuchamos la proclamación del salmo 50, el célebre Miserere, pues se propone todos los viernes, para que se convierta en un oasis de meditación, donde se pueda descubrir el mal que anida en la conciencia e implorar del Señor la purificación y el perdón. En efecto, como confiesa el salmista en otra súplica, «ningún hombre vivo es inocente frente a ti» (Sal 142,2). En el libro de Job se lee: «¿Cómo un hombre será justo ante Dios?, ¿cómo será puro el nacido de mujer? Si ni la luna misma tiene brillo, ni las estrellas son puras a sus ojos, ¡cuánto menos un hombre, esa gusanera, un hijo de hombre, ese gusano!» (Jb 25,4-6).

Frases fuertes y dramáticas, que quieren mostrar con toda su seriedad y gravedad el límite y la fragilidad de la criatura humana, su capacidad perversa de sembrar mal y violencia, impureza y mentira. Sin embargo, el mensaje de esperanza del Miserere, que el Salterio pone en labios de David, pecador convertido, es éste: Dios puede «borrar, lavar y limpiar» la culpa confesada con corazón contrito (cf. Sal 50,2-3). Dice el Señor por boca de Isaías: «Aunque fueren vuestros pecados como la grana, como la nieve blanquearán. Y aunque fueren rojos como la púrpura, como la lana quedarán» (Is 1,18).

2. Esta vez reflexionaremos brevemente en el final del salmo 50, un final lleno de esperanza, porque el orante es consciente de que ha sido perdonado por Dios (cf. vv. 17-21). Sus labios ya están a punto de proclamar al mundo la alabanza del Señor, atestiguando de este modo la alegría que experimenta el alma purificada del mal y, por eso, liberada del remordimiento (cf. v. 17).

El orante testimonia de modo claro otra convicción, remitiéndose a la enseñanza constante de los profetas (cf. Is 1,10-17; Am 5,21-25; Os 6,6): el sacrificio más agradable que sube al Señor como perfume y suave fragancia (cf. Gn 8,21) no es el holocausto de novillos y corderos, sino, más bien, el «corazón quebrantado y humillado» (Sal 50,19).

La Imitación de Cristo, libro tan apreciado por la tradición espiritual cristiana, repite la misma afirmación del salmista: «La humilde contrición de los pecados es para ti el sacrificio agradable, un perfume mucho más suave que el humo del incienso... Allí se purifica y se lava toda iniquidad» (III, 52, 4).

3. El salmo concluye de modo inesperado con una perspectiva completamente diversa, que parece incluso contradictoria (cf. vv. 20-21). De la última súplica de un pecador, se pasa a una oración por la reconstrucción de toda la ciudad de Jerusalén, lo cual nos hace remontarnos de la época de David a la de la destrucción de la ciudad, varios siglos después. Por otra parte, tras expresar en el versículo 18 que a Dios no le complacen las inmolaciones de animales, el salmo anuncia en el versículo 21 que el Señor aceptará esas inmolaciones.

Es evidente que este pasaje final es una añadidura posterior, hecha en el tiempo del exilio, que, de alguna manera, quiere corregir o al menos completar la perspectiva del salmo davídico. Y lo hace en dos puntos: por una parte, no se quería que todo el salmo se limitara a una oración individual; era necesario pensar también en la triste situación de toda la ciudad. Por otra, se quería matizar el valor del rechazo divino de los sacrificios rituales; ese rechazo no podía ser ni completo ni definitivo, porque se trataba de un culto prescrito por Dios mismo en la Torah. Quien completó el salmo tuvo una intuición acertada: comprendió la necesidad en que se encuentran los pecadores, la necesidad de una mediación sacrificial. Los pecadores no pueden purificarse por sí mismos; no bastan los buenos sentimientos. Hace falta una mediación externa eficaz. El Nuevo Testamento revelará el sentido pleno de esa intuición, mostrando que, con la ofrenda de su vida, Cristo llevó a cabo una mediación sacrificial perfecta.

4. En sus Homilías sobre Ezequiel, san Gregorio Magno captó muy bien la diferencia de perspectiva que existe entre los versículos 19 y 21 del Miserere. Propone una interpretación que también nosotros podemos aceptar, concluyendo así nuestra reflexión. San Gregorio aplica el versículo 19, que habla de espíritu contrito, a la existencia terrena de la Iglesia, y el versículo 21, que habla de holocausto, a la Iglesia en el cielo.

He aquí las palabras de ese gran Pontífice: «La santa Iglesia tiene dos vidas: una que vive en el tiempo y la otra que recibe en la eternidad; una en la que sufre en la tierra y la otra que recibe como recompensa en el cielo; una con la que hace

méritos y la otra en la que ya goza de los méritos obtenidos. Y en ambas vidas ofrece el sacrificio: aquí, el sacrificio de la compunción, y en el cielo, el sacrificio de la alabanza. Del primer sacrificio se dice: "Mi sacrificio es un espíritu quebrantado" (Sal 50,19); del segundo está escrito: "Entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos" (Sal 50,21). (...) En ambos se ofrece carne, porque aquí la oblación de la carne es la mortificación del cuerpo, mientras que en el cielo la oblación de la carne es la gloria de la resurrección en la alabanza a Dios. En el cielo se ofrecerá la carne como en holocausto, cuando, transformada en la incorruptibilidad eterna, ya no habrá ningún conflicto y nada mortal, porque perdurará íntegra, encendida de amor a él, en la alabanza sin fin» (Omelie su Ezechiele 2, Roma 1993, p. 271).

Monición para el salmo del Padre Farnés

El salmo 50, con el que cada viernes empezamos la oración de la mañana, es, para la Iglesia, el salmo penitencial por excelencia. Este salmo fue redactado por Israel en tiempos del exilio o inmediatamente después del retorno de Babilonia, cuando el pueblo, que tenía muy vivo el sentimiento de que su propia culpabilidad fue la causa de los sufrimientos del destierro, quiere asumir, para expiarlas, todas las infidelidades de su propia historia, desde el pecado de David con Betsabé hasta aquellas otras culpas que originaron el destierro y la destrucción de la ciudad santa: Señor, líbrame de la sangre (la que derramó David a causa de sus malos deseos); Señor, reconstruye las murallas de Jerusalén (destruidas a causa de las infidelidades de los reyes de Judá y de su pueblo).

Podemos rezar hoy el salmo 50 como lo rezó su autor, es decir, asumiendo, como Iglesia, los pecados de la comunidad cristiana de todos los tiempos e incluso los de la humanidad entera. Recordemos que somos en el mundo el cuerpo de Cristo y que también el Señor quiso hacerse él mismo pecado, para destruir en su cuerpo el pecado del hombre. En comunión con la iglesia pecadora y con toda la humanidad, imploremos, en este viernes de la muerte del Señor, el perdón de nuestros propios pecados y asumamos en nuestra oración, como lo hizo el Señor en su pasión, los pecados de todo el mundo, suplicando el perdón de Dios.

CÁNTICO DE TOBÍAS, TB 13, 10-13. 15-17

Acción de gracias por la liberación del pueblo

¹⁰Que todos alaben al Señor
y le den gracias en Jerusalén.
Jerusalén, ciudad santa,

él te castigó por las obras de tus hijos,
pero volverá a apiadarse del pueblo justo.

¹¹Da gracias al Señor como es debido
y bendice al Rey de los siglos,
para que su templo
sea reconstruido con júbilo,

¹²para que él alegre en ti
a todos los desterrados,
y ame en ti a todos los desgraciados,
por los siglos de los siglos.

¹³Una luz esplendente iluminará
a todas las regiones de la tierra.
Vendrán a ti de lejos muchos pueblos,
y los habitantes del confín de la tierra
vendrán a visitar al Señor, tu Dios,
con ofrendas para el rey del cielo.

Generaciones sin fin
cantarán vítores en tu recinto,
y el nombre de la elegida
durará para siempre.

¹⁵Saldrás entonces con júbilo
al encuentro del pueblo justo,
porque todos se reunirán
para bendecir al Señor del mundo.

¹⁶Dichosos los que te aman,
dichosos los que te desean la paz.

¹⁷Bendice, alma mía, al Señor,
al rey soberano,
porque Jerusalén será reconstruida,
y allí, su templo para siempre.

[Todo el capítulo 13 del libro de Tobías es un himno entonado por el anciano Tobit, del que la Liturgia de las Horas toma los 10 primeros versículos para el cántico de Laudes del martes de la I Semana, y entresaca del resto del capítulo el cántico que ahora nos propone. La primera parte del himno es un canto de acción de gracias: Tobit alaba a Dios por los beneficios concedidos a él y a su pueblo en el destierro. La segunda es un saludo a la futura Jerusalén, y traduce las esperanzas de los desterrados en una Jerusalén ideal. Tobit abraza aquí la esperanza de que muchos de sus connacionales se convertirán y que con ello darán ocasión a que Dios se apiade de los justos, y que así regresen a Jerusalén, siendo con ello posible la reedificación de la ciudad y del templo. Jerusalén volverá a ser el punto de reunión de todos los pueblos, a la que irán con abundantes dones, y en la que adorarán al rey del cielo. El poeta invita a Jerusalén a alegrarse por el retorno de los hijos de los justos. Desde el punto de vista literario, el texto del himno ha sufrido muchas modificaciones en las sucesivas redacciones a que ha sido sometido, presenta notables divergencias y lagunas, y la reconstrucción es a veces conjetural.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del Miércoles 13 de agosto de 2003]

1. La Liturgia de Laudes ha acogido entre sus cánticos un fragmento de un himno, que corona la historia narrada por el libro bíblico de Tobías; acabamos de escucharlo. El himno, más bien amplio y solemne, es una típica expresión de la oración y la espiritualidad judía que se inspira en otros textos ya presentes en la Biblia.

El cántico se desarrolla a través de una doble invocación. Aparece, ante todo, una invitación repetida a alabar a Dios (cf. vv. 3.4.7) por la purificación que está realizando por medio del exilio. Se exhorta a los «hijos de Israel» a acoger esta purificación con una conversión sincera (cf. vv. 6.8). Si la conversión florece en el corazón, el Señor hará surgir en el horizonte la aurora de la liberación. Precisamente en este clima espiritual se sitúa el comienzo del cántico que la Liturgia ha recortado dentro del himno más amplio del capítulo 13 de Tobías.

2. La segunda parte del texto, entonada por el anciano Tobit, protagonista con su hijo Tobías de todo el libro, es una verdadera celebración de Sión. Refleja la apasionada nostalgia y el amor ardiente que el judío de la diáspora siente por la ciudad santa (cf. vv. 9-18). También este aspecto destaca dentro del pasaje que se ha elegido como oración matutina de la Liturgia de Laudes. Meditemos en estos dos temas, o sea, en la purificación del pecado a través de la prueba y en la espera del encuentro con el Señor en la luz de Sión y de su templo santo.

3. Tobit dirige un llamamiento apremiante a los pecadores para que se conviertan y practiquen la justicia: este es el camino que se debe recorrer para reencontrar el amor divino que da serenidad y esperanza (cf. v. 8).

La misma historia de Jerusalén es una parábola que enseña a todos la elección que se tiene que realizar. Dios ha castigado la ciudad porque no podía permanecer indiferente ante el mal realizado por sus hijos. Pero ahora, al ver que muchos se han convertido y se han transformado en hijos justos y fieles, manifestará aún su amor misericordioso (cf. v. 10).

A lo largo de todo el cántico del capítulo 13 de Tobías se repite a menudo esta convicción: el Señor «castiga y tiene compasión... os ha castigado por vuestras injusticias, mas tiene compasión de todos vosotros... te castigó por las obras de tus hijos, pero volverá a apiadarse del pueblo justo» (vv. 2.5.10). Dios recurre al castigo como medio para llamar al recto camino a los pecadores sordos a otras llamadas. Sin embargo, la última palabra del Dios justo sigue siendo la del amor y el perdón; su deseo profundo es poder abrazar de nuevo a los hijos rebeldes que vuelven a él con corazón arrepentido.

4. Ante el pueblo elegido, la misericordia divina se manifestará con la reconstrucción del templo de Jerusalén, realizada por Dios mismo: «Reconstruirá con júbilo su templo» (v. 11). Así, aparece el segundo tema, es decir, el de Sión, como lugar espiritual en el que no sólo debe confluir el retorno de los hebreos, sino también la peregrinación de los pueblos que buscan a Dios. De este modo, se abre un horizonte universal: el templo de Jerusalén reconstruido, signo de la palabra y la presencia divina, resplandecerá con una luz planetaria que disipará las tinieblas, de modo que puedan ponerse en camino «muchos pueblos y los habitantes del confín de la tierra» (cf. v. 13), llevando sus ofrendas y cantando su alegría por participar de la salvación que el Señor derrama en Israel.

Así pues, los israelitas y todos los pueblos caminan juntos hacia una única meta de fe y de verdad. Sobre ellos el cantor de este himno hace descender una bendición repetida, diciendo a Jerusalén: «Dichosos los que te aman, dichosos los que te desean la paz» (v. 15). La felicidad es auténtica cuando se reencuentra la luz que brilla en el cielo de todos los que buscan al Señor con el corazón purificado y con el deseo de la verdad.

5. A esa Jerusalén, libre y gloriosa, signo de la Iglesia en la meta última de su esperanza, prefigurada por la Pascua de Cristo, san Agustín se dirige con ardor en el libro de las Confesiones.

Refiriéndose a la oración que quiere elevar en «lo más secreto de su alma», nos describe «cantos de amor, que exhale en mi peregrinación terrestre indecibles gemidos, lleno del recuerdo

de Jerusalén, con el corazón levantado hacia ella, Jerusalén, mi patria, Jerusalén, mi madre, y hacia Vos, su rey, su iluminación, su padre, su tutor, su esposo, sus castas y apremiantes delicias, su sólida alegría, su bien inefable». Y concluye con una promesa: «Y no me alejaré ya más de Vos, hasta que, unificándome después de tantas disipaciones, reformándome después de tantas deformidades, me hayáis recibido en la paz de esa madre querida, en la que están las primicias de mi espíritu y de donde me han venido mis certidumbres, para establecerme en ella para siempre, Dios mío, misericordia mía» (Las Confesiones, XII, 16, 23, Roma 1965, pp. 424-425).

Monición para el cántico del Padre Farnés

El libro de Tobías pone nuestro cántico en labios del anciano patriarca Tobit, tan probado por Dios. Al ver Tobit que el Señor le ha devuelto la vista, después de los largos años de ceguera, siente crecer su esperanza. Como la ceguera ha conocido el fin, también tendrá fin el destierro de Babilonia, y Jerusalén, la ciudad amada, recobrará su antiguo esplendor, hasta tal punto que vendrán de lejos muchos pueblos, con ofrendas para el Rey del cielo.

A nosotros, cristianos, que vivimos ciegos, por nuestra ignorancia, y sumergidos en las dificultades del destierro, este cántico nos ha de abrir a la esperanza. Experimentamos la propia limitación -ceguera de nuestro espíritu- y las pruebas del destierro; con frecuencia, Dios nos ha castigado por nuestras obras, pero también hemos probado, incluso ya ahora durante nuestro destierro, el amor a Cristo, nuestro esposo, quien, con su palabra evangélica, ilumina nuestras tinieblas, como fueron iluminados los ojos de Tobit. Esta palabra nos hace esperar, para el futuro, el consuelo de la Jerusalén definitiva, donde nos alegraremos con el pueblo justo reunido en ella.

Para la celebración comunitaria, es recomendable que este cántico sea, en algunas ocasiones, proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antífona propia, la asamblea puede acompañar el cántico cantando alguna antífona que celebre la gloria de la Jerusalén futura, por ejemplo: «Hija de Sión, alégrate» (MD 606) o bien «Dad gracias al Señor con cantos de alegría» (MD 761).

SALMO 147

Acción de gracias por la restauración de Jerusalén

¹²Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión:

¹³que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;

¹⁴ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.

¹⁵Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;

¹⁶manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza;

¹⁷hace caer el hielo como migajas
y con el frío congela las aguas;

¹⁸envía una orden, y se derriten;
sopla su aliento, y corren.

¹⁹Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;

²⁰con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.

[El salmo 147 de la Vulgata y de la Liturgia de las Horas, que es sólo la segunda parte del salmo 147 de la versión hebrea, nos propone un canto de acción de gracias por la paz y la prosperidad de Jerusalén, y, sobre todo, por haberle dado el Señor la Ley por la que se distingue de todas las naciones, y que es prueba de la predilección divina por Israel.

Los israelitas tienen una obligación especial de entonar alabanzas a Yahvé por haber fortalecido las murallas de la ciudad reforzando los cerrojos de sus puertas y difundiendo sus bendiciones sobre sus habitantes. Conforme a las antiguas promesas, Yahvé ha dado paz a su pueblo, asegurando sus fronteras y proporcionándole trigo de la mejor calidad.

Los fenómenos atmosféricos, por su parte, se ordenan a una fructificación de la tierra al servicio del hombre: la nieve, la escarcha, el hielo, tienen un origen misterioso para el hagiógrafo, y su formación obedece a órdenes concretas y directas del mismo Dios, según la concepción religiosa de la naturaleza y de la vida.

Finalmente, el salmista pondera el mayor beneficio recibido por el pueblo elegido: la Ley, en la que se manifiesta concretamente y de modo minucioso la voluntad divina. El

mismo Dios que dirige el curso de la naturaleza se ha dignado escoger a Israel como «heredad» suya particular, entregándole sus estatutos para su mejor gobierno y para asegurar el camino de la virtud, que merece las bendiciones del Omnipotente. Ningún pueblo puede gloriarse de haber sido objeto de tal predilección por parte del Creador.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del Miércoles 20 de agosto de 2003]

Restauración de Jerusalén

1. El salmo que ha sido propuesto ahora a nuestra meditación constituye la segunda parte del precedente salmo 146. En cambio, las antiguas traducciones griega y latina, seguidas por la liturgia, lo han considerado como un canto aparte, porque su inicio lo distingue netamente de la parte anterior. Este comienzo se ha hecho célebre también porque a menudo se le ha puesto música en latín: *Lauda, Jerusalem, Dominum*. Estas palabras iniciales constituyen la típica invitación de los himnos de la salmodia a celebrar y alabar al Señor: ahora es Jerusalén, personificación del pueblo, la que es interpelada para alabar y glorificar a su Dios (cf. v. 12).

A continuación, se hace mención del motivo por el que la comunidad orante debe elevar al Señor su alabanza. Es de índole histórica: ha sido él, el Libertador de Israel del exilio babilónico, el que ha dado seguridad a su pueblo, «reforzando los cerrojos de sus puertas» (cf. v. 13).

Cuando Jerusalén cayó ante el ataque del ejército del rey Nabucodonosor, en el año 586 antes de Cristo, el libro de las Lamentaciones presentó al Señor mismo como juez del pecado de Israel, mientras destruía «la muralla de la hija de Sión. (...) Sus puertas en tierra se han hundido, él ha deshecho y roto sus cerrojos» (Lm 2,8-9). Ahora, en cambio, el Señor vuelve a ser el constructor de la ciudad santa; en el templo reconstruido bendice de nuevo a sus hijos. Así, se hace mención de la obra realizada por Nehemías (cf. Ne 3,1-38), que había reconstruido las murallas de Jerusalén para que volviera a ser un oasis de serenidad y paz.

2. En efecto, se evoca enseguida la paz (*shalom*), también porque se halla contenida simbólicamente en el mismo nombre de Jerusalén. El profeta Isaías ya prometía a la ciudad: «Te pondré como gobernante la paz, y por gobierno la justicia» (Is 60,17).

Pero, además de reconstruir las murallas de la ciudad, de bendecirla y pacificarla en un clima de seguridad, Dios ofrece a Israel otros dones fundamentales, como se describe al final del salmo. En efecto, allí se recuerdan los dones de la Revelación,

de la Ley y de las prescripciones divinas: «Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel» (Sal 147,19).

Así, se celebra la elección de Israel y su misión única entre los pueblos: proclamar al mundo la palabra de Dios. Es una misión profética y sacerdotal, porque «¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?» (Dt 4,8). A través de Israel y, por tanto, también a través de la comunidad cristiana, es decir, la Iglesia, la palabra de Dios puede resonar en el mundo y convertirse en norma y luz de vida para todos los pueblos (cf. Sal 147,20).

3. Hasta este momento hemos descrito la primera razón de la alabanza que se ha de elevar al Señor: es una motivación histórica, es decir, vinculada a la acción liberadora y reveladora de Dios con respecto a su pueblo.

Sin embargo, hay otra fuente de júbilo y alabanza: es de naturaleza cósmica, es decir, relacionada con la acción creadora de Dios. La Palabra divina irrumpe para dar vida al ser. Semejante a un mensajero, corre por los espacios inmensos de la tierra (cf. Sal 147,15). Y al instante suceden cosas maravillosas.

Llega el invierno, cuyos fenómenos atmosféricos se describen con un toque de poesía: la nieve, por su pureza, se parece a la lana; la escarcha es como ceniza (cf. v. 16); el hielo se asemeja a migas de pan arrojadas a tierra; el frío congela las aguas y bloquea la vegetación (cf. v. 17). Es un cuadro invernal que invita a descubrir las maravillas de la creación, y volverá a aparecer en una página muy pintoresca también de otro libro bíblico, el del Sirácida (Si 43,18-20).

4. Pero, siempre por la acción de la Palabra divina, reaparece la primavera: el hielo se derrite, sopla su aliento y corren las aguas (cf. Sal 147,18), repitiendo así el ciclo perenne de las estaciones y, por consiguiente, la misma posibilidad de vida para hombres y mujeres.

Naturalmente, no han faltado lecturas metafóricas de estos dones divinos. La «flor de trigo» ha hecho pensar en el gran don del pan eucarístico. Más aún, Orígenes, el gran escritor cristiano del siglo III, identificó ese trigo como signo de Cristo mismo y, en particular, de la sagrada Escritura.

Este es su comentario: «Nuestro Señor es el grano de trigo que cayó en la tierra, y se multiplicó por nosotros. Pero este grano de trigo es sumamente abundante. (...) La palabra de Dios es sumamente abundante: encierra en sí misma todas las delicias. Todo lo que quieres, proviene de la palabra de Dios, tal como narran los judíos: cuando comían el maná, éste, en su boca, tomaba el gusto de lo que cada uno deseaba. (...) Así también

en la carne de Cristo, que es la palabra de la enseñanza, es decir, la comprensión de las sagradas Escrituras, cuanto mayor es el deseo que tenemos de ella, tanto mayor es el alimento que recibimos. Si eres santo, encuentras refrigerio; si eres pecador, encuentras tormento» (Origene-Gerolamo, 74 omelie sul libro dei Salmi, Milán 1993, pp. 543-544).

5. Así pues, el Señor actúa con su palabra no sólo en la creación, sino también en la historia. Se revela con el lenguaje mudo de la naturaleza (cf. Sal 18,2-7), pero se expresa de modo explícito a través de la Biblia y su comunicación personal en los profetas, y plenamente a través de su Hijo (cf. Hb 1,1-2). Son dos dones diversos, pero convergentes, de su amor.

Por eso, cada día debe subir al cielo nuestra alabanza. Es nuestra acción de gracias, que florece al despuntar la aurora, en la oración de Laudes, para bendecir al Señor de la vida y la libertad, de la existencia y la fe, de la creación y la redención.

Monición para el salmo del Padre Farnés

Cantemos a Dios, que domina tanto sobre los elementos naturales como sobre el curso de la historia. Como Señor de la naturaleza, manda la nieve, esparce la escarcha y hace caer el hielo, como si se tratara de las migajas de pan de su mesa; y, como Señor de la historia, ha vencido con el mismo poder la cautividad de Babilonia y ha reforzado los cerrojos de las puertas de Jerusalén, bendiciendo a los hijos, en otros tiempos deportados, y colocándolos ahora dentro de los muros de ella.

A nosotros todo este poder de Dios nos aporta confianza y alegría: Alaba a tu Dios, Sión, que con su palabra te alienta y con el pan de la eucaristía te anuncia su decreto de que te resucitará; glorifica al Señor, Jerusalén, porque envía su mensaje a la tierra y te sacia con flor de harina.

LAUDES DEL SÁBADO DE LA IV SEMANA

SALMO 91

Alabanza del Dios creador

²Es bueno dar gracias al Señor
y tañer para tu nombre, oh Altísimo,
³proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad,
⁴con arpas de diez cuerdas y laúdes,
sobre arpeggios de cítaras.

⁵Tus acciones, Señor, son mi alegría,
y mi júbilo, las obras de tus manos.
⁶¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué profundos tus designios!
⁷El ignorante no los entiende
ni el necio se da cuenta.

⁸Aunque germinen como hierba los malvados
y florezcan los malhechores,
serán destruidos para siempre.
⁹Tú, en cambio, Señor,
eres excelso por los siglos.

¹⁰Porque tus enemigos, Señor, perecerán,
los malhechores serán dispersados;
¹¹pero a mí me das la fuerza de un búfalo
y me unges con aceite nuevo.
¹²Mis ojos despreciarán a mis enemigos,
mis oídos escucharán su derrota.

¹³El justo crecerá como una palmera,
se alzará como un cedro del Líbano:
¹⁴plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios;

¹⁵en la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso,

¹⁶para proclamar que el Señor es justo,
que en mi Roca no existe la maldad.

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Cántico del justo. Himno didáctico que desarrolla la doctrina tradicional de los Sabios: suerte feliz de los justos y ruina de los malvados. Para Nácar-Colunga el título de este salmo es Alabanza de la providencia divina.

En estilo altamente lírico, el poeta canta las glorias de Yahvé, su proceder providencialista, premiando a los buenos y castigando a los impíos. Este tema de la retribución moral es abordado aquí, pero no en estilo sapiencial, como en otras composiciones salmódicas. El salmista exulta gozoso por el recto gobierno divino en la historia. Los impíos no perciben que su prosperidad es efímera y que, al fin, recibirán el merecido. Los justos se alegrarán al ver la manifestación esplendente de la justicia divina. El salmista habla en nombre de la comunidad de fieles yahvistas, que viven de las promesas de su Dios, y por eso alaba al justo, que prosperará como árbol frondoso a la sombra del Omnipotente.

Yahvé es digno de ser alabado (vv. 1-7).- Conforme al módulo literario de los himnos, el poeta declara la conveniencia de publicar las grandezas de su Dios. El nombre de Yahvé resume la historia de protección del Altísimo hacia el pueblo de Israel y para con sus fieles. Por eso, a las horas del sacrificio de la mañana y de la tarde es necesario publicar la misericordia y la fidelidad de Yahvé, que son los dos atributos que le caracterizan en relación con el pueblo elegido. Por pura misericordia lo ha cogido entre los pueblos, y, en virtud de la fidelidad a las promesas dadas en la alianza sinaítica, se revela constantemente como protector del mismo. El salmista ha sentido personalmente la mano bienhechora de su Dios, y por eso se ha alegrado con sus acciones y portentos. Meditando en sus misteriosas acciones providenciales, el fiel yahvista comprende la magnificencia de las obras divinas y de sus misteriosos designios, que guían el hilo de la historia de cada alma y de los pueblos (v. 6). Pero no es dado a todos conocer los misterios de la Providencia, pues la estulticia humana se cierra a los altos pensamientos. El hombre que no tiene sensibilidad moral y espiritual no puede comprender la mano de Dios en la vida humana (v. 7).

La desastrosa suerte de los impíos y la dicha de los rectos (vv. 8-16).- Entre las cosas que no entiende el estulto es que la prosperidad de los impíos es efímera; florecen como la hierba, pero al fin se secan. Por encima de ellos está Yahvé, excelso por los siglos; por tanto, inmutable en sus designios de justicia y

equidad. Sus enemigos tendrán un triste fin, mientras que el justo verá exaltado su poder -me das la fuerza de un búfalo-, y Dios le ungirá misteriosamente con la alegría del triunfo: la hora de ver a sus enemigos perecer recibiendo su merecido.

La suerte del fiel yahvista es envidiable, pues crecerá como una palmera y como el vigoroso cedro del Líbano, árboles ambos centenarios, mientras que la vida de los impíos es efímera y se seca como hierba que nace en la mañana. El salmo termina con una frase calcada en Dt 32,4: «Él es la Roca, sus obras son perfectas... no existe en él la maldad.»]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del Miércoles 3 de septiembre de 2003]

Alabanza al Dios creador

1. Se nos ha propuesto el cántico de un hombre fiel al Dios santo. Se trata del salmo 91, que, como sugiere el antiguo título de la composición, se usaba en la tradición judía «para el día del sábado» (v. 1). El himno comienza con una amplia invitación a celebrar y alabar al Señor con el canto y la música (cf. vv. 2-4). Es un filón de oración que parece no interrumpirse nunca, porque el amor divino debe ser exaltado por la mañana, al comenzar la jornada, pero también debe proclamarse durante el día y a lo largo de las horas de la noche (cf. v. 3). Precisamente la referencia a los instrumentos musicales, que el salmista hace en la invitación inicial, impulsó a san Agustín a esta meditación dentro de la Exposición sobre el salmo 91: «En efecto, ¿qué significa tañer con el salterio? El salterio es un instrumento musical de cuerda. Nuestro salterio son nuestras obras. Cualquiera que realice con sus manos obras buenas, alaba a Dios con el salterio. Cualquiera que confiese con la boca, canta a Dios. Canta con la boca y salmodia con las obras. (...) Pero, entonces, ¿quiénes son los que cantan? Los que obran el bien con alegría. Efectivamente, el canto es signo de alegría. ¿Qué dice el Apóstol? "Dios ama al que da con alegría" (2 Co 9,7). Hagas lo que hagas, hazlo con alegría. Si obras con alegría, haces el bien y lo haces bien. En cambio, si obras con tristeza, aunque por medio de ti se haga el bien, no eres tú quien lo hace: tienes en las manos el salterio, pero no cantas» (Sposizioni sui Salmi, III, Roma 1976, pp. 192-195).

2. Esas palabras de san Agustín nos ayudan a abordar el centro de nuestra reflexión, y afrontar el tema fundamental del salmo: el del bien y el mal. Uno y otro son evaluados por el Dios justo y santo, «el excelso por los siglos» (v. 9), el que es eterno e infinito, al que no escapa nada de lo que hace el hombre.

Así se confrontan, de modo reiterado, dos comportamientos opuestos. La conducta del fiel celebra las obras divinas, penetra en la profundidad de los pensamientos del Señor y, por este

camino, su vida se llena de luz y alegría (cf. vv. 5-6). Al contrario, el malvado es descrito en su torpeza, incapaz de comprender el sentido oculto de las vicisitudes humanas. El éxito momentáneo lo hace arrogante, pero en realidad es íntimamente frágil y, después del éxito efímero, está destinado al fracaso y a la ruina (cf. vv. 7-8). El salmista, siguiendo un modelo de interpretación típico del Antiguo Testamento, el de la retribución, está convencido de que Dios recompensará a los justos ya en esta vida, dándoles una vejez feliz (cf. v. 15) y pronto castigará a los malvados.

En realidad, como afirmaba Job y enseñó Jesús, la historia no se puede interpretar de una forma tan uniforme. Por eso, la visión del salmista se transforma en una súplica al Dios justo y «excelso» (cf. v. 9) para que entre en la serie de los acontecimientos humanos a fin de juzgarlos, haciendo que resplandezca el bien.

3. El orante vuelve a presentar el contraste entre el justo y el malvado. Por una parte, están los «enemigos» del Señor, los «malvados», una vez más destinados a la dispersión y al fracaso (cf. v. 10). Por otra, aparecen en todo su esplendor los fieles, encarnados por el salmista, que se describe a sí mismo con imágenes pintorescas, tomadas de la simbología oriental. El justo tiene la fuerza irresistible de un búfalo y está dispuesto a afrontar cualquier adversidad; su frente gloriosa está ungida con el aceite de la protección divina, transformada casi en un escudo, que defiende al elegido proporcionándole seguridad (cf. v. 11). Desde la altura de su poder y seguridad, el orante ve cómo los malvados se precipitan en el abismo de su ruina (cf. v. 12).

Así pues, el salmo 91 rebosa felicidad, confianza y optimismo, dones que hemos de pedir a Dios, especialmente en nuestro tiempo, en el que se insinúa fácilmente la tentación de desconfianza e, incluso, de desesperación.

4. Nuestro himno, en la línea de la profunda serenidad que lo impregna, al final echa una mirada a los días de la vejez de los justos y los prevé también serenos. Incluso al llegar esos días, el espíritu del orante seguirá vivo, alegre y activo (cf. v. 15). Se siente como las palmeras y los cedros plantados en los patios del templo de Sión (cf. vv. 13-14).

El justo tiene sus raíces en Dios mismo, del que recibe la savia de la gracia divina. La vida del Señor lo alimenta y lo transforma haciéndolo florido y frondoso, es decir, capaz de dar a los demás y testimoniar su fe. En efecto, las últimas palabras del salmista, en esta descripción de una existencia justa y laboriosa, y de una vejez intensa y activa, están vinculadas al anuncio de la fidelidad perenne del Señor (cf. v. 16). Así pues, podríamos concluir con la proclamación del canto que se eleva al Dios glorioso en el último libro de la

Biblia, el Apocalipsis: un libro de terrible lucha entre el bien y el mal, pero también de esperanza en la victoria final de Cristo: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh Rey de las naciones! (...) Porque sólo tú eres santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios. (...) Justo eres tú, aquel que es y que era, el Santo, pues has hecho así justicia. (...) Sí, Señor, Dios todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos» (Ap 15,3-4; 16,5.7).

Monición para el salmo del Padre Farnés

Hoy empezamos nuestra oración matinal con un canto a la providencia divina, que tiene dispuesto que el justo dé fruto abundante y duradero y que el mal, que hoy contemplamos germinando en el mundo, sea excluido para siempre: El justo crecerá como una palmera, se alzarán como un cedro, seguirá dando fruto, estará lozano y frondoso. El mal, en cambio (personificado en este texto en el malvado), aunque germine como hierba y florezca, será destruido para siempre, porque los enemigos del Señor -que son, al mismo tiempo, los enemigos de la felicidad del hombre: la muerte, el pecado, el dolor- perecerán y serán dispersados.

Este salmo, proclamado o meditado en la primera hora del día, hora de la resurrección del Señor, nos invita a la contemplación y a la esperanza. Contemplación del Justo resucitado y esperanza de que el mal será definitivamente desterrado del mundo. El justo -Jesucristo resucitado- se ha alzado, Señor, como un cedro del Líbano plantado en tu casa; proclamado por la Iglesia, el Justo seguirá dando fruto en el mundo. Tus enemigos, en cambio, Señor -el mal, la muerte, el pecado-, perecerán; aunque ahora germinen como hierba, serán destruidos para siempre. Por eso, es bueno dar gracias al Señor y proclamar por la mañana su misericordia, pues sus acciones son nuestro júbilo y sus designios nuestra alegría.

CÁNTICO DE EZEQUIEL, EZ 36,24-28

Dios renovará a su pueblo

²⁴Os recogeré de entre las naciones,
os reuniré de todos los países,
y os llevaré a vuestra tierra.

²⁵Derramaré sobre vosotros un agua pura
que os purificará:
de todas vuestras inmundicias e idolatrías

os he de purificar;

²⁶y os daré un corazón nuevo,
y os infundiré un espíritu nuevo;
arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra,
y os daré un corazón de carne.

²⁷Os infundiré mi espíritu,
y haré que caminéis según mis preceptos,
y que guardéis y cumpláis mis mandatos.

²⁸Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres.
Vosotros seréis mi pueblo,
y yo seré vuestro Dios.

[El capítulo 36 de Ezequiel es un oráculo sobre la vuelta de Israel a su tierra, por pura misericordia de Dios, después del destierro en Babilonia. Los vv. 25-27 anuncian la efusión del espíritu divino sobre el pueblo de Dios, tan maravillosamente cumplida el día de Pentecostés.

Después de hablar de la destrucción de los enemigos seculares de Israel como condición previa para el retorno de los israelitas a su tierra patria, el profeta Ezequiel habla en el cap. 36 de la restauración de la nación. El capítulo contiene dos partes: a) anuncio de la bendición de Yahvé sobre los montes de Israel, en oposición a la desolación sobre los montes de Edom (vv. 1-15); b) el castigo de Judá fue merecido; pero, por honor de su nombre, Yahvé hará retornar a los exilados, les dará un nuevo corazón, y en Palestina los colmará de todo bien. La nueva tierra de promisión se transformará en un maravilloso edén para felicidad de los repatriados (vv. 16-38).

Yahvé, al reintegrar al pueblo israelita, quiere que constituya una nueva comunidad totalmente distinta de la anterior al destierro en cuanto a sus sentimientos religiosos internos. Los vicios tradicionales de idolatría e injusticias sociales no deben prevalecer en la nueva teocracia, y de ahí que Yahvé los someta a una purificación lustral interna que simboliza el perdón de los pecados (v. 25). Y esta purificación no será sólo negativa, haciendo desaparecer los pecados tradicionales pasados, sino que transformará interiormente a los nuevos ciudadanos de Israel: Os daré un corazón nuevo, arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne (v. 26). Los israelitas anteriores al exilio habían tenido un corazón de piedra, insensible a los mandatos de Yahvé. En adelante los

israelitas tendrán un espíritu nuevo, proveniente de su Dios, de modo que sientan instintiva atracción hacia los caminos rectos.

El profeta entrevé la nueva etapa mesiánica, en que los imperativos del espíritu serán los móviles de una nueva generación: el cristianismo. De hecho sabemos que los israelitas reintegrados a su patria después del exilio no volvieron a sentir veleidades idolátricas, sino que más bien se cerraron en un sano monoteísmo intransigente. Es la primera etapa de la nueva era vislumbrada por Ezequiel. Con la aparición del Mesías vendrá el culto de Dios «en espíritu y en verdad» (Jn 4,14), síntesis del mensaje evangélico. Pero el profeta en este oráculo se fija en la primera etapa, idealizándola: el Israel histórico volverá a ser realmente el pueblo de Yahvé (v. 28), ya que los corazones de los israelitas vivirán centrados en torno a su Dios. La profecía es paralela a la de Jeremías: «En aquel día seré el Dios de todas las tribus de Israel, y ellos serán mi pueblo... Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (Jr 31,1.33.)

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del miércoles 10 de septiembre de 2003]

1. El cántico que acaba de resonar en nuestros oídos y en nuestro corazón fue compuesto por uno de los profetas mayores de Israel. Se trata de Ezequiel, testigo de una de las épocas más trágicas que vivió el pueblo judío: la de la caída del reino de Judá y de su capital, Jerusalén, a la que siguió el amargo destierro en Babilonia (siglo VI a.C.). Del capítulo 36 de Ezequiel está tomado el pasaje que entró a formar parte de la oración cristiana de Laudes.

El contexto de esta página, transformada en himno por la liturgia, quiere captar el sentido profundo de la tragedia que vivió el pueblo en aquellos años. El pecado de idolatría había contaminado la tierra que el Señor dio en herencia a Israel. Ese pecado, más que otras causas, es responsable, en definitiva, de la pérdida de la patria y de la dispersión entre las naciones. En efecto, Dios no es indiferente ante el bien y el mal; entra misteriosamente en escena en la historia de la humanidad con su juicio que, antes o después, desenmascara el mal, defiende a las víctimas y señala la senda de la justicia.

2. Pero la meta de la acción de Dios nunca es la ruina, la mera condena, el aniquilamiento del pecador. El mismo profeta Ezequiel refiere estas palabras divinas: «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? (...) Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere. Convertíos y viviréis» (Ez 18,23.32). A la luz de esas palabras se logra comprender el significado de nuestro cántico, lleno de esperanza y salvación.

Después de la purificación mediante la prueba y el sufrimiento, está a punto de surgir el alba de una nueva era, que ya había anunciado el profeta Jeremías cuando habló de una «nueva alianza» entre el Señor e Israel (cf. Jr 31,31-34). El mismo Ezequiel, en el capítulo 11 de su libro profético, había proclamado estas palabras divinas: «Yo les daré un corazón nuevo y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios» (Ez 11,19-20).

En nuestro cántico (cf. Ez 36,24-28), el profeta repite ese oráculo y lo completa con una precisión estupenda: el «espíritu nuevo» que Dios dará a los hijos de su pueblo será su Espíritu, el Espíritu de Dios mismo (cf. v. 27).

3. Así pues, no sólo se anuncia una purificación, expresada mediante el signo del agua que lava las inmundicias de la conciencia. No sólo está el aspecto, aun necesario, de la liberación del mal y del pecado (cf. v. 25). El acento del mensaje de Ezequiel está puesto sobre todo en otro aspecto mucho más sorprendente. En efecto, la humanidad está destinada a nacer a una nueva existencia. El primer símbolo es el del «corazón» que, en el lenguaje bíblico, remite a la interioridad, a la conciencia personal. De nuestro pecho será arrancado el «corazón de piedra», gélido e insensible, signo de la obstinación en el mal. Dios nos infundirá un «corazón de carne», es decir, un manantial de vida y de amor (cf. v. 26). En la nueva economía de gracia, en vez del espíritu vital, que en la creación nos había convertido en criaturas vivas (cf. Gn 2,7), se nos infundirá el Espíritu Santo, que nos sostiene, nos mueve y nos guía hacia la luz de la verdad y hacia «el amor de Dios en nuestros corazones» (Rm 5,5).

4. Así aparece la «nueva creación» que describe san Pablo (cf. 2 Co 5,17; Ga 6,15), cuando afirma la muerte en nosotros del «hombre viejo», del «cuerpo del pecado», porque «ya no somos esclavos del pecado», sino criaturas nuevas, transformadas por el Espíritu de Cristo resucitado: «Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador» (Col 3,9-10; cf. Rm 6,6). El profeta Ezequiel anuncia un nuevo pueblo, que en el Nuevo Testamento será convocado por Dios mismo a través de la obra de su Hijo. Esta comunidad, cuyos miembros tienen «corazón de carne» y a los que se les ha infundido el «Espíritu», experimentará una presencia viva y operante de Dios mismo, el cual animará a los creyentes actuando en ellos con su gracia eficaz. «Quien guarda sus mandamientos -dice san Juan- permanece en Dios y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio» (1 Jn 3,24).

5. Concluamos nuestra meditación sobre el cántico de Ezequiel escuchando a san Cirilo de Jerusalén, el cual, en su Tercera catequesis bautismal, vislumbra en la página profética al pueblo del bautismo cristiano.

En el bautismo -recuerda- se perdonan todos los pecados, incluidas las transgresiones más graves. Por eso, el obispo dice a sus oyentes: «Ten confianza, Jerusalén, el Señor eliminará tus iniquidades (cf. Sof 3,14-15). El Señor lavará vuestras inmundicias (...); "derramará sobre vosotros un agua pura que os purificará de todo pecado" (Ez 36,25). Los ángeles os rodean con júbilo y pronto cantarán: "¿Quién es la que sube inmaculada, apoyada en su amado?" (Ct 8,5). En efecto, se trata del alma que era esclava y ahora, ya libre, puede llamar hermano adoptivo a su Señor, el cual, acogiendo su propósito sincero, le dice: "¡Qué bella eres, amada mía!, ¡qué bella eres!" (Ct 4,1). (...) Así dice él, aludiendo a los frutos de una confesión hecha con buena conciencia (...). Quiera Dios que todos (...) mantengáis vivo el recuerdo de estas palabras y saquéis fruto de ellas traduciéndolas en obras santas para presentaros irreprochables al místico Esposo, obteniendo así del Padre el perdón de los pecados» (n. 16: Le catechesi, Roma 1993, pp. 79-80).

Monición para el cántico del Padre Farnés

El cántico que hoy usaremos en nuestra oración matutina forma parte de un oráculo más extenso (Ez 36-37), en el que se describe la salvación que Dios promete a Israel exiliado en Babilonia. El destierro está llegando ya a su término, y Dios se dispone a recoger a los israelitas de entre las naciones, para llevarlos de nuevo a su tierra. Pero antes del retorno ha de intervenir una solemne liturgia penitencial, porque el pueblo, con sus infidelidades, se ha manchado, y Palestina es la tierra santa de Yahvé. Por eso, Dios promete un agua purificante que, a la manera de las purificaciones rituales, renovará el corazón y el espíritu de los hijos de Israel: Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará.

El cántico de Ezequiel se realiza plenamente en el nuevo Israel de Dios. También nosotros y toda la comunidad eclesial hemos sido infieles, nos hemos mancillado con nuestras repetidas infidelidades. Pero Dios no nos abandona: él ha derramado sobre nosotros un agua pura y, en el bautismo, con la sangre de su Hijo, nos ha purificado de todas nuestras inmundicias. Y, junto con el perdón de nuestros pecados, «hemos recibido el Espíritu» (Hch 2, 38), como prometió Pedro a los que se bautizaron el día de Pentecostés. Así preparados, el Señor nos promete un nuevo éxodo hacia la Jerusalén definitiva y santa: Os recogeré de entre las naciones, y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres; allí, cuando «el primer cielo y la primera tierra habrán pasado», en «la ciudad santa, la nueva Jerusalén» (Ap 21,1,2), seremos definitivamente su pueblo y él será nuestro Dios.

En la celebración comunitaria es recomendable que este cántico sea proclamado por un salmista; si no es posible cantar la antifona propia, la asamblea puede acompañar el cántico cantando alguna antifona que exprese la confianza en llegar a la Jerusalén definitiva o el deseo de renovación por el Espíritu o bien que celebre la dicha de la Jerusalén futura, por ejemplo: «Hija de Sión, alégrate», sólo la segunda estrofa (MD 606), «Hacia ti, morada santa» (MD 649) o bien «Danos, Señor, un corazón nuevo» (MD 971).

SALMO 8

Majestad del Señor y dignidad del hombre

²Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

Ensalzaste tu majestad sobre los cielos.
³De la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.

⁴Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
⁵¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?

⁶Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
⁷le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:

⁸rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
⁹las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.

¹⁰Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

[La Biblia de Jerusalén da a este salmo el título de Poder del nombre divino. Para Nacar-Colunga el título de este salmo es Bondad de Dios al someter al hombre toda la creación.

El salmista contempla las maravillas de la creación: el cielo estrellado, el reflejo plateado de la luna, los animales al servicio del hombre, y las bocas de los tiernos infantes que, pendientes de los pechos de sus madres, proclaman la grandeza y providencia del Creador. Es como un comentario poético a la obra de la creación narrada en el cap. 1 del Génesis. El hombre es el representante de Dios en la obra de la creación. Todo ha sido creado al servicio del hombre, y éste al servicio de Dios, por estar hecho a «imagen y semejanza suya». El salmista, lejos de reconocer como divinidades a los astros y a la misteriosa transmisión de la vida, lo presenta todo como obra del único Dios del universo, que gobierna todas las cosas con «número, peso y medida» (Sab 11,21). El poeta, extasiado ante tanta grandeza cósmica, se admira de que el Creador omnipotente se preocupe de un ser tan insignificante como el hombre. Sin embargo, éste es el rey de la creación por llevar el sello de lo divino en su alma.

El himno se abre con una antífona (vv. 2-3), cantada sin duda por un coro general en los oficios litúrgicos: los cielos y la tierra proclaman la grandeza de su Ser personal. La gloria y magnificencia de Dios reflejada en los cielos y la tierra es tan manifiesta que hasta los mismos niños y aun los que maman se dan cuenta de ello, dando así un argumento o prueba de su existencia a los adversarios y rebeldes que, confundidos ante este clamor universal, quedan reducidos al silencio. La expresión del salmista es hiperbólica, pero bien significativa para dar a entender la esplendorosa magnificencia de la obra de la creación, que a su vez es reflejo de la grandeza del Creador: hasta los niños de pecho se dan cuenta de ello. Fina ironía contra los esprits forts y autosuficientes de su tiempo, que cerraban los ojos a tanta grandeza. Jesús, al entrar triunfante en Jerusalén, recuerda este texto para confundir a los escribas y fariseos, que -obcecados por el orgullo y sus intereses personales- no sabían reconocer al Mesías, mientras lo proclamaban tal los niños de la calle (Mt 21,15-16).

En los vv. 4 y 5 el poeta se extasia ante la grandeza de los cielos en una noche estrellada, reflejo de la gloria y grandeza de Dios, que se asienta sobre los astros en los «cielos de los cielos», desde donde contempla a los hombres, pequeños como «langostas». Y, sin embargo, el Dios omnipotente, que dirige el curso de los astros como «Dios de los ejércitos» siderales, se acuerda del hombre, que es todo debilidad e inconsistencia.

Los vv. 6 y 7 cantan la grandeza del hombre frente al universo. A pesar de su pequeñez, Dios le ha asociado a su dominio sobre las criaturas, haciéndolo poco inferior a los ángeles. En Gén 1,26, el hagiógrafo pone en boca de Dios la siguiente afirmación: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y

semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella». Dios, pues, creó al hombre como vicario suyo y representante por encima de todos los seres creados. En esto se funda su imagen y semejanza con el Creador, según la interpretación de los Padres griegos, aunque este poderío y semejanza con lo divino hay que buscarlo en su naturaleza racional, dotada de las facultades de dominio por excelencia, la inteligencia y la voluntad. Esta es la corona de gloria y dignidad por la que se acerca a lo divino. Como lugarteniente del mismo Dios en la creación, tiene el mando sobre todo lo creado, pues todo ha sido sometido bajo de sus pies. Esto indica la grandeza espiritual del hombre frente a todo, a pesar de su insignificancia corporal.

Los vv. 8 y 9 son una explicitación de la declaración anterior, una reiteración de la proclama solemne de Gén 1,28. Ante el despliegue grandioso de la Providencia divina sobre el hombre, rey de la creación, el salmista, en el v. 10, repite la antífona o estribillo con que se inició la composición.]

Catequesis de Juan Pablo II

[Audiencia general del Miércoles 24 de septiembre de 2003]

Majestad del Señor y dignidad del hombre

1. Con la meditación del salmo 8, un admirable himno de alabanza, llegamos a la conclusión de nuestro largo itinerario a través de los salmos y cánticos que constituyen el alma orante de la Liturgia de Laudes. Durante estas catequesis, nuestra reflexión se ha centrado en 84 oraciones bíblicas, de las cuales hemos tratado de poner de relieve sobre todo su intensidad espiritual, sin descuidar su belleza poética.

En efecto, la Biblia nos invita a iniciar el camino de nuestra jornada con un canto que no sólo proclame las maravillas obradas por Dios y nuestra respuesta de fe, sino que además las celebre «con arte» (cf. Sal 46,8), es decir, de modo hermoso, luminoso, dulce y fuerte a la vez.

Espléndido entre todos es el salmo 8, en el que el hombre, inmerso en un fondo nocturno, cuando en la inmensidad del cielo brillan la luna y las estrellas (cf. v. 4), se siente como un granito en el infinito y en los espacios ilimitados que lo superan.

2. En efecto, en el salmo 8 se refleja una doble experiencia. Por una parte, la persona humana se siente atónita ante la grandiosidad de la creación, «obra de los dedos» divinos. Esa curiosa expresión sustituye la «obra de las manos» de Dios (cf. v. 7), como para indicar que el Creador ha trazado un plan o ha

elaborado un bordado con los astros esplendorosos, situados en la inmensidad del cosmos.

Sin embargo, por otra parte, Dios se inclina hacia el hombre y lo corona como su virrey: «Lo coronaste de gloria y dignidad» (v. 6). Más aún, a esta criatura tan frágil le encomienda todo el universo, para que lo conozca y halle en él el sustento de su vida (cf. vv. 7-9).

El horizonte de la soberanía del hombre sobre las demás criaturas se especifica casi evocando la página inicial del Génesis: rebaños de ovejas y toros, bestias del campo, aves del cielo y peces del mar son encomendados al hombre para que, poniéndoles el nombre (cf. Gn 2,19-20), descubra su realidad profunda, la respete y la transforme mediante el trabajo, de forma que sea para él fuente de belleza y de vida. El salmo nos impulsa a tomar conciencia de nuestra grandeza, pero también de nuestra responsabilidad con respecto a la creación (cf. Sb 9,3).

3. El autor de la carta a los Hebreos, al releer el salmo 8, descubrió en él una visión más profunda del plan de Dios con respecto al hombre. La vocación del hombre no se puede limitar al actual mundo terreno. Cuando el salmista afirma que Dios lo sometió todo bajo los pies del hombre, quiere decir que le quiere someter también «el mundo futuro» (Hb 2,5), «un reino incommovible» (Hb 12,28). En definitiva, la vocación del hombre es una «vocación celestial» (Hb 3,1). Dios quiere «llevar a la gloria» celestial a «muchos hijos» (Hb 2,10). Para que se cumpliera este designio divino, era necesario que la vida fuera trazada por un «pionero» (cf. Hb 2,10), en el que la vocación del hombre encontrara su primera realización perfecta. Ese pionero es Cristo.

El autor de la carta a los Hebreos observó, al respecto, que las expresiones del salmo se aplican a Cristo de modo privilegiado, es decir, de un modo más preciso que a los demás hombres. En efecto, el salmista utiliza el verbo «abajar», diciendo a Dios: «Abajaste al hombre un poco con respecto a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad» (Sal 8,6; Hb 2,7). Para los hombres en general este verbo es impropio, pues no han sido «abajados» con respecto a los ángeles, ya que nunca se han encontrado por encima de ellos. En cambio, para Cristo el verbo es exacto, porque, en cuanto Hijo de Dios, se encontraba por encima de los ángeles y fue abajado cuando se hizo hombre, pero luego fue coronado de gloria en su resurrección. Así Cristo cumplió plenamente la vocación del hombre y la cumplió, precisa el autor, «para bien de todos» (Hb 2,9).

4. A esta luz, san Ambrosio comenta el salmo y lo aplica a nosotros. Toma como punto de partida la frase en donde se describe la «coronación» del hombre: «Lo coronaste de gloria y dignidad» (v. 6). Sin embargo, en aquella gloria ve el premio

que el Señor nos reserva para cuando hayamos superado la prueba de la tentación.

He aquí las palabras del gran Padre de la Iglesia en su Exposición del evangelio según san Lucas: «El Señor coronó a su hijo predilecto también de gloria y dignidad. El mismo Dios que desea conceder coronas, proporciona las tentaciones; por eso, has de saber que, cuando eres tentado, se te prepara una corona. Si se eliminan las pruebas de los mártires, se eliminan también sus coronas; si se eliminan sus suplicios, se elimina también su bienaventuranza» (IV, 41: SAEMO 12, pp. 330-333).

Dios nos tiene preparada la «corona de la justicia» (2 Tm 4,8), con la que recompensará nuestra fidelidad a él, mantenida incluso en el tiempo de la tempestad, que agita nuestro corazón y nuestra mente. Pero él está atento, en todo tiempo, a su criatura predilecta y quisiera que en ella resplandeciera siempre la «imagen» divina (cf. Gn 1,26), para que sepa ser en el mundo signo de armonía, de luz y de paz.

Monición para el salmo del Padre Farnés

El sábado es el día de la creación terminada; y el salmo 8 es un himno al Dios creador. El cosmos todo nos invita a cantar la grandeza de Dios. En la tierra, son los hombres -incluso los más insignificantes de ellos, los niños de pecho, por si entre los grandes hubiera rebeldes y soberbios- los encargados de entonar este canto; en el cielo, son los astros quienes nos impelen a dilatar nuestro espíritu en un horizonte abierto y a proclamar la grandeza de Dios.

Mañana, en el descanso y la paz del día del Señor, cantaremos la nueva creación, que perfecciona, con la resurrección, la obra terminada el sábado. Que esta celebración del sábado nos introduzca ya en la contemplación del domingo, que culminará, por unos caminos insospechados para el salmista, lo que ya él cantaba contemplando la sola creación natural: ¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él? Todo, incluso la muerte, lo sometiste bajo sus pies.